

Luis Miguel Rivas

Era más grande el muerto



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

1. LOS ZAPATOS DE CHEPE

2. TERMINÁ AL MENOS UNA HISTORIA

3. TAPAR LOS ROTICOS

4. USTED ME HACE ACORDAR DE MÍ

5. TODOS ESTAMOS MUERTOS

6. LOS VAQUEROS DE *BABÚ*

7. EL ÁNGEL ENSANGRENTADO

8. UNA MOTO A TUS ESPALDAS

9. LA CHINGA Y HERMOSURA

10. ANDREA ME VIO

11. ¿VAS A DECIR QUE NO LO VISTE?

12. COGER OFICIO

13. PALABRA DE HOMBRE

14. EL LIBRO MÁS CARO DEL MUNDO

15. EL TÍO HUMBERTO

16. MATAR AL MUERTO

17. PAGARLE A CAMBALACHE

18. LA POESÍA

19. EL SUIZO

20. MÉTRICA
21. *DESPERTANDO EL MAGNATE INTERIOR*
22. ESOS SON LOS MÁS PELIGROSOS
23. NUBES
24. LA SEDUCCIÓN
25. ABRIR CHUSPAS
26. BUDA
27. LA CASA DE LORENA
28. AGUACEROS DE ROSAS
29. ESOS SÍ SON GENTE
30. EL PRESO
31. ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE
32. LA PAZ
33. ¿YO A USTED LE HE FALTADO?
34. MUCHACHOS DE MI BARRIO
35. LA PARRANDA
36. LA *DETÉ CIENTOSETENTAYCINCO*
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En el momento más álgido de la guerra en Villalinda por el control del narcotráfico, dos adolescentes sin dinero descubren que en la morgue consiguen ropa de marca que los cadáveres nunca van a reclamar; el mafioso más temido del pueblo toma clases de cultura para enamorar a una mujer que lo desprecia, y una pareja de sicarios intenta matar el fantasma de un hombre que asesinaron meses atrás. Entre tangos, rancheras, vallenatos y salsa Era más grande el muerto nos introduce en la vida íntima y cotidiana de personajes que habitan un fallido universo criminal.



Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Miguel Rivas

Era más grande el muerto

*Para Marta Miranda,
ciudadana honoraria de Villalinda*

1

LOS ZAPATOS DE CHEPE

Nunca se me van a olvidar esos zapatos verdes de Chepe Molina de los que no me acordaba muy bien aquella noche en el bar El Cielo. ¿Sí serían verdes?, me pregunté varias veces. ¿Sí serían estos mismos?, me volví a preguntar bregando a convencerme de que no. Eran la última imagen que me había quedado de Chepe. Los zapatos más caros y más pinchados y que dieran más estatus que usted pudiera imaginarse en la Villalinda de esa época. Así los había visto pasar dos meses antes de la noche en la que no podía recordarlos: brillantes ya para qué, finos y lindos para nada, con la punta redondeada mirando hacia arriba, en unos pies tiesos que se fueron perdiendo de mi vista hasta entrar del todo en el carro de la morgue.

No pude ver más y no supe qué otra ropa tenía puesta Chepe porque no lo había visto en todo ese día. Con seguridad tenía una camisa *calvinklén* y un pantalón *cheviñón* y una chaqueta *dísel*. Fijo. Solo alcancé a ver los zapatos porque cuando me avisaron que lo habían matado y corrí desde mi casa hasta el café La Tertulia, encontré a la gente arremolinada afuera del negocio y no pude entrar a mirarlo. Alguien tenía que ir a avisarle a la familia y entonces bajé volado hasta su casa, toqué la puerta y la hermana se asomó por la ventana y le dije Buenas, vea, yo soy un amigo de Chepe, y no más dije eso soltó un grito y el hermano abrió la puerta Qué pasó, qué pasó, y yo dije Chepe tuvo un accidente y los dos pegaron tremendo alarido como si hubieran estado esperando la noticia que no querían con el grito en la punta

de la lengua ¡Mamá, mamá, diosmío!, y la mamá que estaba en la casa de enfrente rezando el rosario cruzó la calle con las manos levantadas ¡Diosmío, diosmío, mi muchacho, mi muchacho!, y en un momentico la cuadra se volvió un zaperoco de vecinos y familiares llorando a pierna suelta y el hermano gritándome ¡Dónde está, dónde está, hijueputa!, como bravo conmigo, como si yo fuera el que hubiera matado a Chepe, Por la Plaza de Mercado, le dije, Yo ya me vuelvo para allá, y voltió hacia la mamá y la hermana que estaban a los alaridos rodeadas de vecinos, gritando por encima de los gritos Quédense ustedes aquí tranquilas que yo voy a ver cómo es la cosa, y salió corriendo como un loco y yo me fui detrás y en la esquina paramos un taxi y en el camino el hermano de Chepe empezó a pegarle puños a la silla de adelante gritando Más rápido, braviando al taxista, Más rápido, hijueputa, y el taxista se voltió rojo de la ira braviándolo también Pilas pues que me vas a dañar el carro, malparido, que esta no es tu casa, y yo que Vea, hermano, es que le acaban de matar al hermano, y el hermano de Chepe putiando y golpeando a lo desgualetado y el taxista Pero por eso no me tiene que venir a inrespetar ni a maltratarme el carro que ni que fuera el único al que le han matado gente y además pa'qué tanto afán si ya está muerto, y el hermano más bravo todavía y yo diciéndole Llave, tranquilo, cálmese, y él que Cuál cálmese, hijueputa, y más le pegaba a la silla y más le gritaba al taxista que metió la mano a la gaveta como para sacar un fierro, Ahora sí se acabó de joder esto, pensé entre asustado y triste y verraco, pero calmado o gallina, como soy, le dije Tranquilo, hermano, vea que el hombre está fuera de sus cabales, y el taxista que Cuáles cabales, yo no tengo por qué venir a pagar muertos ajenos como si no tuviera los míos propios, y en esas llegamos y el hermano de Chepe soltó unos billetes enrollados sobre la silla y salió tirando la puerta con un golpe que hizo retumbar el carro y el taxista se bajó con una cruceta en la mano Vos creés que es giratoria o qué, malparido, qué te creés pues, levantando la cruceta con ganas de matar al hermano del muerto y yo Tranquilo, hermano, vea, comprenda, no vamos a formar una tragedia más, mientras el hermano ya iba abriendo trocha a codazo limpio entre la gente del corrillo, embravecido con todo el mundo como si todo el mundo fuera el que hubiera matado a Chepe, Sí, hijueputas, porque todos

ustedes lo mataron, y por fin pude calmar al taxista que arrancó con las llantas chirriando y avancé entre el gentío tratando de entrar al negocio pero en ese momento a lo que había sido Chepe ya lo estaban montando en el carro de la morgue y lo único que alcancé a ver entrando en el volco fueron los zapatos.

Estaban muy nuevos, demás que se los había estrenado hacía poquito. Julia, la pelada con la que estaba en el café esa noche, delante de la que le dieron bala y a la que se llevaron desmayada en una ambulancia y quedó traumatizada varios meses, se los debió haber admirado. ¿Quién más se fijaría en esos zapatos?, pensé sin darme cuenta mientras los seguía viendo en mi cabeza cuando ya la camioneta de la morgue se había ido.

Por haberme puesto a pensar esas cosas fue que dos meses después no pude dejar de fijarme en el muchacho larguirucho que estaba tomando cerveza en el bar El Cielo. Era un sábado y yo había entrado a tomarme un aguardiente porque cuando pasaba por la acera del negocio estaba sonando *Te vi pasar tanguendo, altanera, con un compás tan hondo y sensual, que no fue más que verte y perder la fe, el coraje, el ansia'e guapear*, que me hizo pensar en Andrea. Y porque andaba aburrido y porque me quedaba algo de plata de la que me habían pagado por unos directorios telefónicos que había repartido y porque no había más qué hacer. Me senté en la barra, Dame un guarito sencillo, le dije al Gordo Ceballos que me lo sirvió de una y de una me lo mandé y sentí el escalofrío desde el huesito de la alegría hasta la coronilla y agaché la cabeza mientras me chupaba un casco de naranja. Cuando alcé la cara lo primero que vi fue los zapatos de Chepe Molina, frente a mí. Abrí y cerré los ojos y ahí estaban todavía, patenticos. Voltié la cabeza y le pedí un trago doble al Gordo, tratando de recordar qué le podía haber quedado debiendo yo a Chepe para que se me viniera a aparecer a estas alturas, acordándome del negro Chumbimbo que después de matado siguió rondando por el barrio, apareciéndoseles a los que le caían mal y a los que le habían quedado debiendo plata y también a los que lo habían matado. Pero yo a Chepe no le debía nada. Tal vez era una de esas charlas pesadas tuyas. Eso no se le hace a un amigo, Chepe, pensé, Madurá aunque sea después de muerto.

Me mandé el trago y con la fuerza del guarapazo me animé a darles la cara a los zapatos que tenía al frente. ¿Sí serían verdes?, me pregunté varias veces. ¿Sí serían estos mismos?, me volví a preguntar bregando a convencerme de que no. Los reparé un ratico y empecé a subir despacio la mirada por unos bluyines negros, *levis* originales, nuevos aunque con dos pequeños rotos remendados en unos muslos flacos que no podían ser los de Chepe, cosa que me tranquilizó, y seguí subiendo por una camiseta verde con el muñequito de *polo* horquetiado en el caballo, levantando ese palo que nunca le pega a nada, original también porque el muñequito no era pintado sino bordado, y más arriba una chaqueta *dísel* gorda y negra abierta en el pecho, que hacía ver más cuajo al fulano enclenque, una chaqueta de puro cuero de verdad, solo que con un parche de un cuero más oscuro y más barato en el hombro, del tamaño de una moneda de cincuenta. Y arriba, la cara del muchacho: moreno, carirredondo y un poco trompón, churrusco, con el pelo apelmazado como si se lo hubieran untado en la cabeza, con unos ojos cafés y chiquitos que chispiaban cada que hablaba. Esa cara no es para esa ropa, pensé, y seguí mirando al tipo ahí estirado todo lo largo que era sobre la silla que se veía más chiquita de lo normal, recostado sobre el espaldar con las manos cruzadas en la nuca como cuando uno se tira en la manga a mirar pa'riba. No le falta sino el espartillo en la boca, pensé. Y hablaba y se reía con los amigos como si de verdad estuviera tirado en una manga, sin problemas en el mundo. Yo cuando veo a esa gente sin problemas en el mundo o me tranquilizo o me da rabia, depende del momento. Pero esa noche me tranquilicé.

Aprovechando que el muchacho ni se había inmutado, volví a repararle los zapatos. Eran unos apaches, de esos que apenas se habían empezado a usar cuando Chepe empezó a usarlos después de que don Efrem los puso de moda, porque Chepe siempre copiaba al jefe. Pero ahora ese estilo ya no era tan escaso, los habían perratiado y los vendían chiviados en el centro comercial Villaplaza, no de ese mismo cuero pero sí de uno parecido que ni cuero era. Aquí no es sino que salga algo fino y que pegue y no esperan a que salga y ya lo tienen piratiado, como esa fábrica de relojes *casio* que hay en La Romelia que tiene el lema *Relojes casio: mejores que los casio*. Pero a la

legua se veía que estos eran de los auténticos, puro cuero de culebra. Lo que esos zapatos valían no me lo alcanzaría a ganar yo en un año entero repartiendo directorios telefónicos por todo el país. Eran de esos sin cordones que se ponen y se sacan de una, como decir unas chanclas tapadas por todos lados, pero elegantes, tirando a puntudos aunque no del todo porque adelante terminaban redondos, y la parte con la que uno chuta era más oscura, con un borde levantado como una murallita y escamas que brillaban, en la suela tenían tachas como de guayos pero no chuzudos sino redondos porque no eran guayos. Si yo no hubiera estado tan convencido de que eran tan bonitos como todo el mundo decía, me hubieran parecido feos. Chimbas sí eran, por lo raros, pero bonitos ni poquito. El muchacho se los había puesto sin medias, porque así se los tenía que poner uno si tenía con qué tener unos de esos. ¡Ponerse unos zapatos sin medias en Villalinda! Eso antes no se veía por estos lados, eso era de gente sucia o pobre, de gamines o jipis, de gente baja, hasta que don Efrem empezó a usarlos y la gente empezó a verles la gracia. Estaba enchusado pensando en esas cosas cuando oí la voz.

—¿Le gustan?

Levanté la cabeza y ahí estaba el moreno trompón mirándome. Me hice el que no era conmigo porque tampoco era para que fuera a creer que yo era de los que van por ahí mostrando hambre por unos zapatos ajenos. ¿Qué?, ¡oigan a este!, yo estoy aquí pensando en mis cosas, pensé contestarle, pero no dije eso porque le vi cara de tranquilo.

—Sí, están muy bacanos, raritos... chimbitas —respondí en son de amistad.

—Son franceses —dijo el muchacho—, me los trajeron de la *usa*.

—Qué bien —le dije—, ahí mismo se ve que no son de los que se consiguen por aquí.

El larguirucho se sonrió y me levantó el dedo gordo con la mano empuñada.

—En la buena —le contesté.

De una me voltié hacia el Gordo Ceballos que estaba limpiando un vaso detrás del mostrador y le pedí un trago en voz alta, con seguridad, como si fuera un cliente fijo que pasa todas las noches por el negocio después del

trabajo y se toma su medicita de aguardiente antes de irse pa'la casa. Al rato los amigos que estaban con el muchacho se fueron y dejaron unos billetes sobre la mesa. El moreno trompón los contó, sacó la billetera, contó los que tenía en ella, hizo cuentas en la cabeza y pidió otra cerveza.

En ese momento entraron tres vallenateros todos contentos. Pusieron el acordeón y la caja sobre la mesa, y un negro fornido con una guacharaca en la mano que parecía el que mandaba le gritó al Gordo levantando la mano, Eche, viejo Goddo, danos una botella de ron y pon la canción esa de *Yo adivino el palpadeo de la luce que a lo lejo*. El Gordo, que se notaba que los conocía, contestó amable, Ya voy, mijo, y al ratico les puso la canción.

Hice mis cuentas y pedí otro aguardiente. El moreno trompón se paró y salió para el baño con los pasos desgüaletados y a la vez orgullosos de un hombre que camina como le da la gana porque sabe que lleva buena pinta. Para sacarme los zapatos de la cabeza me puse a atisbar a la pelada que atendía en el puesto de chance, afuera del negocio. Pero solo le alcanzaba a ver la espalda descubierta y el pelo teñido de mono recogido en una moña.

—¿Qué número le hago, mi amor? —le estaba preguntando al cliente que tenía parado al frente.

Era un trigueño carepuntado que no hacía sino mirarle el escote.

—El tres veintisiete por la lotería de Villalinda, mamacita.

—¿Derecho?

—Quinientos derecho y quinientos con cuña y combinado —contestó el tipo pegándose lo más que podía al cajón de madera donde atendía la muchacha—. Y si me lo gano la invito a pasiar, mi amor. ¿Usted se deja invitar?

—No, gracias —dijo ella seria, sin mirarlo, anotando en la hojita del talonario—. Yo ya tengo quién me invite. —Terminó de escribir, arrancó la hoja y se la estiró al tipo sin mirarlo—: Y no tiene que esperar a ganarse un chance para invitarme.

El tipo arrugó la cara ofendido y le recibió el papel de mala gana.

—No, pues tan picada esta peliteñida —le dijo y se fue refunfuñando.

—¡Peliteñida y todo y ahí estabas soltando baba mirándome el escote, degenerado! —gritó la muchacha y el tipo empezó a andar más rápido

haciéndose el que no era con él.

En esas el moreno trompón salió del orinal y en el camino a la mesa trastabilló varias veces. Está prendido, pensé, y me iba a parar cuando sentí que el piso se me movía, Y yo también, me dije y volví a sentarme. La chancera entró con una bolsa de monedas en la mano y se recostó en el borde de la barra, al lado mío, sin determinarme, como si yo fuera el Hombre Invisible.

—Gordis, aquí hay tres mil para que me cambie. ¿Le sirven?

El Gordo recibió las monedas, las desparramó sobre el mostrador y empezó a contarlas mientras yo la miraba a ella, que miraba a ratos al Gordo y a ratos hacia el puesto que había dejado solo. Era alta y acuerpada, tenía la boca carnososa con un lunar encima del labio, la piel suavcita, como recién hecha, y daban ganas de morderla de una. El Gordo acabó de contar, guardó las monedas y le dio tres billetes. La muchacha volvió a su puesto con la cabeza levantada, acostumbrada a que la miraran un mundo de hombres que no le importaban. *Altiva y soberbia cual diosa pagana pasaste a mi lado mostrando el rencor*, me acordé de la canción mientras le miraba las nalgas grandes forradas en unos pantalones *rdj*, de esos que hacían ver buena a cualquier mujer, pero que ella no necesitaba porque esas caderas se defendían solas. Además se veía que eran *rdj* chiviados. Se sentó frente al cajón y me quedé un rato viéndole el pedazo de la espalda descubierta. Cuando voltié me encontré con la mirada del moreno, que también la había estado mirando.

—Está como buena, ¿cierto? —me dijo.

—¿Que si qué? Más buena pa'onde —le contesté y salí pa'l baño.

Cuando volví el moreno movió la cabeza arriba y abajo sonriéndose.

—Pero es muy seria —dije señalando a la chancera con la cumbamba.

—Esas son las mejores. Lo que hay es que saber caerles —dijo como si tuviera tremenda experiencia.

—Lo que hay es que tener moto, esas chanceras son muy gasolineras —le dije sin saber si el tipo tenía moto— o buena pinta y plata —y miré susquiniado los zapatos.

El pelao se rio.

—O buen verbo —dijo.

Cuando fui a sentarme había un gordo más gordo que el Gordo Ceballos ocupando mi puesto. Me acerqué para decirle Permiso que ahí estaba yo, pero le vi la cara maluca, el hablado duro, las cadenas de oro en el cuello y el carriel sobre el mostrador y supe que era de esos a los que no se les puede hablar, entonces no dije nada sino que saqué la copa de guaro por un ladito y me quedé parado con ella en la mano. El moreno trompón me hizo señas para que me sentara en su mesa y yo fui, y ahí fue que nos pusimos a conversar. Se llamaba Yovani, Con ye no con ge, me aclaró, y vivía por la calle Cuarenta arriba, yendo para el hospital, que es una zona ni buena ni mala, ahí más o menos, y resultó que era amigo de un amigo mío y habíamos estado varias veces en los mismos lugares en el mismo momento sin habernos visto. Hablamos un mundo, ya ni me acuerdo de qué, de todo debió haber sido, pero lo que sí recuerdo es que yo no podía dejar de mirarle los pies y no quiere decir que no le parara bolas sino que a la vez que lo escuchaba o decía mis cosas estaba pensando en Chepe. Él como que se dio cuenta porque dejó de sentirse orgulloso y se puso incómodo hasta que se quedó callado de un momento a otro. Caí en cuenta y me dio vergüenza.

—Discúlpeme, hermano, pero es que veo esos zapatos y no puedo dejar de ver a un amigo que mataron hace dos meses.

Yovani se puso serio, amagó con esconder los pies bajo la silla y se hizo el bobo.

—Ve, qué tan raro. Demás que había comprado unos igualitos. Estos son escasitos pero no son los únicos —dijo y se volvió hacia el Gordo, que andaba en el equipo de sonido, y le hizo el signo de la victoria para pedirle dos tragos. Luego volvió a mí—: ¿Otro güarito?

El Gordo puso *Era más blanda que el agua, que el agua blanda, era más fresca que el río, naranjo en flor*, y vino hasta donde nosotros apuntando con la puntica de la manguerita adaptada con un corcho de caucho a la boca de la botella y sirvió las copas disparando con una medida automática de su mano especializada en servir. Yovani levantó la copa, brindamos y nos mandamos el trago. Seguimos hablando encarretados hasta que el Gordo apagó la música y gritó pa'todo el mundo Bueno, me van cancelando porque ya es la una y tengo que cerrar. Juntamos entre los dos lo que nos quedaba de plata y

contando monedas ajustamos los dos mil pesos que valía media de aguardiente para llevar. A mí sí me extrañó que un tipo con esa ropa estuviera haciendo fuerza para gastar, pero no le paré bolas al asunto y nos fuimos tambaleantes a sentarnos en las bancas duras del parque. Ahí echamos carreta otro rato y era como si nos conociéramos de siempre y, ya todos prendidos sentimos ese cariño que uno tiene guardado para todo el mundo pero que solo le sale borracho con el primero que se encuentra, al que le figuró, así como a veces lo que le toca al que uno se encuentra es la rabia. De un momento a otro Yovani se miró los zapatos, pensativo:

—Le voy a decir la verdad, hermano, porque usted y yo ya somos amigos y entre amigos no nos podemos mentir —dijo sin levantar la cabeza.

No le contesté nada y me quedé también mirando los zapatos.

—Estos zapatos no me los trajeron de la *usa*. —Y se quedó esperando a ver yo qué decía. No dije nada—. Ni los compré en un almacén.

Como no reaccioné sino que me quedé con la mirada fija en las escamitas brillantes, me miró desde arriba y habló serio.

—Estos son los de su amigo.

2

TERMINÁ AL MENOS UNA HISTORIA

Chepe era feliz dejándolo a uno con la expectativa, para hacerse el interesante y tener a la gente ahí pendiente de él. Yo creo que lo que más le gustaba en la vida, más que la plata y la ropa y no hacer nada, era ser el centro de atención. Y lo lograba porque cualquiera le paraba bolas cuando aparecía con su contentura guapachosa, en esa moto como de señorita, porque no tenía una *teté quinientos* de las grandes a las que se les disparaba el cran ni una *calimátik* ni una *monochok* ni siquiera una *deté cien* o alguna aparentosa, sino una moto bajita y gordita, de muchacha mimada, en la que llegaba a todos lados muerto de risa y se bajaba con su andado aliñado, la espalda tiesa y mirando al frente, sus *levis* o sus *babú* o sus *sergiovalente* y sus camisetitas *lacós* o *polo* o *tenis*, a veces con camisas finas que se pasaban de elegantes y que se ponía por fuera aunque eran para usar metidas dentro del pantalón. La ropa siempre recién planchadita, a toda hora nueva, siempre él como recién bañado, llegaba a pedir sus canciones, Musiquita americana movidita, decía, o algún tema salsero o las de Maicol Yacson con las que hacía ese paso de caminar para atrás como si estuviera caminando para adelante y la gente se totiaba de la risa porque se ve muy gracioso un gordito haciendo un paso para flacos, y cuando estaba menos alebrestado hacía poner *Sale el sol y no estás a mi lado*, *vivo desesperado esperando tu amor*, o cualquiera otra de despecho contenido, y en esos momentos me parecía verle una tristeza escondida por allá en lo último de él, que tapaba con capas y capas de guachafita y modas y

billete, se me ocurre a mí, porque no es que alguien lo hubiera visto alguna vez triste o que tuviera algún sentimiento. A toda hora en fiestas, rodeado de peladas bonitas, y aunque no metía nada era como si estuviera enfarrado. Si en la fiesta estaban aspirando perico él volía mandíbula como embalado, si estaban tomando trago él se tambaleaba como prendido, si fumaban marihuana hablaba lento como trabado y si se estaban metiendo de todo se comportaba como si se hubiera metido de todo aunque nunca desgaleado y siempre oliendo bueno. Igualito al ambiente donde estaba. Si andaba con los lavaperros de don Efrem, que hablaban gritado y aplaudían duro y le pegaban a la mesa con el vaso para llamar al mesero, él hacía eso, pero si estaba en el Centro Cultural La Nave, donde lo conocí, hablaba reposado y hacía todo con decencia. La Nave era un negocio de unos muchachos de La Morada, al lado de mi barrio, un café con el ambiente más bien callado, donde ponían canciones larguísimas sin cantantes, y yo iba allá porque los pelaos que lo montaron eran gente tranquila, todos culturales, y uno podía tomarse una gaseosa en toda la tarde sin que nadie dijera Quiubo pues, vino a calentar silla ¿o qué? Vea que lleva dos horas ahí con una gaseosa. No, los de La Nave lo trataban a uno respetándolo aunque uno no fuera nadie, hablaban pasito y jugaban ajedrez. A Chepe le gustaban el ajedrez y las películas interesantes que ponían en una sala grande, porque él se autodenominaba un mafioso culto, eso decía, aunque no era ni mafioso ni culto, lo que pasa es que le gustaba estar untado de todo lo que diera prestigio. Yo me aburría allá cuando los muchachos arrancaban a hablar de cosas importantes de libros que yo no conocía, pero Chepe, que tampoco se los había leído, siempre tenía algo que decir como si se los hubiera leído y los muchachos lo escuchaban interesados. Estaba tan convencido de que sabía lo que no sabía que terminaba sabiendo. Algunos a los que les caía mal decían que era un chicanero aletoso y un convencido, como le dijo la otra vez una pelada que no se lo tragaba, Vos no sos sino apariencias, y él la miró muerto de la risa, Sí, mi amor, pa'lo que hay que ver debajo de las apariencias, mejor así. Convencido sí era, pero a mí no me choca una persona convencida siempre y cuando sea querida conmigo. Un convencido amigo es hasta bueno porque uno se termina convenciendo de que es como él y se siente más uno mismo.

Por eso me cayó bien, porque con toda su presencia y su parafernalia fue él el que se me acercó una tarde en que estaba yo sentado oyendo sin oír la música sin letra, mirando nada, pensando en los huevos del gallo con un tinto en la mano, cuando oigo que me dicen:

—Muy bacano el buzo.

Volteé y lo vi al frente mío, la barba de candao que se dejaba a veces, una camisa de chalis con una palmera y unos *babú* apretados. Yo lo había visto ya varias veces pero me extrañó que me hablara.

—¿Dónde lo consiguió? —Miraba admirado, con interés de verdad.

Me miré el buzo para comprobar que fuera bonito y que el man no se estuviera burlando. Lo había armado mi mamá con uno horrible que me mandó la tía Chelo de *nuevayor*, blanco, con un Papá Noel gigante lleno de lentejuelas que ocupaba todo el pecho y un letrero dorado de *mericrismas*. Mi mamá, viendo que el buzo era muy lindo si no fuera por las lentejuelas y el trineo, se consiguió una tela blanca parecida, cortó el pedazo del Papá Noel, lo reemplazó por la tela que había conseguido y le pegó retazos de varios colores en forma de triángulos y rombos y cuadrados y al final quedó un buzo todo moderno, rarito, como de *butic*.

—Me lo hizo mi mamá —le dije.

Chepe abrió los ojos sorprendido.

—Pero su mamá es una tesa.

En ese momento me di cuenta de lo bacano que era el buzo, pensé en mi mamá y yo también me sentí un poco teso por ser hijo de ella. Chepe me preguntó que si era modista y le dije que más o menos, que sobre todo hacía arreglos, y me dijo que si le podía dar el dato porque él a cada rato necesitaba que le cogieran ruedo a un pantalón o que le ajustaran la pretina o que le entubaran la bota o que le arreglaran el cuello de una camisa y que no había encontrado quién le hiciera bien esas cosas, que le dañaban la ropa, y yo le dije que le iba a preguntar a ella y Chepe se sentó y nos pusimos a conversar. Aunque más que conversar era él el que hablaba siempre, contaba historias que lo dejaban a uno boquiabierto o lo hacían morir de la risa. Luego empezó a ir a mi casa a llevarle a mi mamá ropa para que la arreglara y le daba el doble de lo que le pagaban los clientes del barrio. Tan querido y tan

amplio que es ese muchacho, decía mi cucha. Y ahí fue que nos empezamos a hacer amigos. Yo a la casa de él nunca fui, pero sabía dónde era porque varias veces pasamos por ahí y me decía Aquí vivo yo, aunque es un decir, porque casi no vengo.

Vivía por los lados de Versailles, un barrio de trabajadores de fábricas de confecciones y empleados de almacenes. El papá camelló toda la vida en Jaramillo Motors, un negocio de carros y motocicletas, en el centro de Villalinda, y la mamá siempre se quedó en la casa cuidando a los tres hijos: Jorge, el del escándalo con el taxista, que era medio vago y de vez en cuando conseguía trabajos de los que se salía o lo echaban a los días, Chepe y después Luz María, la menor, que estaba en cuarto de bachillerato en el Colegio Femenino Industrial.

Chepe no terminó el bachillerato porque desde pelao empezó a negociar por su cuenta y ya desde esa época mantenía su propia plata y se compraba su buena mecha. Antes de salirse de estudiar, trabajaba en las vacaciones como mensajero en el almacén donde atendía el papá, y ahí aprendió mucho de carros y de motos y empezó a comprar repuestos de cuenta de él donde sabía que los vendían más baratos para después vendérselos a los mismos clientes del negocio. En esas vueltas conoció a unos señores que robaban carros y vendían las partes todavía más favorables y se puso a negociar con ellos y le empezó a ir muy bien. Cuando tuvo buena plata le mandó a tirar plancha a la casa y construyó un apartamento en el segundo piso para que lo alquilaran y le quedara una entrada a la mamá. Eso de la plancha era un plan que tenía el papá hacía años y que nunca pudo hacer porque siempre había otros gastos. El cucho aceptó, achicopalado, con tal de que la familia progresara de alguna manera, me contó Chepe.

Por esa época fue que empezó a venderles repuestos a los lavaperros de los mafiosos y a hacerse amigo de ellos y a ir a sus fiestas. En esas parrandas fue conociendo a los duros de verdad, hasta que un día le presentaron a don Efrem y terminó camellando para él. Con el patrón casi no le tocaba trabajar sino hacer mandados pero no le importó porque en Villalinda daba más estatus y más plata ser mandadero de don Efrem que negociante independiente. Yo le pregunté que por qué se había conformado con hacer

mandados y no se había metido de verdad en el negocio para volverse un duro en serio, y me contestó riéndose, Es que yo con este despelote mío no sirvo para el crimen organizado. Pero en realidad era porque no servía para ninguno de los trabajos que volvían duro a un tipo. Era muy gallina y no servía para matar. Por eso don Efrem nunca le dio un cargo mejor.

El patrón le cogió aprecio por servicial y contento. Y porque le era útil para otras cosas. Como Chepe se andaba Villalinda de la seca a la meca a todas horas y hablaba con todo el mundo, sabía lo que se decía en las casas y en las tiendas y en los bares y en las calles, y le llevaba mucha información de primera mano al jefe. Por cada cosa importante que Chepe le contara y que don Efrem comprobara que era cierta, le daba una buena liga. Pero lo que más hacía era mandados, ir a recoger una plata a tal lugar, traer muchachas bien buenas, no importaba lo que cobraran, para una parranda. Por eso es que se mantenía con tanta pelada bonita. No es que se acostara con todas sino que se hacía amigo de ellas y les conseguía trabajos cobrándoles una comisión. Aunque a él le gustaba que lo vieran andando con ese nenerío por todas partes y que pensarán que se las comía a todas.

La otra función que tenía era conseguir gente con documento de identidad para retirar giros que mandaban de la *usa*. Cuando consignaban una plata grande le tocaba retirarla de a poquitos para que no se sospechara nada. Tenía una lista de pelaos y pelaítas de distintos barrios, que conocía en sus andanzas y que le ayudaban en la vuelta. Iba con el fulano o la fulana a la casa de giros, la persona reclamaba el billete que habían mandado a su nombre, se lo pasaba a Chepe y él le daba una liga, que en realidad no era muy grande. Incluso a muchas peladas las embolataba invitándolas a almorzar al parque Doménico, la zona rosa de Villalinda, donde todo era bonito, y muchas nenas aceptaban para sentir al menos por un ratico que estaban saliendo de pobres. A mí una vez me invitó a uno de esos restaurantes llenos de gente como de porcelana y vestida como él y me sentí viviendo en una propaganda de *cocacola*. No me amañé. Con lo que se pagaba un almuerzo allá uno almorzaría dos semanas seguidas en la plaza de mercado. Le dije que me quería ir porque la comida era muy poquita y tampoco es que fuera tan buena ni me parecía tanta cosa el ambiente.

—Es que vos sos demasiado chichipato para estos lugares —me dijo.

—¿Y qué? —le contesté levantando los hombros.

—Pero de todas maneras yo te estimo.

—¿Y si vos sos tan tantán qué hacés andando con chichipatos?

—Igual todos somos chichipatos. El mundo es una cadena de chichipatos detrás de cuatro o cinco duros de verdad. —Se quedó mirándome serio un ratico y de un momento a otro soltó una carcajada—. Pero vos estás en el nivel más bajo de la chichipatez.

—¿Y a vos qué te importa? —dije parándome de la mesa. Él sin dejar de reírse me dio palmaditas en el hombro.

La verdad es que Chepe andaba con gente chichipata para sentirse menos chichipato que lo que lo hacía sentir la gente de los ambientes de don Efrem. Se desquitaba con los que se dejaban. Una vez me tocó verlo braviar a unos pelaítos que salían del Liceo de Varones. Yo iba a hacer una vuelta por esos lados y preciso pasaba Chepe en la motico cuando se le atravesaron tres muchachitos que iban recochando en bicicleta y casi lo hacen caer y él se bajó enloquecido, con la mano en la pretina, Se van a hacer quebrar o qué, malpariditos, y los pelaos se atortolaron y Chepe agarró a pata una de las ciclas y se volvió a montar a la moto echando chispas, Y la próxima vez los quiebro a ustedes uno por uno, y arrancó echando madres. Los pelaos se quedaron pálidos. No vio que yo lo había visto y por la tarde que me lo encontré en La Nave era el mismo de siempre, otro del de por la mañana, todo amable y decente.

Pero de las cosas más malucas que tenía era ese vicio de dejarlo a uno con la expectativa. Empezaba a contar una historia como si estuviera pasando ahí mismo y uno se emocionaba y sufría y cuando iba en el momento más espeluznante se hacía el que le había vibrado el bíper y decía que tenía que irse dejando la inquietud y muchas veces venía a acabar la historia al otro día o a la semana. Uno era con ganas de encontrarse a Chepe más que por verlo para que terminara de contar qué había acabado de pasar en esa parranda lujosa, con manes enfierrados y fajos de dólares y ropa de marcas finas y limusinas parqueadas afuera, en la que él estaba todo tranquilo cuando apareció un furgón repleto de manes más enfierrados que los que había en la

fiesta, vestidos de civil pero con brazaletes de la policía y se bajaron encañonando a todo el mundo y estaban filando al personal como para pasarlo al papayo y Chepe pensando Qué manera más güevona de colgar los guayos, mientras se tiraba en el suelo, cuando va llegando un camión del ejército lleno de soldados más armados que los que estaban más armados que los de la fiesta, y un capitán gritó Quiénes son los del operativo, identifíquense y los policías de civil apuntaron sus armas hacia los del ejército y los del ejército hacia los policías, y en ese momento Chepe recordó que había quedado de verse con nosequién y se tenía que ir.

A veces pasaba que uno se lo encontraba a los días y no terminaba la historia anterior sino que empezaba Imagínate lo que me pasó antenoche, estaba yo en una rumba en la Loma de los Pérez con unos duros del combo de Moncada y aparece una nena que no te imaginás, mona auténtica, alta, noventa sesenta noventa, ojos azules, piel café con leche, labios rojos a punto de reventarse y un escote inundado de pequitas dispersas por tremendos tetotones, mocita de un duro de Angosta, una modelo, la que les lleva las boletas de los ganadores al presentador de *Adivine el ritmo*, y que la vieja apenas vio a Chepe le sonrió emocionada como si hubiera descubierto algo que venía buscando toda la vida, se le arrimó cuando él estaba en la terraza mirando hacia la piscina y le puso conversa mientras los guardaespaldas del duro de Angosta miraban de reojo y Chepe no podía dejar de ver ese escote y esa boca sonriéndole a él nomás, pero mejor se hizo el que lo llamaron de otro lado porque eso sí era jugar con candela. La cosa es que a donde él iba ella aparecía haciéndole caritas. No se justifica arriesgarse tanto, pensaba Chepe viendo al duro por allá al fondo entretenido con otros duros, pero a la vez pensaba Cómo va a perder uno una oportunidad de estas. Y yo claro que creía que una modelo de las que salen en televisión pudiera pararle bolas a Chepe, porque primero que todo esas viejas que andan con los mandamases se aburren y buscan gente joven, alegre, bacana, y porque Chepe era un tipo que sabía entrarles a las hembras con su presencia y sus *cheviñón* y sus *ribuk*, porque él fue de los primeros que usaron *ribuk* en Villalinda, de bota y bajitos, de distintos estilos, antes de que también los perratieran, y además con esa labia y ese modo de ser tan entrón y agradable, así fuera bajito y

gordito. Pero en un momento de la noche decidió que mejor no se iba a meter en problemas y se hizo el bobo y se le perdió a la nena, hasta que al rato le dieron ganas de entrar al baño, una pieza gigante construida alrededor de un árbol, en la que uno orinaba con las ramas tocándole la cara, y apenas iba a cerrar la puerta cuando la vieja se le metió y lo agarró del cuello y le dio tremendo beso con esos labios abollonados y húmedos y de una le mandó la mano al bulto. ¿Y vos qué hiciste, Chepe? Luego te cuento porque tengo que ir ya mismo por unos dólares, y se quedaba uno con la superretrochimba y él encerrados en el baño y los guardaespaldas rondando afuera y el duro de Angosta preguntando Qué se hizo Vanesa.

Así era con todo, incluso con las cosas más importantes de su vida, como el hecho de que lo fueran a matar. Cuando le dijeron que se cuidara porque lo pensaban pasar al papayo, hacía chistes sobre eso y la gente no sabía si era verdad o era en charla.

Al primero que se lo dijeron fue a Jorge. Una noche se estaba tomando una cerveza en El Cielo cuando un man se le arrimó, Oiga, dígame a su hermano que se cuide, que está abriendo mucho la boca y jugando con candela. Jorge salió despavorido a advertirle y Chepe dizque se murió de la risa y después volvió ese asunto una joda y a veces en medio de las parrandas o en algún negocio donde había gente que sabía del rumor decía a las carcajadas Hágame el favor y me pone la ranchera de Lucio Vásquez, que ese disco me sale. Como la ranchera cuenta que a Lucio lo mataron a balazos por una joven que amaba, después de muerto mucha gente empezó a decir que había sido un lío de faldas. Pero todo eran puras falsas pistas que él dejaba para hacerse el interesante, el misterioso. Y yo digo, uno después de muerto pa' qué misterios.

Otros decían que lo había mandado a matar Moncada, cuando recién empezaba la guerra dura contra don Efrem. Moncada supo que Chepe se había hecho amigo de gente cercana a él y que en medio de charla y charla y fiesta y fiesta iba anotando cosas y se las sapiaba a su enemigo. También decían que se había metido en un negocio grande con un prestamista que era muy bravo y le había quedado mal. Hasta decían que había sido el mismo don Efrem, porque Chepe ya sabía muchas cosas de él.

El caso es que dos meses después de muerto nadie sabía a ciencia cierta quién lo había matado ni por qué.

3

TAPAR LOS ROTICOS

Cuando Yovani me salió con que los zapatos que tenía eran los de Chepe dejé de mirar las escamas brillantes y de una voltié a mirarlo, asustado, como si me hubiera cogido cortico así hubiera estado pensando todo el tiempo en eso, porque una cosa es llamar al diablo y otra es verlo llegar.

—¿Qué?!

Tuve que haber puesto tremenda cara de terror porque él se achicopaló con un gesto que era a la vez de haberla cagado diciendo algo que no debería decir y de no entender que alguien le pudiera parar tantas bolas a un muerto de hacía varias semanas. Habló pasito, como sin querer pero sintiendo que tenía que decir algo mientras pensaba cómo arreglarla.

—Que demás que estos sí son los zapatos de su amigo.

Salté de la silla y me le puse al frente apuntándole con el dedo.

—¿Cómo así?

—Espere, espérese un momentico. —Levantó la cabeza y estiró la mano con la palma abierta—. Pero yo no lo maté. Yo ni sé quién era su amigo.

Me encorvé hacia él y le acerqué la cara.

—¿Y entonces?

—Y tampoco es que esté seguro de que sean los de él. —Bajó la vista hacia los zapatos—. Pero demás que sí son, porque yo creo que como estos zapatos no hay dos pares por acá.

El griterío de un combo de hinchas del Atlético Villalinda que pasaban

borrachos boliando banderas no lo dejó seguir. Entre los últimos del grupo venía la chancera de El Cielo, abrazada a un macancán con la camiseta del equipo y unos bluyines *leclí* desteñidos, culebriando con una botella de aguardiente en la mano. Nos quedamos viendo cruzar el escándalo que no dejaba hablar. Cuando se empezaron a alejar voltié hacia Yovani y me encontré con un gesto de niño regañado y una mirada buena, sin nada maluco detrás. Eso me tranquilizó, me volví a sentar y nos quedamos callados otro rato mirando las nalgas bamboleantes forradas por los *rdj* de la chancera que se iban achiquitando al fondo del parque.

—¿Y entonces usted de dónde los sacó? —le pregunté ya calmado.

Curvió la boca en una sonrisa chiquita.

—Yo le digo, pero primero pásame la botella.

Le entregué la botella y se mandó un trago. Se limpió con la manga de la *dísel* unas goteras que le quedaron en el borde del labio y me acuerdo que lo hizo tan brusco que se rayó un poquito la cara con el reloj.

—Me los vendió don Rogelio.

—¿Cuál don Rogelio?

—¿Usted no conoce a don Rogelio?

Eché cabeza pero no di con ese nombre.

—El que vende oro y chécheres y lotes de tierra y de todo y que también es comisionista, que se mantiene aquí en el parque cambalachando relojes con los viejitos.

Caí en cuenta de quién hablaba, aunque el tipo que ubiqué en mi cabeza no me daba con ese nombre.

—Cambalache —dije rápido y en el mismo momento dudé de que sí fuera—. ¿Es que Cambalache se llama don Rogelio?

—¿Es que a don Rogelio le dicen Cambalache?

—Si estamos hablando del mismo, sí.

—Demás que es el mismo. Uno al que le volaron una oreja de un machetazo en una pelea de gallos.

—Sí, ese es —dije ya sin dudas y volví al asunto—. Pero ¿qué hacía Cambalache con los zapatos de mi amigo?

—Es que él además vende ropa de muerto. ¿Usted no sabía?

—¡¿Cómo así?!

Tuve que haber puesto tremenda cara de interés porque Yovani se paró animado, dio unos pasos adelante para que lo viera de cuerpo entero y empezó a hablar modelando la ropa.

—¿Ve esta chimba de *levis*? —Señaló los dos remiendos de los muslos—. Yo le mandé poner estos parches en los roticos de las balas y no se notan casi. ¿Y esta *polo*? —Y señaló dos puntos en la camiseta en los que la tela era de un color más clarito—. Le mandé bordar los huequitos y pille que si no le digo usted no se da cuenta. Y a esta *dísel* —se quitó la chaqueta gorda— me le pusieron este remiendo que parece del diseño original. ¿Sí pilla? —terminó mirándome orgulloso.

Le detallé la pinta completa. Así tuviera la misma ropa ya no era el muchacho trompón que yo había visto como un riquito rebelde al principio de la noche. Ahora era un pelao como yo, que se había hecho su buena pinta. Pero tampoco era tan como yo, porque tenía esa buena pinta que yo no tenía. Así no se la hubieran mandado de la *usa* ni la hubiera comprado en un almacén. No es lo mismo uno pararse a hablar con alguien teniendo puestos unos bluyines *carré* de esos baratos que venden en almacenes Paratodos, que uno pararse a hablar metido en unos *levis* auténticos. Así los haya conseguido como los haya conseguido. El que los tiene por algo los tiene y listo.

—¿Cuánto le pone a esta pinta completa con zapatos y todo en un almacén? —me preguntó con esa manera que tenemos en Villalinda de chicaniar con las cosas más caras para sentirnos superiores y con lo baratas que las conseguimos para sentirnos más avispados.

Aunque me interesaba no supe qué decir, la cabeza no me daba para hacer cuentas porque estaba prendido y porque todavía me retumbaba, aunque cada vez menos fuerte, la pregunta de quién mató a Chepe. Pero Yovani siguió emocionado.

—¿Cuánto le pone? —Como no contesté él se contestó—: Mínimo ciento veinte mil pesos, ¿sí o qué? Tres meses de trabajo de mi cucha.

A medida que hablaba sus zapatos eran cada vez menos los de Chepe aunque fueran los de Chepe y cada vez más los de Yovani aunque no fueran de él.

—¿Y sabe en cuánto me salió con don Rogelio?

Seguí callado viendo la imagen de Chepe desvanecerse mientras aparecía la de mi cuerpo vestido de pies a cabeza con pintas como las de él.

—¿Y sabe en cuánto me salió? —repitió.

—No, ni idea.

—Póngale.

—¿Por ahí ochenta mil? —contesté por decir alguna cifra alta, cualquiera que fuera, porque para mí después de treinta mil pesos todas las cifras eran lo mismo de grandes.

—No, más barato.

—¿Sesenta mil?

Se acercó y me arrimó la cara con una sonrisa misteriosa como si me fuera a decir un secreto que nos iba a organizar la vida.

—No, parceró, ¿sabe en cuánto? En cincuenta. Y pagando en diez cuotas semanales.

—¡¿Y a cuotas?! —casi grité.

Tuve que haber puesto tremenda cara de sorpresa y emoción porque me miró con los ojos alumbrándole y un gesto de hermano, de socio de vueltas, de compañero de causa.

—¿Sí ve que sí se puede? —Dio una vuelta mostrándome otra vez la pinta.

Me vi con ropa como esa, andando por la calle, hablando con las peladas, comprándole chance a la chancera y dejándole la devuelta.

—Lo único es que hay que ser muy cumplido con los pagos —dijo y volvió a sentarse a mi lado— porque uno se retrasa y ya tiene problemas con don Rogelio, que es muy jodido. Mejor dicho: usted no paga y la ropa que compró se la terminan vendiendo a otro cliente, con dos muertos encima.

Me vio la cara de susto y bajó el tono para tranquilizarme. Me puso la mano en el hombro como un entrenador.

—Pero cinco mil a la semana se los levanta uno como sea. —Se pellizcó el pantalón en los muslos y levantó la tela—. Si no es por don Rogelio yo estaría usando los *carré* que me compra mi mamá.

Miré los *carré* que yo llevaba puestos. Simplones, sin gracia, de pobre.

—No jodás. ¿Y él tiene mucha ropa pa'la venta?

—La que va llegando, según los muertos, pero por estos días está entrando buen surtido.

Me imaginé pasando por la esquina de la casa con tremenda pinta y a los manes del barrio, alelados, viéndome pasar.

—Si le interesa yo hablo con don Rogelio, porque él esta línea de negocio no la tiene con todo el mundo, tiene que ser gente de confianza. Es un cruce que tiene con el man de la morgue.

—Home, sí, muy bueno mirar a ver si se puede. —Aparenté que no tenía mucho interés.

—Claro que se puede —me dijo pasándome la botella—. ¡Salud! —Y nos mandamos un trago.

Hablamos otro rato de cosas distintas, de peladas, del culo de la chancera de El Cielo y de las chanceras en general, mamacitas todas, y luego él me preguntó que quién era mi amigo el difunto y resulta que lo distinguía porque Chepe había estado en fiestas por la cuadra de Yovani, pero que nunca le había hablado porque le parecía muy creído. Luego volvimos al tema de Cambalache y dijo que me lo iba a presentar para que me hiciera yo también a una buena mecha. Quedamos de encontrarnos el sábado por la mañana ahí mismo en el parque. Cuando nos despedimos le miré los zapatos por última vez y ya el rastro de Chepe había desaparecido. Eran solo los zapatos del que los tuviera puestos. A esos zapatos no les importaba nadie.

4

USTED ME HACE ACORDAR DE MÍ

Casi no convenzo a mi mamá de que me consiguiera un préstamo en la natillera del barrio. Le tuve que inventar que tenía una entrevista de trabajo en el supermercado Paratodos, darle parte del préstamo para ajustar el arriendo de la casa y comprometerme a pagar sin falta en un mes. Pero al fin me consiguió la plata.

El sábado estuve puntual a la hora en que había quedado de verme con Yovani. El parque de día era otro parque, con niños revoloteando detrás de bombitas de jabón y viejos jubilados arreglando el mundo y el vendedor de algodones con su palo de ramas rosadas conversando con el señor inválido de los aviones de icopor y los angelitos de la fuente salpicando a los novios madrugadores y los *boyescouts* orgullosos con sus pañoletas en el cuello esperando a los que faltaban para irse a una acampada y las viejitas saliendo de misa, todo alumbrado con una luz suavcita del día apenas empezando a gastarse y la música saliendo desde uno de los negocios de la calle lateral *Qué bonito cuando te veo, ay, qué bonito cuando te siento, qué bonito pensar que estás aquí, junto a mí.* Yovani llegó a los diez minutos caminando rápido porque le había tocado ir a pagarle la cuota de un club a la mamá. Estaba todo contento.

—Vos te ves muy distinto sin estar borracho, como más de verdad —le dije apenas se me arrimó.

—Y usted se ve más chiquito. Era más grande borracho.

Tenía puesta una *lacós* original sin remiendos pero con un parchecito desteñido en el hombro y unos pantalones *bobibruks*, que no era la mejor marca pero que tampoco eran como los *carré* y que le quedaban un poco anchos. Me vio mirándole los pantalones.

—Estos no son de don Rogelio, los compré en las segundas de la fábrica donde trabaja mi mamá. La camiseta sí me la vendió él.

Empezamos a caminar hacia la calle lateral y mientras pasábamos por el lado de una filita de *boyescauts* que gritaba Patrulla Chacales, ua ua ua, Chacales siempre astutos, le solté una desconfiancita que me había quedado desde que se ofreció a ayudarme a comprar la ropa.

—¿Y usted por qué está tan interesado en que yo le compre la ropa a Cambalache?

—No, por nada... si quiere no la compra —dijo levantando los hombros, ofendido—. Yo es por hacerle el favor.

—¿Y es que él le paga comisión por los clientes que le lleva?

—Qué va a pagar comisión don Rogelio, como es de amarrado.

—¿Entonces por qué me quiere hacer el favor?

—Pues porque usted me cayó bien.

—¿Y solo por eso se madruga un sábado, sin conocerme casi, a presentarme a un señor que tampoco es amigo suyo?

—Pues por lo que le dije, porque usted me cayó bien —contestó impaciente.

En ese momento llegamos al semáforo de la esquina y mientras esperábamos que el peatonal cambiara pensó un ratico y luego me miró.

—Es que usted me hace acordar de mí.

Torcí la boca diciéndole que no entendía.

—No sé, yo lo veo parecido a mí —dijo y empezamos a cruzar la calle—. Se le ve que no se ha podido conseguir una pinta y que está cansado de ver a los otros y que nunca lo vean a usted... es como si me estuviera haciendo el favor a mí también.

—Ah, bueno —le dije y le creí porque no se le veía nada de malicia en la cara.

Llegamos al bar El Pueblo, al otro lado del parque, diagonal a El Cielo.

Esa era una cuadra llena de negocios con mesas sobre la acera, donde la gente se sentaba a tomar tinto o aromática o cerveza o aguardiente y a ver pasar a los otros y a los carros. Adentro del bar había un grupo de señores canosos y bien peinados, con las camisas sin una sola arruga metidas por dentro, locionados así uno no alcanzara a olerlos. Conversaban con el pecho inflado y mirando desde arriba, acostumbrados a estar orgullosos. El más alto, narizón y ojazul, estaba regañando a un muchacho que se acababa de arrimar a la mesa.

—Ve, este hijueputa sinvergüenza, bien alentado y dizque pidiendo. Andate a trabajar, malparido, como hacemos todos —dijo señalándolo con el dedo.

—¿Y dónde, viejo güevón? —gritó el muchacho y salió rápido, mirando feo.

—¡Ve, este aparecido tan alzado! —El narizón ojazul amagó con levantarse, pero el muchacho ya iba en la esquina.

—Ese no es de aquí del pueblo. —Un flaco calvo habló bajito dirigiéndose al narizón.

—Qué va a ser de aquí —siguió otro con cara de cura, el pelo lambido y la camisa abotonada hasta el cuello—, aquí limosneros no hay. Se están viniendo de otras partes.

—Ese hijueputa desorden hay que acabarlo de una vez. —El narizón ojazul estaba enojado—. Claro, como saben que en este municipio la gente es trabajadora y tiene su platica luchada se vienen a aprovechar y no falta el bobo que les da.

—Por eso es que se amañan —dijo el carecura.

—Esa sinvergüencería hay que acabarla. —El narizón ojazul golpeó la mesa con las manos abiertas.

En la mesa del frente había un tipo largo y flaco como un pitillo, estirado sobre la silla, mirando nada al otro lado de la calle mientras le daba sorbitos despaciosos a la copa de aguardiente, vestido de negro, con ojeras grandes y cara demacrada de vampiro emparrandado. Sobre su mesa había un maletín de niño de primaria y en la silla desocupada frente a él un paquete de panes de hamburguesa. Parecía hablando solo o recitando poemas mientras miraba

las ramas de los árboles allá al frente, en el parque.

Yovani y yo pasamos mirando por todas las mesas y entramos hacia los billares del fondo. Yo a Cambalache no es que lo conociera pero lo distinguía de tanto haberlo visto en calles y en negocios. Yovani se acercó al mostrador, al lado de un gordito con la cara hinchada y los ojos rojos de un guayabo que todavía era borrachera. El gordito se mandó un aguardiente doble mientras miraba extrañado al flaco que recitaba.

—Menos mal que hay gente peor que yo —dijo.

Detrás del mostrador estaba el tendero haciendo una suma larga en el reverso de un cartón de cigarrillos *royal*.

—¿Don Rogelio ha venido por aquí? —le preguntó Yovani

—Buenos días. Primero se saluda. —El tendero habló sin levantar la cabeza y siguió haciendo una cuenta con los dedos.

—Qué pena, buenos días, es que ando buscando a don Rogelio.

—Él estuvo aquí hasta hace un ratico. —El cantinero siguió con la cabeza clavada en el cartón de *royal* y señaló la puerta con el lapicero—. Debe de haber salido para donde Gloria.

Yovani le dio las gracias y cuando nos voltiamos para salir me quedé paralizado. Al lado del narizón había una muchacha alta, de pelo negro, los ojos azules como de ciega, la piel blanca casi transparente, delicada como para desbaratarse si uno la tocara, pero a la vez toda firme sobre el suelo. No parecía de carne y hueso. Haga de cuenta un hada de las de los cuentos pero sin las orejas puntudas. El narizón la tenía agarrada por el brazo.

—Esta es mi potranquita. Muy inteligente, está en sexto de bachilletato apenas con dieciséis y es la mejor del salón. ¿Cierto, hija?

La muchacha dijo que sí, incómoda entre tanto viejo, sin un solo cómplice, pensé, que la comprendiera y la acompañara, como yo. Yovani ya estaba saliendo y al verme atascado al lado del mostrador se devolvió.

—Vamos pues que se nos va don Rogelio.

No le contesté ni me moví. Miró a ver qué era lo que yo estaba mirando y me haló del brazo.

—Vamos, ¿vos es que te engorilaste o qué?

Me dejé llevar y al pasar al lado de los señores le alcancé a matar el ojo a

la muchacha y ella me contestó con una sonrisita tan disimulada que no parecía que me la hubiera hecho. Aunque no abrió los labios sentí que me había dicho telepáticamente Chao. Caminé un rato callado, feliz, flotando, mientras Yovani se me adelantaba dando zancadas.

—Esa hada es un ángel —dije pasito cuando voltiamos en la esquina.

—¿Qué?

—¿Viste a esa hermosura?

Yovani me miró con pesar y con cariño a la vez.

—Muy linda, pero a esa niñita mírela como si estuviera en una vitrina. Esas alturas no son para usted.

No le paré bolas porque la gente realista siempre dice cosas malucas aunque tenga buena intención. Y seguí con el eco del Chao del hada en la cabeza, que se fue mezclando con el chisporroteo de los buñuelos bamboleantes en las fritadoras de la calle de las cafeterías y el Siga siga del payaso en la acera de la Feria del Brasier y el tintineo de cucharitas contra pocillos en los bares de mitad de cuadra y el Se lo doy partido del aguacatero de la esquina y el taconeo de las mujeres cogidas del día y los pasos blanditos de los tenis de los que salían a trotar, y cuando llegamos al pasaje peatonal de Paratodos me pareció que las cosas que me entraban por los oídos eran nomás las distintas maneras de sonar que tenía el Chao de esa hada ajena.

Cruzamos el pasaje entre muchachas de faldas vaporosas y enguayabados buscando dónde seguir la beba hasta que llegamos a la carrera Trece, la segunda más ancha del pueblo, bajo el sol calientico y sano y con el aire fresco acariciando los cachetes en uno de esos días lindos de Villalinda. Dejamos la Trece, nos metimos por una calle lateral y entramos al barrio Las Hortensias. Y ahí me volvió a hablar.

—Por aquí es la tienda de doña Gloria, usted la debe de conocer.

—Ah, ¿para acá es que veníamos? —Caí en cuenta—. Pues claro que la conozco. Más que usted.

Cómo no iba a conocer la tienda de doña Gloria si allá me mantenía por la época en que trabajé de mensajero del consultorio odontológico del doctor Bernardo, en ese barrio de gente acomodada donde todas las casas tienen garaje porque casi todo el mundo tiene carro, y los que no, ponen en el garaje

un consultorio o una tienda, como doña Gloria. Todos los días después de salir del trabajo iba a tomarme un tinto. Era una tienda como cualquiera pero lo que la hacía distinta era doña Gloria, una mamá para todos los clientes. A mí por ejemplo me empezó a fiar sin yo pedírselo desde una vez que me vio contando monedas para pagarle el café. Tranquilo, mijo, dígame su nombre, le voy anotando y me paga en la quincena, me propuso sin conocerme. Era un local chiquito pero con todo, y nunca me pude explicar cómo podían haber tantas cosas en tan poco espacio sin que se vieran apeñuscadas. Uno entraba al garaje y a los cuatro pasos estaba la reja que separaba la parte del surtido de la de los clientes. Detrás había tres estanterías altas y largas con tarros de café, cuartos de chocolate, cajas de huevos, sopas de sobre, cubitos de caldo *magui*, pilas grandes y chiquitas, bolsitas de aliños, frascos de aceite, paquetes de arepas, tubinos de hilo, álbumes de caricaturas, cordones para zapatos, bolsas de mecato, cajas de triguisar, tacos de saltinas, esponjillas de alambre, papel de colores, chuspas de sal, ataos de panela, bolsas de minisigüí, pacas de cigarrillos, cartulinas, agujas capoteras, curitas, colbón, ringleras de cuadernos argollados y sin argollar, lapiceros, cajas de crayolas, cremas dentales, cepillos de dientes, desodorantes, talcos para los pies. Y más acá, contra la reja, un congelador lleno de gaseosas, yogures, cervezas y bolsas de leche y quesitos. Al fondo había una greca grande al lado de un pequeño lavaplatos y arriba una repisa metálica llena de pocillos barrigones de cerámica, con pinturas de flores coloridas, secándose al revés, y platicos que hacían juego con los pocillos y unas cucharitas metálicas para revolver el azúcar, todas con un agujero en la mitad para que no se las robaran. Lo que más me gustaba de la tienda, lo primero que veía al entrar, era la vitrina de lata niquelada con puertas de vidrio llena de papas rellenas y empanadas y chorizos y tortas de pescado. Cómo no me iba a acordar si fueron muchas las mecateadas que me metí allá mientras conversaba con doña Gloria. Me dio tremenda alegría saber que la iba a saludar después de tanto tiempo, porque cuando el doctor Bernardo cerró el consultorio por falta de clientes, aunque también dicen que se enmozó con la muchacha que le servía de asistente y que la esposa lo obligó a acabar con el negocio y se puso a trabajar en un hospital atendiendo cuatro pacientes por hora, yo me quedé sin trabajo y ya

no tenía nada que ir a hacer a un barrio como ese que no era el mío.

Iba con una sonrisa grande en la cara, imaginándome el saludo de doña Gloria, Quiubo, mijo, tiempo sin verlo, qué alegría, cuando al voltiar la esquina nos encontramos con un ambiente todo raro, esa cosa maluca que uno no sabe qué es pero que a la legua se siente jodida. Orillado en la acera había un *renol nueve* blanco, cajeteado, y detrás una moto grande sostenida en el gato. Nos fuimos acercando y oímos un vozarrón que retumbaba y golpes contra una lata. Sentado en la mesa de afuera de la tienda estaba un señor que yo había visto varias veces cuando me mantenía allá, delgado y bien vestido, con la elegancia un poco desgaleada del tipo pinchado que vive solo, ropa fina pero de cucho, una camisa *arturocalle*, pantalones de preses *albertoveocinco* y unos zapatos de charol mal lustrados. Estaba encogido y miraba asustado a un macancán de camiseta de manga sisa con un letrero que decía *Yesduit* en inglés y una cachucha con las hojitas de *adidas*, que lo miraba con ganas de matarlo mientras le pegaba puñetazos a la mesa metálica. Al otro lado había otro grandulón en bermudas con unos *ribuk* de bota y un buzo amarillo con el lobo de *fox*, que le agarró la cara al señor con su mano peluda y grande y le apretó la boca hasta que se le vieron los dientes. Pero el vozarrón que escuchamos desde la esquina no era de ninguno de los dos macancanes sino de otro que estaba detrás de ellos, un moreno barrigón con un hueco en el lugar en el que debería ir la oreja derecha, pelo cortico y lacio peinado de lado, con un lunar en el cachete, que si no fuera por la cara agria que tenía le habría dado un aire de señorita. Tenía una camisa barata desabotonada en los primeros botones y un lazo de oro colgándole del cuello, entreverado con los pelos churruscos que le salían del pecho. Era Cambalache gritando enojadísimo. Aunque no se veía que fuera enojo por una ofensa o algo, sino una rabia de pura costumbre, rabia por tener rabia.

—¿Y es que creés que me vas a robar o qué, malparido?

El señor asustado alcanzó a hablar con la boca apretada por la mano peluda.

—Pero, don Rogelio..., yo he sido muy cumplido... es que tuve un problema pero a mí no se me olvida...

—¡A mí que me importan sus problemas, maricón! Deme lo mío si no

quiere que lo encuentren en una manga con la boca llena de moscas.

Estábamos parados como dos casas antes de la tienda. Yo no quería moverme pero Yovani empezó a caminar y lo seguí. Entonces alcancé a ver en la mesa de adentro a una pareja de novios, pálidos, con la gaseosa a mitad de camino, mirando de reojo lo que les estaba pasando a todo el frente. Doña Gloria salía de atrás de la reja a la vez asustada y enojada y adolorida y caminó hacia Cambalache regañándolo.

—Ya déjelo, Rogelio, que él es muy buena gente. No hay derecho de que traten así a una persona. Además, hágame el favor de respetarme el negocio.

Cambalache voltió para contestar con cuatro piedras en la mano pero cuando vio el gesto de mamá enojada de doña Gloria se quedó callado, rojo de la ira y respiró grande con los puños apretados.

—Con todo respeto, doña Gloria, por favor no se meta que esto es entre varones y no quiero involucrar a nadie más.

Y se voltió de una hacia el señor asustado que se acariciaba la mejilla adolorida, con la cara lívida, los ojos bien abiertos de terror como si lo hubieran despertado de una pesadilla a una catástrofe.

—A vos no te va a salvar nadie. Y no creás que me voy a conmové porque doña Gloria te proteja.

Cambalache le hizo una seña a los orangutanes para que se retiraran. El de la camiseta de *Yesduit* dio un paso atrás y le pegó una palmada durísima en la cara al señor, antes de irse. Cambalache empezó a caminar hacia el carro. El de la mano grande agarró al señor del cuello, le dio un cabezazo en la nariz que hizo salir un borbotón de sangre, lo tiró como un bulto sobre el suelo y empezó a caminar detrás de Cambalache. Doña Gloria lo siguió unos pasos gritándole.

—¡Delincuente! ¡A ver si sos capaz de pegarme a mí!

Pero el tipo no le paró ni cinco de bolas sino que se miró el cuello de la camiseta que le había quedado chisgueteada de sangre.

—Ve, esta gonorrea me manchó la camisa.

Se devolvió y antes de que doña Gloria pudiera hacer algo le metió tres patadones al señor asustado que estaba en el piso, y salió refunfuñando.

—¡Desalmado! ¡¿A usted fue que no lo parió una mujer o qué?! —le gritó

doña Gloria, pero el tipo ya se estaba montando en la moto.

Los novios se pararon y junto con doña Gloria ayudaron a levantar al señor, todo turuleto. Cambalache ya se estaba montando en el *renol nueve* cuando Yovani corrió para alcanzarlo.

—¡Don Rogelio! ¡Don Rogelio!

Voltió malacaroso, con el demonio adentro y cuando reconoció a Yovani ya no hizo cara de rabia sino de fastidio. Yovani siguió hacia él como si nada hubiera pasado, casi contento de verlo. No le faltó sino la sonrisa. Cambalache se quedó parado con la puerta del carro abierta.

—A ver, qué se le perdió por aquí.

—Don Rogelio, vea, es que le traigo un cliente para lo de la ropa. — Yovani lo miró entusiasmado y me hizo un gesto para que me acercara—. Este amigo mío está interesado en comprarle una pinta.

Los orangutanes prendieron la moto pero no arrancaron y se quedaron pendientes a ver qué era lo que pasaba con nosotros. Me acerqué. Cambalache me miró como si fuera una plasta y les hizo un gesto a los de la moto para que se fueran. Los tipos arrancaron con tremendo estruendo y al pasar por el lado del jefe le hicieron una seña de todo bien, mirándonos desde arriba. Cambalache cerró la puerta de un golpe y voltió hacia Yovani.

—¿Cuál hijueputa ropa, home?

Yovani cogió con la punta de los dedos el parche desteñido de su *lacós*.

—Pues esta, don Rogelio.

Cambalache lo bravió para sacárselo de encima.

—Usted está atrasado en las cuotas. ¿Cuándo es que me va a pagar? O cree que yo soy una hijueputa institución de beneficencia.

—Pero yo ya me puse al día, don Rogelio, ¿no se acuerda? El día después de que me amenazó.

—Pero me quedó debiendo los intereses.

—Esos se los pago la otra semana.

Cambalache arrugó la frente y me señaló estirando la trompa.

—Y entonces cómo viene a traerme a este otro pelafustán si usted mismo no se ha puesto al día. Además ya no estoy negociando con eso porque el de la morgue está muy carero y no estoy para andar haciendo negocios

pichurrios con culicagados. Lo que necesito es que me cancele todo lo que me debe de una vez y no lo quiero volver a ver.

—Pero ¿cómo que todo de una vez, don Rogelio, si habíamos quedado en que yo le pagaba a cuotas?

Cambalache se volvió a poner rojo como cuando le estaba gritando al señor asustado.

—¡Cuáles cuotas, malparidito! Te doy hasta pasado mañana para que me traigás la plata si no querés que le consigamos cliente a esa ropa que tenés puesta, ¿oíste? —Zapatió duro en el suelo—. ¡Te abrís ya!

—Pero, don Rogelio...

Cambalache se metió al carro, cerró de un portazo y prendió el motor echando madres. Nosotros nos devolvimos por donde habíamos llegado. En la tienda, doña Gloria y la pareja le estaban dando sorbitos de agua al señor. Caminamos callados, despacio, con las manos en los bolsillos y Yovani empezó a patear una lata de cerveza.

—¡Ay juemama! —dije—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Frunció los labios y le dio otra patada a la lata. Entonces oímos el motor del carro que se acercaba por detrás y luego la voz estruendosa.

—¡Pelao!

Nos voltiamos asustados. Cambalache había sacado la cabeza por la ventanilla.

—Jajajaja. Tranquilo, pelao..., págueme como habíamos quedado... pero es pa' que vaya viendo cómo es conmigo cuando me faltan.

Metió la cabeza y arrancó con las llantas chirriando. Yovani me miró.

—¿Sí ves que no pasaba nada?

—Pues por ahora, pero yo con ese señor no hago un negocio ni por el verraco.

Voltiamos en la esquina, chuté la lata que había ido a parar al lado de un poste y después Yovani la alcanzó y le metió un zapatazo que la hizo rebotar contra un muro y espantó a un gato.

—¿Y la ropa? —me dijo—. ¿Entonces te vas a quedar sin mecha?

Yo me adelanté y de un puntazo metí la lata en una alcantarilla abierta.

—¿Y si vamos directamente a la morgue?

Yovani siguió caminando sin decir nada, pensativo. Al rato se paró en seco y se dio un golpe en la frente con la mano abierta.

—¡Ángela!

5

TODOS ESTAMOS MUERTOS

A través de la reja vimos el galpón cuadrado de la morgue, separado del hospital por casi media cuadra de manga alta y maleza con florecitas que crecían por todos lados sin que nadie las hubiera sembrado. Pero nosotros no entramos por ese lado sino por la parte trasera, porque después de que Yovani se pegó en la frente y dijo Ángela, salió caminado rápido y yo lo seguí dando zancadas mientras él me hablaba de una prima que había trabajado haciendo el aseo en el hospital. Entramos al Centro Comercial Villaplaza, cerca de la plaza de mercado, y fuimos directo a un local del fondo. La encontramos acomodándole unas gafas polarizadas a un tipo con pinta de ejecutivo, tieso como un palo mientras ella movía el pelo negro, alborotado, crespo y le decía que ese era el estilo que le iba con la personalidad. Ángela le pasó un espejo para que se mirara pero el tipo estaba más interesado en el escote de ella que en su propia imagen. Le devolvió el espejo y le dijo que iba a averiguar en otras partes y que si cualquier cosa volvía, Claro que sí, amiguito, por aquí estamos a la orden, le contestó Ángela y el tipo salió con pasos seguros y las manos en los bolsillos. Yovani se arrimó a la vitrina, Qué más, prima, tiempo sin verla, y ella contestó con una sonrisa de oreja a oreja y un hablado rápido y contentón, Y ese milagro primoooo, todo bien. Cómo va todo y cómo está la niña, preguntó Yovani. La niña está muy linda, muy avispada, la está cuidando mi mamá, y Yovani de una le dijo Venía a saludarla pero también para pedirle un favor porque necesitamos ir a la morgue y es a ver si usted

nos puede decir cómo hace uno para entrar allá estando vivo.

—¿Y ustedes para qué necesitan saber eso? —nos miró con desconfianza apretándose los labios abullonados con unos dientes grandes y parejos.

—Pa'una cosa —le contestó Yovani.

—Sí, pero ¿para qué cosa?

—Es que mi hermanita necesita averiguar unas cosas para una tarea de biología —dije viendo que Yovani no contestaba.

—¿Y por qué no vino ella a preguntarme?

—Es que tiene que cuidar a mi hermanito menor y además es muy penosa.

Ángela nos miró sin creer mucho pero como que no nos vio malas intenciones porque soltó un respiro exagerado, recostó los brazos en el mostrador y dijo que se necesitaba un permiso o la constancia de que uno estaba buscando un muerto propio. Le pregunté quién atendía allá, a ver si se podía hablar directamente con él porque mi hermanita necesitaba la tarea para pasado mañana y Ángela nos dijo que el encargado era un muchacho Juan, que tampoco es que fuera tan muchacho. Cuando dijo ese nombre los ojos se le abrieron y miró de reojo a Yovani, Es una persona muy especial, y nos contó que vivía en la casa de bahareque que había detrás de la morgue y como que se le despertó la nostalgia de chismes viejos porque empezó a detallarnos, emocionada, la historia de una pareja de campesinos que vivía en esa casita con su hijo desde que el terreno era una finca particular y que cuando lo vendieron para hacer el hospital el dueño puso la condición de que no podían sacar a los mayordomos de toda la vida y entonces el muchachito de los campesinos creció entre médicos y enfermeras a los que les hacía los mandados y que ya grande lo contrataron para cuidar la morgue y con los años se quedó como encargado de esa sección donde tenía más autoridad que el mismo director, y que era un tipo muy raro que a ella desde el primer momento en que lo vio le produjo curiosidad y miedo a la vez, y la historia estaba muy buena pero nosotros teníamos afán y Ángela seguía hablando y hablando y le tuvimos que decir Bueno, muchas gracias, después volvemos con más tiempito, y salimos dejándola con la palabra en la boca y cuando le dimos la espalda oímos que gritaba entre seria y charlando.

—Maleducados, despídanse al menos, desagradecidos. ¡Vienen a sacar de mí solo lo que les interesa y luego se van, como todos los hombres!

Nosotros ni voltiamos a mirar y salimos pitados para la morgue. Por eso fue que no entramos por el lado del hospital sino que lo bordeamos mirando por la reja y seguimos hasta la esquina y voltiamos por una cuadra donde se acababa la acera y seguía ya pura manga en medio de la cual había una casa de bahareque. Tenía un zaguán lleno de matas de maiamis y cuernos colgando del techo y sobre la baranda varios tarros de galletas con sembrados de novios y ojos de poeta y anturios. Las paredes de boñiga seca tenían tulundrones y el blanco de la cal se había puesto amarilloso pero se veía hasta bonito haciendo juego con la puerta verde y las ventanas de madera puestas a lado y lado como dos ojos cuadrados. Haga de cuenta una de esas casitas que uno dibujaba en la escuela, pero sin el bombillo arriba de la puerta y sin el caminito que va al río. Apenas nos acercamos oímos una voz ronca, un rugido como de catapila, regañando.

—¡Que vengás, es la última vez que te digo! ¡Este zumbambico si no sirve es pa'taco!

Nos miramos extrañados, toqué y con el primer golpe pararon los gritos. Después de un silencio oímos pasos arrastrándose despacio. Cuando se abrió la puerta apareció una señora chiquita, encorvada, peliblanca, de ojos azules y repleta de arrugas, con un saquito crema de flores verdes y amarillas. Nos miró extrañada aunque sin desconfianza, como tratando de recordar a unos nietos que hacía tiempo no veía.

—A la orden, mijitos —dijo toda dulce.

—Buenas, doña, ¿Juan está?

—Como para qué sería.

—Es que lo necesitamos para una cosa de una tarea.

—¿Y por qué no lo buscaron por el hospital?

—Es que por allá ponen mucho problema pa'entrar y lo necesitamos urgente porque es una tarea de mi hermanita y la necesita de afán —le dije acercándome con cara de ternero huérfano.

La viejita estiró la cabeza para vernos bien.

—Él ahora está muy ocupado.

Junté las manos y se las acerqué a la cara suplicando como si tuviera dolor de barriga.

—Por favor señora, insístale, mire que si mi hermanita no lleva esa tarea la echan de la escuela y pierde la beca que le dio el Municipio y nosotros no tenemos con qué pagar el estudio.

La señora puso cara de preocupación.

—Espérenme un momentico voy a ver qué dice. —Y salió para adentro de la casa dejando la puerta ajustada.

Escuchamos los pasos alejarse hasta el fondo y desde allá la voz de la viejita que gritaba.

—¡Juan!, ¿podés venir un momentico? —Era la misma voz de la catapila, pero ahora suave, de viejita querida.

Al momentico contestó una voz ronca, que venía de mucho más lejos.

—¡Que ya voy, mamá! ¿No le dije que estoy enredado con esta costura?

—Mire que no es para lo que le dije. Hay unos muchachos en la puerta que lo necesitan porque tienen una urgencia —gritó la viejita—. Hágales la caridad, ya que conmigo no se conmueve por nada.

—¡Ahh! —refunfuñó Juan por allá.

Oímos otra vez los pasos arrastrándose, luego apareció la viejita y nos preguntó de qué barrio éramos y cómo nos llamábamos y de cuáles Mejía era yo y de cuáles Vargas era Yovani y resulta que había conocido a mis abuelos y a la bisabuela de mi amigo. Mientras ella hablaba se oyó una puerta abriéndose al fondo de la casa y un andar pesado y despacioso que se fue agrandando hasta que detrás de la viejita apareció un tipo el triple de grande y el doble de ancho que ella, un macancán con cara de niño, de ojos azules, blanco y cacheticolorado, con un gorro de baño en la cabeza y un delantal percutido.

—¿Qué es la cosa? —dijo mirando a la mamá.

—Que aquí lo necesitan estos muchachos. Ayúdelos, mijo, que están muy urgidos y son los nietos de Joaquín Mejía y Evelio Vargas —dijo la viejita y nos señaló.

Juan miró con cara de haber acabado de tomar leche vinagre. Yo le sonreí amistoso y traté de hacerle una señal de que veníamos a proponerle un

negocio, pero él ni me determinó.

—Yo ya no volví a ayudarle a hacer tareas a nadie. Mantengo mucho qué hacer y la gente aparte de que no paga por el tiempo que uno le gasta se va sin ni siquiera dar las gracias.

—Vea, pero esto es distinto, nosotros venimos de parte de... —trató de decir Yovani.

—No, no puedo. —Juan lo interrumpió moviendo la mano.

Yovani se agarró el cuello de la camiseta *lacós* y señaló el pedazo desteñido.

—Nosotros queremos pagarle el tiempo que se gaste con nosotros, no tenemos mucha plata pero hay algo. —Y le hizo un gesto raro que Juan no entendió.

Nos quedamos callados. Juan con cara de palo y la mamá mirándolo, regañona. Yovani me dio un codazo y estiró la boca señalando el bolsillo de mi pantalón.

—Mos-trá u-nos bi-lle-tes —habló por un lado de la boca como un ventrílocuo.

Metí la mano al bolsillo y saqué la puntica de un billete de cinco mil mientras miraba a Juan.

—Por favor —dije quejumbroso—, no lo demoramos mucho. Necesitamos esto urgente, es un caso de vida o muerte.

—Son unas preguntas muy sencillas. Cosa de veinte minutos. —Yovani levantaba con los dedos el parche de la camiseta y señalaba con la mirada el bolsillo de mi pantalón.

Juan por fin cayó en cuenta y miró su reloj haciéndose el interesante.

—Las once... —Pensó un ratico y luego movió la cabeza señalando el fondo de la casa—. Háganle pues a ver. Pero a las once y media los despacho porque tengo que acabar una costura.

Arrancó para el fondo sin mirarnos y la viejita nos abrió la puerta. Pasamos por una sala con muebles de cuerina verde y una mesita de centro con carpetas de croché sobre la que había una bandeja repleta de bananos y peras y uvas de plástico. En un cuadro de la pared Jesús miraba tranquilo con sus ojos zarcos y el corazón asándosele en tremenda llamarada. Todo el

mundo en esta casa tiene los ojos azules, pensé. La sala daba a un corredor largo con puertas a cada lado donde debían de estar las piezas y el baño, y al final llegaba a la cocina, con una puerta descuajaringada que se abría al solar. Antes de cruzar la puerta Juan se paró y nos hizo una seña para que lo siguiéramos. Seguimos en medio del *chitzzzz* de una olla pitadora y salimos a un patio amplio donde había una vaca pastando entre varios palos de mango. Más allá estaba la entrada trasera al galpón de la morgue. Juan se puso a acomodarle el tarro de agua a la vaca y cuando nos le acercábamos oímos a nuestras espaldas la voz querida de la viejita.

—Hijos, ¿quieren tomar algo? Vayan que ya les llevo cafecito con tostadas.

Juan dejó el tarro y se volvió con cara de jartera.

—No, mamá, ellos no se demoran.

Entonces retumbó otra vez la voz ronca que habíamos oído al principio.

—¡No le estoy preguntado a usted, Juan Alberto! ¡No sea metido!

Juan se puso pálido y empezó a caminar hacia la morgue sin decir nada. Voltié a ver cuál era el monstruo que había pegado semejante grito pero lo que me encontré fue la cara buena y dulce de la viejita, mirándonos como la Virgen María.

Cuando entramos al galpón Juan cerró de un golpe y se nos puso al frente. Era una especie de cuartico para cambiarse detrás de otra puerta para entrar a la morgue propiamente dicha.

—¿A ustedes quién los mandó aquí? Yo no tengo nada que ver con eso. Los hice entrar para no hablar delante de mi mamá. Así que salen ya y le dicen que qué pena pero que se tienen que ir...

—Hermano, cálmese. —Yovani lo interrumpió hablando todo tranquilo—. Vea, nosotros somos buena gente y no vamos a enredarlo en nada. Es que yo le he comprado ropa a don Rogelio.

—A ese señor no me lo mencione que no quiero tener nada que ver con él.

—Por eso mismo —siguió Yovani como si no pasara nada—, vea, este amigo mío está muy interesado en comprarse una muda de ropa y tiene la plata ahí. A nosotros tampoco nos interesa tener negocios malucos, y si usted

nos vende la mecha directamente, nos evitamos un intermediario y ganamos todos.

Juan miró la cara oronda de Yovani y se empezó a calmar. Yo aproveché para reforzar.

—Hermano, háganos ese cruce. Vea que es la única manera que tenemos de hacernos a buena ropa y usted se gana una platica sin problemas.

Juan nos pegó una pasada lenta con los ojos como si no nos hubiera visto ya.

—¿Y cuál de los dos está buscando ropa?

—Yo —dije.

—Él por ahora, pero yo estoy pendiente de una plata que me va a caer para comprar mi muda —dijo Yovani.

Juan se dio vuelta y entró por la segunda puerta.

—Vengan a ver —dijo cuando estaba del otro lado.

Apenas cruzamos, el olor a formol se me clavó por la nariz hasta la coronilla chuzando frío, como cuando uno toma agua helada después de un partido. Pero no dije nada y ni tuve tiempo de pensar en eso porque lo primero que vi fue a una muchacha estirada sobre la mesa de baldosas con una costura desde la barriga que se abría como una ye en el pecho hasta los hombros. Tenía una cara linda y el pelo lacio le caía por el borde de la mesa. Estaba casi toda cosida pero con la piel de los hombros levantada y se le veía todo lo que hay por debajo de la belleza. Me entró una cosa maluca en la barriga. Hice fuerza para que no me fuera a dar un babiado, porque yo muertos recién muertos sí había visto muchos, acabados de matar, pero nunca abiertos y empelota y así tan de frente y con tanto tiempo de difuntos. Yovani estaba pálido y serio y cuando vio que lo estaba mirando se hizo el que nada pasaba. En la pared del fondo había una tabla grande como un mostrario de ferretería con tijeras de distintos tamaños, unas con la punta puntuda y otras con la punta redonda, bisturís, cuchillos grandes y chiquitos, un martillo, un alicate filudo para podar las matas, una sierra y varios palos largos de metal. Al lado del tablero, una caja con un vidrio blanco y un foco de neón y abajo una mesita con varias radiografías. En la pared del lado una vitrina llena de frascos con letreros escritos a mano y junto a la vitrina un escritorio sobre el

que había un radio transistor y un mundo de papeles desordenados en los que se alcanzaban a ver varias hojas con el mismo dibujo del cuerpo humano del que salían flechas y letreros con lapicero azul. Juan pasó por el lado de la muchacha, le acomodó la piel levantada en el punto donde había dejado el remiendo, Ahora termino con vos, mi amor, le dijo y fue hasta la mesita de los papeles metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó una llave con la que abrió un cajón y del cajón sacó un llavero. Cuando levantó la cabeza nos vio la cara de pasmados y el gesto embotado de Yovani mirando a la muchacha. Se rio.

—Todos estamos muertos, lo que pasa es que no nos hemos muerto todavía.

Caminó hasta una puerta en la pared de la izquierda, escogió una de las llaves del llavero y abrió.

—Por acá.

Era una pieza más pequeña. En la pared del fondo había un afiche grande de las chicas de cerveza águila en bikini, mirándonos maliciosas y a la vez atisbando de reojo a los jugadores del Atlético Villalinda que posaban para la foto en el afiche del lado. El muro izquierdo estaba lleno de puertas metálicas como de horno, una encima de otra, y en la esquina había una mesa con una especie de pesebre con muñecos y carritos de colección y casitas y ríos de papel celofán, solo que en vez de José, María y el niño, había soldados de plástico y figuritas de las que salían en los *chitos*, un hombre araña, varios dinosaurios y algunos marcianos.

—Ese es un mundo mío —dijo cuando nos vio mirando y se voltió hacia un clóset de la pared derecha.

Abrió la puerta del clóset con otra de las llaves y nos hizo señas para que nos arrimáramos. De un tubo colgaban ganchos con chaquetas y camisas y camisetas de varios estilos y bluyines de distintos colores y tallas, con costras de sangre y rotos y rasgaduras, unos en buen estado y otros ya muy cajeteados, pero todos muy bacanos. Y en el piso una fila de pares de tenis y zapatos, empantanados o ensangrentados, aunque algunos casi nuevos. Nos quedamos mirando con la boca abierta.

—Pero esto no es un negocio —dijo Juan viéndonos la emoción.

—¿Y entonces por qué tiene tanta ropa? —le preguntó Yovani.

—Simplemente guardo la que me gusta.

—¿Para qué? —le pregunté.

—A usted qué le importa... No sé... yo qué voy a saber... me da por guardarla, me gusta.

—¿Y don Rogelio? —pregunté tratando de que me encajaran las cosas.

—Ese señor vino una vez a reconocer a un muerto que no encontré y me ofreció comprarme la ropa de otro que recién habían traído y como yo tenía la vaca enferma acepté porque me servía la plata. Pero ya no quiero tener nada qué ver con él.

No dijo más y volvió a señalar el clóset.

—Miren pues a ver qué les interesa.

Lo primero que me llamó la atención fueron unos *adidas* casi nuevecitos. Los agarré y los detallé por todos lados.

—Ve estas chimbas de *estanesmit*. —Le toqué el brazo a Yovani, que estaba alelado.

—Medítelos —contestó emocionado como si fuera él el que los fuera a comprar.

Me quité los *croydon* que tenía y me puse los *adidas*. Hundí con los dedos la punta y se fue hasta el fondo, me sobraba como medio pie.

—Qué pesar, home, porque están muy bacanos.

—Mirá estos otros.

Yovani había cogido unos *naik trainer* azules con raspaduras por todos lados que hasta le borraban el chulo a uno de los zapatos.

—A ese tipo como que lo amarraron de las manos a un carro y lo arrastraron por las calles.

—Una lástima porque están muy bacanos.

Yovani miró las chaquetas y me pasó una *guchi* verde, de cuero. La agarré del gancho y la miré. Era una chimba.

—Póngasela a ver cómo le queda —me dijo Yovani entusiasmado.

—Abra la otra puerta del lado que tiene un espejo. —Juan señaló con la cabeza.

Me puse la chaqueta y miré mi reflejo. Me quedaba un poco grande. Tenía como cinco rasgaduras en la barriga y el pecho.

—Esto fue una pelea brava. Siempre fue que le metieron sus puñaladas al muchacho —le dijo Juan a mi reflejo.

—Lo de las puñaladas tiene arreglo, pero lo del tamaño no. Me queda muy juanchona.

Me la quité, la puse en el gancho y cogí otra anaranjada y embombada, muy bonita y aparentosa y en muy buen estado.

—Esa no tiene ni un solo roto. A ese lo debieron haber envenenado —dijo Yovani.

Di la vuelta frente al espejo y giré la cabeza para mirar cómo me quedaba por detrás.

—Pero no le veo la marca. ¿Qué marca es?

—Yo qué voy a saber —contestó Juan seco—. ¿Usted cree que yo soy la chica de la *butic* o qué?

—Está muy bacana, pero sin marca conocida no me gusta.

Me la quité y cuando la estaba acomodando en el gancho vi nada más y nada menos que una *chanel* roja. La cogí con las puntas de los dedos, la voltié y la alejé para mirarla por todos lados sin poderlo creer porque nunca había tocado una *chanel*. Solo tenía tres rotos.

—A este le vaciaron bala al piso —dijo Juan—. La ventaja es que casi todos los balazos se los dieron en la cabeza. Lo dejaron irreconocible. Esa era del Gurbio, ¿ustedes lo conocieron? El sicario que se le torció a don Efrem.

—Me encanta —contesté sin pensar en el Gurbio, aunque claro que lo había conocido.

Me puse la *chanel* y me contorsioné frente al espejo viendo bien cómo me quedaba.

—Ni mandada a hacer.

—Es que el Gurbio era del mismo tamaño suyo.

—Le queda una chimba, hermano... Puro niño rico —me dijo Yovani, y eso me animó más.

—¿Y en cuánto sale esta?

—Esa le vale veinte lukas.

—¿Y no me hace una rebajita?

—¿Usted sabe cuánto debe valer esa chaqueta nueva en un almacén? Por

ahí cincuenta mil, bajita la mano.

—Sí, yo sé, pero hágale, hermano, que no tengo mucha plata y es a ver si me alcanza para comprarle otra cosa.

—Deme pues quince para que no chimbiemos más, que estoy de afán.

Dije que listo, le pasé la chaqueta a Yovani y empecé a buscar pantalones. Me medí varios por encima y al final escogí unos *babú* azules de cordero y con un raspón en la rodilla y que también resultaron ser del Gurbio. Se los pasé a Yovani y miré qué más había para medirme, pero ya había repasado todo el clóset. Entonces vi una tercera puerta que Juan no había abierto.

—¿Y aquí tiene más?

—Esa es una ropa malita que tengo pa'cambiarle a los muertos cuando llegan con muy buena mecha. —Juan escogió otra llave de su llavero y abrió.

Había varios pantalones y camisas de las marcas que yo usaba todos los días, también con rotos y parches de sangre coagulada.

—Les pongo un pantalón de estos y me quedo con el que traen, si me gusta.

En ese momento oímos que se abría la puerta del galpón y Juan corrió a cerrar la de la piecita donde estábamos.

—¡Juan! —gritó la viejita entrando.

—Señora..., estamos aquí ocupados. —Juan se recostó en la puerta.

—Bueno... Como yo ya me voy para el grupo de oración les vine a traer un cafecito y una parvita para que coman.

Juan nos miró y se puso el dedo en la boca.

—Gracias, mamá, déjenoslo ahí que ahora que acabemos nos los comemos. Midiós le pague.

—Amén pa'las ánimas, mijo. Y cuando salgan los muchachos no se olvide de ponerle doble tranca a la puerta. Usted es muy descabezado y esto está muy peligroso.

—Váyase tranquila, mamá, que yo cierro bien.

Oímos ruidos de vajilla descargándose sobre la baldosa, los pasos de la señora alejarse y después la puerta del galpón cerrarse. Juan se quedó parado al lado de la puerta.

—Bueno, vamos acabando que tengo que terminar con esa muchacha.

—Listo, solo me faltan los zapatos. ¿Qué zapatos tenía puestos el Gurbio? Porque me gusta el gusto que tenía el hombre.

—Unos tenis rojos que hay ahí abajo.

Los agarré y no me pude explicar cómo no los había visto antes. Unas bellezas de *ribuk friestail* de bota, con correas de velcro y tres barriguitas que daban la vuelta en el tobillo, originales de la *usa* porque en la etiqueta decía *made in Vietnam*. Un poco raspados y sucios pero no tenían ningún hueco. Me quedaron precisos. Como Juan había vuelto a abrir la puerta acosándonos, no di más vueltas.

—Listo, estos también y tengo la muda completa. ¿Cuánto es en total?

Juan pasó al cuarto donde estaba la muchacha y salimos detrás de él. El olor del formol me volvió a entrar hasta el comienzo del cerebro. Juan se arrió al escritorio, sacó una calculadora del cajón y se puso a hacer la cuenta.

—Quince mil de la chaqueta, diez de los pantalones y diez de los tenis. Son treinta y cinco mil.

Saqué toda la plata que traía en la billetera.

—Uyy, llego a treinta... ¿Me va a hacer la rebaja?

—Ya le hice la rebaja que le iba a hacer.

—Venga, hermano.

—No.

—Bueno, entonces más tarde le traigo los cinco que me quedan faltando.

—Cuando me traiga los cinco se lleva la ropa.

—Ah, pero este man sí es tocao, home.

—Muy tocao y todo pero si no está la plata completa no hay ropa.

Yovani estaba otra vez pálido mirando de reojo a la muchacha. Cuando vio que no llegábamos a ningún acuerdo, sacó su billetera y contó los billetes que tenía.

—Vea, yo le presto de esta plata que tengo pa' pagar los servicios y nos vamos de una vez. Más tarde me los devuelve.

Le pagué a Juan, empaqué la ropa en una bolsa y empezamos a salir. Sobre la mesa de baldosas, al lado del brazo de la muchacha, había tres pocillos con café con leche y una canastica con almojábanas.

—¿Van a comer? —dijo Juan cuando pasamos por el lado.

—No gracias, estamos de afán —contestó Yovani, acelerado.

Juan cogió una almojábana, le pegó un mordisco, se paró al lado de la muchacha y agarró el hilo y la aguja.

—Bueno, salgan por donde entraron y cierran bien la puerta de la calle.

6

LOS VAQUEROS DE *BABÚ*

Si me vieras no la creerías, me dije diciéndole a Chepe en el espejo, Ni siquiera vos tendrías esta presencia, parcero. Y era verdad porque ni Chepe ni nadie que no fuera hijo de mi mamá habría podido tener una pinta con los diseños que ella le hizo al pantalón y a la chaqueta para disimular los rotos y los raspones.

—Usted de dónde sacó esa ropa —me dijo cuando le pedí que me la arreglara—. Seremos pobres pero tampoco para usar ropa de segunda.

—No es de segunda, amá, no ve que están casi nuevos. Un riquito amigo mío me la vendió barata porque se accidentó con esa ropa en la moto y no quería tener malos recuerdos.

—¿Y usted desde cuando tiene amigos riquitos?

—Pa'que vea, es que aunque usted no crea yo tengo mis relaciones.

Se quedó tranquila o se hizo la boba porque no habló más del asunto y se puso a buscar en la caja de los retazos, y a los rotos de la chaqueta que yo había convertido en desgarraduras para que no se notara que eran balazos los tapó con estrellas de un cuero rojo más clarito, que parecían del diseño original, y a los *babú* les puso unos parches redondos en las rodillas, que luego se pusieron de moda en los almacenes, no sé si imitando mis pantalones o porque ya existían sin que estuvieran de moda y mi mamá los hubiera visto en alguna parte.

El caso es que yo me hablaba hablándole a Chepe, mostrándonos esa ropa

que me quedaba precisa como si el muerto hubiera sido yo, sin poderlo creer del todo, mirándome como si fuera otro más pintoso que no era Chepe ni el Gurbio pero tampoco yo del todo, yo más grande que yo con esa ropa, con más presencia que la que me había imaginado que iba a tener cuando la tuviera puesta. Me separé del espejo y miré los *ribuk*, que habían quedado como recién salidos del almacén después de la lavada y la embetunada que les pegué y que combinaban con el color de la chaqueta y hacían juego con el pantalón. Voltié la nalga para ver cómo me veía por detrás y miré la marquilla de cuero resaltando en la pretina, original, tan bonita y aparentosa que por eso los que usaban esos pantalones siempre se metían la camisa por dentro. La había detallado bien antes de vestirme, porque nunca había visto esa marquilla de cerquita. Era la imagen de un grupo de campesinos o más bien de vaqueros, que son los campesinos de la *usa*, unos con chaleco y otros con saco, todos de bluyines y con sombrero, unos sentados y otros parados atrás, como un equipo de fútbol, solo que no eran once sino siete señores orgullosos, mucho más alentados que mi abuelo y mi tío Ariel que eran campesinos de Salamina y nunca miraban con esa seguridad ni tenían chaleco ni saco ni bluyines de esos, porque los pantalones de los vaqueros de la marquilla a la fija también eran *babú*, pensé, con marquillas donde había vaqueros con pantalones *babú* en las que había un combo de vaqueros con pantalones *babú* que tenían marquillas en las que había un combo de hombres con pantalones *babú*, y así. Y arriba de los señores el letrero *de tim babú*, o sea El equipo *babú*, y debajo otras letras *de babú MFG CO* que quién sabe qué significaba ni me importaba porque de todas maneras yo ya estaba en el equipo. Volví a mirarme la presencia en el espejo, organicé el cuello de la chaqueta, me pasé la mano por el pelo y salí dando pasos firmes hacia la sala donde estaba sonando la emisora *Mío, ese hombre es mío, ni te le acerques que es mío, a medias pero mío mío mío*, mientras mi mamá pelaba los plátanos para el almuerzo sobre la mesa del comedor y mi hermanita, Daniela, hacía tareas tirada en el piso.

—Pero vea cómo quedó de titino. —Mi mamá soltó los plátanos apenas me vio—. Dese la vuelta a ver cómo le queda por detrás.

Me voltié, modelándole. Daniela levantó la cabeza del cuaderno y me

miró arrugando la boca con un gesto fastidioso que tenía.

—Tan creído con esa ropa que se ve que es ajena.

—A usted qué le importa, culicagada tan boba. —Zapatié como para espantar un ratón—. ¡Metida!

—Un huevo y una torta, pa'usted el huevo y pa'mí la torta —contestó la culicagada levantándose del suelo y haciendo jarra.

Mi mamá vio cómo se me había dañado la cara de contentura que traía y le dio pesar.

—No le pare bolas a la niña, mijo, que usted sabe que ella es así. —Se limpió las manos en el delantal y se paró sin dejar de mirarme—. Le queda muy bonita esa ropa, parece un muchacho de bien.

Yo ya no tenía humor para contestar nada.

—Bueno, amá, me voy pa'la entrevista de trabajo. —Bajé un poquito la cabeza—. La bendición.

—Bueno, mijo, que le vaya muy bien y ojalá le den el trabajito. —Se volvió a limpiar la mano en el delantal antes de hacer la cruz sobre mi cabeza—. Jesumariayjosé.

Avancé hacia la puerta y al pasar por el lado de Daniela di un paso con toda la fuerza sobre el cuaderno. En la página quedó la marca *ribuk* sobre una flor que estaba pintando. Gritó como una sirena de ambulancia pero yo ya había llegado a la puerta. Mi mamá se vino, enojada.

—¡Manuel Alejandro! ¡Tampoco es para que me haga llorar a la niña! ¡Zumbambico tan grosero!

—Dígale que no me busque que me encuentra. Ella fue la que empezó —dije cerrando la puerta.

7

EL ÁNGEL ENSANGRENTADO

Salí para la entrevista que no tenía dando pasos duro que dejaban la marca de mis *ribuk* en el suelo del mundo. Y no es que dijera Como me veo de tal manera voy a caminar de tal modo, sino que avanzaba así sin darme cuenta porque la pinta me ponía a hacerlo. Como si el espíritu arrecho del Gurbio se me estuviera traspasando por la ropa. Por eso no me preocupé tanto por las palabras que me tallaban debajo de la contentura, ¿Cómo vas a conseguir la plata para pagar el préstamo? Aunque me pusiera a pedir trabajo en almacenes Paratodos, la cosa no era tan fácil. Primero había que mandar una hoja de vida y esperar a que me llamaran para la entrevista y después tener paciencia a ver si me escogían y si me escogían aguardar para que me llamaran a empezar y cuando tuviera el trabajo atenerme a que los clientes dieran una buena liga porque en Paratodos los empacadores tenían que hacerse el salario con las propinas. Por eso decidí ir a pedirle trabajo a don Ómar que ya me había puesto a camellar como ayudante de su tienda en unas vacaciones. Por eso, y para ver a Andrea. Y para que ella me viera.

Lo primero que me topé fue al combo de los del barrio, parchados al lado del poste de siempre. Pero ya no tenía tiempo de devolverme sin que se notara que les estaba sacando el cuerpo. No quería encontrármelos a todos juntos porque sabía que de pura envidia me iban a bataniar la elegancia. El pensado mío era que me vieran de a uno. Empezando por Chucho Relay que era el más chismoso, para que me dijera con su voz arrastrada de

enmariguanado eterno Qué más, Manuel, chimba de chaqueta, y yo decirle Me la mandó un tío de la *usa* o Yo esta la tengo hace tiempos, ¿vos no me la habías visto?, y seguir de largo como si nada y que él después les dijera a los otros, Si vieran la bacanería de mecha que tiene el Manuel y ellos alzarán las cejas envidiosos. Pero ahí estaban todos juntos y no me quedaba otra que darles cara. Menos mal que andaban entretenidos oyendo algo que decía Relay y no me pararon muchas bolas. Henry, blanco, caribonito, pechisalido, estaba recostado en el poste, al lado de su cicla *mongus* original con rines de teflón. Kalimán, la cara pecosa y los ojos chiquitos, rasgados, y el pelo lacio y aindiado, sentado en la acera con los codos apoyados en las piernas abiertas, al lado de su *monareta* oxidada. Luchador, al que le decíamos así porque el papá cada que pasaba nos la tenía montada con A ver, muchachos, a trabajar que hay que ser luchadores de la vida. Para saber que el hijo era más vago que todos. Y ahí estaba, cuajo y brutongo, más alto que los demás, con su imitación de *mongus* agarrada del manubrio. Y Memo Patiño, con cara de señor grande, parado en el borde de la calle, recostado en el galápago de una burra armada con bielas, rines, manubrio y marco de distintas marcas. Todos seguían atentos el cuento de Chucho, que tenía los pies estirados y la nalga apoyada en la barra de su *relay* chiviada con calcomanías y todos los gallos de una *relay* original. Movía las manos nervioso, pálido, impresionado, mirando con ojos de loco.

—Les juro que yo nunca había visto tanto muerto junto que no fuera en las noticias. Eran como cuarenta manes, bajita la mano... cuarenta y uno con el ángel.

—Oigan a este man con las que sale —se lo gozó Kalimán.

—¡Un ángel lleno de sangre! —gritó Luchador y parecía bravo—. Este sí nos cree caídos del zarzo. Usted va a tener que bajarle un poquito a la marihuana, hermano.

Relay levantó la mano derecha juntando la punta del dedo de señalar con la punta del dedo de hacer autoestop y le dio un pico al circulito que se formaba.

—Pa’Cristo bendito. Yo pa’qué me voy a poner a inventar esas cosas. Les juro que cuando me asomé al barranco estaban todos esos muertos apilados

unos encima de otros y arriba de todos el cuerpito chiquito con las alas todas quebradas y ensangrentadas. Y había dos manes con palas echándole tierra al bulto de muertos.

—¿Y entonces por qué no nos avisó? —dijo Henry.

—Porque ustedes bajaron muy empitados. Cuando el bus me sacó en la curva, me quedé esperando otro carro pa'pegármele pero no pasó y ahí fue cuando me dio por mirar pal barranco. ¡No se imaginan muchachos! Solo pude ver un ratico. En ese momento ustedes ya bajaban empitados. Les grité pero siguieron derecho.

—¿Y por qué apenas nos venís a contar después de los días? —le dijo Luchador.

—Pues porque no me iban a creer. Pero esta mañana cuando pasaba por el basurero vi otro ángel, tirado entre los escombros. Y ahora estoy seguro de que es cierto.

Todos soltaron la carcajada. Henry voltió los ojos y alzó las manos.

—No jodás, Chucho, volvete serio, no nos creás tan güevones.

Relay no contestó nada porque ya estaba como ido, la mirada perdida pistiando fantasmas.

—No se rían, que uno qué va a saber. —Me acerqué con gesto ganador, y los cogí de sorpresa.

Kalimán de una me pilló la pinta.

—¡Uyyy, pero vean el Manuel como viene de engallado!

Todos voltiaron y se quedaron admirados. Menos Relay que seguía atortolado, y Henry que me ojeó de arriba abajo sin importarle mucho mi pinta que era una más de las que él tenía. Me hice al lado de Henry y por primera vez en la vida nos sentí iguales, sin esa mejoridad suya tan fastidiosa.

—Pa'que vea, mijo. —La voz me salió derecha, no sobrada sino tranquila y fuerte.

—¿Y esa pinta tan chimba de dónde la sacó? —preguntó Luchador.

—¿Cómo que de dónde la saqué? La compré.

—¿Se ganó la lotería o es que está trabajando con don Efrem y no nos ha dicho? —Memo Patiño no me quitaba los ojos de la chaqueta y parecía que le hablara a ella.

—No, nada, una platica que tenía. Y unos dólares que me mandó mi tía de la *usa*.

—Pero muy raros esos *babú* con parches. Yo de esos no he visto —dijo Kalimán todo malicioso.

—Ah, es que este es un nuevo estilo que sacaron.

—Deje de ser cañero que esa ropa ahí mismo se le ve que no es nueva —dijo Memo y me dio una palmada en la espalda.

—Qué va, home. Y además a vos qué te importa. —Levanté el hombro para alejarle la mano y de una les cambié de tema—. ¿Y qué? ¿Van a subir al alto esta semana?

—Usted no hable de eso hasta que no tenga cicla, pelao. —Henry puso su mirada fastidiosa de siempre.

Por no tener cicla era que me perdía uno de los parches más importantes de la gallada, además de los partidos de fútbol, las subidas al alto del Vergel. Una vez por semana pedaliaban una hora hasta el rompói de San Patricio en los límites con Angosta y ahí esperaban a que subiera cualquier bus o camión para pegársele, con la mano o con un gancho amarrado a una cuerda. Algunos choferes los dejaban, otros paraban y los insultaban y otros aceleraban o daban curvas bruscas para que se cayeran. La gracia era llegar al alto para volver a bajar empitados, más rápido que una moto por entre los carros, y esperar otro bus para volver a subir y volver a bajar entreputados y así hasta cuatro o cinco veces, lo que durara el sol de la tarde. Y luego se regresaban pedaliando otra hora hasta el barrio, a paso de pico monto, en esas bicicletas que no avanzaban casi porque eran para hacer *cros*.

—Me estoy armando una, tengo una chimba de marco. —Mientras hablaba sentía que cualquier cosa que dijera era verdad solo porque yo la dijera—. Si saben de un buen manubrio pa'la venta me avisan. —Rematé y empecé a irme.

Pasé por la mitad del grupo con una sonrisa en la cara que no me conocía ni me conocían ellos.

—Los dejo que voy de afán.

Se quedaron viéndome.

—Y pa'dónde va tan arreglado. —Memo fingió una voz de niña.

—A cuadrar unas cosas con don Ómar porque voy a trabajar con él en la tienda —contesté seco, sin mirar para atrás.

—Qué pereza trabajar en una tienda. —Kalimán habló duro porque yo ya estaba cruzando la calle.

Me paré, voltié y lo miré tranquilo.

—Eso decís pero cuando esté de turno vas a ser el primero en caer para que te invite a gaseosa.

Seguí derecho sin pararles más bolas. Cuando iba en la mitad de la cuadra alcancé a oír la voz de Memo a mis espaldas:

—Tan creído con esa ropa usada. Y además le queda juanchona esa chaqueta. ¡Era más grande el muerto!

Medio giré a mirarlos con desprecio y seguí. Al voltiar en la esquina me miré la chaqueta para comprobar que grande no me quedaba, que era pura envidia.

8

UNA MOTO A TUS ESPALDAS

Caminé derecho, con el empujón de un tipo poderoso que va para donde va sin que nada le importe, directo a cumplir su meta de conseguir trabajo en la tienda de don Ómar. Pasé por la cuadra de la Normal de Señoritas, pero en ese momento estaban en clase y no había muchachas para ver ni que me vieran. Caminé pegado a la reja y me imaginé que en ese momento una pelada aburrida en clase miraba por la ventana del salón y me veía pasar y se preguntaba ¿Quién será ese papacito?, y seguí sin pararle bolas a la pelada, con la frente en alto, bajando los ojos solo de vez en cuando para admirarme los tenis. En la esquina de la avenida el Progreso con la carrera Veintiuno me desvié mirando los pedazos de muro que quedaban de almacenes Mimí, después de la bomba que le habían puesto esa semana.

Cogí por la cuadra de la Flota Cagajón, llena de carros de bestia que la gente contrataba para hacer trasteos y botar los escombros de las construcciones, filados al lado de la acera llena de cantinas en donde los choferes esperaban a los clientes, cerveza en mano, oyendo la música de carrilera que salía a todo taco de las pianolas, *Y aunque ausente me encuentre de tu lado y en mi pecho va clavado un gran dolor yo le digo al cantinero sirva trago que a mi pena la mato con dolor*, y las voces quejumbrosas de las cantantes se mezclaban con los bufidos de los caballos flacuchentos amarrados a los volcos de madera, *Alondra de mi vida consuela con tu canto la amarga desventura que existe en mi ser*, mientras un señor sentado en una

mesa llena de botellas le tocaba la nalga a la mesera que sacaba la carterita de abajo del brazo para darle la devuelta.

Llegando a la esquina sentí el ruido de una moto grande que iba mermando la velocidad. A mí ya me había pasado lo mínimo que le podía pasar a uno cuando pasaba eso. Una noche salía de una fiesta en el barrio Los Guadales y oí el ronquido del motor disminuyendo detrás de mí. Cuando menos pensé el parrillero se había bajado y me apuntaba con un bulto que tenía debajo de la chaqueta.

—Pasame todo lo que tengás, hijueputa.

—Hermano, no tengo nada, voy a coger el colectivo y solo tengo el pasaje —le dije casi orinándome del susto.

—La billetera, pasá la billetera rápido, malparido. —El chofer había arrimado la moto y me estiró la mano.

Le pasé la billetera mientras el parrillero me miraba con ganas de matarme sin dejar de apuntar con el bulto de debajo de la chaqueta. El chofer soltó el manubrio y abrió la billetera. Apenas vio que no tenía sino los documentos y doscientos pesos, se enojó.

—¿Esto es todo lo que tenés, gonorraea?

—¿No le dije pues que iba a coger el colectivo, hermano?

Sacó los doscientos pesos y se los guardó en el bolsillo.

—No seás miserable, hijueputa. La próxima vez cargá más plata si no te querés hacer matar —gritó y tiró la billetera al piso.

El otro me pegó un coscorrón antes de montarse en la moto y sacar la mano que tenía escondida bajo la chaqueta. Era media botella de brandi *domeq*. Se tomó un trago y arrancaron haciendo un pique.

Pero esta vez lo único que me impresionó fue que no me diera ni cinco de susto. Y eso que con la pinta que tenía mínimo se me llevaban la chaqueta. Seguí fresco, oyéndolos cada vez más cerquita y más despacio, casi que esperando que se me arrimaran para reaccionar, como si tuviera con qué. Un arriero descalzo salió tambaleándose de una de las cantinas y se montó en un caballo descuajaringado y lleno de mataduras que estaba amarrado en el poste de la esquina. Los de la moto pasaron por mi lado, discutiendo entre ellos, sin siquiera mirarme y frenaron en el semáforo, al lado del arriero que se

bamboleaba arriba de la silla. Los tres quedaron filaditos mirando al frente mientras cambiaba la luz y parecían los nietos y el abuelo que fueran juntos. Los muchachos con los ojos rojos, la mirada perdida y la cara maluca de no importarles nada y el viejo con la mueca agria de frentiar monte y durezas. El semáforo cambió a verde. Los de la moto arrancaron con velocidad de locos y el viejo siguió detrás de ellos con su paso cojo de mula de borracho.

Seguí por el mismo camino que ellos y una cuadra después mermé el paso para mirarme de reojo en la vitrina de un almacén y cuando vi que no había nadie cerca paré del todo frente al vidrio y me puse a acomodarme la chaqueta y el peinado hasta que pasó un bus repleto y me hice el que estaba mirando los televisores del mostrario. Estuve un rato largo viendo vitrinas y cuando calculé que ya era hora de caerle a don Ómar cogí por la cuadra que daba al parquecito de La Esperanza, una manzana completa de manga con palos de guayaba y mango en medio de un barrio calmado. En el estanquillo de la esquina estaban la Chinga y Hermosura. Yo no vi a la Chinga ese día, y a lo mejor ni lo hubiera reconocido. Pero él sí que me vio pasar. Y ese fue el comienzo del tremendo problemón en el que me metí sin darme cuenta.

9

LA CHINGA Y HERMOSURA

La Chinga y Hermosura habían llegado al estanquillo hacía diez minutos. Parquearon la moto al lado de la acera, pidieron dos cervezas y se sentaron en las bancas de afuera a echarle ojo a Ignacio Pereira, el contador de Moncada, por encargo de don Efrem. Le hacían labor de inteligencia para saber a qué lugares iba y a qué horas. El tipo tenía una mocita por el parque de La Esperanza y la visitaba varias veces por semana. La Chinga estaba horquetiado en la silla de madera, con el espaldar hacia delante. Como era tan chiquito la cumbamba le daba con el borde del espaldar y ahí la acomodó para mirar. Hermosura, en el butaco del lado, hacía equilibrio sobre las patas traseras, con los pies estirados, mientras se sacaba el mugre de las uñas con una navaja. Seguían con la discusión que traían en la moto. La Chinga hablaba sin mover la cabeza, con los ojos chiquitos y nerviosos moviéndose hacia todas las calles que desembocaban en el parque.

—Cómo no voy a tener derecho, ¿vos creés que yo soy güevón o qué? — dijo Hermosura limpiando la punta de la navaja con la tela de su *lacós*.

La Chinga levantó la botella de la mesa y se la llevó a la boca sin mover la cumbamba del espaldar.

—No tenés derecho, te lo digo yo que sí he seguido el equipo en las buenas y en las malas y que voy al estadio mínimo cuatro veces al mes.

—¿Y quién hijueputas dijo que uno tiene que ir al estadio y verse todos los partidos para decir que es hincha de un equipo?

—Lo digo yo que soy un hincha de verdad. Y ahora que el equipo está en la final no me aguanto a esos fanáticos de última hora que vienen a pegarse de las celebraciones sin haber sufrido nunca. —La cara de la Chinga parecía una piedra sobre el espaldar pero los ojos no dejaban de moverse a todos lados.

—Pues de malas, parcerero, porque yo sí voy a celebrar a lo grande, así usted se muera de rabia.

—Entonces celebre bien lejos porque donde lo pille se las canto y lo hago quedar mal con el que esté.

—Haga lo que le dé la gana. Usted es que se cree dueño del equipo porque va al estadio.

—El dueño del equipo no, pero sí tengo autoridad...

La Chinga se quedó con la boca abierta en mitad de la frase. Se puso lívido. Los ojitos se quedaron quietos y a punto de salirse, concentrados en un solo lugar, al fondo del parque. Hermosura dobló la navaja y se la guardó en el bolsillo de sus *levis* de doble costura. A la Chinga se le formó una cara de terror como si hubiera visto al mismísimo diablo en persona. Hermosura voltió para ver por qué se había quedado callado tan de repente y cuando lo vio pensó que le había dado la pálida o algo.

—¿Qué te pasó, güevón, te pusiste maluco?

La chinga no era capaz de hablar. Gaguió un rato y al fin pudo soltar.

—Marica, ¿lo viste?

—¿Vi qué, home?

—Iba caminando al fondo de la calle y voltió en la esquina.

—¿A quién, home? ¿Al cucho Pereira? —Hermosura se estaba empezando a poner de mal genio porque el susto de la Chinga lo estaba empezando a asustar a él.

El color de la cara de la Chinga pasó de blanco a morado.

—¡La misma chaqueta roja, el mismo pantalón azul de corduroy y hasta los mismos zapatos rojos de cuando lo matamos!

—¿Quién, home?

—¡El Gurbio, marica!

Hermosura se revolcó el pelo mono y lacio mirando extrañado a la

Chinga con sus ojos verdes.

—¡Vos sos güevón! ¡Con la mano de bala que le dimos! Yo míos nomás en la cabeza le di como cuatro.

—No es eso. Si estuviera vivo no me daba susto. El marica nos está asustando.

—¿Nos? ¡Oigan a este man! Yo hasta ahora no he visto nada. Además no creo en esas maricadas. Usted lo que está es amurado, hermano.

—Amurado ¡la chimba! Le juro que lo acabo de ver: el mismo porte, la misma ropa, el mismo caminado. ¡Era el Gurbio!

—No, parece, venga mejor vamos a fumarnos un baretico, nos relajamos y nos vamos a pistiar al cucho Pereira por los lados de El Cielo porque por aquí ya no apareció.

Hermosura se paró y fue hasta el mostrador. La Chinga de una se fue detrás de él, como si le diera miedo quedarse solo. Antes de que Hermosura pagara, la Chinga pidió un aguardiente doble y se lo mandó de un envión. Salieron callados y arrancaron en la moto.

10

ANDREA ME VIO

Después de cruzar por el parque de La Esperanza voltié en la esquina y caminé hasta el final de la cuadra. La tienda de don Ómar quedaba en una casa vieja de bahareque y techos altos que salían sobre la acera y servían para escamparse en los aguaceros, con puertas en las dos paredes que formaban el ángulo de la calle. Desde afuera no se oían tangos ni rancheras sino esa canción de Arsuplay, *Anouyos jauderisper ananouyo jaudestay anouyo ueresfaindi ananouyo estarulay*, que siempre me ha gustado, y de una supe que don Ómar no estaba atendiendo en ese momento.

El negocio era un salón grande con cuatro mesas. A la izquierda había un mostrador de madera gruesa que cruzaba de pared a pared, con una puertica en la mitad y un pedazo de la superficie que se levantaba para que el tendero entrara o saliera. Atrás estaban las estanterías llenas de surtido, con colgandijos de sobres de aliños, bolsas de mecato, una hilera de cuchillas de afeitar y una barra de salchichón con las marcas donde había que cortar las porciones de cien pesos. Sobre la mesada, dos vitrinas con panes, tostadas, pandequesos y buñuelos. Todo era limpiecito, como recién organizado para una foto. La tienda tenía fama de ser la más aseada de Villalinda y hasta le habían sacado el chiste de que no era sino uno levantar el vaso de la mesa para tomarse un trago y cuando lo volvía a descargar ya habían pasado un trapo para limpiar el circulito húmedo. Eso no era cierto, pero casi, porque don Ómar era muy neurótico.

Lo primero que vi fue lo que sabía que me iba a encontrar después de haber oído la música. Andrea estaba en la mesa del fondo con varios libros abiertos, leyendo y anotando cosas en un cuaderno. Se había acomodado toda incómoda en la silla, entre sentada y recostada, con una pierna doblada y la otra estirada y el cuerpo casi echado sobre los libros como si quisiera estudiar extendida pero no pudiera. Se veía de lo más linda en esa posición rara porque de cualquier forma en que pusiera esas piernas largas y blancas y esos brazos delgados y ese pelo negro esparcido sobre los libros quedaba hermosa y era como si todo fuera como debería ser. Caminé hasta la mitad del local y ella ni se inmutó.

—Hola, Andrea —saludé sobrador, sin haber pensado hablar así.

Levantó la cabeza. Lo primero que vi fue ese lunar del cachete que me desbarataba y lo segundo la mirada desganada de los ojos cafés melaza, que me desmoralizaba.

—Hola —dijo y volvió al libro.

—¿Mucho estudio o qué? —Seguí andando como si no hubiera ido a pedir trabajo sino a comprar el negocio.

Volvió a levantar la cabeza y cuando me vio acercándomele derecho, con mi sonrisa firme y mi pinta impecable, me reparó reconociéndome y por primera vez en la vida se quedó mirándome un ratito. Me contestó extrañada de lo importante que yo me sentía para mí a pesar de lo linda que ella fuera.

—Sí, es que estoy en parciales. —Medio se sonrió y voltió los ojos hacia los libros.

—Ahh, qué bien, pero usted es muy juiciosa. —Me hice el que detallaba las cosas de la mesa para que viera que me importaba lo que estaba haciendo.

—Toca —contestó levantando los hombros.

Me arrimé más a la mesa. Uno de los libros decía en la portada Periodismo no sé qué y el otro era de historia. Al lado reposaba el cuaderno abierto con su letra pulida y redondita. Yo ya la había visto estudiando varias veces por la época en que trabajé con don Ómar. Se mantenía en las mesas haciendo tareas, pero nunca me atreví a acercármele porque parecía metida en una burbuja que no dejaba que uno le dirigiera la palabra. Sabía que estudiaba Comunicación Social en la universidad y se notaba que le tenía

cierta cosa maluca a la gente del barrio y a la misma tienda del papá. Como que ella no fuera de ahí pero le tocara estar mientras se graduara y se consiguiera un novio rico que se la llevara a vivir a una urbanización cerrada con piscina y compraran un carro y volvieran al barrio algunos domingos por la tarde a visitar a la mamá con el bebé.

—Uyyy, qué voleo de estudio tan verraco —fui diciendo y luego le cambié el tema para que viera que estaba interesado en sus cosas pero tampoco tanto—. ¿Tú papá está?

Dejó el libro y me detalló la chaqueta.

—Está por allá atrás. —Giró la cabeza hacia una puerta con cortina de bambú que comunicaba la tienda con la casa—. ¡Apáaaaaa!

—¡Quéeee! —La voz ronca y malgeniada de don Ómar pasó entre los tronquitos de bambú.

—Lo necesitan acá.

—Estoy ocupado. —Se notaba que estaba mascando algo porque las palabras se oían con tolondrones—. Atienda usted que pa'eso está allá.

Andrea se voltió y me habló a mí. No al muchacho que le hacía los mandados al papá.

—¿Y cómo para qué sería?

—No, es que es directamente con él —contesté seco pero sin ser grosero.

Di tres pasos firmes hacia la cortina.

—Don Ómar, soy yo, Manuel, el hijo de Irene, es que necesito hablar con usted una cosita.

Oí a don Ómar levantarse de la silla y luego los pasos cojos y el refunfuñe acercándose. Andrea me miró como pidiéndome disculpas y se volvió a concentrar en el libro. Don Ómar cruzó la puerta haciendo sonar los bambúes, con la mala cara que ya le conocía, en chanclas y con la barriga pelada saliéndole de la camisa abierta.

—A ver, qué sería, que estoy almorzando.

Me le paré de frente y le hablé con el respeto con el que exigía que uno le hablara, pero sin el miedo que le gustaba que le tuvieran.

—Cómo le va don Ómar, qué pena interrumpirle la comida, venía a decirle que ando buscando trabajo en estos días y que si necesita un

reemplazo o un turno en la tienda sepa que puede contar conmigo.

Me miró de arriba abajo con la cara descompuesta, como si lo hubiera ofendido.

—¿Y pa'eso viene a interrumpirme a esta hora? ¿Andrea no le dijo que estaba ocupado?

—Es que más tarde me quedaba difícil venir.

—Yo ahora no necesito ningún ayudante —dijo golpiadito—. Y si va a venir a preguntar maricadas venga cuando esté atendiendo y no me dañe el descanso.

Se volvió sin esperar que yo dijera nada y se fue echando madres. Esa voz tronadora que lo volvía chiquito a uno y esas miradas que lo hacían sentir poquita cosa eran las de siempre. Pero era como si antes no me hubiera dado cuenta y ahora lo estuviera notando.

—Don...

Le iba a insistir mientras los bambúes tuntuneaban, pero alguien que yo no conocía dentro de mí dijo, sin palabras, que no rogara. Más bien me enojé. Empecé a salir callado. Andrea, que había estado viendo todo, miró para otro lado cuando le busqué la mirada y eso me dio más rabia todavía. Ya en la puerta me voltié y el desconocido de adentro mío gritó duro con una fuerza que yo no sabía que tenía.

—¡Viejo güevón!

Caminé sin mirar para atrás, con la cabeza caliente, mientras oía la voz de don Ómar que se había devuelto y rugía como un motor de camión desde la puerta.

—¡Altanero arrastrado! Por eso es que no se les puede dar confianza. Acá no volvás a aparecer si no querés que te saque a machete.

No quise parar ni contestarle nada, como si presintiera que debía guardar energías para problemas más grandes, y seguí avanzando con mis pasos rabiosos. Anduve varias cuadras sin pensar en nada. Llegué al parque principal y lo crucé andando rápido, sin mirar a nada ni a nadie. Cuando pasaba por el lado de la fuente se me arrimaron un calvo de corbata y una morena de vestido largo, con una revista *Atalaya* en la mano, Joven, le tenemos una buena nueva. ¡Cuál buena nueva, hijueputa!, grité mentiéndome

la mano dentro de la pretina. El calvo saltó hacia atrás y la mujer alcanzó a abrir la boca pero no fue capaz de gritar. Seguí de largo por la calle Cuarenta.

11

¿VAS A DECIR QUE NO LO VISTE?

La Chinga y Hermosura habían sacado dos bancas y estaban sentados en una de las puertas de El Cielo, mirando hacia el parque. En el trayecto de La Esperanza hasta el bar no hablaron porque la Chinga seguía entre ido y bravo. Entraron, le pidieron al Gordo Ceballos un aguardiente y una cerveza y salieron a pistiar por dónde y a qué horas aparecía el contador, que tenía una oficina en todo el centro de Villalinda. La Chinga entró al baño y cuando regresó encontró a Hermosura pálido, con la vista fija en la fuente de agua por donde se paraban los testigos de Jehová. No le preguntó nada sino que miró en esa dirección y casi se le sale el corazón.

—¿Sí ves, marica? ¡¿Sí ves?! —pegó el grito y la gente de las mesas de adentro voltió a verlos.

Hermosura, aunque estaba lívido, se hizo el que no pasaba nada.

—¿Sí ves qué, home?

—¿Cómo que qué, home? ¿Vas a decir que no lo viste?

—Yo no he visto nada.

—¿Y entonces por qué estás tan pálido?

—¡Cuál pálido, home! ¡Oigan a este!

Hermosura se tomó un trago largo de cerveza, miró a la Chinga, le acercó la cara y le habló pasito.

—¿Vos de verdad creés en esas cosas?

La Chinga se paró de la silla y se le puso al frente.

—Es que no es de creer o no. ¿No te acordás que el negro Gurrumino después de muerto persiguió a Bayron hasta que lo enloqueció? Hay muertos que persiguen al que los mató hasta que lo hacen matar.

Hermosura acabó la cerveza de un segundo trago y levantó los hombros.

—Lo que pasa es que Bayron tiraba muchas *roches* y eso lo pone a uno a ver hasta gente que no ha nacido.

—Bueno, supongamos que es así pues. ¿Y entonces qué me decís de mi primo Petete que se siguió apareciendo en la esquina del barrio por las noches? Yo me lo encontré una vez recostado en el poste y desde lejos me decía que si le daba un vasito con agua. Pa’Cristo bendito que eso no me lo estoy inventando.

Hermosura se quedó con la mirada fija en la esquina de la calle Cuarenta.

—Y si eso fuera verdad, ¿cómo hace uno pa’matar a un muerto que no está muerto?

—Parce, eso ahí ya toca es hacer un exorcismo o algo así... me imagino... no sé.

Hermosura volvió a alzar los hombros, burletero.

—O no pararle bolas.

—¿Y cómo hace uno pa’no pararle bolas a un man que no existe y que se le aparece hasta en la sopa?

De un momento a otro Hermosura se paró mirando a un punto fijo y señaló con la mano estirada.

—¡Miralo, marica!

—¿Dónde? —La Chinga miró desesperado hacia todos lados pero no vio al Gurbio—. ¿Dónde, marica?

—Allí, güevón, el cucho Pereira, entrando por la Doce.

Por la calle inferior del parque venía pasando una camioneta *lancoicer* escoltada por dos motos. La Chinga sacó un libretica del bolsillo.

—¿Qué hora es?

—La una —contestó Hermosura.

La Chinga anotó con garabatos de niño de primaria, Una pm, jueves, parque, *lancoicer* verde. Total escoltas: más o menos ocho. Hermosura, ya estaba montado en la moto.

—¡Vamos que se nos van!

La Chinga corrió y se tiró en el puesto del parrillero como si se montara en un caballo.

—¡Gordo! —gritó Hermosura hacia el bar mientras le daba *cran* a la moto—. Anotá esto en la cuenta del patrón.

Arrancaron a toda por la carrera Doce y voltiaron en la esquina de la calle Cuarenta bordiando el parque. Cogieron Cuarenta arriba pero en ese momento se les atravesó un furgón y cuando pudieron pasar, la camioneta no se veía por ningún lado. Hermosura mermó la velocidad y le pegó un puñetazo al manubrio.

—¡Hijueputa! Se nos fue... por estarle siguiendo la corriente a usted en sus güevonadas.

La Chinga le pegó un golpe todavía más fuerte al cojín.

—¡Ahora no vas a venir a echarme la culpa a mí, malparido, que los entretenidos éramos los dos!

Siguieron despacio por la Cuarenta. Al ratico la Chinga se calmó.

—Además no hay por qué azararse. Ya tenemos buena información, lo que nos falta es poquito.

Hermosura no dijo nada y siguieron avanzando despacio.

12

COGER OFICIO

La Cuarenta era la parte de Villalinda para donde la gente iba cuando decía Voy pal centro, cinco cuadras llenas de negocios con movimiento a toda hora. Me fui calmando mientras caminaba entre la gente afanada que no se fijaba en mí y empecé a pensar en la pareja a la que había acabado de braviar. Me dio un chuzón de remordimiento en la mitad del pecho. Quise devolverme y buscar al calvo, Don, discúlpeme, yo no quería contestarle de esa manera, es que me cogió en un mal momento, vea que no cargo ni un alfiler, y me imaginé que el señor me miraba a los ojos con una mueca toda comprensiva que no era de él, No hay problema, joven, usted está confundido, lo que tiene es que buscar a Dios, y se ponía a hablarme y hablarme sin importarle lo que yo pensara y me dio rabia otra vez y ya lo iba a volver a braviar cuando sentí el olor a champú y pelo requemado de la acera de las peluquerías, que me produjo una tristeza rara. Aceleré el paso, Dejé de pensar bobadas y ponete las pilas a buscar un trabajo urgente, me dijo la voz mientras pasaba por las cantinas con los billares al fondo y las mesas cubiertas con el paño verde donde los señores jugaban cartas haciendo mala cara y pensé que podría camellar como garitero o mesero y miré al parqueadero inmenso del otro lado de la calle, donde antes quedaba el teatro Santander y me imaginé cuidando los carros por las noches, durmiendo en el catre de la piecita, recibiendo plata y entregando recibos y ahí mismo me acordé del teatro, Qué bueno trabajar en un cine y verse gratis todas las

películas, pero el Santander hacía tiempos no estaba. Pasé junto a la farmacia de don Óscar, con la bicicleta del mensajero recostada en el muro y me vi llevando domicilios por toda Villalinda hasta que en la otra cuadra apareció el muchacho del trapito rojo con la mano levantada detrás de un *mazda* que reversaba, Déledeledele y el tipo del carro mandándole miradas susquiniadas de desprecio, Bien cuidadito, patrón, y llegué a la plaza de Mercado y crucé entre los bulteadores que bajaban tremendos costales de un camión gigante y me cansé con solo verlos y luego vi el granero de los hijos de don Jaime Hincapié, atiborrado de bultos, yo detrás del mostrador con el lápiz en la oreja, entregando mercados y haciendo cuentas, pero no me podía imaginar mucho rato ni del todo en ninguno de esos trabajos que ya estaban ocupados o que no era capaz de hacer o que no me gustaban o en los que ya había trabajado sin que me fuera bien, y más adelante cuando pasé por el depósito Castañeda, lleno de banderines del Atlético Villalinda con letreros, Este año sí, vamos por la cuarta estrella, vi a don Pascual Castañeda, cacheticolorado, gordo, alentado y platudo, calculadora en mano entre las torres de tejas de *eternit* y las montañas de arena y las pilas de ladrillos, y me imaginé dueño de un depósito pero para eso había que ser Castañeda, y cuando se acabaron las cuadras de los negocios crucé frente al consultorio del doctor Ramírez, un garaje con cuatro sillas *rimax* donde la gente se sentaba a esperar hasta que la llamaban desde atrás de la pared de madera y me imaginé de médico o de abogado, ganando buena plata y la gente haciendo fila para que los atendiera y les cobrara, pero había que estudiar y quién estudiaba pues, me dije y me seguí diciendo que para ser cualquier cosa había que arrancar, y cómo arrancar, pensaba, y en esas llegué a la fritadora que chisporroteaba en la esquina de la panadería El Buen Gusto y compré un buñuelo.

La Chinga y Hermosura pararon en una de las cantinas de la Cuarenta a tomarse un aguardiente y volvieron a salir alegando.

—Donde yo le siga parando bolas a las pendejadas tuyas nos vamos a quedar los dos sin trabajo —dijo Hermosura acelerando en neutra.

—Me tenés mamao con ese puto cuento. —La Chinga apoyó la mano en

la espalda de Hermosura para montarse—. Además no te hagás el bobo que vos también estás asustado.

Arrancaron despacio y Hermosura refunfuñó un rato sin que la Chinga alcanzara a oír bien. Vino a decir algo claro cuando estaban pasando por la plaza de Mercado.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Vamos a darnos un borondo, nos fumamos un baretico y por la tarde volvemos a echarle ojo al contador por los lados de la oficina. Relajado.

A la altura del depósito Castañeda la Chinga se alebrestó y señaló los banderines.

—¡Esta gente sí merece celebrar! Estos sí son hinchas de verdad, de los que van a todos los partidos y hasta meten plata para patrocinar al equipo.

Hermosura voltió la cara para que el viento no le dispersara las palabras.

—Pero plata que no es de ellos, plata de don Efrem. Así cualquiera.

—¡Con la plata que sea, pero aportan! —La Chinga le pegó una palmada al cojín—. Y siguen al equipo a todas partes.

Hermosura siguió mascullando mientras hacía culebriar la moto despaciosa por la mitad de la calle. Pasaron por el consultorio del doctor Ramírez y pararon en el semáforo. Hermosura miró distraído la luz que no cambiaba y luego al frente de la calle. Pegó un brinco que casi lo saca de la moto.

—¡Ay, gonorrea!

La Chinga reaccionó mandándose la mano a la pretina y cuando no vio nada a los lados miró al frente. Los ojos se le brotaron.

—¡Sí ves que era verdad! ¡¿Es o no es?!

Las manos de Hermosura se quedaron paralizadas apretando los manillares.

—¡Arrancá, marica! —La Chinga le pegó una palmada en el hombro.

Hermosura siguió congelado. La Chinga le pegó un calvazo.

—¡Mirá que se va a ir!

Hermosura voltió despacio la cabeza. Tenía los labios reseco y estaba blanco como un papel, pero habló como si estuviera tranquilo.

—¿No ves que no ha cambiado el semáforo? ¿Querés que nos matemos o

qué?

—Ahh, ¿sí ves que te da miedito?

—Cuál miedito, home, ¿yo acaso soy como vos?

—Como vos qué, home.

—Como vos.

—Arrancá pues, loca, que ve que ya cambió.

Con el primer mordisco me comí la mitad del buñuelo porque era de los chiquiticos. Voltié hacia la derecha y caminé hasta la casa de Yovani, cuatro casas después de la panadería. No fue sino tocar y aparecieron unos ojos asustados por el borde de la cortina. Al momentico se abrió la puerta y salió Yovani mirando azarado para ambos lados de la calle. Me metió a la casa de un jalón y cerró.

—¿Qué pasó? —le dije sin entender.

Habló bajito, mirando hacia el fondo de la casa.

—Don Rogelio me amenazó.

—¿Cómo así?

—Me lo encontré en la panadería y me bravió que porque supo que fuimos a comprarle la ropa al de la morgue. Y me dio dos días para que le pagara lo que le debía.

—¡Ay triplehijueputa! —dije rascándome la cabeza.

Hizo shhhhh con el dedo en la boca y de un jalonazo me acabó de entrar.

La moto arrancó despacio.

—Voltió en la esquina. —La Chinga se movía atrás como bregando a acelerar con la nalga.

—A mí no me acosés, hijueputa, que yo veré cómo manejo.

En la esquina de la cafetería pararon a mirar hacia la calle de la derecha.

—Se esfumó —dijo la Chinga entre decepcionado y agradecido.

Hermosura miró la calle vacía sin abrir la boca.

—¿Ves que sí era una aparición? —La Chinga agarró del codo a

Hermosura para que lo mirara.

Hermosura se soltó de un manotazo. Más que asustado parecía triste. En ese momento sonó el pito del bíper. Los dos brincaron de nuevo. La Chinga se mandó la mano a la pretina, sacó el aparatico y leyó en silencio.

—Don Efrem. Que vayamos urgente.

Salieron empitados sin esperar a que el semáforo cambiara a verde.

13

PALABRA DE HOMBRE

Yovani cerró la puerta y me dijo bajito que esperaríamos hasta que la mamá saliera para el trabajo. La sala era chiquita, con un sofá de cuero rojo, y dos sillones de familia distinta a la del sofá apeñuscados alrededor de una mesa paturra con individuales de croché. En la pared había un cuadro de la Virgen María toda seria cargando a un Niño Jesús grande y gordo que más bien parecía un enano. Pegado a la sala estaba el comedor con tres sillas metidas hasta el espaldar debajo de la mesa. Aquí hay de todo lo que hay en una casa grande pero sin casa suficiente, pensé, y me puse a mirar el afiche de un muchachito pecoso montado en un árbol, espantando con un palo a un perro que le había acabado de morder la nalga. Yovani me llevó hasta la pieza que seguía, donde estaban la cocina y el baño. Se alcanzaba a ver el montón de chorritos saliendo por los agujeros de la ducha de plástico porque las paredes no llegaban hasta el techo. El agua se oía patentica como si nos estuviera cayendo a nosotros, mezclada con la voz de la mamá que cantaba toda animada, *No te puedes ir, no debes volar, no dejes caeer en mí a la soledaaaaaad aaaa a la soledaad*. Como que nos sintió los pasos porque dejó de cantar.

—¿Quién vino, Yovani Andrés?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno nuevo que usted no conoce.

—Ahhh —dijo y siguió cantando.

Al frente del baño estaba el dormitorio. Una pieza del mismo tamaño de la sala, con una cama grande al lado derecho y dos catres arrejuntados en el muro del otro lado. Junto a la cama había un tocador con espejo en forma de huevo y en la pared de los catres, pegados con cinta de enmascarar, dos banderines del Atlético Villalinda y un afiche grandote del Hombre Nuclear. No fue sino ver la cara del Hombre Nuclear para que me empezara a sonar en la cabeza, *¿Los instrumentos están en orden?, cambio, los instrumentos están en orden, control, cambio*, mientras Yovani se sentaba en uno de los catres y me decía que esperaríamos un momentico porque la mamá cogía turno dentro media hora en la fábrica de confecciones. Moví la cabeza mirando el afiche, *Presión y velocidad normales, aumentaré velocidad a mayic tres, cambio*. Yovani me hizo señas para que fuera a su lado y empecé a tambalearme, *Control de tierra, tengo problemas, no responden los mandos*, avancé trastabillando y me tiré en voladora sobre el colchón que se hundió más de lo que había calculado y sonó con tremendo traquido.

—¡Qué pasó, Yovani! —gritó la mamá debajo del chorro.

—Nada, amá, que me senté muy duro y se volvió a caer la tabla de la cama —dijo, me miró regañón y me bravió susurrado—: Volvete serio que ya estás muy viejo pa' esas bobadas.

Se quedó pensativo mirando el espejo del tocador. En el reflejo le vi la cara de frente y me pareció que era otro, serio de verdad, como un señor viejo lleno de preocupaciones, *Estivostin, astronauta, su vida está en peligro, lo reconstruiremos, poseemos la tecnología para convertirlo en un organismo cibernético, poderoso, superdotado*. De pronto la llave del agua se cerró.

—Yovani, ¿ustedes siguen en la pieza?

—Sí, señora.

—Sálganse para la sala que me tengo que vestir.

—Bueno, amá.

Yovani se paró y salió sin mirarme. Avancé detrás de él en cámara lenta con el tininininini de mi velocidad nuclear. Nos sentamos en el sofá y desde allí detecté una forma alta y morena envuelta en una toalla que cruzó como un rayo láser entre el baño y la pieza. Yovani seguía con la cara enfurruñada.

—Componé esa cara que ahí sí se da cuenta tu mamá —le dije en el oído.

No contestó nada, metido en el mundo de sus problemas. Me puse a mirar el cuadro del niño en el árbol y pensé cuántos años llevaría ahí montado esperando a que el perro se fuera. Al momentico salió la mamá toda afanada, oliendo a perfume *eivon* y reblujando dentro del bolso que traía colgado del brazo. Era igualita a Yovani, pero bonita. Alta, con el pelo crespo y largo soltándole goticas de agua en los hombros morenos. Se paró frente a nosotros y me miró sin dejar de revolver dentro del bolso.

—¿Y usted vive por aquí?

—Sí, señora.

—¿Y yo por qué no lo había visto antes?

—Es queeee... apenas nos conocimos en estos días...

—¿Y si vive cerquita por qué apenas se conocen? Con lo callejero que es este muchacho.

Arranqué a decir Es queeee lo que pasa es que... pero no me paró más bolas porque miró el reloj y empezó a salir.

—Ay, Dios mío, me cogió el día. —Siguió hablando rápido mientras llegaba a la puerta—. Mijo, ahí le dejé lentejas en la nevera y usted hace el arroz y frita unas tajadas y un huevo para que le dé a Carlos Mario cuando venga del colegio. Hágamelo comer que ese muchacho no me está comiendo casi.

Abrió la puerta y cuando ya estaba saliendo se devolvió.

—Y para que tomen el algo ahí les dejé unas galletas *saltinas*. Se comen de a cuatro cada uno. No se me vaya a comer todo el paquete si no quiere que se lo vuelva a dejar con llave.

—Sí, amá.

—Y mucho juicio que no quiero encontrar esta casa hecha un manicomio. Póngase las pilas a ver si consigue un trabajo esta semana que esto está muy duro.

—Sí, amá.

—Bueno, Jesusmariayjosé y mucho fundamento. —Nos echó la bendición y salió.

Nos quedamos mirando la puerta hasta estar seguros de que ya no se iba a

devolver.

—Bueno, qué fue lo que pasó, pues —le pregunté.

Yovani soltó un resoplido quejoso.

—Que esta mañana fui a la panadería por una bolsa de leche y en esas pasaba don Rogelio en el carro y cuando me vio paró y se bajó todo bravo gritándome que yo era un torcido y un ladrón.

—¿Cómo así?

—Que se había enterado de que fuimos a la morgue sin consultarle y que éramos unos hijueputas asolapados y que a él lo que más le emputaba era la gente mañosa pa' los negocios.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Nada porque no me dejó hablar. Pagué la leche y salí todo achantado de la panadería y cuando estaba afuera empezó a gritar que me daba hasta pasado mañana para cancelarle la deuda y pagarle las cuotas atrasadas.

—Pero ¿vos no estás al día, pues?

—Eso le dije y me gritó que yo no le había pagado nada.

—Pero vos tenés recibos, ¿no?

—Cuáles recibos, si don Rogelio dice que él no usa esas cosas porque confía en la palabra de los hombres de verdad.

—Por eso mismo, ustedes ya habían hablado y todo estaba claro.

—Eso le alcancé a decir y me contestó que nosotros no habíamos hablando nada. Entonces le dije que yo tengo un cuaderno donde anoté todas las cuotas que le he pagado.

—¿Y qué dijo?

—Que cualquiera anota en un cuaderno lo que se le ocurra para no pagar las deudas. Y que si no le pago pasado mañana ya tiene avisados a sus muchachos.

—Ayyy, marica. —Me agarré la cabeza y me volví a sentar.

Yovani se tapó la cara con las manos y soltó las lágrimas. *Control de Tierra, tengo problemas, no responden los mandos. Fuuuuuuuuuuu, trachhhkkkkkk. Lo miré sin que se me ocurriera decirle nada.*

—¿Y ahora qué voy a hacer? —dijo y soltó un llorido.

Le di una palmada en la espalda. *Lo reconstruiremos, poseemos la*

tecnología para convertirlo en un organismo cibernético, poderoso... Tomé aire, me paré y lo miré fijo.

—Hermano, nada de quejas ni lágrimas. No nos queda sino conseguir esa plata —dije animándome a mí mismo—. La suya y la mía porque yo también estoy embalado.

—Lo mío son como cuarenta mil pesos. —Pronunció la cifra despacio y seco para aterrizarme—. Con los intereses es casi lo mismo que le debía al principio.

—Uyyy, es mucha plata. Eso es un puro atraco.

Estiró los brazos a los lados con las manos abiertas y frunció la boca.

—Qué voy a hacer —dijo y era como si estuviera solo en mitad de una manga inmensa.

—Yo no sé, hermano. Pero alguna cosa nos tenemos que inventar.

Se quedó pensando un rato y luego habló sin mucho convencimiento.

—La única solución que se me ocurre es ganarme un chance.

Me puse a pensar que para medio tener oportunidad de ganarse un chance había que tener plata para jugar muchos números. Se me pasaron varias ideas por la cabeza.

—O atracar nosotros a otra persona.

Yovani me miró arrugando la frente.

—¿Usted sabe atracar?

—No.

—¿Y entonces?

—No, mentiras, yo era por decir. ¿Usted sabe atracar? —le pregunté.

—De saber sí sé, he visto atracar. Pero de ahí a ponerme en esas, me da cosa.

Nos quedamos callados otra vez.

—La otra solución es conseguirnos un préstamo —dije al rato.

—¿Y con qué vamos a pagar el préstamo?

Su negativismo me dio rabiecita.

—Vea, hermano, en este momento no nos podemos dar el lujo de ser realistas. Eso después lo solucionamos. Si conseguimos un préstamo tendremos tiempo de conseguirnos un trabajo o hacer algo para pagar.

—Bueno, ¿y con quién nos vamos a conseguir el préstamo, pues?

Repasé en la cabeza la lista de mis familiares y mis amigos. Todos estaban más embalados que nosotros. El único conocido mío que tenía plata era la Monja, que estaba ganando desde que empezó a trabajar con don Efrem. Pero yo a la Monja no le tenía tanta confianza como para pedirle plata prestada.

—¿Usted no tiene a algún conocido o alguien de confianza? —le dije.

Yovani voltió los ojos forzando la pensadera.

—De confianza sí, pero con plata no —dijo al rato.

—Bueno, al menos alguien que nos apoye y nos dé ideas.

—Mi tío Humberto. Él es obrero en Tejicadena.

—Si es obrero entonces se gana en un mes de trabajo lo que usted le debe a Cambalache —dije desanimado.

—Sí, pero es la única persona a la que le tengo confianza y que de pronto me podría ayudar. Además es escritor.

—¿Escritor?

—Sí, escribe cosas y sacó un libro.

—¡Valiente gracia!

14

EL LIBRO MÁS CARO DEL MUNDO

La Chinga y Hermosura siguieron por la Cuarenta hasta el hospital, voltiaron por la morgue, pasaron frente a la casa de Juan y cogieron la loma que iba hasta el alto de Los Monjes. En mitad de la loma se desviaron por una portada alta con dos helicópteros encaramados en el travesaño, mirándose de frente, con el letrero La Amistad. Saludaron a los policías de tránsito enfierrados que cuidaban la portada y siguieron por una carretera lisa y limpiecita como una autopista de dos carriles, por donde Hermosura levantó la mano varias veces para saludar a los macancanes con metralletas parados a lado y lado de la vía, hasta que llegaron a la segunda portada y le dieron la vuelta al rompói inmenso, a todo el frente de la casa principal, donde vivía don Efrem.

Más que una finca, La Amistad era prácticamente un barrio porque alrededor de la casa principal había varios edificios grandotes, aunque no eran para que viviera gente. En uno quedaba la discoteca de cuatro pisos con ascensores, donde cabían quinientas personas. Otro era la casa de juegos con un mundo de maquinitas a las que no había que echarles monedas, desde marcianitos y supermariobrós y batalla espacial y fénix y comando y carreras de carros y asteroides, hasta la ranita que pasa la calle y tetris y donkikón y todos los nuevos que recién salían en la *usa*, para que la gente jugara lo que quisiera a cualquier hora. Ahí mismo había seis mesas de pinpón, cuatro billares, una pista de bolos, dos canchas de tejo y, en un rincón, varios

cajones de madera llenos de huecos redondos y encima unos sapos de oro con la boca abierta, donde la gente lanzaba argollas de diamantes desperdigadas en el suelo, bregando a encholarlas. También estaba la casa de los saunas y los *yacuzis*, con la famosa pieza llena de aparatos raros que algunos decían que era un gimnasio y otros que una sala para torturar a la gente que no estaba de acuerdo con don Efrem, pero que en realidad eran sillas mandadas a traer por el patrón desde Europa para tener sexo raro con las muchachas que iban a cada rato a La Amistad. Al lado derecho de la casa principal había una bodega como de media cuadra, donde parqueaban los ochenta y cinco carros y las cincuenta motos de don Efrem, más un velero y un submarino tapado con una lona que nadie se explicaba qué hacía ahí. Todo en La Amistad era inmenso. Con decir que en la casa de muñecas de la zona infantil nos hubiéramos acomodado tranquilamente mi mamá, mi hermana y yo mucho más amplios que donde vivíamos, y hubiera sobrado espacio. Todo el mundo de Villalinda quería conocer La Amistad, pero no cualquiera podía ir tan fácil. Yo la vine a conocer después, cuando fui con Lorena a esa fiesta despelotada donde la Chinga me contó todo lo que había pasado desde que me empezó a ver sin que yo me diera cuenta.

La Chinga y Hermosura cuadraron la moto en el parqueadero de piso de piedra menuda, llegaron a la puerta de la casa principal, tocaron el aldabón y se pararon a esperar entre los dos leones de piedra que tenían las patas apoyadas sobre mapamundis como balones con los que estuvieran jugando. Al ratito salió Salsa, moreno, alto y cuajo, que era el principal hombre de confianza de don Efrem, con un teléfono terciado en bandolera y la metralleta en la mano. Se quedó mirándolos.

—¿Y esas caras? —Agachó la cabeza para verlos mejor—. ¿Están amuraos o qué? ¿No saben que al patrón no le gusta que vengán así?

—Cuál amuraos... es que nos acaba de pasar una cosa.

—Sí, me imagino. —Salsa se pasó el dedo por la nariz y se hizo el que aspiraba—. Ustedes verán si se quieren estripar güevonamente con el jefe. Mejor vayan en bombas de fuego porque hace rato anda preguntándolos.

—¿Está bravo? —preguntó Hermosura.

—Está maluco, pero desde que empezó con las clases de decencia ya no

hijueputea tanto.

Eso fue por los días en que a don Efrem le dio por recibir clases de cultura, después de que Lorena lo había despreciado por bruto. Y también por las palabras del doctor Valencia, Vea, don Efrem, quiéralo o no usted ahora es una figura pública, tiene que empezar a manejar su imagen. Pero la verdadera razón por la que se había metido en esas clases era para que Lorena lo quisiera. El patrón mandó llamar a Carlos Arango, el *disyoqui* que le manejaba la discoteca, y le pidió que le consiguiera un tipo bien verraco pa'la cultura, y Carlos Arango le habló de Mario Hurtado, periodista y poeta que dirigía el Círculo Poético El Parnaso Villalindense. En la primera clase Mario le recomendó al patrón que se acercara a los libros y le hizo una lista con los que nos ponían a leer en las clases de español en el bachillerato del Liceo de Varones. A don Efrem no le gustaban para nada esas cosas porque nunca se amañó en el estudio y no terminó el bachillerato, Yo sí entré a la Universidad de Villalinda, pero a robar mangos, decía a cada rato. Por esa época fue que la gente envidiosa empezó a inventarse historias para hacerlo pasar por más burro de lo que era, que dizque había llegado una tarde a la librería El Ateneo Crepuscular, rodeado de escoltas, con la lista de libros en la mano y gritando a todo taco mientras leía en el papelito, ¿Tiene libros de Errnes Jeminguey?, y que el del negocio le dijo Sí, tenemos *El viejo y el mar* y que don Efrem ordenó, Hágame el favor y me da cuarenta del mar y treinta del viejo. Pero Lorena, que lo conocía mejor, me dijo que esas eran puras mentiras, porque don Efrem con la pereza que le tenía a la calladez de las bibliotecas no se iba a meter por allá y lo que hizo fue ordenarle a Salsa, Vea, mijo, hágame el favor de ir a la librería y me trae tres volquetadas de libros de los más bonitos, y que cuando Salsa arrancó lo volvió a llamar, No, vea, mejor tráigame también feos, mezcladitos, que haya pa'todos los gustos. Cuando el asesor cultural volvió al otro día y encontró las paredes de la casa principal forradas de libros le dijo que no se trataba de la cantidad sino de la calidad y que si quería estatus tenía que conseguir de los mejores. Don Efrem lo miró confundido, ¿Y cuáles son los mejores? Los de más calidad, le contestó el asesor. ¿Los más caros?, preguntó don Efrem. Algunos sí, le dijo el asesor. ¿Y cuál es el libro más caro del mundo, pues?, preguntó el patrón y el asesor

se quedó pensando, No lo tengo claro en este momento pero para esta noche le doy el dato, y salió a llamar a unos anticuarios pinchados de la capital. Le dijeron que el libro más caro del mundo era uno que estaba en *nuevayor* y que valía cinco millones de dólares y cuando en la siguiente clase se lo dijo, don Efrem de una ordenó:

—Mándeme a traer tres si me hace el favor.

—Es que solo existe uno —le contestó el asesor.

—Bueno, entonces tráigame ese hijueputa, pero rapidito, a ver si vamos saliendo pronto de esta güevonada —dijo con desgano porque aunque apenas iban en la segunda sesión ya se estaba empezando a cansar.

Ese era el que estaba mirando cuando la Chinga y Hermosura entraron, esparrancado en un sillón de cuero en mitad de la sala pasando parsimonioso con unos guantes de enfermero las hojas del libro puesto en un atril. Tenía una gorra de visera negra con el dibujo de un toro mirando como para embestir. La Chinga y Hermosura se extrañaron porque nunca lo habían visto con nada en la cabeza ni con un libro en la mano. El asesor, a su lado, en un taburete de madera, no le quitaba los ojos de encima, pendiente de cada cara que hacía. El patrón metía cada tanto la mano por entre la levantadora de seda abierta y se rascaba el pecho peludo donde se le perdían los dijes de las dos cadenas gruesas de oro que no se quitaba ni para dormir, los pies metidos en unas chanclas felpudas, apoyados en un banquito. Miraba y volvía a mirar las hojas tratándoles de encontrar la gracia y cada tanto se voltiaba hacia el asesor como pidiéndole una explicación. En esas entró Salsa con el teléfono terciado del hombro.

—El doctor Valencia, patrón.

Don Efrem hizo un gesto de jartera y cogió la bocina.

—Qué pasa, doctor.

Se le fue enfurruñando la cara a medida que oía al doctor Valencia. El asesor le hizo señas, empezó a respirar hondo por la nariz y a mostrar con la mano que el aire bajaba hacia la barriga y luego subía y salía por la boca. Don Efrem lo miró y también respiró hondo con la oreja pegada al teléfono. Contestó golpiadito aunque conteniéndose.

—Vea, doctor, eso no me lo tiene que consultar. Consígame para ya que

ese magistrado me tumbe la orden de captura valga lo que valga... ¿Qué?... Si no acepta plata entonces ofrézcale chumbimba, que de las dos tenemos mucho... Lo dejo porque estoy aquí en una reunión importante. Espero noticias, pues.

El asesor lo felicitó como si hubiera pasado una prueba. Don Efrem volvió a coger el libro, pasando y repasando las hojas a ver dónde era que tenía lo que valía tanto. Era un libro sencillo, como cualquier catecismo de esos que lo ponen a uno a leer para la primera comunión, pero con las hojas amarillosas y a punto de desbaratarse. Los escritos que había en las páginas eran con una letra vieja, y en la parte de arriba tenían arabescos dibujados. Lo habían traído en una caja especial de aluminio con temperatura propia, algodónada por dentro, envuelto en una tela de terciopelo, y había que ponerse guantes y cogerlo con las puntas de los dedos.

—Y cuál es la güevonada que tiene pues esto pa'valer tanto —dijo al fin el patrón.

—Es por lo antiguo. Y por lo que está escrito, por lo que dice ahí —le contestó el asesor.

—Y cómo va a saberse lo que dice ahí si no se entiende.

—Es que está en inglés antiguo.

—Pues claro que debe ser inglés porque no se entiende. Yo tampoco soy tan bruto pa'no darme cuenta. ¿Pero qué dice ahí?

—Son los salmos de la Biblia.

—¿Cómo así? ¿O sea que aquí dice lo mismo que dice en la Biblia que tengo en el nochero?

—Pues... sí, señor.

—¿Pagué cinco millones de dólares por un libro que ya tengo? ¡No me crea tan pendejo!

—Es que este es el primer libro que se imprimió en Estados Unidos, es de 1640. Una joya. Ese ejemplar que usted está tocando tiene casi trescientos cincuenta años de antigüedad.

—Valiente gracia. —Don Efrem levantó los hombros soltando un resoplido.

En esas alcanzó a ver a la Chinga y a Hermosura parados en la entrada de

la sala, todavía pasmados y con la respiración grande, que lo miraban sin atreverse a interrumpirlo.

—¿Y ustedes dónde andaban? ¿Ya me tienen todos los datos del contador?

—La Chinga empezó a balbucear y don Efrem les miró las caras descuadradas.

—¿Qué les pasó que parecen como pasados por entre el culo de un perro?

—Don Efrem, es que acabamos de ver al Gurbio.

Don Efrem se quedó reparándolos un ratico a ver si le estaban mamando gallo. Se paró quitándose los guantes y se les puso al frente.

—¿Cuántas hijueputas veces les he dicho que no me metan vicio trabajando?

—No, don Efrem, nosotros estamos supersanos. —La Chinga levantó el pie derecho y lo cruzó sobre el izquierdo y se quedó haciendo equilibrio en la forma de un número cuatro mientras le daba con el puño a Hermosura que hizo lo mismo—. Vea que no es mentira.

—¡A mí no me vengán con maricadas!

Los muchachos bajaron la cabeza esperando una putiada escandalosa, pero antes de que don Efrem pegara el siguiente grito el asesor carraspeó bajito, Dominio de las emociones. Don Efrem se mordió los labios, respiró profundo y miró el número cuarenta y cuatro que seguían formando la Chinga y Hermosura. Se le veía la tensión del esfuerzo por estar relajado.

—¿Y ustedes no me lo habían matado, pues?

—Claro que sí —dijo la Chinga—. Yo personalmente le di como tres pepazos en la cabeza.

Don Efrem caminó despacio hasta el sillón de cuero y se volvió a sentar. Tomó aire y habló exagerando la lentitud:

—Bueno, entonces si no les quedó bien muerto, háganmen el favor y van y me lo buscan y me lo vuelven a matar si tienen la amabilidad.

Miró a Mario, que levantó el dedo gordo de la mano. Los muchachos no contestaron nada, pero tampoco se movieron.

—¿Y por qué se quedan mirándome con esa cara de güevas?

—Patrón, es que yo estaba pensando —dijo la Chinga— que qué tal si

mejor conseguimos un brujo que nos diga qué hacer.

Los cachetes de don Efrem se pusieron rojos, el asesor lo miró moviendo la mano abierta arriba y abajo como si estuviera pelotiando despacio un balón de basquetbol, Autodominio y elegancia, dijo pasito. Don Efrem volvió a respirar profundo y miró a los muchachos con los ojos brotados.

—Ningún brujo ni qué nada. Primero que todo vayan y se aseguran...

—Pero es que —empezó a decir la Chinga.

—¡No me interrumpa que usted sabe que eso es lo que más me emputa!
—Se cortó, miró al asesor, apretó los puños y empezó a hablar otra vez despacio, bregando a no subir el volumen—. No me salgan con esas cosas. Si no hicieron bien el trabajo vayan...

—Pero, don Efrem, es que no se trata de...

—¡Que no me interrumpás! —Cayó en cuenta del grito y bajó la voz—. En todo caso van y me lo matan cuantas veces haya que matarlo. —A medida que hablaba se fue soltando y dejó de mirar al asesor—. A mí un carechimba espanto no me va a venir a espantar porque el único hijueputa que espanta aquí soy yo y ustedes se me van ya mismo a hacer las cosas bien antes de que los mande pa'la gran puta de la mierda porque me están dañando el ejercicio de decencia, ¡grandísimos malparidos! —Terminó con un alarido que resonó en toda la casa.

Respiró grande y descansado como si hubiera aguantado el aire mucho rato. Miró al asesor y levantó los hombros. La Chinga y Hermosura salieron despavoridos.

15

EL TÍO HUMBERTO

Todavía tengo uno de esos papelitos con un letrero largo en letras rojas que estaba repartiendo el tío Humberto el día que fuimos a esperarlo a la salida de la fábrica, *Contra los ataques a la estabilidad laboral y la supresión de las horas extras y nocturnas por parte de los nuevos dueños de la empresa, Asamblea General del Sindicato de Trabajadores Socialistas Democráticos de la Industria de Tejidos Villalindenses, SINTRASODETEVI, línea moderada, en contra de la política neoliberal de la oligarquía vernácula y las políticas expoliadoras de los colosos internacionales, unidos por siempre.* Estaba parado en mitad de la puerta con una ringlera de papeles en la mano, cantando todo contento, *Dale nomás, dale que va, que allá en el horno nos vamo'a encontrá.* Unos obreros que salían con cara de cansados siguieron derecho sin recibirle los volantes, *No pienses más, sentate a un lao, que a nadie importa si naciste honrao,* les cantaba más duro y cuando vio que se empezaban a montar en el bus estacionado frente a la fachada de la fábrica, les gritó burletero:

—¡Estos son los que agachan la cabeza ante el patrón y en la casa son unas fieras con los hijos y la mujer!

Algunos voltiaron a mirarlo riéndose y se veía que ya lo conocían porque no contestaron ofendidos sino también en son de charla.

—Por lo menos tenemos hijos y mujer a quien joder —dijo uno.

—Como si fuera muy difícil. Pa'eso solo se necesita tener chimbo y

resignación —contestó Humberto.

—Y vos pa'qué ponés tanto problema si igual los dueños siempre van a hacer lo que les dé la gana —le dijo otro.

—Porque saben que hay gente boba como ustedes. Y así las cosas no cambien, que por lo menos se pongan nerviosos un ratico.

Era moreno, grande y acuerpado, de pelo blanco y cortico, con la cara cuadrada y la cumbamba salida hacia adelante como un orinal de cantina y los cachetes rojos como si se hubiera acabado de achantar a toda hora. Tenía camisa y pantalón caquis de tela gruesa, botas amarillas *grulla* de esas que nunca se acaban y un bolso grande de cuero terciado al hombro, del que sacaba los volantes. Me pareció muy viejo para estar tan joven. Yo lo había visto mucho por ahí en las calles y en los billares y en las cantinas, siempre con gente, hablando y riéndose, pero no sabía cómo se llamaba y mucho menos que fuera el hermano del papá de Yovani.

Entre otro grupo de obreros que venían conversando se fue abriendo paso un *renol seis* verde que me pareció conocido. Cuando llegó al lado de Humberto salió por la ventanilla la cara de puño de don Carlos, el papá de Luchador.

—Coja oficio, Humberto, en vez de estar poniendo pereque póngase a trabajar y deje a la gente tranquila. Antes agradézcale a mi Dios que madruga todos los días a trabajar y no a conseguir trabajito.

Humberto lo miró tranquilo y le contestó sin que le cambiara su cara contenta.

—Vos lo que querés es que agradezcamos que nos estén dando por el culo como si fuera un favor que nos hacen, Carlos. Lo único que estamos pidiendo es que nos traten justamente, que nos respeten. Como eran las cosas en esta fábrica antes. ¿Vos te acordás de que haya habido una protesta aquí en la época de los Botero?

El tumulto de obreros se dispersó y el carro avanzó con don Carlos refunfuñando adentro. Humberto siguió tranquilo en su asunto, *Que es lo mismo el que labura día y noche como un buey que el que vive de las minas que el que mata que el que cura o está fuera de la ley*, y ahí fue cuando nos le acercamos. Apenas vio a Yovani dejó de cantar y se vino hacia nosotros,

caricontento y abriendo los brazos.

—¡Quiubo, mijo, qué es ese milagro, tiempo sin verlo!

—Bien, Humberto, ¿y usted?

—Bien, mijo, por aquí en las bregas de siempre. ¿Y Amparo? ¿Cómo está ella?

—Bien, trabajando mucho.

—Esa mujer sí es una guerrera. —Se quedó pensando y le brillaron los ojos—. Y una hermosura.

Yovani le cambió el tema.

—Humberto, es que lo estaba buscando porque quería hablar una cosa con usted.

Humberto se extrañó. Aunque estaba saliendo otro grupo de obreros guardó los volantes en el bolso y siguió con nosotros.

—Claro que sí, mijo. Espero que no sea una tragedia, por la cara que tiene.

—No, tampoco, pero sí es un problema.

Humberto le apretó el hombro y empezó a caminar hacia la calle.

—Pero entonces vengan vamos a tomarnos algo y ahí me cuenta con tranquilidad.

Caminamos por la calle aledaña a la fábrica, entre un mundo de trabajadores que cargaban mochilitas impermeables de las que usan los futbolistas para guardar los guayos. Veo, le presento a mi amigo, le dijo Yovani, y Humberto me dio la mano todo querido y cuando le dije mi nombre y el barrio me preguntó el apellido y el nombre de mi mamá y resultó que conocía a mi familia. Llegamos a una cantina de esquina. Había dos mesas afuera y otras cuatro adentro, todas llenas de obreros tomando aguardiente. Estaba sonando *Sangre maleva*, ya en el final, *Déjenme no más que muera y de esto nadie se asombre que el hombre para ser hombre no debe ser batidor*. Humberto entró saludando a todo el mundo y siguió hasta el mostrador donde había una pila de butaquitos de plástico sin espaldar encajados unos encima de otros. Sacó cuatro butaquitos de la pila y los acomodó en un rincón, tres para sentarnos y uno como mesita de centro.

—¿Un aguardientico o una cervecita, muchachos?

—Cervecita —dije.

—Para mí sí un guaro —dijo Yovani.

Humberto se volvió hacia el mostrador y le habló a un flaco carepalo y altísimo que repasaba la superficie con el trapo rojo.

—Mono, hacéme el favor y me traés medicita de guaro con pasantico de naranja y una cervecita fría.

Se frotó las manos y se inclinó hacia Yovani.

—Bueno, cuénteme pues qué es la cosa.

Yovani se soltó a contarle lo que nos había pasado con Cambalache, hablando derecho como si estuviera dando una lección. Humberto escuchó sin interrumpir, parando bolas, y a medida que oía se le fue deshaciendo la sonrisa y la cara se le fue poniendo roja. Antes de que Yovani acabara de contar se dio una palmada dura en la pierna.

—¡Cambalache sí se volvió un perfecto triplehijueputa! ¡No jodamos la vida!

—¿Usted lo conoce? —Yovani se sorprendió.

—De toda la vida, mijo. Trabajamos juntos cuando estábamos más jóvenes. Era hasta muy buena gente. Pero desde que se juntó con Moncada se volvió otro.

Se quedó callado un rato, pensativo.

—O tenía muy bien escondida la hijueputez. —Dejó de hablar y arrugó la cara—. ¡Llegar al punto de extorsionar a unos culicagados ingenuos! ¡Es el colmo de la malparidez!

Luego nos miró como si estuviera bravo con nosotros también.

—Y más güevones ustedes que se ponen a dar papaya por unas putas mechas con marquillas.

—Pero es que es ropa fina. —Yovani se defendió.

El flaco del mostrador llegó con la media de guaro y la cerveza pidiendo disculpas por la demora.

—¿Fina?, fino el enredo en que se metieron por pendejos. —Humberto llenó las dos copas—. Pero lo hecho hecho está. Ahora toca ver cómo le buscamos la solución al problema.

—¿Y no lo podemos denunciar con la policía? —se me ocurrió decir.

Humberto me miró con pesar, levantó la copa y se tomó el trago.

—Mijo, Moncada, el jefe de Cambalache, es el dueño de la policía. ¿Usted es que no vive en Villalinda o qué?

—Yo pensaba que el dueño de la policía era don Efrem.

—Efrem ahora es el dueño de la policía de tránsito y de algunos concejales. Antes, cuando eran socios, los dos eran los dueños de todo...

En ese momento sonó la última parte de *Mala suerte si hoy te pierdo, mala suerte si ando solo, el culpable soy de todo ya que no puedo cambiar*, que termina de sopetón y Humberto siguió conversando con el mismo volumen como si estuviera hablando para todo el mundo.

—Pero desde que se pelearon cada uno quedó con la parte donde había invertido más plata...

Nadie voltió a mirar porque todos andaban en sus propias charlas, pero Humberto cayó en cuenta y nos habló pasito.

—Esas cosas no son para hablarlas aquí, mejor vamos a la casa y allá vemos qué podemos hacer.

Se paró para el mostrador y no había dado tres pasos cuando se quedó paralizado oyendo la canción que comenzaba a sonar, como si lo hubiera tocado por allá adentro, y empezó a cantar todo inspirado, con los brazos abiertos, *Cómo ríe la vida si tus ojos negros me quieren mirar y si es mío el amparo de tu risa leve que es como un cantar*, con una voz bonita de cantante de verdad, moviéndose como si estuviera en un escenario, *El día que me quieras la rosa que engalana se vestirá de fiesta con su mejor color, y al viento las campanas dirán que ya eres mía*, y apretaba los ojos cerrados como si le estuviera pasando lo que estaba pasando en la canción, *La noche que me quieras, desde el azul del cielo las estrellas celosas nos mirarán pasar*, y así todo el rato hasta que se cantó el tango completo y todos aplaudieron y él dobló el cuerpo hacia delante con un gesto de artista y después siguió como si nada hasta el mostrador y pagó la cuenta.

—El espectáculo no te lo cobro, Mono —dijo cuando el flaco altísimo le dio la devuelta.

Volvió a la mesa, empacó en el bolso la media de aguardiente recién empezada y nos hizo señas de que fuéramos saliendo.

Caminamos varias cuadras y como Yovani no dejaba la cara de preocupación, Humberto le dijo que no se angustiara, que la cosa era para poner cuidado pero no para amargarse y que fresco que solución le encontrábamos. Destapó la media de aguardiente, nos tomamos varios tragos a pico de botella y él empezó, *Verás que todo es mentira, verás que nada es amor, que al mundo nada le importa, yira, yira*, hasta que llegamos al barrio de casas igualitas que quedaba cerca de la fábrica.

—Esta urbanización la construyeron hace como cuarenta años los Botero —dijo mientras abría la puerta de su casa—. Nos vendieron las casas casi regaladas y a cuotas. Esas cosas ya no se ven.

La sala era un despelote de papeles regados por todos lados. En la mitad había una mesa grande de madera repleta de volantes, y cuadernos y cartillas, una máquina de escribir con una hoja puesta y un escrito en tinta roja, y al lado dos pocillos con cunchos de tinto. En la pared de la derecha varios afiches sin enmarcar de señores barbados que yo no conocía, al lado de uno de Gardel y otro de Julio Sosa, y debajo un equipo de sonido para discos y casetes. Las otras dos paredes estaban tapadas con repisas llenas de libros.

—¿Usted se ha leído todos esos libros? —le pregunté.

—No todos, pero los que no me he leído los he ojeado.

—Muy verraco usted.

Descargó el bolso en un taburete y siguió hacia el fondo de la casa, Acomódense donde puedan, muchachos, que ya vengo. Volvió al momentico con copas y un vaso de agua y les abrió espacio corriendo papeles y cosas como pudo. Sirvió, se tomó su trago, fue al equipo, puso un casete y empezó a sonar *Garufa, pucha que sos divertido*.

—Como viejito el equipo, ¿cierto? —dije por poner tema.

—Este se lo compré a Efrem, cuando todavía no era don Efrem.

—¿Usted también lo conoce a él?

—¡Avemaría! Mucho.

—¿Son amigos?

—Fuimos. Hace tiempos.

—¿Y de Moncada? —preguntó Yovani.

—De todos. Es que nos criamos juntos. Si Villalinda es chiquito, ahora

imagínense cómo era hace cuarenta años.

Nos tomamos otro aguardiente y fue al estante de los libros. Sacó uno y me lo pasó, *Monografía de Villalinda*. Señaló una página donde había una foto vieja en la que pasaba una procesión y unos niños barrigones la miraban pasar.

—Ahí estamos todos.

—Ese es el libro que yo le dije que él escribió —fue diciendo Yovani todo orgulloso como si hubiera sido él el que lo hubiera escrito.

Tenía un mundo de fotos antiguas del pueblo y de los próceres y mostraba cómo eran los lugares antes. No me pareció que fuera Villalinda.

—En esa época esto por acá era muy tranquilo, una tierra de obreros y trabajadores y arrieros y negociantes. Nunca ha faltado el vivo, eso sí, porque esta siempre ha sido tierra de avispados. Pero es que ahora se les está yendo la mano. Se están tirando en todo ese par de güevones con esa guerra tan pendeja en la que nos metieron a todos.

Yovani había estado mirando al tío todo el rato con los ojos perdidos, con la cabeza puesta en el problema que todavía no habíamos solucionado. A mí entre las historias de Humberto, las fotos y los aguardientes se me había olvidado la preocupación.

—Humberto, perdone que lo interrumpa, pero ¿sí será que usted va a poder ayudarme?

Humberto se dio una palmada en la frente y fue de una hasta la silla donde había dejado el bolso.

—Claro que sí, mijo, discúlpeme, es que yo me pongo a conversar y se me va el mundo.

Sacó del bolso unas gafas y una agenda verde. Se puso las gafas, buscó en la agenda hasta que encontró una hoja, acercó la cara para mirar bien y se volvió hacia Yovani.

—¿Y cuánto es que les está cobrando ese malparido?

—Cuarenta mil.

Pasó el dedo por una hoja de la agenda, hizo unas cuentas en la cabeza y volvió a sentarse.

—Yo tengo unos ahorros guardados pa'un viaje que tengo planeado a

Buenos Aires porque no me puedo morir sin conocer la tierra de Gardel. Así que saco una parte, con eso se quitan a ese malparido de encima y no le damos el gusto de que haga lo que le da la gana con la gente.

Yovani hizo una cara rara, de contentura y vergüenza a la vez.

—Gracias, Humberto, cuente con que se la devolvemos, máximo en un mes.

Miré a Yovani sin entender. Humberto también lo miró extraño.

—¿Y cómo piensan conseguirse esa plata en un mes? ¿Tienen trabajo? Ahora no vayan a meterse en más problemas, home, muchachos, que yo no los estoy acosando.

Yovani fue diciendo todo seguro:

—Empezamos a camellar la semana que viene.

Lo miré pidiéndole una explicación pero él voltió para otro lado. Humberto se alegró con la noticia.

—Qué bueno. ¿Y dónde?

Yovani siguió como si nada. Yo lo miraba pasmado.

—En Supermercados Paratodos, de empacadores.

Humberto se cogió la cabeza.

—¿De empacadores en Paratodos? ¿Trabajando por lo que la gente les quiera dar?

Pensé que nos iba a echar un cantaletazo pero nos miró como si fuéramos sus hijos y hubiéramos tenido un accidente. Subió y bajó los hombros.

—Bueno, en fin.

Se paró, fue a la pieza, volvió contando unos billetes y se los dio a Yovani.

—Vayan, páguenle a Cambalache y no vuelvan a tener nada que ver con ese hijueputa.

—Midiós le pague. —Yovani recibió la plata bajando la cabeza.

—Mejor me paga usted, mijo —dijo Humberto muerto de risa—, que yo no creo mucho en ese otro.

Yovani agarró su mochila.

—Bueno, nosotros vamos a hacer esa vuelta de una vez.

Empezó a salir y yo lo seguí. Humberto nos acompañó hasta la puerta.

—Háganlen tranquilos, mijos, después vuelven con más tiempito.

Abrió la puerta y nos despedimos con un abrazo. Cuando ya habíamos andado unos pasos por la acera oímos la voz aguardientosa.

—¡Yovani!

Humberto tenía un pie en la acera y con el otro sostenía la puerta para que no se le cerrara, mientras estiraba la mano con un papelito.

—Llévese este recibo de pago para que se lo haga firmar a Cambalache.

Yovani se devolvió y le recibió el papel.

—Y otra cosita. —Humberto lo miró con cariño—. Sobra decir que Amparo no sabe que usted vino a visitarme, ¿cierto?

—Claro que no. Yo por aquí no he venido. —Yovani sonrió y dio la vuelta para alcanzarme.

16

MATAR AL MUERTO

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Hermosura apenas salieron de La Amistad.

—Lo que dijo don Efrem, asegurarnos de que esté muerto y si no está muerto volverlo a matar —contestó la Chinga.

Pero no fueron a buscar al Gurbio ese día porque decidieron primero terminar de recoger la información del contador, que era el encargo más urgente. Pero sobre todo porque le querían sacar el cuerpo a la vuelta. Se pasaron la tarde de ese jueves y todo el viernes siguiente detrás de Pereira, pillándole cada movimiento, detallando cuánta gente lo acompañaba y confirmando rutas y rutinas. La Chinga anotó juicioso todos los datos y el viernes por la noche llamó desde un teléfono público a don Efrem, que le dijo Gracias, mijo, con esto ya organizamos el operativo, y le preguntó si ya habían resuelto el enredo del Gurbio. La Chinga le dijo que estaban en esas y que mañana le tenía noticias. Colgó y se fueron directo para el *gril* Solidgold donde se dedicaron a beber como caballos asoliados y a meter de todo, casi sin hablar, hasta que no supieron dónde estaban ni si estaban vivos o muertos, y al otro día que se encontraron a las once de la mañana en el bar El Cielo ninguno de los dos sabía cómo había llegado a su casa. Se tomaron dos aguardientes dobles para bajar el guayabo y arrancaron en la moto fumándose un bareto para calmar los nervios, rumbo al barrio San Gabriel.

Era una casa de ladrillos pelados. El Gurbio había alcanzado a mandarle

cambiar las paredes de bahareque por unas de material, pero no pudo hacerlas revocar porque en esas fue que lo mataron. Hermosura cuadró la moto y se bajó con la pistola en la mano cuando la Chinga ya estaba golpeando la puerta como si la fuera a tumbar. Ya va, ya va, ¿qué es el afán?, ¿van a romper la puerta o qué?, gritó una voz de muchacha ofuscada acercándose por el corredor. Cuando abrió y vio a Hermosura se le hizo una sonrisa de oreja a oreja y le brillaron los ojos, como les pasaba a casi todas las mujeres, y hasta a los hombres, que no era sino verle la presencia y ahí mismo hacían caritas, y por eso es que uno oía decir a la gente a cada rato Esta Hermosura sí es una belleza.

Hermosura agarró a la muchacha del pescuezo como a una gallina que fuera a desplumar, le puso la *sigsagüer* en la cabeza y la empujó adentro de la casa. La cara de embeleso de la muchacha se volvió una mueca de terror y humillación y la Chinga la miró con desprecio porque uno se ve muy ridículo cuando pasa del amor ingenuo a la puñalada marranera. Yo creo que la gente se vuelve desconfiada y malacarosa no tanto para que no le hagan daño sino para evitar lo bobo que uno se ve después de haber sido confiado. Esa era la estrategia que Hermosura aplicaba casi siempre, sabiéndolo pero sin pensarlo. Le sacaba a la gente la parte amable con su lindura y su cara de bebé y cuando estaban todos llenos de cariño mandaba el guascazo. Porque a pesar de lo asesino que era, Hermosura no era un duro, sino un flojo muy zorro.

Avanzaron a los trancazos por el pasillo, Hermosura con la muchacha agarrada del cuello y la Chinga con la pistola al frente, pisando duro y gritando como si hubiera llegado el fin del mundo para que la gente que hubiera en la casa creyera que en verdad había llegado el fin del mundo de sopetón y no tuviera tiempo de pensar ni reaccionar. Esa era la estrategia de la Chinga, soltar una volquetada de pánico en el momento menos pensado para pegar directo en la parte miedosa que está en el comienzo de todas las personas, por más bravas que sean. ¿Dónde está? ¿Dónde tienen escondido a ese hijueputa?, gritó poniendo una voz de cantante de *jevimetal* que no tenía, y como nadie contestó se voltió hacia la muchacha, ¿Quién más está en la casa?, Do-do-dora, mi hermana, y mis papás, contestó ella, ¿Y la otra gente?, Ma-ma-marleni está trabajando y Viviana no vive aquí desde que se casó. ¿Y

el Gurbio?, rugió la Chinga, Mi papá está en la pieza con mi mamá, pero no le vayan a hacer nada que él ya no le hace daño a nadie. No, el Gurbio chiquito, su hermano, dijo la Chinga mirándola lo más feo que podía. La muchacha se quedó pasmada, como si le hubiera entrado un miedo mucho más grande que el miedo de morir. ¿Cómo así?, contestó sudando frío, si él está muerto. No se haga la boba que ustedes lo tienen escondido. En esas salió Dora por una de las puertas que daba al pasillo, con los audífonos puestos, y apenas vio el bololói abrió la boca para pegar un grito pero no tuvo tiempo porque la Chinga se le fue encima y la calló con una mano mientras con la otra le ponía la pistola en la cabeza, No vayás a hacer escándalo, malparida, si no querés que te mate aquí mismo. En el forcejeo los audífonos le quedaron colgando del pecho con un chirrido de canción a todo taco que no alcanzaba a salir del todo por la espumita redonda, *Yo no te pido la luna, tan solo quiero amarte, quiero ser esa locura que vibra muy dentro de ti naaaaa*. A ver, ¿dónde está la otra gente?, insistió la Chinga por encima del chirrido. La muchacha le agarró la mano y se la quitó de la boca, Suélteme primero que yo no voy a hacer nada, le dijo. La Chinga la soltó y Dora caminó firme, enojada, por el pasillo y voltió a la derecha en la última puerta. La siguieron y entraron en tropel a la pieza. La mamá, que estaba sentada al lado del esposo viendo televisión, se paró y miró extrañada pero sin pizca de miedo, curtida por años y años de sustos y sustos. El viejo ni se inmutó, engrupido en el azul titilante de la pantalla que alumbraba la pieza medio oscura. La Chinga se alcanzó a desubicar porque a él lo único que le podía dar miedo era que no le tuvieran miedo. Dora corrió a abrazar a la mamá y la señora la recibió sin moverse ni decir palabra, mirando tranquila a la Chinga que le apuntaba y a Hermosura ahorcando a su otra hija que ya no se veía tan empanicada y que hasta parecía que no le chocara del todo el apercuelle. Se quedaron callados, mirándose en medio del resplandor de la pantalla y el chirrido ahogado de los audífonos, *Yo no te pido la luna, solo te pido el momento de rescatar esta piel y robarme esa estrella que vemos tú y yo al hacer el amor na-a-a*, ¡¿Dónde tienen escondido a ese hijueputa?!, gritó la Chinga. ¿A quién, mijito?, contestó la señora como si no le estuviera hablando a un asesino que se le había metido a la casa sino a un hijo. La

Chinga gagió, Pu-pues al Gurbio, doña, no se haga la boba. ¿No lo ve ahí pues, mijo?, y la señora señaló al Gurbio grande, que seguía mirando nada, entelerido, como se mantenía desde que volvió a aparecer después de haberse perdido ocho años en los que anduvo por pueblos de la costa detrás de las faldas de una copera que dicen que lo enyerbó y lo puso a trabajar para ella y que cuando lo vio viejo y zurumbático de tanto menjunje que le había embutido lo abandonó.

Nadie supo quién lo trajo o cómo llegó una tarde al barrio San Gabriel a tocar la puerta de la única parte del mundo en donde lo podían recibir, con la sola muda de ropa que llevaba puesta y unas monedas en los bolsillos. Cuentan que Viviana, la mayor, y Dora, la del medio, pegaron el grito en el cielo, embejucadas, que ese era el colmo del descaró y el cinismo. Después de habernos dejado botados aguantando hambre y darnos la vida de miseria que nos dio, volver muy orondo y campante a que le cuidemos la vejez y la enfermedad, y que la mamá, el Gurbio chiquito y la hija a la que Hermosura estaba apercollando dijeron Cómo lo vamos a dejar tirado en la calle, sea lo que sea es el papá, además un acto de caridad no se le niega a nadie. Y ahí fue cuando Viviana decidió casarse para irse de la casa, y Dora, Marleni y la mamá se dedicaron a cuidar al viejo, que se pasaba los días sentado en una mecedora o viendo televisión en la pieza, y las muchachas le daban la comida, lo bañaban, lo peinaban, lo vestían, lo sacaban a asolear, como si hubieran vuelto a ser chiquitas, jugando a las mamás con un niño de setenta años que a la vez era su cucho, y a veces mientras lo peinaban o le daban la comida se acordaban del borracho atarván que llegaba a acabar hasta con el nido de la perra y de los gritos de la mamá y los golpes y los moretones y las quebraciones de platos y sillas y el voleo de fuetazos con la hebilla de la correa, y entonces aventaban la peinilla o la cuchara contra el piso y lo encendían a puños y coscorrones y cachetadas con una rabia acumulada que ni sabían que tenían, Maldito viejo hijueputa, y el hombre recibía la paliza sin moverse ni levantar siquiera las manos para protegerse, con unos ojos tristes de oveja mansa y lagrimones gordos rodando por los cachetes chupados y en alguna pausa entre golpe y cachetada Dora o Marleni alcanzaban a ver la cara de muchachito desprotegido y maltratado y un chuzón de lástima les

desinflaba el pecho y se veían a ellas mismas siendo lo que ahora era el papá y se quedaban sin contra quién descargar la putería ciega y se soltaban a llorar y abrazaban al viejo pidiéndole perdón y pidiéndole que les pidiera perdón y lloraban juntos, ellas a los berridos y él sin decir palabra, por ellas, por él, por la mamá, por el Gurbio chiquito, por los niños abandonados que eran todos en esa casa. Después de esos arrebatos les entraba el arrepentimiento y pasaban días y semanas todas cariñosas con el pobre viejito, hasta que en el momento menos pensado un gesto, una palabra, una música de la emisora o los simples caprichos de la pensadera les traían otra vez el recuerdo puntudo de un golpe y una humillación y volvían a agarrar a guarapazos al malparido ogro, al viejo catretriplehijueputa que tantas veces las hizo correr a esconderse debajo de la cama, temblorosas, pasmadas de terror no solo por ellas sino por la mamá y por el hermanito menor que tiritaba y se orinaba en los pantalones y que desde esa época se volvió un pelaíto amedrentado y nervioso que les hacía los mandados a las señoras del barrio y al que los otros muchachos nos gozábamos por atembao y que en los partidos de fútbol poníamos de recogebolas porque no servía para nada más, al único niño que yo llegué a cascar en una pelea callejera reventándole la nariz contra el pavimento, cuando todavía no éramos los cadaunos que nos volvimos todos después, cuando él, el Gurbio chiquito, no era todavía el asesino más peligroso y sanguinario y aventado que haya dado Villalinda y al único que don Efrem le tuvo miedo después de haber sido su matón preferido.

La Chinga reaccionó, A quién va a ser, al hijo suyo, doña, y la mamá se soltó del abrazo de Dora y dio un paso adelante mirando con una tristeza calmada, sin lágrimas, sin queja ni dureza, Pero ¿ustedes ya no me lo mataron, pues, mijitos?, y se quedó reparándolos como preocupada por ellos, Yo creo que están tomando demasiadas de esas pastas que tomaba mi muchacho que me lo enloquecían, les dijo y Hermosura de una se voltió a mirar al viejo que miraba la pantalla para no encontrarse con la mirada de la señora, y la Chinga bajó la cabeza un poquito y después voltió hacia Hermosura, Bueno, mucha carreta, cuide esta gente aquí yo voy a desencaletar a ese malparido y recorrió la casa tumbando camas, abriendo

escaparates, rompiendo puertas, levantando colchones, tirando cajones, como si no estuviera buscando al Gurbio sino plata y como si incluso se le hubiera olvidado lo que estaba buscando pero tuviera que seguir buscando sin saber qué ni por qué, y cuando ya había despelotado todo sin encontrar nada siguió buscando por buscar para no tener que volver a la pieza, hasta que no le quedó otra que regresar porque lo estaban esperando y entró pisando duro y hablando golpiado, Si no está aquí ustedes deben saber dónde está. ¿Dónde va a estar, hijo, si ustedes mismos me lo asesinaron?, contestó la señora. Lo que pasa es que lo vimos en estos días, dijo Hermosura. ¿Dónde, dónde?, preguntó la mamá con ojos ilusionados. Por ahí en la calle. La cucha se quedó callada, tiesa. Entonces, Dora, roja de la ira, se paró frente a la Chinga mirándolo fijo a los ojos, Le voy a decir exactamente la dirección donde lo pueden encontrar para que vayan a hablar con él o a cuadrar las cuentas pendientes que tengan. Hermosura abrió tremendos ojos, la Chinga arrugó la frente y Dora se le pegó a la cara y le habló despacio, remarcando, clarito, Está en el pabellón cuarto, en la segunda bóveda de arriba para abajo y la tercera de izquierda a derecha del Cementerio Municipal de Villalinda, bien pueden ir a hablar con él si quieren. Ahhh, dijo la Chinga moviendo la mano en el aire, le hizo una seña a su compañero y empezó a salir. Hermosura soltó a la muchacha que le alcanzó a acariciar el brazo y lo miró irse. Cuando llegaron al final del corredor y abrieron la puerta oyeron la voz de la mamá desde la pieza, Ayyy, muchachos, si me lo encuentran díganle que lo extraño mucho.

Se montaron en la moto y arrancaron a toda. Llegaron a la casita del sepulturero, al lado del cementerio, lo sacaron a los pescozones y lo obligaron a que les abriera la tumba que estaba en el pabellón cuarto, en la segunda bóveda de arriba para abajo y la tercera de izquierda a derecha. El sepulturero quitó con un cincel y un martillo la lápida, descascaró el revoque y cuando rompió la pared de ladrillos apareció la punta carcomida del ataúd apolillado. Hermosura hizo un gesto maluco porque él podía ver los muertos recién matados que fuera pero a los ataúdes les tenía su cosa. Sáquelo, ordenó la Chinga. El sepulturero haló la parte de los pies pero necesitaba que alguien sostuviera la parte de arriba y les pidió ayuda. Hermosura se hizo el bobo y la

Chinga sostuvo la caja y la ayudó a descargar en el suelo. ¿La van a abrir?, dijo el sepulturero y antes de que la Chinga contestara Hermosura agarró a bala el ataúd hasta que se le descargó el proveedor, Pa'qué abrirlo, dijo mirando a la Chinga, si con esto no quedamos asegurados no estamos asegurados con nada. La Chinga miró el cajón agujerado, al sepulturero pálido y a Hermosura con la cara petrificada. Pues sí, dijo al rato, pa'lo que hay que ver, y descargó también su proveedor. Guardaron las pistolas, le tiraron un fajo de billetes al sepulturero, Gracias, parcero, vuélvalo a guardar, y salieron caminando rápido.

17

PAGARLE A CAMBALACHE

—¿Vos por qué le dijiste mentiras a tu tío? —le pregunté a Yovani apenas voltiamos en la esquina.

—¿Cuáles mentiras?

—Sí, hágase el bobo. Que teníamos trabajo en Paratodos.

Paró en seco, abrió la mochila y sacó un sobre de papel manila con dos formatos de hojas de vida de esas que venden en las papelerías.

—Pues porque lo vamos a tener.

Mirá este tan vivo como tenía las cosas de planeadas, pensé, Y tan optimista pensando que con una hoja de vida ya tenemos plata. Pero no dije nada sino que seguí con lo de la mentira.

—No había necesidad. Él no nos estaba acosando pa'pagarle.

Guardó el sobre en la mochila y habló moviendo las manos fuerte como si no le alcanzaran las palabras para la importancia de lo que decía.

—Vea, hermano. Esos ahorros de Humberto son lo único que él tiene en la vida. Además de la casa.

Seguimos caminando. Pasamos por la estatua descascarada de Facundo Botero, el fundador de Tejicadena, que era donde terminaba el barrio obrero, y seguimos derecho a coger la avenida Galindo rumbo al centro de Villalinda. Al rato siguió con el tema sin que yo le preguntara.

—Además quiero pagarle lo más rápido posible porque donde mi mamá se entere de que vine a pedirle prestado me meto en un problema el verraco.

—¿Por qué?

—Porque a ella no le gusta que me vea con él y menos que le pida favores.

—¿Y por qué?

—Por cosas de ellos.

—¿Qué cosas?

—Yo qué voy a saber... Humberto siempre ha estado tragado de mi mamá.

Terminó la frase y de una cruzó la calle, Vamos a pagarle a Cambalache y después entregamos las hojas de vida, dijo moviéndose entre los carros que nos pitaban. Qué manera tan peligrosa de cambiar de tema, pensé.

Afuera del bar El Pueblo encontramos un corrillo de gente y una patrulla estacionada. En la acera había cuatro policías chilinguados de un tipo grande que corcoveaba como un toro amarrado y los mangoneaba de aquí para allá. Nos arrimamos para ver bien. Era Juan. Se veía muy raro, no tanto porque estuviera ahí bregando con policías sino por estar fuera de la morgue. No se parecía al que era cuando estaba en el lugar en el que era él. Como si no le luciera la calle. Llegaron otros dos policías a ayudar pero tampoco pudieron con Juan que ni se inmutaba reboliando tombo prendidos de sus brazos, de sus piernas, y que con cada enviñón se movían como si fueran colgados de la puerta de un bus dando curvas. No parecía darse cuenta de ellos porque no hacía sino mirar con los ojos enrojecidos de furia hacia el fondo del bar, tirando para allá sin que los polochos lo dejaran avanzar, con un hilo de sangre chorriándole por la frente. De pronto vio algo adentro del negocio y con dos manotazos tiró al piso el manajo de tombo y salió entrombado a encontrarse de frente con uno de los macancanes de Cambalache que salía enfurecido. Se chocaron en la acera con severo guascazo que resonó en todo el parque y Tenga hijueputa pa'que aprenda a respetar. Aquí te tengo el respeto, gran malaparido, y prátcatelas y guanabanazo va y guanabanazo viene, con toda la rabia, mientras volaban goticas de sangre y sudor en cámara lenta, como puñetazos de boxeadores en televisión. Con uno solo de esos golpes yo hubiera quedado privado tres días. Aparecieron más policías de refuerzo, y se fueron encima de los dos toros embravecidos y después de

muchas lidias al fin los pudieron separar. Yovani y yo nos acercamos un poquito más tapándonos entre la gente. A Juan casi no le ponen las esposas y mientras lo montaban en la patrulla gritaba con su vozarrón de buldócer hacia el interior de El Pueblo.

—Vos no tenés por qué meterte en mi vida, gran malparido, porque yo a vos no te debo un peso. ¡Y la próxima vez que toquen a mi cucha no alcanzan a matarme tus sicarios antes de que acabe con vos, triplehijueputa!

Lo embutieron como pudieron en la patrulla que arrancó moviéndose a los lados con los golpes que daba Juan. La gente se empezó a dispersar y el mesero de El Pueblo salió a levantar las sillas y mesas tiradas en la acera. Yovani y yo nos arrimamos para atisbar dentro del negocio. Cambalache estaba parado al fondo en medio de unos taburetes quebrados y los dos macananes se acercaban a él resoplando, con las caras ensangrentadas.

—Yo creo que no aguanta caerle en este momento —le dije a Yovani.

—Pero yo quiero pagarle esta plata de una vez.

Dio un paso y lo agarré del brazo.

—No seás bruto. Después va a decir que no se acuerda de que le pagaste, si no es que nos cascan esos manes con lo asados que están. Hagamos la vuelta de las hojas de vida y más tardecito volvemos.

Yovani volvió a mirar hacia adentro y me paró bolas. Cruzamos la calle y fuimos a sentarnos en las bancas del parque.

—¿Qué pasaría? —Seguía mirando hacia el negocio, pensativo.

—Quién sabe. —Le señalé la mochila—. Mejor llenemos esos papeles de una vez y salimos de la vuelta. Después averiguamos.

Abrió el cierre, sacó el sobre de manila, me entregó uno de los formatos y se puso a buscar en todos los bolsillos de la mochila y después en los pantalones.

—¿Tenés lapicero?

—Nada.

Miramos a la gente que estaba alrededor. Solo había unos vagos que que lapicero iban a tener, algunas señoras con niños y dos gamines tomando agua de los chorritos que salían por los bordes interiores de la fuente. Fuimos hasta el atrio de la iglesia y nos arrimamos a los viejitos que se paraban a cambiar

relojes. Les preguntamos a varios pero nadie en este pueblo cargaba un puto lapicero. Hasta que vimos un señor canoso y todo derecho, recién bañado, con saco elegante y zapatos lustrados, con la parte del lapicero que uno hunde saliéndole del bolsillo de la camisa. Nos acercamos y nos vio llegar con desconfianza.

—Don, ¿tiene un lapicero que nos preste un ratico? —Le mostré el formato poniendo cara de buena gente.

Nos reparó la facha para ver cómo tenía que reaccionar y parece que nos vio la necesidad sincera. Aunque era de la misma estatura de nosotros y estaba cerquita nos miró desde arriba y desde lejos.

—Sí, yo cargo de todo para no molestar a nadie. —Se sacó el lapicero y lo extendió de mala gana—. Pero me tengo que ir enseguida.

Yovani se quedó detenido con el lapicero en una mano y la hoja del formato en la otra.

—¿Y qué pasó ahora?

—¿Dónde apoyo?

—¿No tenés ahí un cuaderno o algo?

—Nada.

—¿Entonces pa' qué cargás esa puta mochila.

—A vos qué te importa. Además, ¿iba a llevar las hojas de vida en la mano o qué?

Le di la espalda y me incliné hacia delante. Conmigo de escritorio empezó a llenar el formato. Me iba leyendo en voz alta las preguntas.

—Aspiración salarial... ¿Qué pongo?

—Poné el mínimo que si ponés mucho no te dan el trabajo.

—Bien. Nombre del arrendador de la casa... ¿Cuál es que es el apellido de don Rubén? —Se quedó callado un rato.

—Poné por el momento el nombre y después averiguás el apellido.

Anotó en silencio varias respuestas que yo sentía en la espalda porque escribía muy duro. Me puse a mirar una hilera de hormigas que corrían entre las piedritas del piso del atrio. Moví el pie cruzándoles el camino y las hormiguitas se confundieron y agarraron para todos lados con tremendas hojas en las espaldas.

—No te movás que me hacés rayar.

—Y vos no escribás tan duro que me estás haciendo un tatuaje.

El viejito empezó a carraspear. Unas hormigas se estaban montando encima de otras de lo desorientadas.

—Ya vamos a acabar. Un segundito más —mintió Yovani porque con las preguntas que había respondido apenas iba en la primera hoja.

Pasé otro rato sin sentir el lapicero chuzándome la espalda. Yovani solo decía Ummm, ummm. Algunas hormiguitas habían vuelto a coger el camino y no me acordé si habían recuperado el que llevaban o se habían inventado otro.

—¿Qué pasó? —dije cuando la hilera se volvió a armar.

—¿Experiencia laboral? ¿Qué pongo ahí?

—Pues en lo que hayás trabajado. ¿Qué más va a ser?

—Bueno, eso lo dejo para después.

Masculló rápido y pasito un mundo de palabras en cargamontón, Mencionemiente que está activaboral tivo y al ique ea alidad.

—Ayy, juemama. ¿Y qué hago ahí?

—¿Y ahora qué?

—Mirá: «Objetivo: mencione brevemente qué expectativas tiene a nivel laboral, educativo y personal e indique cómo planea hacerlas realidad».

—No sé, pero poné algo cortico que yo ya me estoy cansando.

Oí el grito del viejito, a mi lado.

—¡Marina!

Los zapatos lustrados se acercaron y pisaron como a veinte hormigas.

—Me tengo que ir, pídanle el favor a otra persona —oí que decía.

Yovani le devolvió el lapicero y yo me levanté moviendo los brazos atrás y adelante. Nos quedamos parados mirando a todo el mundo que pasaba de afán.

—¿Tenés plata para que compremos uno? —le pregunté.

—Si tuviera no me hubiera puesto en estas. Lo único que tengo en el bolsillo son cuarenta mil pesos —dijo muerto de risa.

—No, pues tan charro. —Me puse a pensar qué hacer y miré hacia el bar —. ¿Por qué no vamos a El Cielo y le decimos al Gordo Ceballos que nos

preste el lapicero un momentico?

Bolió la mano en el aire borrando mi idea.

—Ni riesgos. El Gordo es muy querido siempre y cuando uno le compre. ¿No has visto cómo echa a la gente que se demora mucho ocupando la mesa con un tinto? —Se puso todo irónico y empezó a actuar—. ¿Vamos y le decimos, Gordo, regalanos dos vasitos con agua y prestanos el lapicero que nos vamos a sentar en esta mesa media hora a llenar una hoja de vida? Nos manda a matar.

Me acordé de un día en que me estaba tomando un tinto en El Cielo y entró un muchacho a pedir candela para encender un cigarrillo y el Gordo Ceballos le contestó con tres piedras en la mano, Vaya préndalo donde lo compró.

Fuimos al Banco Nacional porque allá siempre hay lapiceros en las mesas para llenar los recibos. Entramos derecho hacia la barra de los clientes y cogimos un papelito de consignación. Nos hicimos los que íbamos a llenarlo pero seguimos con la hoja de vida. Como nos demorábamos, el celador se nos acercó y cuando vio el formato nos dijo que eso ahí no estaba permitido y que por favor nos retiráramos. Salimos ofendidos.

—Ummm, qué va, home. —Yovani levantó la cumbamba mirando al celador cuando salimos.

Para no dar más vueltas decidimos irnos para las casas, llenar cada uno la hoja de vida y volver a encontrarnos más tarde.

A mí me sirvió la ida a la casa porque me comí un platado de frijoles con arroz y huevo que había hecho mi mamá y además encontré una foto donde había quedado mejor que en la que cargaba en la billetera. A mí casi no me gusta cómo quedo en las fotos de los documentos porque siempre salgo muy orejón. No sé qué tienen esas benditas cámaras que me aumentan las orejas. Al fondo del cajón del escaparate encontré unas que me había sacado la otra vez para un carné, cuando iba jugar en el equipo de Creaciones Mimí, donde al fin no jugué, en una promoción en la que daban como diez fotos de tres por cuatro más una grande de diez por quince y un portarretratos, por mil pesos. Esas me gustaban mucho porque quedé mirando todo serio y decidido. Y sobre todo orejichiquito. Además eran de hacía tres años y me veía más

joven.

Cuando nos volvimos a encontrar en el parque Yovani venía con cara de extrañado. La prima Ángela había llamado a la casa y le había dicho a la mamá que necesitaba hablar urgente con él. ¿Será para un trabajo?, me dijo. Decidimos ir primero a las oficinas de Paratodos a entregar las hojas de vida. Nos hicieron esperar un rato y después salió un tipo que nos recibió los papeles sin mirarnos.

—Listo, cualquier cosa les estamos avisando —dijo como una máquina.

—Más o menos para cuándo.

—No se sabe, según vaya faltando gente, pero no se preocupen porque el personal rota con frecuencia. Cualquier cosa los estamos llamando.

Arrancamos para donde Ángela, ilusionados con un camello. Estaba parada en mitad del corredor del centro comercial mirando hacia la puerta, esperándonos, sin la contentura de la otra vez. Tenía el escote de siempre y los pantalones forrados y los churruscos en los hombros pelados y apetitosos. Pero la cara de angustia que tenía hacía que a uno se le olvidara lo buena que estaba, porque la preocupación mata la buenura. Vino hacia nosotros y cogió a Yovani del brazo.

—¡Ayy, primo! ¿Ustedes qué hicieron?

—¿Qué hicimos de qué? —Yovani se soltó, confundido.

—¿Cómo que qué hicimos? —Ángela miró hacia el techo y le habló al cielo que no se veía—. Yo por qué me puse de lengüilarga con este muchacho, Dios mío.

—¿Lengüilarga de qué? Pero ¿qué pasó?

Lo haló hasta detrás del mostrador y yo los seguí entre un mundo de gafas de todos los colores filadas como personas escondidas detrás de la pared. Ángela se sentó en un butaco alto de madera y habló ya casisito para llorar.

—Juan vino esta mañana todo agitado a preguntarme que quiénes eran ustedes. Que lo habían metido en un problema.

—Pero ¿qué pasó?

—Un señor que le vendía ropa a ustedes fue a la casa de Juan con dos tipos a braviarlo dizque porque él le estaba dañando los negocios.

Yovani se agarró la cabeza con las dos manos. Ángela se animó con la

preocupación de mi amigo y empezó a hablar con la voz más quebrada.

—Juan no estaba y se entraron a las malas buscándolo por todas partes y a la mamá del susto le dio un patatús. Cuando Juan llegó encontró la casa toda revolcada y a la mamá tirada en el piso y casi le da un patatús a él.

Fui viendo la escena mientras la contaba y se me hizo un taco en el guarguero. Ángela siguió con ese tono exagerado que me chuzaba el corazón, porque era como si nosotros hubiéramos mandado a los orangutanes.

—Vino aquí a ponerme la queja y salió enloquecido dizque a buscar a ese señor. Yo estoy muy preocupada porque Juan es muy querido pero cuando está bravo es cosa seria. Y de pronto hace algo malo o le pasa algo a él.

Yovani tragó saliva y tomó aire cogiendo fuerzas.

—Prima, nosotros ya vimos a Juan y no le ha pasado nada, así que quédese tranquila por ese lado —dijo con todo el convencimiento y empezó a salir del local—. Nosotros no hicimos nada malo ni le dijimos a nadie que habíamos ido donde él.

—¿Y entonces qué fue lo que pasó? —Ángela lo siguió y yo salí detrás de ellos.

Afuera Yovani voltió y se le paró de frente. Habló todo seguro, como el hombre de la casa.

—Eso fue un malentendido con un señor problemático. Quédese tranquila que nosotros precisamente íbamos para allá a hablar con el tipo y cuadrar las cosas.

Ángela se fue tranquilizando, no creo que por lo que decía Yovani sino por la calma con la que habló. Hasta yo me tranquilicé. Seguimos por el pasillo buscando la salida. Ángela se quedó mirándonos con los ojos encharcados. Salimos en bombas de fuego para el parque. Antes de llegar me puse a pensar en los macancanes.

—Hermano, ¿ahora no será que Cambalache la coge contra nosotros?

Yovani siguió caminando derecho.

En el bar El Pueblo todo estaba calmado como si no hubiera pasado nada. Los señores bien peinados y de camisa por dentro estaban sentados en la misma mesa de la otra vez, ubicados en los mismos puestos, con la misma loción y los mismos pechos inflados. Era como si se repitiera el día en que

fuimos a buscar a Cambalache por vez primera. En la mesa del frente el flaco que recitaba poemas brindaba con el gordito enguayabado del mostrador, borrachos. Cambalache estaba sentado en una mesa del fondo, detrás de los billares, con los dos macancanes a los lados. El que había salido a peliar con Juan tenía una camisilla *adidas* y estaba poniéndose hielo en el pómulo hinchado. El otro tenía una *lacós* amarilla y un microporo grande en la nariz. Cambalache, pensativo, apoyaba la oreja mocha en una mano y miraba para los lados. El de la *adidas* se le acercó y le dijo algo. Cambalache le contestó sin mirarlo, en el momento en que llegábamos.

—Dejá que te pase la rabia. Ese todavía me sirve vivo. Además ahora le estoy resolviendo una cosa mucho más importante a Bertulfo. No tengo tiempo de ponerme a pensar en ese pobre güevón.

Cuando nos sintió llegar levantó la cabeza. En vez de soltar un grito para decir cualquier maluquera se le iluminó la mirada. Se paró y estiró las manos adelante.

—Ahh, este pelao es el que yo necesitaba.

Se acercó todo amable. Yovani, que venía preparado para frentiar una braviada, lo miró sin entender.

—Estaba pensando en usted precisamente para proponerle un negocio y que salgamos de tanto problema. —Cambalache le apretó el brazo con suavidad.

—Don Rogelio, es que yo vengo precisamente a pagarle.

—¡Cuál pagarme ahora! ¡Usted lo que es es muy de buenas, mijo! Le tengo una solución fácil para saldar la deuda y que además le quede una platica. —Hablaba como un papá preocupado por que al hijo le vaya bien.

Se devolvió hasta la mesa llevando despacito del brazo a Yovani, que me miró de reajo. Yo estaba alelado con la amabilidad de Cambalache, que se sentía de verdad.

—Es cosa de una tarde, mijo. No tiene que hacer prácticamente nada, y para ese trabajito hay ciento cincuenta mil pesos.

A Yovani se le dilataron las pupilas como dos *cidís*. Cambalache le vio la reacción. Sacó un fajo de billetes, contó los ciento cincuenta mil pesos y se los puso en la cara. Yovani voltió hacia mí pero yo estaba concentrado en el

abanico de plata. Mi amigo abrió la boca y Cambalache no lo dejó hablar.

—Vea, le explico. Necesito mandar un camión con un cargamento importante para una gente de Angosta. Tiene que ser algo discreto porque la policía de allá está muy prevenida. No puedo banderiar con escoltas, pero no quiero mandar el camión con el chofer solo y necesito un acompañante discreto que no tenga cara de nada.

—Don Rogelio, muchas gracias, pero...

Cambalache volvió a sentarse y le hizo un gesto a los orangutanes que nos acomodaron dos sillas frente a él.

—Lo único que tiene que hacer es viajar al lado del chofer con un radioteléfono que le voy a dar y llamarme si ve algo raro. Sencillo...

Puso el fajo de billetes sobre la mesa.

—De camino arriman a la sede del Atlético Villalinda a entregar un paquete, pero ni eso lo tiene que hacer usted. El chofer se baja a hacer la vuelta y usted lo espera. Simplemente me pita por el *boquitoqui* para avisarme que ya están allá. Y listo, eso es todo. Mamey.

Nos miraba con esa sonrisa bonita, de persona querida. Yo ya le estaba cogiendo cariño. Yovani pensó un rato y se puso todo serio de un momento a otro.

—No, don Rogelio, muchas gracias por el ofrecimiento pero yo venía a pagarle y no puedo aceptar el trabajo.

Cambalache se quedó mirando como si no hubiera escuchado bien.

—¿Cómo así?

—Yo creo que no me interesa por el momento.

Cambalache se recostó en el espaldar de la silla y lo miró con malicia.

—Mijo, no tengo tiempo para regateos, si quiere más plata de una le digo que no hay más y agradezca que lo tengo en cuenta.

—No, don Rogelio, es en serio. No me interesa.

Cuando vio la cara decidida de Yovani se paró dándole un golpe a la mesa.

—¿No le interesa ganarse ciento cincuenta mil pesos en una tarde?

—No —contestó Yovani, seco, inflando el pecho.

Cambalache le dio la vuelta a la mesa y se paró al lado de mi amigo. Se

puso burlón.

—¿Y se puede saber por qué mi rey desprecia una oportunidad de estas?

—Es que precisamente empiezo a trabajar mañana.

Cambalache levantó las cejas y curvió la boca. Se inclinó frente a Yovani.

—¿Y quién le va a pagar mejor que yo? ¿Va a hacerle mandados a la competencia o qué?

Yovani le sostuvo la mirada.

—En Supermercados Paratodos... de tiempo completo.

Cambalache soltó la carcajada. Se quedó un rato riéndose hasta que se puso rojo.

—¿Usted sabe cuánto tiempo va a tener que trabajar allá para conseguirse la plata que le estoy ofreciendo? Por ahí medio año boliando como un esclavo para ganarse lo que voy a darle en una tarde.

—Sí, yo sé, don Rogelio, le agradezco, pero ya me comprometí.

Cambalache esparció el fajo sobre la mesa. Me quedé mirando los billetes nuevecitos, dispersos y ajenos.

—¿Quiere seguir siendo un pobre chichipato?

Se quedó quieto y callado mirando a Yovani un rato y como no vio reacción recogió el fajo lo guardó en el bolsillo.

—Allá usted —dijo con desprecio.

Yovani, atortolado pero decidido, sacó del bolsillo los cuarenta mil pesos y los contó en voz alta poniéndolos sobre la mesa. Cambalache los agarró sin mirarnos.

—Así quedamos, chao pues, se fueron.

Empezamos a salir y cuando habíamos dado dos pasos Yovani se mandó la mano al bolsillo de atrás y se devolvió sacando el papel que le había dado Humberto. Lo puso sobre la mesa.

—¿Me podría firmar esto?

—¿Y esa mierda qué es?

—Un recibo de pago, para que quede constancia de que estamos a paz y salvo.

Cambalache le dio un golpe a la mesa y levantó el puño.

—¿Usted cree que yo no tengo palabra para los negocios o qué?

—Sí creo, don Rogelio, pero es que esta plata me la prestó un tío y tengo que demostrarle que no me la gasté en otra cosa.

Cambalache lo dejó un momento con la mano estirada.

—¿Un tío? ¿Qué tío?

—Un tío mío, que incluso es conocido suyo.

Cambalache agarró el recibo, leyó un renglón escrito a mano en la parte de arriba de la hojita y la tiró sobre la mesa.

—Ahhh, ya sé por dónde venía el agua al molino.

—Humberto Vargas. Él lo conoce a usted, trabajaron juntos en Tejicadena.

—¿Ese hijueputa de Humberto sigue siendo tan metido?

Yovani levantó los hombros. Cambalache cogió un lapicero, firmó de mala gana, arrugó la hoja y se la tiró en la cara. El zurullo volvió a caer sobre la mesa y rebotó. Yovani lo agarró y lo desarrugó.

—Los vi irse. —Cambalache chasquió dos veces y señaló la puerta—. No los quiero volver a ver por aquí. Y dígame a Humberto que no se siga metiendo en lo que no le importa, que yo no me voy a quedar toda la vida pagando favores viejos.

Salimos derecho entre los señores de las camisas por dentro y los dos borrachos. Cuando íbamos en la cuadra siguiente yo seguía con la imagen del fajo de billetes en la cabeza.

—¿Por qué no aceptaste?

Yovani no me contestó nada. Me miró con pesar y decepción a la vez, y siguió caminando.

18

LA POESÍA

Después de rematar el ataúd del Gurbio, la Chinga y Hermosura se pegaron otra parranda en la que se olvidaron de todo y al otro día subieron a La Amistad a dar el informe. En la entrada de la casa principal se encontraron con la Monja y otros cuatro trabajadores de don Efrem que llevaban al contador Pereira amarrado de las manos y con la cabeza metida en una bolsa de papel. Se veía muy rara esa presencia elegante con pinta *versache* y *ferragamo* atada con una cabuya de tres pesos y la cocorota embutida en una bolsa que decía *elegance de Paris cheviñón*. Entró la procesión del secuestrado primero y la Chinga y Hermosura los siguieron orgullosos de que el plan se hubiera cumplido gracias a ellos. Don Efrem estaba parado en mitad de la sala hablando por teléfono, con la visera de la cachucha voltiada para un lado como un pelaíto de diez años. A su lado Salsa sostenía la base del aparato. Un poquito detrás estaba parado Mario Hurtado, esperando.

—Sí, doctor, estuvo muy bien lo de la tumbada de la orden de captura, muchas gracias por el favorcito. —Don Efrem se veía incómodo, como cada que hablaba con el doctor Valencia—. De ahora en adelante necesito que me ayude mucho más porque esto se va a poner más bravo.

Alcanzó a ver a la Monja y sus hombres parados en la antesala con el tipo amarrado.

—Deme un segundito, doctor. —Tapó la bocina y miró a la Monja y su grupo—. Sigán, mijos, sigan.

Les hizo una seña de que lo esperaran y volvió al teléfono.

—Ahora la guerra va hasta el fondo, doctor. Lo del atentado vaya y venga ¡pero que se me meta con mis jugadores no tiene perdón de Dios!... Pues claro que yo también le he hecho mis cosas pero cómo me voy a quedar quieto... No, doctor, perdóneme pero usted en eso no se meta. —Don Efrem se fue irritando. —Vea, mejor no hablemos de eso ahora... Lo dejo porque tengo aquí algo urgente...

Colgó y se quedó mirando la bolsa de *cheviñón*. La Chinga y Hermosura quisieron hablarle, pero el patrón los ignoró haciéndole señas a la Monja para que se acercaran con el secuestrado. Lo empujaron hasta la mitad de la pieza y don Efrem les hizo una sonrisa de satisfacción. Se acercó a la chuspa de *cheviñón* y le habló todo querido.

—Vea, mijo, colabórenos y díganos dónde está esa caleta con la plata que su patrón me robó, si quiere salir bien usted y que salga bien toda su familia.

De la bolsa salió una voz ahogada y entrecortada.

—Yo... no sé nada de caletas, yo sé de contabilidad... y de cuentas, si quiere le puedo mostrar los cuadernos.

Don Efrem le pegó un coscorrón a la bolsa.

—Qué cuadernos ni qué hijueputas. Yo lo que necesito es que me diga dónde está mi hijueputa plata.

Le hizo un gesto a la Monja para que lo sacaran y cuando iban saliendo lo volvió a llamar.

—Mijo, hagan lo que haya que hacer, pero usted no vuelva donde mí sin esa información.

—Listo, patrón —dijo la Monja. —¿Y qué hacemos luego con él?

—Al alto del Vergel.

Don Efrem se volvió hacia el asesor cultural, se acomodó en el sillón de cuero, al lado del atril, y puso los pies en el banquito. Cuando vio a la Chinga y a Hermosura parados en la entrada de la sala se sorprendió.

—Qué hubo, muchachos —les dijo de buen genio—, muy bueno el trabajo que hicieron.

La Chinga y Hermosura sonrieron orgullosos, pero les cambió la cara apenas don Efrem hizo la siguiente pregunta.

—¿Y ya arreglaron lo del Gurbio?

Se quedaron mirándose, cada uno esperando que el otro respondiera. Don Efrem bajó los pies del banquito.

—¿Lo arreglaron o no lo arreglaron? —La malacara y el golpe en la pierna de don Efrem los despertó.

—Síii, señor —dijeron a la vez.

—¿Y qué era la cosa?

La Chinga habló sin fuerza ni convencimiento.

—No... era que... nos habíamos confundido.

Don Efrem no le paró bolas al gagueo y dio el asunto por terminado.

—Bueno, necesito que me hagan otro trabajito.

—Lo que se le ofrezca, patrón.

—Estén atentos porque la Monja de aquí a mañana les va a decir la ubicación de una caleta. Les voy a poner más personal y me organizan un operativo el hijueputa para que me recuperen una plata. Me raspan hasta el último centavo y me hacen el favor y me acaban con todo el mundo, cuidaderos y testigos y hasta vecinos, ¿entendieron?

La Chinga y Hermosura se pusieron contentos como siempre que don Efrem los tenía en cuenta para trabajos importantes.

—De una, patrón, pa'las que sea.

Don Efrem giró hacia Mario Hurtado que miraba impaciente, sentado en el taburete. Luego volvió hacia los muchachos.

—Bueno, chao que tengo que hacer cosas. Estense pues pendientes de la Monja. Y díganle a Salsa que les dé una plata de bonificación por lo del contador.

A los dos se les iluminó la cara, no tanto por la plata, aunque también, sino porque entendían la bonificación como una muestra de cariño del patrón.

—Midiós le pague, don Efrem —dijo Hermosura con la voz quebrada. Se le veían las ganas de ir a abrazarlo.

—Bueno, sin sentimentalismos ni maricadas. Los vi irse y espero noticias.

El patrón volvió a poner los pies en el banquito y los muchachos salieron rápido, dando brinquitos. Don Efrem le habló al asesor con el mismo tono de

hacer negocios.

—Bueno, ahora sí concentrémonos en nuestro asunto.

Mario empezó a abrir su maletín. Don Efrem miró a los lados, se acercó y le susurró cerca de la oreja.

—¿Trajo la poesía?

Mario Hurtado contestó con cara de haber coronado. Sacó una hoja y la rebolió frente a la cara del patrón.

—Aquí está.

—Bueno, a ver. ¿Qué dice? —Don Efrem apoyó los codos en las rodillas, en posición de poner cuidado.

Mario se puso las gafas, retiró la hoja un poquito y empezó a leer como recitan los tíos borrachos en las fiestas del Día de la Madre.

19

EL SUIZO

No me pude levantar temprano porque me despertaba pensando que ahora sí estaba despierto y al momentico me volvía a dormir, como cinco veces, hasta que sentí un frío helado en las piernas y alcé la cabeza y me encontré con la fastidiosa de mi hermanita parada a los pies de la cama, con la punta de la cobija en la mano, ¡A usted qué le pasó!, ¿es que no va a dejar dormir o qué?, le grité entre asustado y bravo. Y ella haciendo jarra. Que le mandá a decir mi mamá que ya son las diez de la mañana, que si se piensa quedar todo el día en la cama. A usted qué le importa, culicagada, sapa, le dije. A mí no me importa pero mi mamá está toda enojada y me mandó a que lo llamara antes de que venga ella personalmente a sacarlo del pelo. Me levanté de mala gana, me bañé rápido, sin hablarle a nadie y cuando pasé por el comedor vi la arepa y la taza de chocolate servidos en la mesa.

—¿Esto es pa'mí, amá?

—Pa'quién más va a ser. En esta casa desayunamos temprano porque madrugamos a trabajar o a estudiar —contestó desde la cocina.

Me senté sabiendo que el desayuno me iba a saber a cacho como en realidad me supo porque al momentico apareció mi mamá limpiándose las manos en el delantal, mirando maluco como miraba cuando estaba a punto de soltar la ametralladora de cantaleta como un dedo puntudo chuzando en la espalda, que esta situación bien verraca y uno manteniendo un zopenco tirado en la cama hasta el mediodía, que cuándo es que se va a poner las pilas a

hacer algo, que cuidadito me hace quedar mal con ese préstamo de la natillera porque no le veo intensiones de pagar... Levanté despacio la cabeza y la miré tranquilo con la arepa en la mano.

—Ya llevé la hoja de vida a Paratodos.

Se quedó callada como si le hubiera cortado la inspiración, pero de una volvió a coger impulso, que si era que yo creía que con llevar una hoja de vida ya estaba todo solucionado, que había que pellizcarse en la vida...

—Yo sé, amá, y el pensado mío es salir hoy a buscar en otras partes. Fue que me cogió un poquito el día.

Se volvió a quedar callada y casi que se tranquiliza, pero no se dejó de ella misma y arrancó con más impulso, que estaba hasta aquí de recogerme las medias del piso y secar el baño chisguetiado, que esa llegadera a la hora que le da la gana como si esto fuera un hotel... Me volví a concentrar en la arepa, sintiéndole paténtico el sabor a cantaleta que tenía esa mañana, porque la arepa sabe a lo que uno le ponga. Acabé de desayunar y llevé el plato a la cocina con mi mamá detrás y lavé la loza oyendo el chorro cayendo en la vajilla mezclado con la voz chillona. Es que no sirven ni pa'taco ninguno de los dos, creen que la plata cae del cielo, no valoran todo el sacrificio que uno hace, y puse a secar la loza en la canastica de plástico rojo, y fui a lavarme los dientes, Es el colmo de la desconsideración en esta familia porque vea también a esa muchachita perdiéndome el año con el ejemplo que le da el hermano mayor, crucé por la sala, llegué a la puerta de la calle y la abrí, Qué he hecho mal, Dios mío, en la vida, si al menos hubiera un hombre en esta casa que me ayudara...

—Chao, amá. Voy a ver qué encuentro —le dije serio y tranquilo.

Paró la ráfaga y me miró parpadeando. Se me acercó y me echó la bendición.

—Padrehijoyespirit Santo, la Virgen me lo bendiga.

Y me dio un besito en la frente.

Había un gentío en la mitad de la cuadra y a cada paso que daba veía más gente llegar, arremolinándose en la entrada de una casa. Afuera estaba parqueado el *renol seis* verde del papá de Luchador. Alcancé a ver a Chucho Relay y a Kalimán recostados junto a la puerta, callados y haciendo pucheros.

Me acerqué.

—¿Qué pasó?

—¿No supiste lo de la bomba?

—¿Cuál bomba?

—Que le pusieron una bomba a la sede del Atlético Villalinda.

En ese momento salió doña Eugenia a los gritos y don Carlos detrás con los ojos enrojecidos. La gente se les arrimó y los abrazaban y les decían cosas pasito.

—¿Y le pasó algo a Luchador? —Tuve que agarrarle el brazo a Kalimán para que me mirara.

—Se murió ahí —dijo Relay con su voz arrastrada.

Me quedé tieso. Miré a Relay esperando que se riera o algo, deseando que fuera una charla o el desvirole de un fumao. Doña Eugenia se recostó en el hombro de una vecina, con el pecho saltándole de los lloridos mientras don Carlos miraba pa'l páramo con sus ojos de señor bravo inundados de lágrimas que no dejaba caer, los puños apretados para peliar con nadie y toda esa fuerza de los brazos gruesos y peludos, con los que tanto había luchado en la vida, amontonada en el cuerpo ya sin paraqué. Estiven, el hermanito menor de Luchador, voltiaba para todos lados sin saber qué hacer, sin entender nada todavía, como yo, viendo a gente berriar a diestra y siniestra y tal vez sintiéndose raro de no estar llorando tan tranquilamente como todo el mundo.

—¿Cómo así? —dije, y por allá en el fondo esperaba que viniera mi hermanita a quitarme la cobija.

Kalimán y Relay ni me miraron, callados, cariapretados. Nunca en la vida los había visto así. Eran otros, como si en un segundo se hubieran convertido en los hombres secos y duros que irían a ser cuando fueran grandes. Era frío el ambiente de ellos. Frío, áspero, insípido, sin palabras ni aventuras.

—¿Y qué estaba haciendo Luchador por allá?

—Era el que llevaba la bomba. —Relay escondió la cara para que no le viera los lagrimones.

Pensé en lo braveno y brutongo que era Luchador, pero no lo veía llevando una bomba. Me acordé de la vez que cascó a un borracho que nos la

había montado en una fiesta. El tipo estaba jodiendo y jodiendo y a Luchador se le fue subiendo la chispa hasta que el man dijo cualquier pendejada bañándonos de saliva y Luchador, ya con el termostato recalentado, lo tiró al piso sin darle tiempo de nada y le pegó enceguecido hasta que al fulano le salió un borbotón de sangre por la cabeza y Luchador se quedó mirándolo aterrado y empezó a llorar y a pedirle perdón, Hermano, yo no quería eso, para qué me la tenía que volar, y lo levantó, se lo llevó hasta la heladería de la esquina, lo metió al baño, le lavó la herida con agua y jabón y lo acompañó hasta la casa.

—Lo cogieron de suizo. —Kalimán apretaba la frente y la boca y las pecas le hacían ver la cara en llamas.

—¿De qué?

—De suizo. De suicida.

Me acordé de lo gallina que era Luchador, de cómo se lo gozaban los otros muchachos cuando volvían de las montadas en bicicleta porque le daba miedo pegársele a los carros y porque en las bajadas cuando todo el mundo se descolgaba al zoco él mermaba la velocidad en las curvas, con mañita, como una señorita, le decían.

—¿Es que Luchador se quería matar?

—No, él no sabía. Los suizos son suicidas que se matan sin querer.

—¿Cómo así?

—A uno le ofrecen un platal por llevar un paquete y resulta que el paquete es una bomba.

—Ayyy, marica.

—Era una bomba contra don Efrem —dijo Relay y en ese momento arrancó hacia la calle porque acababa de llegar el carro de la funeraria.

La gente hizo corrillo alrededor del carro en forma de féretro de donde bajaron el ataúd largo y ancho como Luchador, de madera pulidita y brillante, con unas flores redondas talladas en la tapa y barras metálicas a los lados. La gente casi no lo deja entrar y don Carlos tuvo que adelantarse abriendo trocha con las manos para que los de la funeraria llegaran a la casa. Kalimán se fue detrás de Relay y yo me fui detrás de Kalimán.

En la sala ya estaban las cuatro veladoras alrededor de la base para el

ataúd. Los de la funeraria le preguntaron a don Carlos dónde acomodaban los ramos y él les indicó. Fue a ayudarlos y se puso a leer las tarjetas. De pronto leyó una y se le transformó la cara, la tiró con rabia y después estrelló el ramo contra el piso. Salió rápido con los ojos convertidos en goterones gigantes que no alcanzaban a volverse lágrimas. En esas llegaron Henry y Memo Patiño y se nos acercaron sin decir nada. Doña Eugenia fue hasta el cajón y abrió la ventanilla por donde se asoma el muerto. No fue sino verlo y largarse a llorar tanto que la mayoría de la gente se puso a llorar también. Estiven seguía mirando a todo el mundo sin saber qué hacer. A esa edad uno está en otro mundo y no le entra el dolor por mucha realidad que sea. Pero para donde mire hay tantas lágrimas que uno se siente mal de no sufrir como los otros y entonces se pone a sufrir para poder hacer parte de la familia, para no estar solo. Yo miraba a Estiven y me veía a mí mismo, a los diez años, en el velorio de mi abuela. Estiven de un momento a otro cayó en cuenta y soltó un berrido que debió haber formado acumulando todos los que no había podido soltar en su corta vida, y después salió corriendo como un loco por mitad de la calle. Un tío y Sandra, la hermana mayor de Luchador, salieron detrás de él. Pensé que casi igualitico había aprendido yo a llorar en los velorios.

Una prima retiró a la mamá del lado de la caja porque se había puesto muy mal y entonces la gente hizo fila para verlo. Se acercaban, acariciaban el vidrio, decían alguna cosa y seguían. Vi en el suelo el papelito roto del ramo estrellado. Lo recogí y junté las partes, *Nuestras más sentidas condolencias y apoyo sincero en estos dolorosos momentos para su familia, para Villalinda y para toda la comunidad. Un abrazo inmenso de parte de las directivas y del equipo técnico y deportivo, Atlético Villalinda F. C.* Y la firma del presidente: Efrem Jaramillo Montoya. Guardé el papel mientras Kalimán y Henry se acercaban a la ventanilla. Luego me tocó a mí.

El engominado no le lucía, pero aun así quedó parecido a como era, aunque demasiado serio. Tampoco digo que le hubieran tenido que dejar una sonrisa pero por lo menos la boca menos fruncida, porque parecía haciendo fuerza para que se acabara rápido el velorio. Le habían puesto la camiseta que más le gustaba, un bucito amarillo de manga larga con la zorra de *fox* grande en el pecho, mirando como desde abajo con el letrero *de fox tim*, en letras

negras. Acaricié el vidrio y le dije sin hablar algo que yo mismo no sé qué era, tal vez algo de Perdoname por haberle parado tantas bolas a cosas que eran bobadas en comparación con la que está pasando ahora. Luego salí de la casa y fui a la acera donde estaban parados Kalimán, Relay, Memo Patiño y Henry, rotándose una botella de aguardiente. Me la pasaron y me mandé un trago grande que me bajó como candela por la garganta. Nos quedamos sin hablar, oyendo el Santo Rosario que salía de la sala, *Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, creador, padre y redentor mío, por ser vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas...*

—Ese trabajo me lo habían ofrecido a mí —dijo de un momento a otro Memo Patiño.

Todos lo miramos. *Me pesa de todo corazón haberos ofendido, también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno...*

—Pero mi papá me obligó a ir con él a trabajar porque se le había enfermado el ayudante. Y yo le dije a Luchador.

—¿Vos mandaste a Luchador al matadero? —le dijo Henry subiendo la voz.

Memo se puso a llorar.

—Yo qué iba a saber. Yo creí que le estaba haciendo un favor.

—¿Y es que vos no sabías lo de los suizos o qué?

—Yo creía que eso era cosa de pelaos de otros barrios, a los que les pasan las cosas en los noticieros... Hasta había cuadrado con Lucha que él me daba comisión por haberle pasado el trabajo...

No pudo seguir hablando y se sentó en la acera. Kalimán se le hizo al lado y le puso la mano en la espalda. Henry se acercó y le extendió la botella de aguardiente.

—Tomate uno. Uno qué va a saber.

Seguimos callados otro rato, con los gemidos de Memo y el sonido del rosario... *Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.*

De pronto paró un taxi y de la parte de atrás salió el cuerpo grandote del tío Humberto, con el carriel terciado y la cara descompuesta. Caminó dando zancadas hasta la casa, sin mirar a nadie, sin darme tiempo de ir a saludarlo,

aunque yo tampoco tuviera ánimos para hacerlo. Don Carlos apareció en la puerta y se quedaron mirándose.

—Ay, Humberto, qué cosa tan hijueputa. —Y los goterones de los ojos estaban cada vez más gordos, pero no caían.

Humberto le pegó un abrazo fuerte como si lo quisiera triturar.

—Ni me lo alcanzo a imaginar, Carlos. —Humberto separó la cara y lo miró cogiéndolo de los hombros—. Fuerza, hermano, vos sos el hombre más verraco que yo conozco y tenés que seguir luchando por esos otros dos muchachos y tu mujer.

Se volvieron a abrazar y se quedaron así un rato, dos buldóceres recostados el uno en el otro en medio de la gente. Los goterones se reventaron y empezaron a caer en chorros sobre el hombro del tío Humberto, que sacó de su carriel un pañuelo y media botella de aguardiente. Le pasó el pañuelo y se tomaron la media en dos enviones. Después entraron a la casa y los pasos de don Carlos parecían más livianos, con un dolor menos apretador, pensé.

Los muchachos siguieron rotando la botella sin hablar ni moverse, embutidos en esa tristeza que no deja hacer nada. Miré el sol arriba, alumbrando así se acabara el mundo, y me vibró en la cabeza el eco de la cantaleta eterna de don Carlos, A luchar que hay que ser luchadores de la vida. Me despedí de los muchachos.

—¿Pa'dónde vas? —me preguntó Memo.

—A buscar camello, necesito trabajo urgente.

—Yo empezaba hoy uno, pero no voy a ir —dijo Kalimán—. ¿Te interesa?

—¿Haciendo qué?

—Vendiendo libros.

—¿Y eso sí se vende?

—Sí, estos son de los que se venden. Es con un primo que necesita gente. Decís que vas de parte mía.

—¿Dónde?

—En La Romelia.

—Ahhhh, muy lejos.

—¿No quiere trabajar, pues?

—Sí, pero no puedo ir por allá hoy.

Kalimán sacó del bolsillo dos billetes de cien.

—Si es por el pasaje, vea, y después me paga.

Cogí los billetes rosados con la cara patilluda y el pelo empastrado de Antonio Nariño. Kalimán se sacó la billetera del bolsillo de atrás, buscó y me pasó una tarjetica.

—Esta es la dirección. A la fija lo contrata y por ahí derecho me hace el remplazo.

Guardé la plata y la tarjeta tratando de que no me saliera ningún gesto.

—En la buena. Te debo esta —dije y le mostré solo una pizca de sonrisa.

Salí andando rápido y en la cuadra siguiente paré y voltié. El corrillo ya ocupaba la calle completa, en la puerta de la casa había un taco de gente que no dejaba circular, en la acera la botella seguía pasando de mano en mano entre los muchachos congelados. Y por allá al fondo Sandra y el primo sostenían a Estiven desmadejado y llorando a los gritos.

20

MÉTRICA

Cuando el asesor terminó, don Efrem le ordenó que volviera a leer porque no había entendido. Mario se puso de pie, con el papelito al frente, y empezó otra vez.

*¿Para qué el mundo y todo lo que puedo?
¿Para qué tanta sangre derramada?
Si no te puedo contar, Lorena, amada
Entre las cosas con las que me quedo*

*Arrojo el oro en ruines albañales
Esparzo estrellas en espurias tierras
Suelto poemas en medio de la guerra
Dilapido bondad en tantos males*

*Pero lo inocuo de mi vena rota
Tornarías, Lorena, en fértil riego
Si aunque fuera un ápice del fuego*

*De tu mirada rozare el fuego mío
Purificando en llamas este río
Oscuro de mi pena, gota a gota.*

Don Efrem se quedó mirando al asesor con la boca abierta. Mario le extendió la hoja. El patrón la recibió y se puso a leer mascullando. Mario lo miraba nervioso, pendiente de cada gesto. Don Efrem terminó de leer y se puso a ver el techo sin decir nada.

—¿Cómo le parece? —se atrevió a preguntarle Mario al rato.

—Mucha palabrería... pero a ella le gustan esas cosas.

—Con eso va a quedar matada, se lo aseguro.

Don Efrem levantó la hoja como si mirara una radiografía y volvió a leer bajito. Paró en seco, señaló un renglón con el dedo y miró a Mario, enojado.

—¿Usted es que me quiere banderiar con esa pelada o qué?

Mario se puso lívido.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo que qué pasó? ¿Usted por qué se pone de sapo a escribir esto?

Mario se acercó y leyó debajo del dedo del patrón las palabras *sangre derramada*. Soltó un suspiro y volvió a poner tono de asesor cultural.

—Eso es una figura retórica, que da a entender el esfuerzo de un guerrero, la sangre derramada en la batalla para conseguir los objetivos en la vida.

—Bueno, entonces cámbieme esa maricada y póngala como me acaba de decir. —Don Efrem estiró la mano con el papel sin mirar al asesor.

Mario cogió la poesía, volvió al taburete y se puso a leer moviendo los labios. Se sacó el lapicero del bolsillo de la camisa y tachó algo, pensó un momento más y escribió rápido. Estuvo un rato en esas hasta que al fin se paró y fue hasta el patrón con cara contenta.

—Perfecto, quedó hasta mejor con el cambio que usted propone, vea. —Separó los pies y movió la mano como un declamador—. Para qué el mundo y todo lo que puedo. Para qué tanta ri-que-za acu-mu-la-da —dijo las últimas dos palabras despacio y mirando a don Efrem con orgullo.

El patrón se mordió el labio y dijo que le volviera a leer la frase. Mario se la leyó.

—Ah, bueno, ahora sí quedó bonito.

Mario levantó la mano con la hoja. La bajó y se acercó entusiasmado.

—¿Lo volvemos a leer a ver cómo se oye completo?

Don Efrem le arrebató el papel.

—No, no, con una revisada está bien. Se la voy a leer a la pelada de una vez. —Giró la cabeza hacia la puerta—. ¡Salsa!

Salsa apareció con el teléfono. Don Efrem marcó con los dedos temblorosos y le hizo una seña a Salsa para que los dejara solos. Esperó un rato con la boca apretada, arrugando la hoja de la poesía. Cuando le contestaron se asustó. Carraspeó y casi que no empieza a hablar.

—Aló, ¿aló? ¿Lorenita?

Tapó la bocina y miró a Mario levantando las cejas.

—Es ella. —Quitó la mano y le habló a la bocina—. Lorenita, vea, habla con Efrem, cómo me le ha ido, bizcocho...

Al otro lado lo interrumpieron. Escuchó paciente hasta que por fin pudo hablar.

—No, Lorenita, yo no pretendía tapar algo tan grave con unas flores... Sepa que yo no he tenido un minuto de tranquilidad desde que pasó eso...

Lo volvieron a interrumpir y siguió moviendo la cabeza como un niño obediente hasta que fue él quien interrumpió.

—Sí, claro, usted tiene razón... En serio yo quiero pedirle disculpas de todas las maneras posibles... Yo estaba muy prendido... Sí, ya sé que esas no son disculpas pero por eso le estoy pidiendo disculpas. —Y se empezó a alebrestar—. Vea, Lorenita, yo lo único que quiero es pedirle encarecidamente que me dé la oportunidad de demostrarle que no soy tan tan...

No supo con cuál palabra continuar y miró a Mario buscando ayuda. El asesor dijo algo que don Efrem no entendió. Entonces empezó a escribirle en un papel pero el patrón se impacientó y siguió por su cuenta.

—Tan tan arracachero como usted cree... Y vea, tanto la he pensado que hasta le escribí una poesía... Sí, sí, una poesía... ¿Se la leo?

Desarrugó el zurullo que había hecho con la hoja y leyó la poesía completa. Se enredó en algunas partes pero terminó bien y miró al asesor levantando las cejas.

—¿Cómo la ve pues, Lorenita?... Sí, es mía, yo la mandé a escribir... las palabras serán de otro pero los sentimientos míos... ¡¿Qué?!

Apretó la oreja contra la bocina, arrugó papel con rabia y la cara se le

puso roja.

—¿Cómo así qué métrica?... Ah, no, qué pena pero yo no sé de qué me está hablando. Yo cumplo con estar tragao y hacerle la poesía. A mí en eso no me meta.

Escuchó otro rato tratando de hablar sin que lo dejaran. Tiró la bola de papel al piso. Auntocontrol y respiración, le susurro el asesor. Don Efrem tomó aire y se calmó.

—Vea, bizcocho, yo lo único que quería con la poesía era decirle que no sé cómo decirle lo arrepentido que estoy y que solo añoro que me dé la oportunidad de demostrarle que soy un hombre a lo correcto...

Se quedó callado. Al otro lado hablaron otro rato. La cara se le fue componiendo y al final le salió una sonrisa.

—¡¿De verdad?! Le prometo que no se va a arrepentir... Para qué darle largas a las cosas... Ahora mismo si quiere mando por usted y nos tomamos unos güisquicitos, escuchamos musiquita bien tranquilos y charlamos. ¿No le parece?

Contestaron largo y la sonrisa le ocupó toda la cara.

—Sí, claro, yo no tengo problema... Lo que usted quiera... Llevo una botellita de güisqui de Escocia... ¿Vinito?, bueno, como usted diga. ¿A las ocho? ¿Y por qué tan tarde?... Bueno, nos vemos ahora. Chao pues, bizcocho.

Colgó y se frotó las manos, feliz. Mario se le acercó.

—¿Qué dijo?

—Que estaba linda la poesía, pero que tenía unos problemas de métrica o no sé qué maricadas.

El asesor recogió el zurullo del suelo y lo desarrugó con cara de preocupación. Se puso a leerlo en voz baja, partiendo las palabras y contando con los dedos. Don Efrem se acercó y le dio un palmadón en la espalda.

—Si ella dijo que tenía ese problema póngale la firma que tiene ese problema. Pero no le pare bolas a eso. Lo importante es que sirvió. Me dijo que no venía hasta acá, pero que fuera yo a su casa dizque como hacen los caballeros. Así que voy pa'llá, mijo.

Mario seguía releyendo la poesía y contando con los dedos. Ni siquiera se dio cuenta cuando el patrón le extendió un fajo de billetes. Don Efrem tiró el

fajo sobre la mesita y empezó a salir.

—Ahí le dejo una bonificación, mijo, nos vemos.

Siguió hasta la puerta que daba al interior de la casa.

—¡Salsa! ¡Necesito el mejor vino del mundo para ya mismo!

21

DESPERTANDO EL MAGNATE INTERIOR

Entré a la tienda de la esquina derecho para el teléfono público. Eché la moneda como cinco veces porque no era sino ponerla y ella volver a salir por el huequito que las devolvía, hasta que en una de las metidas le pegué un golpe duro a la caja y ahí sí pude marcar. Cuando me contestó Yovani ni lo saludé.

—Marica, ¿supiste lo de la bomba?

—¿Cuál bomba, home?

—Pusieron una en la sede del Atlético Villalinda.

—Ayyy, triplehijueputa, ¿cómo así? —Se quedó callado un momento—. Eso se sabía.

—La terminó llevando un amigo de mi barrio.

—¡Qué cagada!

Me quedé esperando a ver qué más decía pero no dijo nada.

—Después hablamos de eso que solo tengo una moneda. Voy pa'un trabajo que me chutó un man de por la casa. ¿Te interesa?

—¿Qué trabajo?

—Vendiendo libros.

—¿Y cuánto pagan?

—Me imagino que según lo que uno venda, pero precisamente voy ya para allá a ver cómo es la cosa. ¿Vamos?

—¿Dónde es?

—En La Romelia.

—No, yo ahora esa caminata no me la pego ni por el verraco.

—Es que nos vamos en bus.

—¿Y usted tiene pal pasaje?

—Tengo el de ida pa'los dos. Y de venida lo pagamos con lo que nos ganemos.

—No, yo no me voy a poner en esas. Además tengo que hacerle un mandado a mi mamá.

—Hacele, home, mirá que hasta resulta bien bueno el trabajito.

—No, hermano, vaya usted y después me cuenta.

Colgué y fui al mostrador. Descompleté uno de los billetes de cien comprando un vaso de leche y un rollo rojo. Me senté en una de las mesas a disfrutarme el mecato con la conciencia de que me estaba comiendo el pasaje de regreso.

Salí a coger el bus, como a cinco cuadras. Me fui mirando por la ventanilla la pepa de mango chirriante que era el sol a esa hora, con la cara de Luchador en la cabeza, acordándome todo el rato, hasta que me dio un frío delgadito debajo de la piel y un ardor dentro del pecho, como si se me estuviera descascarando. Si no es por un tipo que en la puerta de atrás empezó a gritar Pará pues, gran malparido, o es que me pensás llevar para tu casa, me hubiera pasado.

Yo pensé que iba a llegar a una librería o a una oficina, pero la dirección que había en la tarjetica daba en una casa grande, de ladrillos sin revocar, en mitad de la cuadra. Afuera había a un *fiat cientocuentaysiete*, blanco, parqueado. Toqué y me abrió el primo de Kalimán. Era igualitico a mi amigo pero engordado y crecido, y mucho más pecoso. Me miró con los ojos chiquitos y rasgados de Kalimán mientras le daba una chupada con todas las ganas a un cigarrillo sin filtro. Apenas oí la voz que salía raspándole la garganta dejé de pensar en el sobrino y pensé en el tío.

—A la orden —dijo con la cara tiesa y desconfiada.

Parecía que le hubieran rociado punticos de pintura roja por toda la cara, el pecho y el comienzo de la barriga, que se le alcanzaba a ver con la camisa

abierta.

—Buenas. Yo vengo de parte de Kalimán.

Me miró como si yo fuera quién sabe qué.

—¿Cuál Kalimán?

—El primo suyo, que vive en El Jazmín, que es como de la edad mía. —
Y le mostré la tarjetica.

Agarró la tarjeta y me miró bien.

—Ahh, Juan Carlos. ¿Y ese vergajo por qué no vino? Lo estaba esperando.

—Es que nos mataron a un amigo del barrio y todo el mundo se quedó en el velorio.

—¿Y usted por qué sí vino?

—Necesito trabajo urgente.

Chupó el cigarrillo hasta que se le hundieron los cachetes, se voltió y empezó a caminar por el corredor.

—Entre.

Al lado derecho había un muro alto que colindaba con la casa vecina y al otro lado estaban las piezas. La primera era una salita que se veía muy bien organizada a pesar de la penumbra. En la segunda había un comedor de cuatro puestos. En la tercera una cama con osos de peluche, sobre la que había recostada una pelada de pelo negro lacio, bonita, viendo televisión, que nos miró de reojo. Después, una cuarta puerta, y al fondo, la cocina.

El primo entró a la última pieza, llena de pilas de libros hasta el techo y cajas y arrumes de más libros por todos lados. En la mitad había un escritorio de madera que parecía sacando la cabeza entre el papelerío. El primo abrió trocha entre el librero, se sentó en una silla detrás del escritorio y me señaló una caja para que me acomodara. Sobre la mesa había un bloc de hojas sin rayar lleno de números y cuentas, un talonario de facturas y un cenicero al que se le caían las cuscas por los bordes.

—¿Usted ya ha trabajado de manero? —El primo movió la mano y la ceniza cayó encima de los libros sin que se diera cuenta ni le importara.

—¿De manero?

Apagó el cigarrillo entre la montaña de cuscas. Cogió un libro y me lo

puso al frente, como si lo estuviera pesando.

—Vender libros mano a mano, en la calle.

—No, pero lo puedo hacer, no le veo la ciencia.

Sacó otro cigarrillo y lo prendió hablándome detrás del humo.

—Me parece muy bien que no coma de nada. Esa es la gente que yo necesito.

Me pasó el libro. En la carátula decía *El sicario que me amó*. Lo miré y volví a ponerlo sobre la mesa.

—Cada uno de estos cuesta cuatro o cinco mil pesos en una librería. Yo se los dejo a usted en mil y usted los puede vender en mil quinientos —dijo.

A mí se me iluminó el bolsillo. Pero como me ocurre siempre que pienso algo bueno, de una pensé algo maluco.

—¿Y si no los vendo?

—No pasa nada. Estos primeros se los doy en consignación porque es amigo de Juan Carlos.

Mientras el primo hablaba empecé a contar mentalmente los libros de un arrume que estaba al lado del escritorio, Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

—Los que no venda me los devuelve. Con la ganancia de los que venda hoy empieza a comprar su propio surtido.

Seis, siete, ocho, nueve, diez. Pensé que si vendía diez me iba a ganar cinco mil pesos. Miré hacia las pilas recostadas en las paredes y los arrumes en el suelo. Podía vender todos esos y ser millonario.

—¿Y esto sí se vende? —pregunté para estar seguro.

—Garantizado. Yo solo publico libros que la gente esté pidiendo.

—¿Y por qué tan baratos?

Alejó la cara, me miró de soslayo y contestó con sequedad.

—Para que la gente que no tenga plata los pueda comprar.

Se voltió en la silla y cogió una ringlera del piso.

—Le voy a dar los que están saliendo más, pa' que vaya a la fija.

Sacó uno que decía en la carátula *Vida y obra del capo de capos*, otro con el letrero *Matame si sos bandido* y al final *Despertando el magnate interior*.

—¿Y estos por qué se venden tanto?

—La gente es matada de la dicha leyendo eso.

En ese momento sonó el teléfono. Contestó y quién sabe qué le dirían porque enfurruñó la frente y se le concentraron todas las pecas como si se le estuviera prendiendo la cara.

—¿Y cuánto se llevó?! —Se dio un golpe en la frente roja—. ¡Yo cómo es que me pongo a confiar en ese malparido! —Le pegó un puño al escritorio—. Espéreme que ya voy pa'allá.

Colgó con un golpe y tiró el cigarrillo sin apagar sobre el cenicero repleto. Abrió la gaveta del escritorio y sacó un maletín y una chuspa de plástico. Se colgó el maletín del hombro, me pasó la chuspa y señaló una torrecita de libros sobre una caja.

—Llévese esos y viene mañana pa'que cuadremos cuentas.

Conté y había diez libros con los títulos que me había mostrado. Pensé que no era suficiente surtido para un vendedor de verdad.

—¿Y por qué apenas estos tan poquitos?

—Entre más libros tenga más se embala si le cae la policía. Y me embala a mí —dijo de afán mientras llegaba al corredor en tres zancadas—. Si se le acaban me llama y viene por más.

Embutí el surtido en la bolsa y salí detrás. La pelada del televisor venía por el pasillo llevando un plato con restos de comida. El primo le pasó por el lado y movió la mano.

—Chao, Patricia.

La muchacha paró en seco. En el plato había como cincuenta lentejas entreveradas con granitos de arroz.

—Don Darío, si quiera lo vi antes de que se vaya. ¿Usted se acuerda que yo pago el arriendo pasado mañana?

El primo paró y aprovechó para prender un cigarrillo.

—Ahh, sí, claro, no se me olvida. Mañana le doy la plata que ahora estoy de afán.

—Tranquilo, yo era nomás para recordarle.

En la calle el primo se montó en el *fiat cientocuentaysiete* y arrancó a toda velocidad, sin despedirse.

Caminé varias cuadras con la chuspa en la mano y el sol en la cara, buscando un buen punto para la venta, hasta que llegué a la avenida El

Libertador. La calle ancha estaba bordeada por una manguita, con dos árboles flacos y deshojados, que terminaba a los pocos metros en la rampa pavimentada de la canalización. Al otro lado se veía el barrio El Basural, de casas desniveladas hechas de madera, cartones y plásticos. En todo el cruce de El Libertador con la avenida El Progreso, que iba a dar al centro de Villalinda, vi el semáforo. Cuando me arrimé recién había cambiado a rojo y los carros se enfilaban con los motores ronroneando y las latas chirriando al sol. Debajo de uno de los arbolitos un robot plateado y negro, con luces alumbrándole en el pecho, bregaba a tumbar un gajo de guayabas con un palo. Era todo robot menos la cabeza de pelo churrusco y la cara morena y alargada con parches blancos en los cachetes. En el suelo, sobre una piedra, un casco gris y cuadrado, con una antena en la mitad, miraba hacia la quebrada.

El robot ni me vio cuando le pasé por el lado y seguí hasta el borde de la calle. Una señora aindiada y flaquita caminaba por la primera fila de carros con un niño en brazos, ofreciendo bolsas de agua. En la tercera fila, un negro, el doble de alto que yo, con una cicatriz que le bajaba de la ceja derecha hasta el cuello, embadurnaba con agua y jabón el parabrisas de un *vosvague* escarabajo. Me hice a un ladito y esperé que pasaran dos turnos de semáforo, viendo cómo hacían ellos para vender. Claro que yo había visto vender libros en la calle, pero nunca me fijé bien cómo era la cosa porque nunca pensé que lo fuera a hacer. La señora aindiada simplemente pasaba por cada ventanilla mostrando las bolsas de agua y al niño. El negro llegaba de una al parabrisas y mandaba el escobillazo sin preguntar. Algunos choferes se enojaban pero él no se daba por enterado y cuando acababa de limpiar estiraba la mano sin mirarles la cara. Si le pagaban bien y si no también. Y seguía con el próximo.

Al tercer semáforo en rojo me colgué la chuspa en el brazo como una cartera, cogí de a dos libros en cada mano y me tiré al ruedo. Apenas los estaba mostrando en el primer carro cuando sentí la sombra del negro gigante al lado y luego un manotón que me jalaba. Cuando menos pensé estaba en el borde de la calle con el negro encima.

—¿A usted quién le dio permiso de vender aquí, maricón? —La cicatriz se le curvió con la mala cara.

—¿Es que hay que pedir permiso?

—¡Pues claro, hijueputa! ¿O es que usted cree que la calle es de todos?

Me pegó un empujón que casi me manda hasta la canalización. Luego se arrimó, mirándome como si le hubiera matado a la mamá.

—Te abrís de aquí, maricón, que esta plaza tiene dueño. —Se metió la mano entre la pretina.

Del susto ni miedo me dio y me quedé paralizado. El robot se vino hacia nosotros mordiendo una guayaba y con la cabeza cuadrada bajo el brazo.

—Eyy, Eliécer, mirá que el pelao se ve que es buena gente y necesitao.

—¡La chimba! Necesitaoos somos todos. Aquí no va a venir ningún aparecido a hacer lo que le dé la gana. —Me miró fijo con una rabia que no cabía en él.

El semáforo cambió a verde y la señora del niño se acercó. Yo estaba asustado, pero traté de que no se me notara mucho.

—Hermano, pero tampoco es pa'tanto —le dije al negro tratando de calmarlo.

Como que le dio más rabia que le contestara porque fue sacando tremendo cuchillo carnicero. Hasta aquí llegué, pensé. Entonces la señora del niño se le paró al frente.

—Eliécer, dejá de ser asao sin necesidad, dejá al pelao tranquilo. Tampoco lo vas a matar por eso... que además nos metés en problemas a todos.

El negro bajó el cuchillo.

—Si querés cobrale el derecho de piso, pero dejalo que al menos arranque —dijo el robot disparando pepitas de guayaba mientras hablaba.

El negro me miró feo pero más tranquilo.

—¿Y usted de qué barrio es, pelao?

—De Los Jazmines.

Se volvió a enojar. Pero no me dijo nada a mí sino que le habló a la señora.

—Cómo no me voy a emputar con estos malparidos riquitos que se vienen hasta aquí a robarnos el trabajo.

El robot me cogió del brazo y trató de sacarme a un lado.

—¿Y usted por qué no se va pa'su barrio a vender, pelao?

Me dio rabia la pregunta, me le solté y le hablé al negro.

—Cuáles riquitos, hermano. ¿Por qué creés que estoy trabajando en esto?

A mí siempre me pareció muy charro que para la gente del sur los de mi barrio éramos riquitos solo porque vivíamos en casas de ladrillo. Como para nosotros eran riquitos los de los barrios más al norte que vivían en casas de dos pisos, con carro y garaje, para quienes los de los barrios más al norte de ellos eran riquitos porque vivían en casas con dos garajes y carros en los dos garajes, para quienes los de los barrios de todavía mucho más al norte eran ricosricos porque vivían en casafincas cerradas con piscinas, para los que los de los barrios todavía mucho más al norte eran ricos de verdad porque casi no vivían en su barrio sino en la *usa*. Y así.

El negro me detalló la camisa y el pantalón. Menos mal que no me vine con buena mecha, pensé. Guardó el cuchillo y en ese momento el semáforo volvió a cambiar a rojo. La señora del niño se fue hacia los carros, atisbando cada tanto al negro.

—A ver, y usted qué va a vender. —Arrejentó la cara alrededor de la nariz señalando la bolsa. Había dejado la cacha del cuchillo visible.

Abrí la bolsa y metió la mano separando los libros sin sacarlos, para verles las carátulas.

—¿A cómo va venderlos?

—A mil quinientos.

Me miró seco pero ya sin tanta rabia.

—Me tiene que dar doscientos por cada libro que venda.

Hice cuentas en la cabeza, a cero le quito cero me queda cero, a este otro cero le quito cero me queda otro cero, a cinco le quito dos me quedan tres.

—Hermano, pero eso es dejarle casi la mitad de la ganancia a usted.

—Si le gusta bien y si no vaya y consígase otro semáforo.

Los carros volvieron a avanzar con la luz verde y la señora volvió donde nosotros.

—¿Qué pasó? —le pidió cuentas al negro.

—Ya le dije, él verá. —El negro empezó a caminar hacia el arbolito.

La señora se quedó mirándome.

—Me está cobrando mucho —le contesté sin que me preguntara.

—¿Y entonces por qué no los vende más caros?

No se me había ocurrido esa solución. Aunque les subiera el precio seguían siendo baratos. Le sonreí a la señora y le grité al negro, que estaba prendiendo un bareto.

—Llave, listo, hágale pues.

El negro se dio dos plones, con calma y señaló un morrito que había en la manga.

—Lleve en las manos solo los que vaya a ofrecer y deje la bolsa allá donde nosotros dejamos las cosas. Cuando se vaya a ir cuadramos cuentas.

Fui a dejar la bolsa donde me había señalado, al lado de un pecho de robot de repuesto, una mochila de obrero y una maleta desjarretada con cosas de bebé. Saqué cuatro libros y arranqué para el semáforo. Al primero que le caí fue a un *mazda* cupé azul, del que salía una mano que terminaba en cigarrillo, con un reloj que desde lejos se veía que era una chimba. Me arrimé mientras el negro se le pegaba a un *renol dieciocho* rojo y la señora metía la cabeza del niño por la ventanilla de un *ford* blanco. El del *mazda* era un gordito de cachaco. Venía concentrado llevándole el ritmo a la canción que salía del pasacintas, *Carlesuisper o a gulfren, tudejar demain, ignoraseskai, desno conforindetru pein isdejour yufaiiiiiii*, sonriente, acordándose de quién sabe qué cosa buena. Cuando le puse los libros en la ventanilla caí en cuenta de que no sabía qué tenía que decir. Voltió la cara y al verme de sopetón pegó un brinco.

—Baratos. —Fue lo único que se me ocurrió, y puse toda la cara de buena gente que era capaz de hacer.

El man se tranquilizó cuando me miró bien la cara. Se puso a ver los libros y cogió *Despertando el magnate interior*. Leyó el letrero de por detrás juntando la cejas y diciendo sí con la cabeza, como si supiera mucho de lo que estaba leyendo y estuviera de acuerdo.

—¿Cuánto vale este?

—Dos mil.

Puso el libro sobre el tablero, se tiró para atrás alzando la nalga y sacó la billetera. Me dio cuatro billetes de quinientos con la imagen de un prócer de

la patria peinado para adelante y con bigote de Cantinflas.

Dejé el *mazda* y ya iba derecho hacia una *chevrolet luv* llena de bultos cuando empezaron a arrancar los carros. Ni en el segundo ni en el tercer semáforo en rojo pude vender nada, pero me cogí confianza. Al cuarto le caí a un *renol nueve* granate. Adelante iba una pareja de la edad de mi mamá y atrás otra pareja más joven pero no tanto como para ser los hijos de los de adelante. Venían pasándose una botella de aguardiente y cantando a todo taco *Qué locura enamorarme yo de ti, qué locura fue fijarme justo en ti, y mi voz tiene tu nombre enredado en mis temores*, todos animados.

—Caballero, buenos libros a buen precio. —Y levanté las dos manos mostrándole las carátulas.

El conductor se puso a mirar los libros mientras los otros seguían con la canción y el guaro. Agarró *Matame si sos bandido*, preguntó el precio y cuando me iba a pagar el muchacho de atrás sacó la mano por la ventanilla con dos billetes de mil enzurullados.

—Dejá, Pedro, yo te invito a libro pa'que no descompletés la plata del guaro.

Todos soltaron la risa y el carro arrancó con chirrido de llantas en una sola carcajada. Me guardé los billetes sin tener tiempo de desarrugarlos porque en ese momento empezaron a sonar estallidos como de papeleta y luego pasó entreputado un *renol nueve* blanco, cajeteado, como el de Cambalache, seguido de varias motos boliándole chumbimba. Y después todo siguió tranquilo.

A la hora pico, cuando empezaba el trancón de las seis, el robot se me acercó y me enseñó cómo vender sin tener que botar escape: uno camina entre las filas de carros poniendo los libros en los parabrisas, debajo de la cara del chofer, derecho pa'delante hasta donde calcule que le da el tiempo del semáforo y luego se devuelve recogiendo los libros o la plata sin tener que hablar con nadie ni convencer a ninguno. Le paré bolas y así vendí todo el surtido. Después de pagarle la cuota al negro y descontando lo de don Darío, me quedaban ocho mil pesos para mí, un platal. Me fui feliz pa'la casa.

Al otro día cuando fui a cuadrar cuentas, me abrió Patricia, toda amable.

Siguió para su pieza y antes de meterse volvió.

—Está como de mal genio porque le decomisaron una mercancía.

Entré a la pieza repleta de humo y libros. Don Darío estaba sentado en la mesita, hablando por teléfono.

—¡A mí no me sirven las putas disculpas! ¡Cuántas veces les dije que no fueran a esa bodega que estaba caliente! —Levantó la cabeza y cuando me vio bajó el tono—. Bueno..., después hablamos que estoy muy verraco.

Colgó enojado y me señaló la caja de sentarme. Saqué los billetes.

—Vendí todo. Vengo a pagarle los que me llevé y a llevarme otros.

Prendió un cigarrillo y habló sin mirarme.

—Son diez mil de los diez libros.

Le pasé la plata y se puso a contarla. Sacó uno de los billetes arrugados, lo revisó en la lámpara y lo tiró con rabia en la mesa. Siguió contando, sacó otro de mil, lo rozó con las manos y lo tiró junto al anterior.

—Estos hijueputas son falsos —gritó.

—¿Pero cómo así? —dije sintiendo un hilito de agua helada que me bajaba por el espinazo.

Don Darío se paró manotando y tumbó unas pilas de libros que había al lado del escritorio. El grito se mezcló con el ruido de la caída.

—¡¿El primer día y ya me querés meter billetes falsos, malparido?!

—Nooo, cómo se le ocurre, don Darío, que yo voy a hacer eso.

Rompió los billetes falsos en varios pedacitos y me los tiró a los pies.

—Me los reponés ya mismo con billetes buenos.

—Don Darío, pero yo no tengo la culpa...

—¡Me das lo mío inmediatamente, ladrón hijueputa!

Se me subió todo y no pensé en nada sino que lo miré con desprecio. Mientras sacaba del bolsillo la plata de mi ganancia pensaba en la deuda de la natillera. Pero algo que no era pensar me hizo decir:

—Si plata es lo que quiere, tenga pa' que se embuta. —Y le tiré mis ocho mil pesos sobre la mesa—. Pero respete.

En ese momento pasó Patricia por el corredor y se quedó mirando. Me volté para empezar a salir y Don Darío me detuvo con un rugido.

—¡Un momentico! Que yo no necesito sus centavos, chichipato de

mierda.

De los billetes desparramados en la mesa sacó cuatro de quinientos y se los guardó.

—Esto es lo mío, lo legal. Llévase su chichigua. —Y empujó los demás billetes con las puntas de los dedos, mirándome como a un trapo sucio.

Lo miré fijo con una mirada igual a la suya y eso lo enojó más.

—¡Ahora no vengás aquí a dártelas de digno! —gritó y dio un manotazo que casi parte la mesa.

Los billetes saltaron, hicieron una pirueta en el aire y cayeron al suelo. Don Darío miró los billetes dispersos entre los libros y volvió hacia mí con un comienzo de sonrisita, esperando que me agachara a recogerlos. Adentro de mi cabeza empezó a titilar un letrero en luces de neón, La Natillera, la natillera, junto con una vocecita, Esa plata es tuya, recogela que cualquiera se acurruca a levantar lo propio. Pero a la vez se me removía por dentro del pecho un ventarrón sin palabras que decía, ¡Las güevas!

Salí al corredor mirando pa'l frente, sin pararle bolas a la reverberación del letrero ni a la vocecita que subía el volumen, Ahora te vas a tener que ir caminando hasta tu casa. Cuando abrí la puerta de la calle apareció Patricia corriendo detrás de mí.

—¡Muchacho!

Se me acercó y me pasó los billetes organizaditos.

—Vea, esta plata es suya —dijo con una voz cariñosa y se devolvió para su pieza.

Ya en la calle le di una patada a una llanta del *fiat cientocuentaysiete* y me fui coger el bus con la cabeza hecha un chispero.

ESOS SON LOS MÁS PELIGROSOS

La historia de Lorena y don Efrem comenzó tres semanas antes de que yo conociera a Yovani en el bar El Cielo. Y treinta y ocho días antes de encontrármela a ella en Paratodos. Cuando eso yo andaba trabajando en la repartición de directorios telefónicos y no se me pasaba por la cabeza que algún día iba a ser amigo de semejante mamacita ni que iba a estar frente al patrón en persona. Ni mucho menos que me iban a terminar contando sus cosas.

Desde que don Efrem la vio por primera vez algo se le descuadró por dentro. Fue en una fiesta que organizó Salsa en su casa para celebrarse el cumpleaños, al final de una semana en la que el patrón recibió los dos golpes que desataron la guerra a muerte. El primero fue la orden de captura que le puso un juez pagado por Moncada. Una orden de captura a él, que siempre había decidido a quién había que capturar en Villalinda. Dicen que eso le hirió el orgullo mucho más que el segundo golpe, el atentado que le hicieron días después, del que se salvó de arepa y por avisgado. De arepa porque la granada que le tiraron cuando se echó a costaliar por un barranco no explotó. Y por avisgado, porque cuando vio llegar a los tipos que lo habían citado para hacer el negocio se pilló que por muy niños lindos vestidos de ejecutivos que fueran tenían mirada de bandidos mandados por Moncada. Después de eso estuvo encaletado unos días pero lo desesperaba mucho el encierro y decidió ir a la fiesta de Salsa para airearse un poco, sin imaginarse que le iba a

cambiar la vida.

A cada rato me pregunto cómo hacía Lorena para llamar tanto la atención sin notarse, sin querer hacerlo. No era solo por lo linda porque hay muchas peladas bonitas que no llaman la atención. Ella tenía otra cosa. En un escrito que pusieron a rotar por ahí, el amigo que la acompañó a la fiesta cuenta lo que pasó esa tarde y empieza diciendo que Lorena era bonita pero que no era para tanto. ¡¿Cómo que no era para tanto?! A lo mejor el tipo ese estaba tragado de ella y como no le paraba bolas le tocó conformarse con ser su amigo y decir que no era la gran cosa. Como me pasó a mí. Como le pasó al propio don Efrem.

Alta, con unas piernas delgadas sin ser flacas y unos brazos largos para alcanzar lo que fuera, la piel blanca y lisita, el pelo negrísimo y lacio que le caía hasta el comienzo de las nalgas, unas cejas tupidas y curviadas y los ojos cafés claros casi transparentes mirando todo como si a toda hora lo acabara de ver. Lo que sí tenía era unas orejas muy grandes, pero a uno se le olvidaba lo que no fuera perfecto con solo oírla hablar o verla moverse. Conversaba pasito y suave y caminaba derechita sin ser tiesa, nunca afanada para nada, sin dejarse azarar por ningún tiempo que no fuera el de ella, con ese modo de hacer lo que hiciera con finura y agarrar lo que agarraba con mañita como si las cosas se dañaran muy fácil. Don Efrem había tenido las mujeres que le daba la gana, pero yo creo que nunca se había encontrado una como Lorena. Él no era sino ver a alguna que le gustara, en la calle o en la televisión, y los muchachos se la traían o le conseguían los datos y él la conquistaba de inmediato con una casita para la familia, princesa, o con un carro para que salga a pasear, mami, o con una liguita mensual para sus gastos, mi amor. Entonces no fue solo por lo linda por lo que se pegó tremenda embelesada sino por eso que tenía ella de ser de otro mundo estando en este, de vivir en un lugar para donde no vendían los pasajes en ninguna parte, sin importarles nada pero teniéndole cariño a todo. Qué lindo, vivía diciendo de cualquier cosa, tan convencida que uno terminaba viéndole la parte bonita hasta a lo más maluco. Y eso fue lo que dijo cuando vio a don Efrem por primera vez, Qué señor tan lindo, mientras que al amigo con el que estaba lo que le dio fue miedo.

El que la llevó a la fiesta era conocido de Salsa de cuando eran pelaos en el barrio. Se habían encontrado esa mañana en el parque de Villalinda y Salsa lo había invitado y el muchacho le dijo a Lorena que lo acompañara. Llegaron cuando ya había empezado la rumba y cruzaron en medio de un mundo de mujeres tetonas y culonas, recién mandadas a hacer, y tipos que hablaban duro y se reían a los estruendos por bobadas. Salsa apenas vio aparecer semejante lindura le echó un piropo y los invitó a sentarse en una sala amplia, entapetada, con muebles abullonados de color naranja, frente a una cortina azul que ocupaba toda la pared y se movía con el viento que entraba por la ventana tapada. Un mesero les trajo de a vaso de güisqui y Salsa y el muchacho se pusieron a conversar y a recordar épocas del barrio mientras Lorena miraba todo como alumbrándolo, hasta que se oyeron unos pasos fuertes y sonidos de fierros y entraron los guardaespaldas, nerviosos, revisando cada rincón, y después apareció don Efrem con una barba de tres días y unas ojeras en las que casi no se distinguían los ojos chiquitos, duros, negros, atisbando a los lados como pasándole rayos equis a todo. El patrón le dio un abrazo a Salsa, le dijo que andaba un poco estresado y le pidió un trago.

Salsa fue a servirle el trago y don Efrem se quedó reparando a los que había en la sala y se encontró con los ojos de Lorena que lo miraba curiosa diciéndose Qué señor tan lindo, tiene mucha luz aunque un poquito sucia. Don Efrem que no estaba acostumbrado a que lo miraran con tranquilidad, voltió la cara hacia Salsa que ya volvía con el güisqui.

—¿Y estos quiénes son?

Salsa le contestó que eran gente de confianza, sanos. Don Efrem volvió a mirar la sonrisa de verdad y sin porqué de Lorena y se le desarrugó la frente. Se les acercó y le habló al amigo, señalándola a ella, como si estuviera en una vitrina.

—¿Y esta muñequita tan linda de dónde la sacaste?

Lorena casi no dejó que terminara la frase.

—No me sacó de ningún lado, yo me saco sola —dijo suave y firme y le extendió la mano con un movimiento elegante y desgaleado a la vez—. Mucho gusto, Lorena. ¿Y usted cómo se llama?

Don Efrem la reparó de arriba abajo, extrañado de que le hablaran sin miedo ni reverencia. Ella siguió tranquila, ni maluca ni zalamera. Don Efrem le contempló un ratito la cara, y en los ojos chiquitos y negros le parpadeó un brillito. Se sentó al lado de Lorena.

—¿Y son amigos solamente?

—Sí, señor —contestó el muchacho que casi no podía hablar del susto.

Después le preguntó a Lorena que si tenía novio y ella le contestó que por qué tenía que tener novio, si era obligación tenerlo. Don Efrem le dijo que no pero que era un desperdicio una bellecita de esas por ahí solita y le mandó la mano para acariciarle la pierna, como estaba acostumbrado a hacer. Ella le pegó tremenda palmada.

—¿A usted no le enseñaron en su casa a respetar o qué?! —le dijo seria —. ¿O le gustaría que llegara un desconocido y lo fuera tocando sin más ni más? ¡Me parece muy mal hecho! —Lo señaló con el dedo mientras le hablaba, enojada, como una niña regañando a su muñeca.

Don Efrem se desubicó porque nunca lo había parado así una mujer y porque el regaño de Lorena no era de coquetería ni de nervios ni de rabia ni de nada a lo que él estaba acostumbrado. Solo el enojo verdadero y tranquilo de Lorena, que siguió la conversación como si nada.

—¿Y usted tiene novia?

—Tengo esposa, novia y mozas, mi amor. Lo mínimo que debe tener un hombre normal —dijo burletero y soltó una carcajada.

Los guardaespaldas y Salsa se rieron también. Lorena levantó los hombros con fastidio.

—Tan grande y tan bobo. ¿No le da pena? —Lo miró fijo.

Todo el mundo se quedó callado y los guardaespaldas se pusieron atentos. Don Efrem pestañeó, y se quedó pensativo, como si algo lo hubiera chuzado por dentro, más allá del cuerpo. Volvió a mirar a Lorena, no como don Efrem mirando a una muchacha sino como una persona mirando a otra persona, y se sonrió sin malicia, como un niño. En ese momento la luz que entraba por la ventana aumentó y el viento empezó a mover la cortina, suavemente. Don Efrem levantó el vaso, todo contento de un momento a otro.

—Bueno, brindemos, salud —dijo.

Cuando chocó su vaso con el de ella, la cortina del fondo empezó a moverse más fuerte. Los guardaespaldas se pusieron pilas, pero solo era un chiflón que había entrado.

—¿Cierro la ventana? —le dijo Salsa.

—No, mijo, déjela así, que entre un poco de fresquito. Yo desde aquí la tengo vigilada.

Se quedó viendo a Lorena como si tuviera ganas de hablarle pero no pudiera o no se le ocurriera nada. La miraba, no como si ella le entrara por los ojos sino como si le saliera desde adentro.

—Usted tiene un aura toda bonita cuando se pone tranquilo —dijo al fin Lorena.

Él se quedó sin saber qué contestar.

—¿Te parece?

Empezaron a conversar y al ratico ya estaba él riéndose como nadie nunca lo había visto, mientras Lorena le hablaba, y en la sala empezó a entrar una luz que hacía ver borrosos los bordes de las cosas y apareció una musiquita contenta en el comienzo de todos los sonidos. La cortina empezó a moverse duro y los guardaespaldas se pusieron alerta mirando al jefe, pero don Efrem estaba engrupido en el mundo de Lorena. El viento se puso más fuerte, empezó a sonar como un ronquido y algo entró por la ventana haciendo un estruendo que retumbó en toda la casa. Don Efrem volvió en sí todo asustado, sacó la pistola y disparó hacia la cortina.

—¡A mí vivo no me agarran estos hijueputas! —gritó.

Los guardaespaldas también respondieron boliando plomo, pero del otro lado de la cortina no llegó ningún disparo sino el sonido de un aleteo bajito que no duró nada y el ruido de algo chiquito pero pesado que cayó sobre el piso.

Los guardaespaldas corrieron buscando una granada o una bomba y cuando miraron detrás de la cortina se quedarón boquiabiertos. Don Efrem se acercó a ver. Los ojos chiquitos en medio de las ojeras gigantes dejaron de brillar y la cara se le agrió otra vez.

—Esos son los más peligrosos —dijo entre enojado y triste.

Se voltió hacia Salsa y señaló a Lorena sin mirarla.

—Mijo, sáqueme a esta muchachita de aquí que no la quiero volver a ver nunca en mi vida.

Antes de que Salsa les dijera algo Lorena y el amigo salieron corriendo. Don Efrem la vio irse y bajó la cabeza. El jefe de los guardaespaldas levantó la cortina.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Al alto del Vergel.

Echó a los guardaespaldas y se desmadejó sobre el sofá y se quedó sin hablar, achantado, carilargo. Al rato levantó el vaso, lo movió haciendo sonar los pedazos de hielo que quedaban y ahí mismo Salsa le puso una botella de güisqui sobre la mesa. Se mandó la botella completa en media hora sin decir palabra. De un momento a otro se paró tambaleante con la cara de demonio que cuando la ponía todos sabían que no se le podía contradecir nada, si él decía que era de noche había que decir que era de noche, si decía que no estaban en una casa sino en una nave espacial había que contestar Sí, señor, estamos en una nave espacial, y empezó a gritar enverracado con todo el mundo, como si la gente lo hubiera ofendido, Se me van de aquí, parranda de zorras y de lavaperros hijueputas, y dio un disparo al aire que hizo un hueco en el techo. La gente fue saliendo en silencio o murmurando pasito y Salsa los iba despidiendo con cara de disculpas porque era la fiesta de su cumpleaños. Don Efrem volvió a sentarse y se acabó otra botella de güisqui en silencio y Salsa y los guardaespaldas se quedaron atentos, sin atreverse a interrumpirlo, hasta que él levantó la cabeza y ordenó.

—Salsa, mijo, traiga más trago y mande por unos merenderos.

—Como mande, patrón.

El patrón siguió bebiendo y al rato apareció la Monja con tres viejitos de sacos deshilachados y corbatas desbarajustadas con guitarras llenas de calcomanías de la Virgen del Carmen y del Atlético Villalinda y los hizo parar frente al patrón. Don Efrem se mandó un vasado de güisqui.

—Cántenme canciones tristes, hijueputa. —Sacó un fajo de billetes de dos mil y se los puso sobre la mesa.

El cantante principal, largo y desmirriado, del doble de la edad del patrón, recogió los billetes y peló los tres dientes que le quedaban con una alegría

que se notaba que no sentía hacía tiempos, y arrancaron con la música triste. Cantaron *Cruel condena, Amor de pobre y Buenas noches, tristeza*, y cuando siguieron con *Cinco centavitos*, don Efrem se puso de pie, ¡Esa hijueputa, esa!, entonces subieron el volumen entusiasmados, *Quiero comprarle a la vida cinco centavitos de felicidad, quiero tener yo mi dicha pagando con sangre y con lágrimas*, y el patrón apretó los ojos chiquitos que se le empezaron a encharcar, y los viejitos se animaron más, *Quiero tenerte en mis brazos tan solo un minuto, poderte besar aunque después no te tenga y viva un infierno y tenga que llorar*. Cuando terminaron les ordenó que volvieran a empezar y les tiró otro fajo de billetes, *Aunque me mate la angustia de saber que fuiste y ya no serás, quiero comprarle a la vida cinco centavitos de felicidad*, y siguió sacando billetes y volviendo a pedir la canción, y por cada *Cinco centavitos* les daba veinte, treinta, cuarenta mil pesos, ¡Que no paren de sonar esas guitarras, hijueputa!, decía con las ojeras inundadas de lágrimas y los viejitos cantaban cada vez con más sentimiento, buscándole distintas maneras a la tristeza, *Aunque me mate la angustia de saber que fuiste y ya no serás*, hasta que Salsa viendo al jefe descuajaringado en la silla, con los ojos rojos y cara de que le habían metido una puñalada se atrevió a decirle Patrón, discúlpeme que le diga pero por qué no deja de pedir esa canción que vea como lo tiene de mal, y don Efrem no le prestó atención sino que les ordenó a los merenderos, con dos goterones corriéndole por los cachetes, Vuélvana a cantar que esta tristeza tan buena no me la quita ni el putas, sacó otro fajo de billetes y se lo tiró a los músicos que ya no tenían bolsillos donde guardar tanta plata y empezaron a meterlos en los huecos de las guitarras, y hubieran amanecido dele que dele con el chirringuischinguis de la melancolía si no es porque a las tres de la mañana el patrón se quedó dormido. Salsa despachó a los músicos, lo cobijó con una manta y le ordenó a los escoltas que se quedaran cuidándole el sueño.

Al otro día don Efrem se despertó más malacaro que cuando había echado a la gente de la fiesta. Se quitó las lagañas y sin decir ni buenos días llamó a Salsa para darle una orden que parecía que hubiera acabado de decidir en el sueño.

—Necesito que me mande a los muchachos para que me maten hoy

mismo a ese hijueputa juez que me abrió la orden de captura.

—Patrón, ¿pero usted no me dijo que dejara ese asunto así para no calentarse más por el momento?

Se paró gritando como un loco.

—¡A usted qué le importa lo que yo le dije! Lo que le estoy diciendo es que me maten hoy a ese hijueputa. Y ya.

Desde esa mañana se dedicó de lleno a la guerra contra Moncada. Y no volvió a mencionar a Lorena durante unos días.

La Monja, la Chinga y Hermosura, con otro combo de trabajadores, entraron a la casa del juez y lo mataron a él, a la esposa, al hijo de quince años con la novia, a la niña de cuatro años, a la señora del servicio, a los dos perros y a un gato que quedó herido y chilló toda la noche en un lugar de la cuadra que nadie supo cuál era y que no dejó dormir ni vivir a nadie hasta dos días después, cuando se fue quedando callado de a poquitos, y lo pudieron encontrar apenas empezó a oler feo en una alcantarilla a donde había ido a esconderse nervioso y aturdido.

Don Efrem se volvió más maluco con las mujeres de lo que era. Por esa época su mocita principal era Yenni, la salsera, una costeña sabrosa y contenta, morena, de pelo crespo hasta los hombros, potrancona, nalgona, tetona. Pero llevaba varios meses con ella y ya no la sacaba a ningún lado sino que la llamaba de vez en cuando y la mantenía custodiada por dos guardaespaldas en el apartamento que le había comprado por los lados de la plaza Dorrego. Casi ni la tocaba ni nada pero no permitía que ella mirara a ningún hombre. Yo no la uso mucho, pero lo mío es mío y no me gusta que nadie me lo toque, decía. Tres días después de la matanza del juez, el cuerpo de Yenni apareció envuelto en un costal de polietileno flotando en el río La Madre, que pasa por la mitad de Villalinda, y algunos dijeron que el patrón la había mandado matar por celos, porque según los chismes se había conseguido de mocito a un riquito del barrio Dorrego y andaba con él pa'riba y pa'bajo. Pero en realidad quien la mató fue Moncada, en represalia por lo del juez. Le quería dar donde más le doliera, tocarle su posesión más querida, aparte del equipo de fútbol, las mujeres. Lo único que me toca el corazón es una chimba, decía a cada rato el patrón. Aunque con lo de Yenni

no le dolió el corazón sino el orgullo.

23

NUBES

Con la plata de los libros adelanté los intereses del préstamo y de lo que quedó le di la mitad a mi mamá y dejé la otra mitad para mí. Llamé a Yovani y lo invité a tomarnos una cerveza en El Cielo. Cuando llegamos pensé que se había ido la luz porque no sonaba música y el ambiente se veía achicopalado. El Gordo Ceballos, con los ojos rojos y la cara congestionada, estaba preparando el café en la greca. Le pedimos un par de cervezas y nos sentamos a la barra sin atrevernos a preguntarle nada, al lado de dos señores que tomaban tinto en silencio. Nos hubiéramos quedado con la duda si no es porque entró el dueño del almacén de fotografía de al lado, derecho hacia la barra mirando a Ceballos con cara de circunstancias.

—Qué hubo, Gordo, ¿cómo está tu hermano?

El Gordo acabó de vaciar el contenido de la cafetera en una jarra de plástico, miró de reojo y contestó con una voz apagada que no parecía la de él.

—Gracias a Dios está fuera de peligro, pero perdió dos dedos de la mano y le van a operar la pierna que le quedó muy jodida.

El viejo se santiguó.

—Entonces deje esa aburrición y antes agradézcale a la Virgen que no se lo llevó. Vea cómo quedaron esos pobres jugadores.

El Gordo inclinó la jarra sobre la boca de la greca y volvió a vaciar el café que había sacado.

—Eso es lo que nos tiene más tristes a todos, sobre todo a mi hermano, que nos mataron a medio equipo. —La voz se le empezó a quebrar y le salieron dos lagrimones—. Dígame usted dónde vamos a conseguir otro centro delantero como el Puntilla Gaviria.

—O un goleador como el Fusil Correa —se metió uno de los señores de la barra.

Pero el Gordo no dijo nada más. El viejo pidió un tinto en vaso desechable y salió después de aconsejarle que se encomendara a María Auxiliadora. Ceballos acabó de vaciar el café y se secó las lágrimas con el trapo rojo de limpiar el mostrador. Los señores de la barra se animaron a ponerle conversación y chismosieron sobre los estragos de la bomba. Habían muerto seis jugadores y tres estaban heridos de gravedad, el edificio del equipo había quedado en cenizas y al estadio le había volado toda la tribuna oriental. Nos tomamos la cerveza y salimos a buscar un sitio menos triste para parcharnos a hablar.

Compramos un bareto y nos fuimos de borondo por las calles, conversando y pensando qué íbamos a hacer mientras nos llamaban de Paratodos. Yovani quería pagarle al tío Humberto lo más pronto posible y yo necesitaba salir de la deuda pero sobre todo conseguirme algo fijo para ayudarle a mi mamá y comprarme al menos otra muda de ropa buena porque uno con pinta elegante para un solo día y el resto de semana con ropa barata queda peor que si no tuviera nada.

Después de dar vueltas terminamos en mi barrio y fuimos a fumarnos el bareto en la manga de El Hoyo, detrás de mi casa, un lugar que nos tenían prohibido cuando estábamos chiquitos porque Eso por ahí vive lleno de marihuaneros. Pero no había nadie. Nos parchamos al lado de la quebradita con dos cervezas enlatadas, prendimos el calambombo y nos tiramos en el pasto a mirar las nubes desbaratarse sobre ese cielo azulito, como si fueran el estampado de un vestido muy lindo de una mujer muy hermosa a la que solo le veíamos la falda. Yovani se puso a morder un espartillo y puso el tema de cómo podíamos hacer para levantar billete. Hicimos una lista de los conocidos que estaban ganados, para ver cómo habían hecho. No eran muchos y todos trabajaban con don Efrem.

—¿Vos te imaginás vos y yo trabajando con don Efrem? —Escupió el juguito del espartillo y se apoyó en los codos.

—Pero no de suizos.

—¡Oigan a este bobo! No, yo digo trabajar a lo bien, estar entre los de confianza del patrón.

Pensé en Chepe Molina pero no me gustaba la idea de ser mandadero ni tener que estar buscando peladas para que se las comieran los otros. Se me vino a la cabeza el otro que conocía.

—¿Vos conocés a la Monja? —Yovani me leyó el pensamiento—. Ese man sí es un duro.

—Yo estudié con él, fuimos compañeros en el salón.

—¿Y si lo conocés por qué no le has dicho que te consiga chanfa con el patrón?

—Eso no es tan fácil. Además tampoco es que fuéramos tan amigos.

—Qué va, vos no lo conocés.

Me puse a acordarme de la Monja. Era el pelao cuca del colegio. El más lindo, el capitán de la selección de fútbol, el mejor jugador de basquetbol, el más teso pa'l volibol, el más rumbero, del que estaban enamoradas todas las peladas. Y me acordé de las veces que me lo encontré después de que empezó a trabajar con el patrón, en tremendas motos, en joyas de carros, con sus nenas y sus socios. Se había vuelto un man grande de un momento a otro, carifruncido, con una superioridad malacarosa y amargada.

—Pero la Monja vive todo estresado y maluco. Qué pereza plata así.

—Ahh, pero es que vos lo que querés es ser un príncipe, tener plata sin pagar ningún precio. Si uno hace negocios se tiene que estresar de todas maneras.

No contesté. Yovani tiró el espartillo, le dio un plon al bareto y se volvió a acostar.

—¿Vos qué harías si consiguieras harta plata?

Aunque yo a cada rato pensaba Qué bueno tener harta plata, no había pensado muy bien qué iba a hacer con ella. La imaginadera solo me llegaba hasta no tener la necesidad que tuviera en el momento. Pero ahí dejaba la cosa y me ponía a pensar en otro asunto para no sentirme más pobre cuando

me tocara volver a aterrizar. Pensé un ratico.

—Lo primero que hago es adelantar por ahí diez años de alquiler.

Yovani se rio. Le dio otro pitazo al bareto y habló para adentro.

—Este sí es güevón. ¿Y por qué no mejor comprás una casa? —Me pasó el calambombo.

Eso no se me había ocurrido. Di un pitazo hasta el fondo, hundiendo cachetes, y me puse a ver un gallinazo quieto en el aire, como dormido, dejándose llevar.

—Pero si estamos suponiendo que tenemos harta plata, bobo, que somos ricos —me dijo al rato.

Teniendo plata sí me había imaginado, pero siendo rico nunca.

—¿Y con cuánta plata es uno rico? —Solté un chorro de humo.

—No sé con cuánta... pero que le sobre. O sea, que uno no esté nervioso porque se le vaya a acabar en algún momento.

—Yo de todas maneras adelanto el arriendo. Por si la suposición se acaba.

—Vos no servís ni pa'imaginar plata. —Me miró burletero.

Aunque lo dijo charlando me ofendió. Sobre todo porque yo sí tenía ambiciones, sí soñaba trabajar con don Efrem, pero no haciendo vueltas pesadas sino camellando en cosas más tranquilas, como el Pecos Carmelo, que era barman en la discoteca de La Amistad y hasta moto compró. Y conocía a varios pelaos que trabajaban de recogeboles en las canchas de tenis o de jardineros o de empleados en las salas de juegos o de meseros en las fiestas del patrón. Pero para llegar a un puesto de esos uno tenía que ir muy recomendado. O poder acercársele directamente a don Efrem y tirarle el lance.

Me hice el que me dolía la barriga y nos despedimos. Por la noche fui a buscar a la Monja a la heladería El Páramo, que era una de las oficinas del patrón. Estaba sentado en las mesitas de afuera, con dos monas tetonas más altas que él, que lo miraban como a midiós. Pero él ni bolas les paraba, concentrado cuadrando cosas por un teléfono portátil que había sobre la mesa. Cuando me iba arrimando se le acercó un man todo respetuoso, y se le hizo al lado, esperando que terminara de hablar. La Monja colgó, vio al man,

se paró y le dio unas instrucciones con pura actitud de jefe. Tenía unos *levis* punto rojo, que le combinaban muy bacano con los *adidas superestar* nuevecitos, y con una camisa de chalis verde y naranja. Pero es que a la Monja todo le combinaba. El man lo escuchó moviendo la cabeza y se fue rápido a cumplir una orden. Me dio cosa arrimarme así como así. Pero entuqué de una, sin arrugarme, antes de que se volviera a sentar, porque qué más iba a hacer.

—Qué más, Monja —le fui diciendo todo seguro.

—Ehh, qué más, home, Manolo —me contestó normal, sin extrañarse, hasta querido—. ¿Bien o qué?

—Bien, por aquí que ando como buscando chanfa.

Cogió la botella de la mesa, se mandó un trago y me miró desde más lejos, ya no hablando conmigo sino con un man que nunca hubiera visto en la vida.

—Es que la cosa está dura.

Me le acerqué un poquito y fui de una al tema para salir de la incomodidad.

—Monja, ¿vos sabés si en La Amistad necesitarán gente pa'camellar en jardinería o en servicios varios o en lo que sea?

Se tomó otro trago con cara de que la cerveza no estaba buena.

—Hermano, yo en estos días no he oído nada, habría que preguntarle al patrón, pero él se mantiene muy ocupado como para hablarle de esas cosas.

—¿Y si yo le pregunto personalmente? ¿Usted no me hace el puente con él?

Me miró como si yo fuera un niño, sabiendo que éramos de la misma edad.

—No, pelao, eso no es así de sencillo, tiene que ser que se den las cosas.

—¿Y si usted me invita un día de estos a una de esas fiestas que él organiza y yo busco la forma de acercármele?

Se sentó, se recostó en el espaldar, le acarició el pelo a una de las monas y habló mirando hacia la calle.

—A don Efrem ya casi no le está gustando que uno lleve gente que no sea conocida porque la cosa está muy caliente y no se sabe quién es quién y, por

otro lado, las fiestas se le estaban llenando de chichipatos. Sin embargo, si sé de alguna fiesta o algo le digo.

Con esa me despachó y así quedaron mis intentos de acercarme a don Efrem por el camino de la Monja. Pero al otro día nos llamaron del supermercado Paratodos. Y quién iba a creer que por ahí iba a ser la cosa.

24

LA SEDUCCIÓN

En venganza por la matada de Yenni don Efrem mandó a secuestrar a una modelo que salía en la televisión y que era la mocita preferida de Moncada, Carolina Vallejo. Cuando la Monja apareció un sábado por la mañana en La Amistad, empujando a la muchacha para ir a sacrificarla en los galpones del fondo, el patrón se quedó mirándole la belleza. La pelada, sabiendo para dónde iba, con todo perdido, lo miró derecho, con la cabeza levantada, sin un gesto ni una palabra, sin miedo, más bien con pesar. Don Efrem pestañeó e hizo una seña para que se la llevaran. Aunque en ese momento no le paró bolas, la mirada de la muchacha le quedó sonando.

Por la tarde estaba esparrancado en el sillón de cuero mirando para el techo mientras Salsa le rendía cuentas. Cuando acabó el informe don Efrem ni lo miró, ido, engorilado con la imagen de unos gigantes ojos tranquilos que no lo dejaban de atisbar desde las vigas de madera.

—Y eso es todo, patrón —repitió Salsa después de un rato, viendo que el patrón no decía nada.

Don Efrem brincó de la silla, de mal genio, soltando lo primero que le dictó el piloto automático.

—¿Ya me tienen ubicados a los del atentado?

—Es lo que le estaba diciendo, patrón. Son los de la banda del Escobero, la artillería pesada de Moncada.

—Eso ya lo sé, gran güevón. Pero ¿me los tienen ubicados?

—Es lo que le acabo de decir, tenemos las direcciones y los datos de las familias y ya sabemos dónde se juntan...

Salsa se interrumpió cuando vio la mirada perdida y la boca abierta de don Efrem concentrado en las vigas del techo. Esperó un momento, carraspeó y se acercó con mañita.

—Patrón, patrón.

Don Efrem abrió unos ojos desorbitados y miró a Salsa como si fuera una aparición.

—Qué hijueputas están esperando para matármelos a todos —dijo y volvió a clavar la mirada en las nubes invisibles de las vigas del techo.

Salsa salió en silencio y cerró la puerta.

Al día siguiente, mientras cuadraba por radioteléfono la traída de un cargamento de dólares, se le fue el mundo en mitad de la conversación. De un momento a otro no supo de qué estaba hablando ni con quién y si no es porque Salsa le recuerda lo que estaba haciendo se le hubiera dañado el negocio. ¿Yo será que me estoy engüevonando o qué?, se dijo pasito, preocupado. No tuvo que echarle mucha cabeza al asunto para darse cuenta de que no era la modelo de Moncada lo que lo tenía enchusado sino la manera como lo había mirado, y que no era la mirada de ella sino el parecido de esa mirada con otra mucho más verraca que se le había metido hasta el fondo más oscuro de la caleta en la que guardaba los sentimientos que ni él conocía. Pensó en la pelada que había echado de la fiesta de Salsa hacía unos días.

No fue sino dejarse meter el recuerdo de esa muchacha en la cabeza para no poder volvérselo a sacar, por mucha gente que mandara a matar, por muchos cargamentos que coronara, por muchos atentados que planeara, y entre más bregaba a no pensar en ella más pensaba.

El lunes por la mañana no se aguantó más y le ordenó a Salsa que le consiguiera los datos de la pelada. Salsa llamó al muchacho que la había acompañado a su fiesta pero el tipo se había ido de Villalinda. Entonces puso a voltiar de urgencia a todos los informantes que tenía en la ciudad y al mediodía le dieron el teléfono y la dirección. A las ocho de la noche apareció en la casa de Lorena un mensajero con un ramo de girasoles gigantes en un

florero de oro de dieciséis quilates con un cheque pegado a la tarjeta. El patrón esperó arrellanado en el sillón de cuero, al lado del teléfono, hasta que el mensajero se reportó diciendo que la vuelta estaba hecha. Ahí fue que la llamó.

—¿Aló? —Era la voz de la muchacha.

A don Efrem se le puso arrozuda la piel. Se acomodó en la silla y se organizó la ropa.

—Aló... ¿Lorena?...

—¿Con quién hablo?

—Con Efrem.

—¿Cuál Efrem?

—Con Luis Efrem Jaramillo Montoya, hija.

—No, no doy.

—Don Efrem, mi amor, el patrón.

—¿El patrón de quién?

Don Efrem se empezó a arrepentir de haber llamado pero ya estaba en esas y a la vez quería seguir oyéndola.

—¿Se acuerda de la fiesta de la que yo la eché la otra semana?

—Ahhh. —Lorena cayó en cuenta.

—¿Recibió el ramo?

—¿Cuál ramo?... Ahhh, ¿era suyo? —La voz era desgana—. Yo no entendía quién lo podía haber mandado.

—Es con mucho cariño. Lo que pasa es que la otra vez me cogió emproblegado, pero yo no siempre soy así... usted me cayó muy bien...

¿Encontró el chequcito?

—¿Cuál chequcito?

—En la tarjeta del ramo hay un chequcito por quinientos mil pesitos. Es una bobadita pero con mucho cariño. Para que me disculpe.

Lorena contestó cortante.

—Muchas gracias pero yo plata no necesito.

—¿Cómo así? —El patrón arrugó la frente—. ¿No me va a recibir el regalo?

—El ramo tal vez sí, pero el cheque no.

—¿Y eso como por qué?

—¿Y por qué lo tengo que recibir? No necesito. —Al patrón le parecía rara esa voz de sedita hablando con tono golpeado—. Además a mí no me gusta que me den plata.

—¿No le gusta la plata, mi amor?

Lorena no contestó. Don Efrem se quedó pensando sin saber qué hacer. Al fin se le ocurrió algo.

—Ah, bueno, pero precisamente la llamaba también para hacerle una propuesta muy especial porque no quiero quedar caído con usted. La invito a pasar unos días en una islita que tengo en Centroamérica, con todos los gastos pagos.

Fue como si le hubiera hablado a una tapia.

—Oiga, Lorenita...

—Sí.

—Si le da desconfianza puede invitar al que sea. Yo la mando a recoger en su casa y ahí la vuelvo a dejar después del paseo. Vamos en un avioncito que tengo.

—Muchas gracias, pero no me gustan las islas. Yo soy más bien casera.

—Vea que la voy a tratar como una reina.

—¡Cómo se le ocurre! —Y la sedita se transformó en un lona áspera—. Yo no necesito que me traten como una reina. Qué pena con usted pero me tengo que ir.

Le colgó. Don Efrem se quedó mirando la bocina con los ojos en chispas.

—¿Esta perra qué se cree? —gruñó.

Las cejas se le juntaron en el comienzo de la nariz y los ojos quedaron atrás, como dos piedras filudas en una cauchera tensionada. Llamó a Salsa con la voz ronca de demonio alborotado.

—¿Cómo va lo de mi matanza?

—En esas estamos.

—¡Cómo que en esas estamos, malparido!

Se paró y agarró a pata el sillón de cuero

—¡Yo necesito a esa gente muerta ya mismo! —gritaba enfurecido—. Es que sí me conseguí de trabajadores fue una parranda de cacorros, ¡vida

hijueputa la mía!

Solo había dos personas en el mundo que no le obedecían a don Efrem: Lorena y él mismo. Después de la llamada juró por su madre no volver a darle mente a Esa malparida, pero entre más se lo prohibía más pensaba en ella y queriendo no pensar y pensando se le fueron los días hasta el jueves por la mañana, cuando se despertó livianito después de haber soñado que se hundía en un pantanero del que no lo podían sacar ni con cables de tres pulgadas ni con retroexcavadoras y en el momento más desesperante del ahogamiento pasó un vientecito menudo que ni viento era, más bien como un olor a incienso de flor de naranjo que fue separando el barro despacio, lo sacó del lodazal y lo puso a flotar en el aire, sin cuerpo ni peso, y cuando se despertó y vio la luz del día le pareció bonita y sonrió. Y aunque al poner los pies en el suelo volvió a tener su peso de siempre, un retazo de liviandad que le quedaba por dentro alcanzó para hacerlo pensar, Yo también soy bobo, todo retrechero con esa muchacha que ni la culpa tiene. Ese mismo día le mandó la serenata y le regaló el mercedes.

Como a las seis de la tarde Lorena oyó violines y guitarras de mariachis a todo taco en la acera de su casa. Se asomó al balcón y vio a la Chinga, a Hermosura y a Salsa delante de un *mercedes* blanco, descapotable, nuevecito, envuelto en papel celofán rojo y rematado con un moño grande en la capota. Los mariachis filados alrededor del carro cantaban *No sé tú, pero yo te he comenzado a extrañar, en mi almohada no te dejo de pensar, con las gentes, mis amigos, en las calles, sin testigoos*. Apenas la vio, Salsa extendió la mano mostrándole unas llaves y le gritó por encima de la música.

—Que aquí le manda el patrón este detallito. Que por lo linda que es.

Lorena se puso la mano en la oreja para oír mejor y aunque entendió no contestó nada sino que se quedó mirando a los mariachis que cantaban pechisalidos boliando violín *No sé tú pero yo te pienso en cada amanecer, mis deseos no los puedo contener, me haces falta, mucha falta, no sé tú*. Estaba alelada con los músicos pero el carro ni lo determinó.

—Muy linda la canción, aunque suena mejor como bolero —le gritó a

Salsa cuando acabaron el tema—. Dígale que gracias.

Salsa volvió a señalar el carro y levantó las llaves.

—Pero este es mucho más lindo.

Lorena lo miró con una sonrisa cariñosa, como perdonando la bobada de un amigo.

—A mí no me gustan los carros.

Salsa entendió lo que dijo pero no entendió que alguien pudiera decir eso. Repitió, por si era ella la que no había entendido.

—De verdad. Es suyo.

—Yo sé que es de verdad. Pero ya le dije que no me interesa.

Salsa se rascó la cabeza y miró a los mariachis que habían empezado con *Tú y las nubes me tienen loco, tú y las nubes me van a matar, yo pa'riba volteo muy poco, tu pa'bajo no sabes mirar*, y se volvió hacia el balcón, preocupado.

—Vea, recíballo por favor que si no el patrón se va a enojar.

Lorena hizo megáfono con las manos.

—Más bobo si se enoja. Yo qué voy a hacer con eso si no me gusta.

Salsa voltió hacia la Chinga y Hermosura, que tampoco sabían qué hacer. Volvió a mirar a Lorena, que ahora estaba embelesada mirando la ropa de los mariachis.

—Después lo regala o lo vende o lo que sea, pero por favor recíballo porque o si no nos mete en un problema a todos.

Lorena rebolió la mano.

—Ayy, no sea cansón. Cómo voy a hacer algo que no quiero.

Apoyó los codos en la baranda del balcón y se concentró en los músicos sin pararle más bolas a Salsa, que se acomodó el teléfono y marcó. Contestaron de una.

—Patrón, qué pena con usted, pero la muchacha no quiere recibir el carro. Yo hice todo lo posible.

—¿Cómo así? —tronó la voz de don Efrem al otro lado—. Pásemela un momentico a ver.

Salsa le pidió a Lorena el favor de que bajara a hablar con el patrón. Dígale que me llame al teléfono de la casa, contestó ella. Salsa juntó las

manos como para rezar, Por favor, le dijo. Lorena levantó los hombros y entró a la casa. Al momentico salió a la puerta y Salsa le pasó el auricular.

—Mija, ¿cómo así que no me va a recibir el carro? —Don Efrem puso tono de papá bravo que quiere llevar las cosas por las buenas.

—Muchas gracias, pero ya le dije al empleado suyo que no quiero.

—¿Me va a hacer el desprecio?

—Yo no lo estoy despreciando. Sin regalos ni nada usted me cae bien porque tiene un aura muy bonita, así sea tan grosero y poco delicado para tratar a una mujer.

—¿Cómo así? —Se quedó callado un momento y luego empezó a hablar rápido—. Pues usted verá qué hace con ese carro porque es suyo y ahí se lo dejo. ¿Me hace el favor y me pasa a Salsa otra vez? —Cortó, áspero.

Lorena le entregó el teléfono a Salsa y entró a la casa. El patrón ordenó que le pagaran a los mariachis y se fueran.

—¿Y qué hacemos con el carro? —preguntó Salsa.

—Déjelo ahí que ella verá qué hace con él.

Lorena salió al balcón, les sonrió a los músicos, que le respondieron con un aplauso, se despidió amable de los muchachos y volvió a entrar.

—Qué güeva esa vieja —dijo Hermosura.

Salsa abrió el carriel, sacó un montón de fajos de billetes y se lo pasó al jefe de los mariachis que se quedó mirando con la respiración detenida. La Chinga y Hermosura se montaron en la moto, Salsa fue hasta un campero *michubichi* negro y arrancaron.

Los músicos se arremolinaron alrededor del jefe que empezó a repartir billetes a diestra y siniestra. Recibían los fajos emocionados, encartados sin saber dónde meterlos porque los pantalones no tenían bolsillos. Se montaron en una busetica con el letrero Tequila & Guaro Show, y arrancaron a toda velocidad con un chirrido de llantas y un Jui jui jui juiiiiiiiiiiii juaaaaaa.

Cuadraron la buseta al lado del bar El Pueblo, entraron al negocio haciendo algarabía, descargaron los sombreros gigantes, los guitarrones y las trompetas en una mesa y pidieron una garrafa de aguardiente. Brindaron, pidieron músicaailable y mandaron por chuzos de carne a la chaza de afuera y por empanadas al negocio de la esquina. No esperaban que se acabara la

comida y el trago para pedir más y le daban propinas grandes al mesero con cada servicio. Cuando estaban ya copetones pasó por la acera un negro fornido raspando una guacharaca delante de un moreno con palmeras en la camisa que tocaba el acordeón y un trigueño carifiludo que golpeaba la caja, *Debajo-debajo del higuierón, debajo del higuierón donde siempre me esperabas, allí me diste tu amor y yo a ti mi amor te daba*, mientras ofrecía con una sonrisa más grande que la cara los servicios del grupo a la gente de las mesas. Vengan, muchachos, gritaron los mariachis desde adentro del negocio y el negro de la guacharaca se paró en seco, Eche, viejo man, está como buena esta corronchera, y le hizo seña a sus compañeros para que entraran. ¿Tienen *Oye, bonita?*, dijo el jefe de los mariachis y le pasó un billete, Claro, viejo man, *Oye, bonita, cuando me estás mirando yo siento que mi vida cubre todo tu cuerpo, oye, bonita, me siento tan contento y en el instante pienso cómo será mañana*, Ay, home, gritó el jefe los mariachis, y uno de los violinistas, inspirado con la canción, se paró y fue hasta el teléfono de monedas del mostrador, Aló, mi amor, véngase pa'cá que estamos haciendo una parranda porque nos ganamos la lotería, y los demás mariachis siguieron al compañero y pasaron uno a uno por el teléfono llamando a las novias. Al rato empezaron a llegar las mujeres y se armó tremendo bailoteo de charros mexicanos amacizados con sus muchachas, arrastrando los pies suavemente, *Un grande nubarrón se alza en el cielo, ya se aproxima una fuerte tormenta, ya llega la mujer que yo más quiero, por la que me desespero y hasta pierdo la cabeza*, y las lentejuelas de los pantalones apretados y las mirellas de las chaquetas cortas brillaban con las luces del bar, *Y así como en invierno un aguacero, lloran mis ojos como las tinieblas, y así como crecen los arroyuelos se crece también la sangre en mis venas*, y bailaron hasta las doce de la noche, cuando el trompetista mayor vomitó encima de la mesa y salieron culebriando, abrazados a sus mujeres, y se montaron en la buseta de Tequila & Guaro Show, después de dejarles a los vallenatos dos fajos grandes de billetes. Eche, no joda, zipote propinón, dijo el negro de la guacharaca contando la plata.

Los vallenateros cruzaron el parque en diagonal y llegaron a El Cielo todos contentos. Descargaron el acordeón y la caja en una mesa y el negro de

la guacharaca levantó la mano gritándole al Gordo Ceballos, Eche, viejo Goddo, danos una botella de ron y pon la canción esa de *Yo adivino el palpadeo de la luce que a lo lejo*. El Gordo, que se notaba que los conocía, contestó amable, Ya voy, mijo, y al ratico les puso la canción. Más tarde el negro pidió *La milonga entre bacanes con sus locas sensaciones se te ha entrao muy adentro en el pobre corazón* y siguieron pidiendo más tangos y tomando ron hasta que el Gordo Ceballos apagó la música y gritó pa'todo el mundo, Bueno, me van cancelando porque ya es la una y tengo que cerrar. Todos pagamos y nos fuimos. Yovani y yo compramos media de aguardiente y nos fuimos para las bancas del parque a hablar de los zapatos de Chepe.

25

ABRIR CHUSPAS

Abrir una bolsa de plástico tiene su ciencia. Están todas filaditas, sin usarse todavía, como ropa recién planchada, en la parte de atrás de la caja, donde se para el empacador. Apenas la cajera empieza a registrar los productos y los deja caer por la rampita metálica uno los empieza a meter en las bolsas de acuerdo con la especie: los jabones y cosas de aseo en una, las carnes en otra, la leche y los yogures aparte, y así. Después hay que acercar un carrito y empezar a acomodarlas adentro, abajo lo más pesado y resistente: las papas, el arroz, la panela, y encima hay que ir poniendo los objetos de acuerdo con la delicadeza hasta llegar a los vasos de vidrio y los huevos, que son lo último. Ahí uno le pregunta al cliente adónde hay que llevarle el mercado, si al parqueadero o a la calle para que coja un taxi o hasta la casa si no vive muy lejos.

El primer problema que tuve en Paratodos fueron las bolsas. En el curso de inducción nos enseñaron que primero se saluda al cliente con amabilidad, que no hay que ser confianzudo pero tampoco indiferente, que hay que esperar la propina pero aparentando que no la estamos esperando y que hay que caminar atrás o al lado del comprador, nunca adelante. Yovani y yo fuimos contentos a ese curso, después de haber pasado por una entrevista en la que nos preguntaron hasta de qué color teníamos los calzoncillos y de la que yo salí nervioso, ¿Sí nos irán a llamar? ¿Sí habré contestado lo que querían que contestara?, y Yovani tranquilo, No te preocupés que fijo nos

llaman y si no alguna otra cosa hacemos. Y, preciso, al otro día nos citaron para la jornada de capacitación dictada por el jefe de cajas, que resultó ser Felipe, el Botija Botero, un man que vivió por mi casa cuando estábamos chiquitos y con el que yo me encontraba a cada rato en los buses, gordo, con la frente bañada en sudor a toda hora, que nos iba diciendo las reglas del trabajo como si estuviera leyendo el Evangelio, Es fundamental la buena presentación personal, nada de pelo largo ni de tatuajes y esas vulgaridades, hay que aprovechar al máximo la capacidad de las bolsas pero sin excederse, no deben usar doble bolsa sin necesidad, y mucha actitud positiva, muchachos, disposición y simpatía con el cliente, porque acuérdense que un trabajo bien hecho siempre es bien remunerado. Pero nunca nos dijo cómo putas abrir una bolsa de plástico nueva.

El primer día estaba yo contento y asustado detrás de la caja, con la camiseta blanca que decía Empacador, grande, en el pecho, viendo avanzar la fila de personas junto a sus carritos metálicos y atento a la cajera que con una mano tecleaba tan rápido que los dedos no se le veían y con la otra cogía los productos y los mandaba por el deslizadero donde yo los esperaba listico y decidido a empacarlos como nunca nadie en la vida había empacado un producto en ningún supermercado del mundo, soplando la boca de la bolsa para que se abriera mientras me llegaban un tarro de *ajax* grande, tres cuadros de jabón *rey*, cuatro pares de panela, seis kilos de arroz, cinco potes de mantequilla, pero la bolsa no se abrió y volví a soplar más fuerte sin que los bordes del plástico se despegaran y la cajera entreputada registrando y mandando por la rampita dos paquetes de salchichas rancheras, tres latas de melocotón, cinco kilos de carne, medio pollo congelado, un frasco grande de salsa de tomate y dos de mayonesa, y junté las manos con la bolsa en la mitad y rocé las palmas como si estuviera haciendo frío y nada que se abría, mientras seguían llegando tres cajas de *colgate*, dos desodorantes espray y uno de rolón, un frasco grande de *listerine*, un champú, un acondicionador y un tratamiento para cabello rizado y cogí otra bolsa y volví a soplar y a acariciar pero nada, una paca grande de papel higiénico, tres paquetes de servilletas, dos kilos de café, un frasco de aceite, cuatro gaseosas litro, una bandeja con uvas, y miré por encima del montón de cosas acumuladas al

señor que ya estaba pagando y a la cajera que le entregaba la devuelta y empezaba a registrar el siguiente mercado y que cuando vio la montaña me miró con cara de puño y ya me iba a decir algo pero el señor, un cuarentón recién bañado, de gafas gruesas, alto y peliblanco, me extendió la mano, calmado, y me pidió que le pasara una bolsa y le haló una puntica que salía en la parte donde el plástico empieza a coger forma de agarradera y la abrió de un solo tirón.

—Tenés que encontrarle la muesca —me dijo.

Entre los dos acabamos de empacar el mercado y luego se lo llevé hasta un *chevete* café, trajinadito, al final del parqueadero, y me dio muy buena propina. Esa fue la primera de las tres únicas cosas buenas que me pasaron en Paratodos.

Cuando volví a la caja el Botija Botero me regañó porque estaba afectando a todo el mundo con mi lentitud, que fuera cogiendo práctica rápido o no iba a servir para el trabajo, como si fuera mi papá y como si yo hubiera hecho algo horrible, con cara de gerente y no de man de mi barrio. Por la noche cuando caminábamos hacia la casa Yovani me dijo que nosotros no nos deberíamos dejar regañar del Botija porque él era empleado de Paratodos y a nosotros no nos había contratado el supermercado sino la Cooperativa de Trabajo La Esperanza, que era la empresa que Paratodos había hecho cargo de los empacadores para no tener que pagarnos. Pensé que tenía razón pero también pensé que no podíamos hacer nada porque así eran las cosas. Me llevé varias bolsas nuevas para la casa y por la noche me puse a practicar en la mesa del comedor, midiendo el tiempo y todo. En esas entró mi hermanita, Usted es que se está enloqueciendo o qué. Deje de ser metida zumbambica, que estoy trabajando. No pues qué trabajo tan duro. No hable de lo que no sabe que además yo al menos estoy haciendo algo, usted que ni pa' estudiar sirve porque vea que está perdiendo el año. Salió enojada y seguí con mi práctica hasta que le cogí el tiro a las bolsas. A los tres días ya sabía todo lo que tenía que saber y que no nos enseñaron en la jornada de inducción. Por ejemplo, a reconocer a los clientes y saber cuál era chichipato y cuál era buena papa y con cuál podía recibir una cachetada y qué tipo de cachetada. Porque había varios tipos de cachetada, que era como le decíamos

a las distintas maneras que tenían los clientes de manejarse mal con la propina. También aprendí a sobrellevarlas mejor que Yovani, que no aguantó ni una semana.

La cachetada tipo A, la más común, era cuando el cliente te decía que le empacaras todo en dos bolsas nomás, para él llevarlas solo y no utilizar tus servicios. En la tipo B la persona ni te determinaba, dizque distraída mirando el tiquete de pago y se iba con sus paquetes sin decirte Tenga al menos esta moneda. La tipo C era cuando, después de que le transportabas el mercado y se lo dejabas en el carro o en la casa, te salía con que no tenía plata, que te quedaba debiendo la propina o, peor todavía, te soltaba, muy orondo y campante, una moneda de diez pesos, con orgullo o con desprecio, que era la misma cosa. Esa fue la que le pasó a Yovani.

Al sexto día de trabajo le tocó atender a una señora de pelo morado, alta y tiesa, con anillos en todos los dedos, que le dijo Muchacho, me hace el favor y me acerca el mercado hasta mi casa que tengo el carro en el taller. Sí, con mucho gusto, señora, dígame adónde. A Santa Gabriela, le dijo la señora y le pasó un papelito con la dirección, Yo primero voy a hacer una diligencia y allá lo espero. Salieron juntos y en la esquina la señora cogió un taxi. Yovani siguió empujando el carro repleto, con el sol de las doce del día chamuscándole la cabeza, subiendo y bajando lomas por las calles solitarias de esos barrios firififí, hasta que a la media hora, después de coronar una subida en la que casi se le devuelve el carrito, llegó a la dirección, bañado en sudor y respirando como si hubiera jugado un partido de cuatro horas.

La señora lo recibió fresquita y sonriente, estiró el dedo indicándole dónde descargar, Con mucho cuidado, le dijo. Cuando Yovani terminó se despidió esperando la propina sin que se notara mucho, como nos habían enseñado, y la señora le salió con un vaso de *frutiño*, Muchas gracias, muchacho, tenga su merecida recompensa. Muerto de sed, se quedó mirando la mano flaca y venosa que sostenía el vaso de *frutiño* y la cara estirada con una sonrisa pegada como una calcomanía, y volvió a mirar el líquido fresquito que le decía Tomame, home, tomame ya, pero no agarró el vaso sino que miró a la señora desde arriba como ella lo había estado mirando todo el tiempo y le fue diciendo lo primero que nos advirtieron que no debíamos

decirle nunca a un cliente.

—¿Y esto es la propina?

La señora no creyó que el empacador la pudiera estar mirando de esa forma ni que le hubiera dicho lo que le había dicho.

—¿Qué? —dijo ofendida.

—Que si eso es la propina. —Yovani exageró el fastidio con que miraba el vaso y levantó la mano frotándose la punta del dedo gordo con la del índice.

—¿Cómo así? —La señora se fue sulfurando a medida que hablaba—. Usted no va a venir a mi casa a exigirme que le dé plata. Descarado.

—Descarada usted. —Yovani le dio la espalda y empezó a salir.

La señora lo siguió hasta la puerta, cada vez más brava.

—¡Por eso es que no se les puede dar confianza a estos pobretones altaneros!

Yovani tiró la puerta con un golpe que hizo temblar los cuadros de la pared y la señora empezó a gritar como si la estuvieran atracando.

—¡Bandido, degenerado! ¡Voy a llamar a la policía!

En la esquina Yovani le pegó tremendo patadón a un poste que casi le fractura el dedo grande del pie pero que solo le vino a doler por la tarde cuando se le pasó la calentura. Se devolvió por donde había llegado, metiendo el carrito en cuanto hueco veía y estoy seguro de que llorando de ira, pero eso no me lo contó. En la cima de una de las lomas lo tiró a rodar y lo vio estrellarse contra un muro y quedar patas arriba con las llantas descabaladas y las varillas torcidas.

Cuando llegó a Paratodos lo estaban esperando el Botija Botero y el coordinador de empacadores, enojadísimos porque la señora había llamado a la gerencia a poner la queja. El Botija le echó un cantaletazo y el coordinador, escandalizado con el carrito roto, le advirtió que lo iba a tener que pagar. Yovani no les contestó nada sino que se quitó la camiseta de empacador, se la tiró en la cara al coordinador y cruzó el supermercado inflando el flacuchento pecho sudoroso en medio de los clientes que lo miraban como a un loco, avanzando entre los estantes limpios y ordenados, hasta llegar a los casilleros donde sacó su mochila y se devolvió poniéndose una *polo* chiviada. Volvió a

cruzar el supermercado sin mirar a nadie y salió por la puerta principal para no volver nunca más. Todos nos quedamos congelados pero nadie dijo nada, a no ser algunos compañeros que empezaron a murmurar que cómo se ponía en esas, que nos iba a dañar el trabajito a todos. El Botija Botero nos gritó que dejáramos de chismosiar y nos pusiéramos a trabajar. Yo me quedé maluco. Me sentí mal por no haberme ido con él o por lo menos haberlo defendido. De todas maneras, si no me hubiera quedado unos días más no habría conocido a Lorena.

Al otro día llegó a la caja un morenito enclenque con cicatrices de barro en la cara. Tenía unos *carré* que le quedaba grandes, tenis colegiales *croydon* sucios y una camiseta china de esas que a la semana están llenas de roticos. Empecé a embutirle la compra en dos bolsas, para no tener que llevarle el mercado. Apenas me vio en esas el tipo me dijo con una voz gruesa que por favor no le apeñuscara las cosas, que se las pusiera en varias bolsas y que si le hacía el favor y se las llevaba hasta el carro. En el trayecto me preguntó mi nombre y cosas mías, todo querido, interesado de verdad, y me contó que era científico y trabajaba para una empresa de la *usa*. Cuando llegamos a tremendo montero *Michubichi* yo no lo podía creer. Acomodé el mercado en la maleta imaginándome cómo me vería yo montado en esa nave, sacando el codo por la ventanilla, y cuando terminé el hombre me puso en la mano dos billetes de dos mil. Lo miré pensando que se había equivocado, Guárdelos, me dijo, este trabajo de ustedes es muy duro, yo fui empacador en mis épocas de la universidad. Esa fue la segunda cosa buena que me pasó en la época de Paratodos.

A mitad de la segunda semana estaba tranquilo empacando unos frascos de mermelada de piña y una docena de chocorramos cuando me da por levantar la cabeza y lo primero que veo en la fila es a una recontramamacita que casi no me deja volver a concentrar. Al principio no la reconocí bien porque iba de tercera en la fila y no se alcanzaba a ver del todo, pero me pareció familiar. Cuando la cola avanzó vi patenticos los brazos delgados y el pelo negro, recién planchado, y la cara con ese lunar que me desbarataba y los ojos cafés melaza que me demoralizaban. Era Andrea. Pero la emoción no me dio alegría sino vergüenza y bajé la cabeza para que no me reconociera.

Sin necesidad, porque ella solo tenía ojos para el man que tenía cogido de la mano. Envolví en periódico cuatro vasos de vidrio y mientras los acomodaba en una cajita de cartón volví a mirar de reojo y me acabé de sorprender cuando vi que el man que le acababa de dar un beso y le pegaba una palmadita en la nalga era la Monja. El señor al que yo le estaba empacando pagó y empecé a empujar el carrito buscando la salida pero soy tan de malas que la Monja me alcanzó a ver viéndolo y no pude no saludarlo.

—Qué más, Monja. —Levanté la mano.

—Quiubo, Manolo, no sabía que estabas camellando por aquí.

Contesté de afán, yéndome.

—Sí, por el momento. —Andrea miró a ver a quién le hablaba la Monja y entonces hablé más duro, con la cabeza levantada, sin mirarla—. ¿Y qué hubo de aquello que le comenté?

—Todavía nada, mijo. Si resulta algo le digo. —Andrea sacó unas cervezas y unas bandejas de quesos y las puso sobre la mesada de la caja.

—Listo, cualquier cosa me avisa. —Bolié una mano y con la otra me fui empujando el carrito, detrás del cliente.

Quedé aburrido. Y me acabé de aburrir cuando por la noche nos dijeron que la Cooperativa había puesto la condición de que al final del turno teníamos que entregar todas las propinas en una taquilla para que nos las devolvieran juntas cada quince días, con factura, como si fuera el salario, porque el gobierno había obligado a Paratodos a legalizar los sueldos después de una demanda del sindicato. Si con lo que recogía a diario me mantenía justo, no me imaginaba cómo sería esperar hasta la quincena. Pensé en renunciar ahí mismo pero al rato pensé que tenía que quedarme otro tiempo porque qué más hacía. La mayoría de compañeros pensaba como yo, pero unos poquitos no se conformaron y fueron a hablar con el coordinador de empacadores para decirle que en todo ese enredo que habían hecho dizque para ayudarnos los únicos que salíamos perdiendo éramos nosotros. El coordinador les contestó con la frase de batalla del Botija Botero, Agradezcan que madrugaron a trabajar y no a conseguir trabajo.

Ese fue un día malo. La única propina me la dieron unos pelaos de mi misma edad. Eran tres parejas, los manes con bluyines *sergiovalente* y *babú*,

y camisetas *lacós* y *polo* estilo culodepato, y las peladas con *rdjs* originales y *ribuks* rosados y amarillos. Se veía que iban pa'un paseo en plena mitad de semana porque compraron mortadela, pan tajado, aceitunas, que siempre me parecieron muy caras para ser tan malucas, dos botellas de güisqui, una docena de latas de cerveza, jamón y quesos finos de los que no son quesito.

—Llave, ¿nos va a llevar esto al carro? —me dijo un monito ojiazul que se veía que era menor que yo.

Empujé el carrito por el parqueadero mientras los manes se reían y les daban besitos a esas chimbas con la piel blanquita de no haber chupado sol sino cuando habían querido. Descargué las bolsas en la maleta de una *cheroki* plateada y el monito zarco me estiró un billete de cien sin mirarme, mientras les decía a los otros que se apuraran que los iba a coger la noche. No es que me hayan dicho nada maluco, pero algo me pasó por dentro. Volví a la caja y seguí empacando callado toda la tarde. Se acabó el turno, fui a consignar las propinas a la taquilla, esperé el recibo y cuando ya salía para la casa oí el grito del Botija Botero.

—¡Mejía!

Me asustó porque iba concentrado en mis cosas. Botero señaló el piso, al lado de una caja.

—Hoy se tienen que quedar porque vienen los ingleses y tenemos que tener esto muy bonito.

Sí, bueno, le iba a decir, pero se me cruzó la cara de Yovani en la cabeza. Me quedé mirando dos gotas de sudor que le bajaban a Botija por la frente.

—¿Qué me mira? ¿Se va a quedar ahí parado o qué?

Le di la espalda y salí por el pasillo, entre las cajas y los carritos filados, y mientras caminaba se me fueron formando unas palabras en la pensadera, Para vivir embalado de plata trabajando como un burro, mejor vivo embalado sin trabajar y me queda tiempo. Seguí derecho y pasé al lado del portero sin despedirme de nadie.

26

BUDA

Bien verraco que se levantó don Efrem al otro día del desplante del *mercedes* y para acabar de ajustar lo primero que oyó cuando puso la radio fue que habían encontrado dentro de la maleta de un carro abandonado en el alto del Vergel al Osito Gutiérrez y a Gerardo Ampuria, el puntero derecho y el defensa central del Atlético Villalinda, con las lenguas sacadas por la garganta, colgadas como corbatas en el pecho, con un letrero que decía EN RECUERDO DE CAROLINA VALLEJO. El patrón tiró el pocillo del café contra la pared.

—¡Catrehijueputa!

Empezó a dar vueltas alrededor del comedor con sus pasos corticos, dándose puños en la mano abierta.

—¡Salsa!, ¡buscame al Irlandés!

—Ya mismo patrón —la voz de Salsa le llegó desde el otro lado de la pared.

Salsa se había quedado en la pieza vecina que era lo que había que hacer cuando él amanecía bejuco. Al momentico asomó medio cuerpo por la puerta, tapando la bocina del teléfono con la mano.

—Patrón, es el doctor Valencia.

Don Efrem se paró en mitad del salón y estiró la mano con fastidio. Salsa le dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a salir.

—Qué hubo —dijo seco, con la bocina en la oreja.

—¿Ya supo la noticia?, ahora no se vaya a desbocar —contestó la voz del doctor al otro lado.

—¿Usted qué cree? Ya mismo le voy a acabar edificio por edificio a punta de bombas a ese malparido.

—Por eso lo estoy llamando... ahora no conviene hacer escándalos... Aquí ya hay jueces que lo tienen a usted en la mira por la matanza del juez Arteaga...

—Yo sé muy bien qué es lo que conviene, doctor, ¿y sabe qué es?, que el hijueputa de Moncada pague el triple por cada daño que me hace.

—Disculpe que le insista, don Efrem, pero ahora hay que ser más estratégicos... golpes discretos y efectivos... ir a las finanzas, minarle la fuente de entradas. Con eso lo acaba sin tener que hacer bulla.

—Es que eso también lo voy a hacer, tranquilo que yo sé cómo hago mis cosas.

—¿Ha pensado en el contador Pereira?

—Pues claro, ¿usted cree que yo nací ayer o qué?

—Ahí lo veo bien. Ese sabe dónde está toda la plata. A mí también me conviene porque el tipo tiene unas propiedades que me interesan.

—Pero de todas maneras las bombas las pongo.

—Piénselo bien. No nos conviene poner a la prensa a mirar para acá.

Don Efrem se empezó a impacientar y cortó, irritado.

—Chao, doctor, lo dejo porque tengo que ponerme a trabajar.

Descargó la bocina y le gritó a la pared.

—¡Salsa! ¿Ya me ubicaste al Irlandés?

El Irlandés era un tipo que Salsa había conocido cuando estuvo encanado en la *usa*. Decían que era el que fabricaba las mejores bombas del mundo, las que mejor explotaban y más daños hacían. El patrón lo había mandado a traer cuando la guerra contra Moncada se empezó a poner brava para tenerlo ahí por si cualquier cosa, y le había llegado el momento. De entrada mandó a fabricar de urgencia dos artefactos bien potentes para ponerlos en las sedes principales de Creaciones Mimí, la cadena de almacenes de la esposa de Moncada y el negocio más querido por la familia, donde vendían sobre todo ropa y cosas pinchadas, traídas del otro lado. Después de despachar al

Irlandés mandó a llamar a la Chinga y Hermosura y les encargó hacerle la inteligencia al contador Pereira.

A los dos días explotaron casi a la vez las dos bombas en lugares distintos de la ciudad. La más poderosa acabó con la sede principal de Creaciones Mimí, en la esquina de la avenida El Progreso con la carrera Veintiuno. Aunque no hubo muertos, porque la pusieron a media noche, volaron cabezas y brazos y troncos de maniqués chamuscados tres cuadras a la redonda. La otra fue en la sucursal de la plaza Dorrego, de la que no quedó un solo muro en pie, y ahí sí murieron cuatro rumberos trasnochadores que pasaban en el momento de la detonación. Una cagada, pero qué se le va a hacer, dijo don Efrem cuando Salsa le contó lo de las víctimas. Averígüese los datos de los finados y démele una casita a cada familia. Los bombazos se volvieron tremenda noticia y el centro de Villalinda se llenó de cámaras y periodistas emocionados.

Don Efrem estaba al lado del Irlandés, todo entusiasmado, viendo la noticia en el televisor *charp* de treinta pulgadas de la sala, cuando lo volvió a llamar el doctor Valencia.

—¿Tiene sintonizado el noticiero? Lo que le dije, se está empezando a exponer a nivel nacional.

Don Efrem no le contestó al doctor Valencia sino que voltió hacia el Irlandés.

—Una belleza de trabajo, mijo, felicitaciones.

El doctor Valencia insistió.

—¿Se da cuenta de lo que le estoy diciendo? Si ponen el ojo en Villalinda tarde o temprano le van a caer a usted.

—A nosotros, querrá decir. A usted no le preocupa sino usted mismo. Pero estese tranquilo, doctor, que si empiezan a hablar de mí cuadramos a los periodistas que esos son los que más baratos salen.

En ese momento apareció en la pantalla la esposa de Moncada, con su cara de señora firififí y una elegancia entristecida. Don Efrem le dijo al doctor Valencia que lo esperara para ver la noticia. Estamos aquí con la señora Lucrecia Chavarriaga de Moncada, reconocida empresaria y líder social, cuyo negocio ha sido objeto del atentado, le decía a la cámara un

periodista tieso, con la ropa bien planchadita y el desastre al fondo, ¿A quién le atribuye este acto terrorista? Preguntó y casi le embute el micrófono en la boca a la señora. Doña Lucrecia se veía incómoda, sin querer estar ahí, como que la habían cogido de quieto con la cámara y no se había podido zafar. Pero habló con esa voz derecha y segura que ponen las personas estudiadas, así estén mal.

—Yo en este momento no sé nada, solo le pido encarecidamente a las autoridades que tomen medidas drásticas para detener a esos criminales terroristas que quieren acabar con la obra y la vida de las gentes de bien que trabajamos por construir un país mejor.

Cuando terminó se le notaban el dolor y el miedo patéticos en la cara. Don Efrem se frotó las manos viéndola llorosa y despelucada en medio de las ruinas. Volvió al teléfono.

—Quien los ve como hablan de bonito y si supieran que son más malos que yo.

—Es lo que le digo, esa es la ventaja que tienen, saben manejar su imagen —le contestó el doctor Valencia.

—Para nada les va a servir.

—No menosprecie eso. Vea, don Efrem, a usted es al primero que van a acusar de esas bombas y súmele el antecedente del juez. Quiéralo o no, usted ya es una figura pública. Necesitamos que cuando lo mencionen salga y diga que lo quieren difamar como parte de una estrategia de persecución política por su cercanía con el pueblo.

—Yo no me voy a poner en esas. Yo no soy hipócrita como ellos.

—Pero toca. Esto hay que manejarlo con ciertas formas de presentar las cosas, si no tarde o temprano se lo comen los que sí saben manejar el poder.

—Como usted.

—Conmigo es distinto. Pero el tema es que necesitamos que usted responda cuando le toque y se presente como un hombre bien intencionado, decente..., culto.

—¡Cuál culto ni qué hijueputas! Vea usted todo lo que ha estudiado ¿y no depende de mí, pues?

—Se lo digo de verdad y como un consejo.

Don Efrem soltó una carcajada burlona y cambió el tema.

—No me joda ahora que estoy muy contento. Lo que voy a hacer es una fiesta ni la hijueputa pa'celebrar este triunfo y pa'que la gente sepa que yo no tengo nada que esconder. Véngase y le mando a traer las brasileñitas que a usted le gustan.

—No puedo. Hoy tengo sesión del Congreso. Pero páreme bolas que lo que le estoy hablando es en serio.

—Bueno, si se anima avisa. Adiós pues.

Apenas colgó hizo llamar al *disyoqui* Carlos Arango y le dio la orden de organizar una fiesta para esa misma tarde con una orquesta bien verraca, y que le hiciera llegar una volquetada de las nenas más chimbas que hubiera en Villalinda y sus alrededores. Luego le dijo a Salsa que invitara harta gente, pero que montara un operativo de seguridad a la entrada.

A las seis de la tarde ya estaban Rodolfo Aicardi y Los Hispanos en la tarima de la discoteca guapachando con las guitarras y los tambores y el saxofón frente a más de doscientas personas tirando paso a lo desgaleado, *Dundundun dundundun, esos dos ojitos lindos y hechiceros, mira se parecen dos luceros, mira se parecen dos luceros, esos dos ojitos hechiceros*, y monas y morenas y pelirrojas y negras, zarcas y ojioscuras, saporritas y langarutas bamboliando la nalguimenta, *dundundun dundundun, cuando me miran siento de verdad, tus ojos hechiceros dan felicidad, en la luz de tus ojos lágrimas caerán, linda rosa que florecerá*, de aquí para allá en bikinis o en bola, invitadas y contratadas, caminando entre pailas repletas de perico y canastas de baretos y botellas de todos los tragos en todas las mesas para que no le faltara nada a nadie nunca mientras durara la fiesta de don Efrem Jaramillo Montoya, que sentado en su silla de cuero se bogaba vasados de *chivas reigal* con una sonrisa de oreja a oreja, ¡Eso, hijueputa!, orgulloso de la felicidad que le estaba inventando a toda esa gente que lo acompañaba en la contentura de la venganza, en la alegría por el sufrimiento del enemigo, ¡Hijueputa! Y a las diez de la noche cuando casi todo el mundo estaba empelota y un combo de manes y peladas se habían ido para la pieza de las sillas de posiciones raras que no eran para torturar gente, y se oían gritos y bufidos como si de verdad los estuvieran torturando lo más de rico, el

ambiente de potros y yeguas alebrestadas alebrestó al propio patrón, que señaló una mona de pelo liso, Aquella del lunar en el cachete, y se metió a la pieza con ella y al rato salió y señaló, Aquella morena alta del tatuaje en el hombro y le llevaron la morena y, más tarde, Esa pelirroja bastantona de las tangas rosadas, y entraba y volvía a salir con una y con otra pero en la cara se le veía que nada lo llenaba, con un hambre para la que no había comida y a lo último se metió con las más hermosas de toda la discoteca, de toda la tarde, de todo el mundo, una negra de dos metros que parecía de mentiras de lo buena, una pelinegra de ojos verdes, blanquísima, como si se fuera a quebrar de lo delicada, y una paturrita alborotada y entrona que se comía a los hombres con los ojos y cuando estaban en pleno tejemaneje del merequetengue y el maniculiteteo se quedó paralizado de un momento a otro mirando la pared, y las peladas confundidas, Qué le pasó, papi. Nada, pero se me van ya, les dijo, apoyó la cabeza entre la piernas y al rato la levantó con cara de cólico.

—¡Salsa!

Salsa trajo el teléfono y el patrón marcó el número de Lorena. Cuando ella contestó se puso pálido y le dijo que la había estado pensando y que la llamaba porque quería hacerle una invitación muy especial, Con todo respeto, es que estoy haciendo una fiestecita con Rodolfo Aicardi y Los Hispanos y unos amigos, pero esto acá está muy insípido y me gustaría mucho que usted estuviera, si quiere ya mismo mando a recogerla, y Lorena le dijo que si quería verla por qué no la invitaba a salir o iba a hacerle la visita como hacían los caballeros y él brincó en la cama, Listo, de una, si quiere le caigo en cinco minutos, y ella contestó, Pues bueno. Salió a la pista mirando con fastidio para todos lados y gritó que pararan la música, *Tus besos son todo en mi vida, tus besos son mi mundo entero, tus besos son, son como caramelo, me hacen llegar al cielo me hacen hablar con Dios*, ¡Se me va ya todo el mundo pa'la casa que se acabó esta sinvergüencería!, gritó a todo pulmón, y los doscientos invitados empezaron a salir semiempelota, confundidos, cabizbajos, bajados a piedra del copo más alto del palo más alto de la emoción. Don Efrem salió de la discoteca con sus pasos chiquitos y pesados, mirando al frente, delante de Salsa y los veinte macancanes recontrarmados que formaban su escolta

personal y se montaron en cuatro camionetas y dos motos rumbo a la casa de Lorena.

Cuando ella salió al balcón y vio una tracamanada de manes malucos con ametralladoras en las manos y pistolas al cinto, hizo un gesto de aburrición. Don Efrem se separó de los macancanes y le gritó.

—Tranquila, bizcocho, que vengo yo solo. Los muchachos me esperan aquí afuera.

Lorena entró, fue a la puerta que daba a las escaleras y jaló la cuerda que bajaba pegada al pasamanos y terminaba amarrada con un nudo en la manija de la chapa. Don Efrem empujó la puerta y subió sonriente. Los cinco guardaespaldas del primer anillo de seguridad se quedaron recostados en el *mercedes* blanco, del que salían retazos de celofán desgarrados por el viento enroscándose en el aire y golpeándose contra ellos mismos con chasquidos de zurriago. Lorena vio subir a don Efrem tambaleante y con la respiración alcanzada.

—¿Usted siempre va pa'toda parte con ese mundo de gente? Qué pereza.

Él paró en mitad de la escalera, apoyó un pie en el peldaño siguiente y aprovechó para respirar.

—Me toca, bizcocho, es que la cosa está muy dura. —Tomó aire para seguir—. Pero tranquila que ellos no se meten en nada, es como si no existieran.

Lorena levantó los hombros. Don Efrem llegó a su lado, esperó un momentico a que se le normalizara la respiración y la saludó con un piquito en la mejilla, el primer piquito que le daba en la vida. Ella se paró en mitad de la sala y le señaló el sofá. Él fue a sentarse mirando hacia el balcón.

—¿Y usted va a dejar pudrir esa bellecita de carro ahí afuera, pues?

—Qué más voy a hacer. Usted se lo debería llevar para que no estorbe más.

—Perdóneme —el patrón tenía la sonrisa ladeada del buen ánimo—, pero ese carro se va a quedar ahí toda la vida hasta que usted le dé uso, como prueba de su desprecio.

A Lorena le hizo gracia la manera como lo dijo y soltó una risa bonita, de verdad.

—Usted sí es muy charro con las cosas que sale. —Fue al bufé de la pared del fondo, se agachó y abrió la puerta de madera—. ¿Qué quiere tomar? Tengo un Rioja blanco y un coñac muy bueno que me trajeron de España.

Don Efrem sacó una botella de *chivas* que traía en la chaqueta.

—Estoy tomando güisquicito. Si quiere tráigase dos vasitos con hielo y se toma uno conmigo.

Lorena preparó los vasos moviéndose entre la nevera y la cocina mientras don Efrem miraba para todos lados detallando la casa, la pared pintada con círculos de colores, las porcelanas raras en mesitas y repisas, el altar con flores, la vasijas finas brotando el humito del incienso que se esparcía en el ambiente, la mesita de centro con una estatua de buda y un cenicero de madera. Todo bonito y bien puesto como para verlo y no tocarlo mucho.

—Tiene muy bien tenidita la casa. Mucha maricaíta bonita. ¿De dónde las ha sacado?

Lorena volvió con los dos vasos y los puso sobre la mesita.

—He ido trayendo de los viajes y otras me las han regalado.

Don Efrem levantó los hombros y sirvió los güisquis. Lorena se sentó en el sofá, a la distancia de una persona que hubiera entre los dos.

—Hágase más cerquita que yo no muerdo —dijo todo coqueto.

—Yo sé que no muerde, pero me quiero sentar aquí.

—Mentiras, bizcocho, que estoy charlando. No me pare bolas. ¿En qué íbamos?

—En los viajes.

Pero no hablaron de los viajes sino que Lorena le preguntó por las cosas que le gustaban en la vida que no fueran la plata y después ella le dijo las suyas y por ahí se fueron encontrando: el café cargado en ayunas, la luz de por la tarde en la mangas de Villalinda, el mango biche con sal, los vallenatos viejos, los juguetes de cuerda, los chistes malos bien contados, y contaron algunos y se rieron mientras entraba un vientecito fresco por la puerta del balcón, y don Efrem, entusiasmado, empezó a tomar vasados cada vez más grandes de güisqui y cuando se terminó la botella Lorena apenas iba por la mitad del primer vaso que iba sorbiendo a traguitos elegantes, y los ojos de

don Efrem se pusieron más chiquitos y más rojos y la mirada más fija, concentrada en el cuerpo de Lorena y entonces la brisita liviana del balcón se convirtió en un viento que hacía ruido en la cortina, hasta que de un momento a otro mandó la mano y le cogió el muslo con fuerza, como agarrando una presa. Lorena se la quitó de una palmada más fuerte que la de la fiesta de Salsa.

—No sea cismática, bizcocho, que no le voy a hacer nada —dijo con la lengua enredada bregando a poner una cara tranquila.

—No es cismatiquería. Es que no quiero.

Como si no hubiera oído o como si hubiera oído todo lo contrario, don Efrem, en vez de alejarse se le arrimó más y le habló estirando la trompa.

—Usted cuándo es que se va a dejar dar un besito, pues.

Ella se corrió casi para caerse del sofá, pero siguió tranquila.

—No me nace. —Lo dijo sin grosería, como si le estuviera explicando algo.

Él siguió arrimándose, convencido de que para que le naciera solo hacía falta insistirle. Ella se paró del sofá.

—Yo no estoy buscando hombre, y si lo estuviera buscando no sería usted en este momento.

Don Efrem se apartó un poco y levantó la cara.

—¿Y entonces por qué me invita a su casa? —dijo, braverito.

Lorena lo miró como si fuera un muchachito y contestó amable.

—Porque siento que tiene una energía muy especial y pienso que podemos ser amigos...

Don Efrem no la dejó seguir.

—¿Y por qué no podría ser yo?

—No sé, uno eso no lo sabe bien. —Lorena contestó mirando los círculos de la pared, como si de allá le llegara el pensamiento—. Pero de todas maneras yo creo que a usted sí le hace falta un poco de delicadeza, Efrem, de respeto, no sé..., de cultura. ¿Nadie se lo ha dicho?

Don Efrem se paró. Fue frente a ella y levantó la cabeza para poder mirarla a los ojos, con esa manera que tienen los bajitos arrechos de mirar desde arriba aunque estén mirando desde abajo.

—La gente culta trabaja pa'mí. Yo pa'qué hijueputas cultura.

—No sé... para vivir... para tener una vida rica. —Volvió mirar los círculos un ratico—. Y hasta para acercarse a una mujer como yo, si es lo que quiere.

No lo dijo pensando en ella ni por insinuarle nada, lo dijo solo para hacerlo caer en cuenta de algo que creía que a él le serviría, como conversando con un amigo. Pero don Efrem pensó que le estaba diciendo que él llenaba todos los requisitos y que lo único que le faltaba para tenerla era eso que ella decía, o sea una bobada. Creyó que le estaba dando casquillo. Se le volvió a ir encima con una sonrisa maliciosa.

—Venga pa'cá, mi amor, yo le muestro lo que es la cultura.

Lorena trató de separarlo con delicadeza mientras él bregaba a apercollarla estirando los labios. ¡No, Efrem!, dijo duro y firme, pero el patrón ya había cogido pista por el camino de lo que le habían dicho toda la vida que debía hacer un hombre en esos momentos, convencido de que cuando una mujer le decía que no, era porque le daba vergüenza decir que sí. Ya, Efrem, es en serio, repitió ella más incómoda que asustada, pero las palabras resbalaron en un amasijo pegajoso de ganas ciegas que empujaban, apretaban, manoseaban y que la tumbaron en el sofá y le embadurnaron la nuca de babosos besos guerrilleros y le sofocaron el pecho con caricias de papel de lija y entre envión y envión de la bestia en celo ella alcanzó a estirar su mano larga, tantear en la mesita, agarrar por el cuello el buda de bronce y descargarlo con toda la fuerza en la crisma del patrón que se desmadejó un momento y luego se paró turuleto mientras Lorena brincaba del sofá y lo veía trastabillar con un chorrillo de sangre brotando de la coronilla, una fuentecita roja que se abría en el aire y caía salpicando el pelo, los hombros y el piso y cuando él se tocó la cabeza y se miró la mano ensangrentada voltió hacia Lorena con los ojos endemoniados que aterraban a todo el mundo y agarró la pistola dentro de la pretina. Pero cuando cogió la cacha y levantó la mirada enfurecida la encontró a ella en mitad de la sala, desprotegida y frágil, tranquila y firme, mirándolo desde por allá adentro, y la imaginó tirada en el suelo con un balazo en la frente y se le desinfló la furia y sintió un chuzón frío en la mitad del pecho y las ganas de acabar con ella se chocaron con el

vacío y la tristeza de que ya no estuviera viva en este mundo así fuera para hacerle dar ganas de matarla. Soltó la pistola y quiso arrodillarse y pedirle perdón, pero cayó en cuenta de lo que estaba pensando y se puso duro y la miró a los ojos inventándose un desprecio. Ella, muda de la ira, le señaló la puerta de salida. Don Efrem pasó por su lado con la cabeza levantada y el chorrillo de ballena herida alcanzó a salpicarle el vestido. Siguió pisando duro y cerró la puerta de un golpe. Cuando apareció en la acera, Salsa y los guardaespaldas corrieron asustados a encontrarlo pero no los dejó hablar, Vámonos pa'la casa que entré a mear y me resbalé en ese hijueputa baño.

LA CASA DE LORENA

La tercera cosa buena que pasó en Paratodos, la más importante y la única por la que valió la pena haber trabajado allá fue haber conocido a Lorena. Al principio creí que yo le había gustado porque me saludó muy formal. Hasta ese tiempo yo creía que si una mujer era querida con uno era porque le quería pedir un favor o porque uno le gustaba. Por eso fue que me desubiqué al principio.

Le acababa de entregar las bolsas a un cliente tipo cachetada A y miré a ver quién seguía para decidir cómo empacarle, cuando la vi. Fue un relumbrón, como cuando uno se para en la puerta de la casa y mueve un espejito con el rebote del sol y se lo pone en la cara al que haya por ahí. El parche de luz le daba solo a ella, que se veía neblinosa. Voltié hacia la puerta del almacén pero no había espejos por ninguna parte. Ella descargó las cosas y se quedó viendo admirada la velocidad de la cajera que iba registrando y pasándome empaques de avena, bolsas con frutas y verduras, sobres de ajonjolí y semillas de girasol y linaza y cebada y tarros de yogures, cajas de cereales. Pura comida sana, maluca. Yo hacía esfuerzos para concentrarme pero no podía dejar de levantar la mirada cada tanto. Tenía un vestido largo y ancho de tela vaporosa, fondo verde claro con estampados de florecitas, que ni marca tenía de lo fino que se veía que era. Organicé el mercado como si fuera para una exposición, no tanto por la propina sino para que se viera bonito cuando yo acompañara a tremendo bizcocho, así fuera durante el

ratico que nos demoráramos en llegar hasta el carro que debía de tener en el parqueadero. Al verme parado al lado del carrito, con el mercado organizado, mirándola, me sonrió cariñosa, como si me conociera y le cayera muy bien. Como si le gustara. Yo me decía que eso no podía ser pero a la vez pensaba que a lo mejor sí porque a muchos manes les había pasado y hasta había canciones, *Esta historia se escribe sin principio ni final, ella estando en sus buenas y yo siempre estando mal, pero el amor se viste de lino y de franela y cada día que pasa yo me enamoro de ella, me enamoro de ella, de sus ojos claros, de su risa bella*, y me imaginaba que había reconocido en mí una cosa rara que nadie más podía ver y que llevaba buscando toda la vida y entonces nos íbamos a recorrer el mundo en su carro, lejos de todos, yo con el codo apoyado en la ventanilla, sacando la cabeza de vez en cuando para recibir el vientecito y voltiándome cada tanto para darle besos que la hacían sonreír de amor pero sin descuidar la cabrilla.

—¿Me podrías acompañar hasta el taxi, por favor? —Y ya iba dos pasos delante de mí.

Corrí empujando el carrito, la alcancé y salimos al sol asesino de la calle, por el que ni me inmuté. Me preguntó el nombre y me estiró la mano, Lorena, mucho gusto, y rocé su piel suavcita con mi mano de sobar bolsas. Paré un taxi, empaqué el mercado en la maleta y cuando me iba a despedir pidió que la acompañara hasta la casa para ayudarle a bajar el mercado. De una, contesté nervioso pensando cómo iría a hacer para empezar a desvestirla y si de pronto a ella le chocaría mi cicatriz de la apendicitis.

Pensé que iríamos a Santa Gabriela o por los lados de la plaza Dorrego o incluso a Las Hortensias, pero Lorena empezó a decirle al taxista por dónde cogíamos y llegamos a La Colina, un barrio de empleados de oficinas y supervisores de fábricas, que alguna vez había sido de casas igualitas pero que con las reformas de los dueños ya no parecía construido con subsidios del gobierno. Por eso me quedé asombrado cuando vi en todo el frente de la casa una chimba de *mercedes* blanco, de esos que uno no ve ni en televisión, abandonado al sol y al agua, tuquío de cagadas de pájaros y con la capota tapada con las hojas de los árboles. Ella siguió hasta la puerta como si el carro no existiera y yo la seguí, aguantándome las ganas de preguntarle.

El apartamento era en un segundo piso y no se parecía en nada a la fachada de la casa. Apenas uno subía las escaleras y pasaba la puerta era como si saliera a un lugar que no estuviera en ese barrio. Un aire de gente que vive de otro modo, sin afanes ni necesidades ni miedos chiquitos. La sala era amplia, de techo alto, y el piso entapetado por todos lados. Al frente de la puerta había una sala con un sofá azul celeste, largo y abollonado y almohadones forrados en telas con triángulos y cuadrados, y en vez de los demás muebles de sala varios cojines inmensos tirados en el suelo, alrededor de una mesita de vidrio grueso con un cenicero de madera en forma de hoja de árbol y una estatua dorada de un señor sentado rezando. La pared de ese lado estaba pintada con un círculo gigante lleno de círculos que tenían círculos adentro, al lado de una armazón de madera repleta de libros hasta el techo y una repisa con porcelanas de diablos y ángeles haciendo maromas y vasijas viejas que a la legua se veía que no se conseguían por aquí. En un bufé recostado a la pared del fondo había unas coquitas de porcelana llenas de aceite, que eran las que soltaban el olor a incienso. Al lado de la puerta de entrada había un letrero en inglés y un poema en español, enmarcado. El poema hablaba de que la vida se demora muy poquito y que todo en el fondo es lindo.

Organicé el mercado y me dijo que la esperara en el sofá mientras preparaba un jugo. Fui a sentarme, bregando a pensar en cosas distintas a la única en la que podía pensar en ese momento, y me puse a mirar la estatua del tipo rezando. Le toqué el cuerpo metálico y miré la moña de pelo recogida en la punta de la cabeza.

—¿Y esta de dónde la sacó? —dije para no estar tan callados.

Ella se voltió a mirar con una guanábana abierta en la mano y un cuchillo en la otra.

—Es un buda, lo traje de la India.

—¿Tan flaco? No tiene barriga para sobarle.

—El buda verdadero es flaco y nadie le soba la barriga.

El motor de la licuadora empezó a sonar y me quedé viéndole las costillas al santo enclenque. Cuando paró el ruido volvió a hablar.

—Los gordos son los budas chinos, el buda original era de la India.

—Ahh, ya —dije, pero no estaba pensando en eso.

Vino con dos vasos de jugo rebosados de espuma, los puso en la mesita y se sentó. Nos quedamos callados probándolo.

—¿Cómo está de azúcar? —Y me miró con los ojos brillantes y un bigote blanco.

—Está bueno. —Estaba muy simple pero yo solo pensaba en su boca.

Volvió a sonreírme con los ojos brillantes. Una voz gruesa, parecida a la de mi tío Alberto, me empezó a hablar por dentro, Hágale pues, mijo, qué está esperando, macho cobarde no conoce mujer bonita, ¡entuque! Lo único que se me ocurrió fue levantar la ceja y decirle con maliciecita:

—Me imagino que le han dicho muchas veces que es muy hermosa.

Me miró la mirada y ahí mismo le cambió la cara.

—Pero más veces me han dicho que si no me han dicho muchas veces que soy muy hermosa. Qué pereza. —Descargó el vaso en la mesa con cara de jartera.

Sentí que me habían sacado el aire y me puse rojo de vergüenza. Me bajé del carro en el que íbamos a recorrer el mundo y seguí a pie por el borde de la carretera, vistiendo de franela, siempre estando mal mientras ella seguía en su carro lujoso, vestida de lino, siempre estando en las buenas. Cada uno por su lado. Agaché la cabeza. Ya no sabía qué decir pero tampoco era capaz de irme, y ella me vio la incomodidad.

—Tranquilo, no pasa nada.

Volvió a sonreír como si en realidad no hubiera pasado nada y me explicó que le había caído bien desde que me vio porque sintió mi aura luminosa y mi energía limpia que ojalá no dejara ensuciar. Acabé el jugo y me paré para salir pero ella me dijo que me iba a regalar algo antes de irme. Salió por el pasillo del fondo y yo me puse a reparar en el letrero y el poema de la pared.

—¿Usted sabe inglés? —le dije apenas apareció en el pasillo.

—Sí.

—Uyyy, qué tesa. ¿Y qué dice ahí, pues? —Señalé el letrero.

—La debilidad es más fuerte que la fortaleza.

—Ahh, ya. O sea que usted sabe qué dice esa canción que dice *anouyos jauderisper ananouyo jaudestay anouyo ueresfaindi ananouyo estarulay*.

—Por la letra no te entiendo muy bien, pero cántamela a ver.

Me puse a cantarla y a la primera frase la reconoció.

—Síiii, es muy linda, de Air Supply.

—¿Y qué dice?

—Dice que —se puso a cantarla bajito, poniéndose cuidado— yo sé cómo susurrar, sé cómo gritar, dónde encontrar las respuestas y sé cómo mentir, sé cómo fingir y cómo intrigar.

—Juemama. Y yo que se la había dedicado a una pelada.

—Pero la canción después dice que a pesar de todo lo que él sabe y tiene, nunca la va a dejar ir porque ella sabe inventarse el amor de la nada.

—¡Oiga! ¡Una verraquera de canción!

Me entusiasmé y le pregunté por la de *kamakamakamakamakamilión* que siempre había querido saber qué decía. No se acordaba bien pero me dijo que la iba a buscar o que si quería le llevara un casete con todas las canciones que quería traducir. Todo esto fue antes de que las letras traducidas empezaran a salir los miércoles en el periódico *El Villalindeño*. Andaba en esas todo amañado cuando miré el reloj y me acordé de que estaba trabajando, salté como un resorte y me despedí. Me dio de propina quinientos pesos y me regaló un platico de bronce lleno de círculos dentro círculos como el de la pared.

—Es un mandala. Ahí está el mundo, y estás tú. Es la energía y te ayuda a encontrar tu centro.

—Bueno, gracias —le dije sin ponerme a entender mucho, y salí volado.

Al otro día, después del trabajo, volví a su casa con el casete. Estaba de sudadera y una camisa de tiritas y las pecas de los brazos y el pecho eran como si titilaran. Se puso toda contenta y nos parchamos en el sofá a conversar y a poner las canciones. Ella iba traduciendo después del cantante: *naif*, Cuchillo, *cuslaicanaif*, Cortas como un cuchillo, *jauwinaeveergil*, Cómo me sanaré, *ainsodipliguode*, Estoy profundamente herido, y entre canción y canción nos pusimos a conversar y ella a preguntarme de la vida, que qué era lo que más me gustaba hacer, que qué soñaba, que si me había enamorado y otros temas que yo no sabía de mí como para contestarle, que qué aspiraciones tenía, que cómo me veía en unos veinte años y yo le respondía lo

que se me ocurría en el momento pero también empecé a preguntarle que si tenía novio, que dónde vivía antes, que si no le dieron ganas de quedarse en los países en los que estuvo, que por qué vivía en ese barrio si se veía que ella era de la *jai*, y se fue yendo el tiempo y cuando menos pensé Lorena había prendido un bareto y tenía una botella de vino destapada y de ahí para adelante ponga canciones y converse y fume bareta y ríase parejo y tome vino y ríase otra vez y charle hasta por la nochecita, cuando me fui todo prendido, trabado y feliz para mi casa.

Seguí yendo diario porque esa semana fue que renuncié al trabajo. Salíamos a dar borondos por ahí o a tomarnos una cerveza hablando en cualquier tienda y songo sorongo nos fuimos contando las vidas. Se llamaba Lorena Botero, bisnieta de don Facundo Botero, nieta del doctor José María Botero, hija del doctor Juan Carlos Botero, los fundadores de Tejicadena y los primeros dueños de Paratodos antes de que se lo vendieran a los ingleses, y que había vivido en París varios años y en *nuevayor* otro mundo de tiempo, que se había peleado con su gente porque no pudo con la alcahuetería de toda la familia con un primo de ella que había estudiado aviación en la *usa* y que sin necesidad, de puro niño malcriado, se había vuelto tremendo asesino y la familia le tapó todos los crímenes y no lo dejaron meter a la cárcel para no quedar mal con la sociedad. A partir de eso Lorena se empezó a dar cuenta de un mundo de enredos y cosas malucas que había en su familia y que no sabía casi nadie y se sintió engañada y cortó con ellos y por pura rebeldía, pero también porque se sentía bien, se fue a vivir a ese barrio, La Colina, y solo muy de vez en cuando se hablaba con su papá que de todas maneras le pagaba el arriendo y le pasaba una mensualidad para que no viviera mal y no los hiciera quedar mal ante la sociedad.

En una de esas tardes me puse a detallar el buda de la mesa de centro y le pregunté por qué le gustaba. Me contó la historia desde que lo compró en la India hasta la noche de tres semanas atrás, cuando le había dado con él en la cabeza al patrón. Solté la carcajada.

AGUACEROS DE ROSAS

Al otro día del guarapazo don Efrem se despertó sintiendo que la cabeza se le descascaraba por dentro a la vez que se le iba hinchando por fuera. Un dolor como de dos guayabos, pensó apenas abrió los ojos. Pero en realidad eran dos dolores: el del guayabo y el de la herida del budazo que el médico de La Amistad le había cosido con diez puntos. Se pasó con cuidado la mano por la coronilla, sintió el hilo de la costura entiesado de sangre coagulada y alrededor de la herida un círculo de piel recién afeitada. Fue al espejo, agachó la cara, se inclinó hacia delante y vio el redondel pelado en toda la coronilla.

—Parezco un hijueputa cura —gruñó.

Abrió la puerta del clóset y entró. Era una habitación el doble de grande que el dormitorio, llena de filas y filas de ganchos con chaquetas *dísel*, *calvinklén*, *guchi*, *versache*, de cuero, de tela, de lona, de cualquier color que existiera, y camisas de chalis y guayaberas y bluyines *levis*, *babú*, *sergiovalente*, *jordache*, *hugovós* y camisetas *polo*, *lacós*, *adidas*, *oceanpacífic* y varios cachacos *armani*, y a un lado, en otro clóset dentro del clóset, pares nuevecitos de zapatos *zodiac* y mocasines *luisbotón* y tenis *adidas* y *ribuk* y *naik* y *puma* y *layir* y un mundo de otra ropa de marcas que en Villalinda todavía ni se conocían. Fue hasta una pared del fondo, llena de repisas repletas de gorras, cachuchas, sombreros y boinas del estilo que a uno se le ocurriera, y se puso a escoger entre las gorras. Agarró una azul cielo con una avispa gorda bordada encima del letrero *hornets*, se paró frente al espejo

de cuerpo entero y se puso a acomodarse la cachucha hasta que se lastimó los puntos. Pegó un grito y salió emputecido con la gorra puesta.

Se sentó al lado del teléfono y empezó a trabajar. Mandó a ponerle una bomba al Centro Comercial Alcántara y otra al gimnasio Podium y después llamó a la Chinga para acosarlo con la inteligencia al contador Pereira. Cuando colgó se quitó la gorra y repasó con los dedos el bordado de la avispa malacarina con una pelota de basquetbol en la mano. Volvió al dormitorio, tiró la cachucha encima de la cama, entró por la puerta del clóset y volvió a la repisa de las gorras. Cogió una roja, de visera negra, con la cabeza de un toro mirando como para embestir, encima del letrero *Chicago*. Se la estaba mirando en el espejo cuando Salsa habló desde la entrada del dormitorio.

—Don Efrem, es el doctor Valencia. ¿Se lo paso?

El patrón acabó de ponerse la gorra muy despacito para no ir a lastimarse otra vez y gritó viéndose el grito en el espejo.

—¡Dígale que no estoy!

Cogió la visera con los dedos de la mano derecha, la levantó un poco y volvió a gritar mientras se miraba de medio lado.

—¡Salsa!, llámeme a Carlos el *disyoqui* y dígame que se venga ya mismo que tengo que hablar con él.

—¿Pasó algo con el hombre, patrón? —La voz de Salsa se oía disminuida después de pasar por las dos puertas y entre la ropa.

—No sea metido, llámemelo.

Carlos Arango era un man de unos veinticinco años, caripulido, musculoso de la cintura para arriba y lleno de tatuajes. Además de ser el *disyoqui* de La Amistad era locutor de Villalinda FM y dueño de la escuela de modelaje Ángeles de Charli, con la que surtía las fiestas del patrón. Conocía a todo el mundo de la farándula y a la gente del arte en el pueblo y a uno que otro famoso del país. Llegó asustado porque lo peor que le podía pasar a cualquier persona en esa época en Villalinda era que le dijeran que don Efrem necesitaba hablar con él. De cada diez personas que llamaba, cinco no volvían, decían.

—Cómo está, don Efrem, en qué le puedo servir. —Estaba blanco como un papel y había tomado aire para hablar.

—Mijo, lo mandé a llamar porque necesito que usted que se mueve con esa gente de la cultura y esas vainas me consiga un tipo bien verraco pa'la cultura que necesito que me haga un trabajito.

Carlos Arango respiró hondo, descansado, y contestó de una.

—Se lo tengo, patrón.

El encargo le había salido que ni mandado a hacer porque precisamente esa semana Mario Hurtado, que hacía un programa de poesía en la emisora, le había vuelto a insistir en que le consiguiera una cita con don Efrem para ofrecerle publicidad en el periódico *El Pregonero* y que repartían ganancias.

—Una verraquera, mijo, yo sabía que usted era la flecha —dijo don Efrem, contento—. ¿Y sí es alguien bien bien bueno pa'eso?

—El mejor —contestó el *disyoqui* como si estuviera hablando en la emisora.

—Listo, mándemelo ya mismo.

A las dos horas entró por primera vez a La Amistad Mario de Jesús Hurtado Ospina con la agenda café que siempre cargaba debajo del brazo, las gafas gruesas de carey con una pata pegada con alambre, el saco café de toda la vida y la corbata que le tocaba ese día, una amarilla. Era de la misma estatura de don Efrem, y un poco más flaco. Había trabajado muchos años como periodista en emisoras de radio chichipatas donde le tocaba vender publicidad para poder hacer el programa en el que hablaba, hasta que se cansó y montó su propio negocio, el periódico *El Pregonero*, que sacaba noticias del pueblo y en el que salían publicidades de las tiendas y los graneros y de algunas empresas de Villalinda, y otras veces propaganda y escritos sobre el político que le estuviera dando plata en ese momento. También era presidente del Círculo Poético El Parnaso Villalindense, que se reunía todos los jueves en las noches en la Biblioteca José María Restrepo. Cuando Carlos le dio la noticia acordaron un treinta por ciento para el *disyoqui*.

Don Efrem se había quitado la cachucha y se estaba tocando con curiosidad la calva cuando Salsa le dijo que había llegado el señor que había mandado llamar. Se puso la gorra y dijo que lo mandarían entrar. Mario llegó embombando el pecho, con pasos tiesos, y habló con una voz gruesa que

parecía que sonara en varios bafles.

—Es un el placer saludarlo, don Efrem, no sabe el gusto que es para mí conocerlo. —Movía las manos como si estuviera recitando.

—Vamos al grano sin maricaítas porque estoy de afán. Yo lo llamé porque necesito que me dé unas clases de cultura.

Mario se agarró las manos por detrás y agachó la cabeza, como los saludos a los reyes en las películas viejas.

—Puedo decirle que dio con la persona indicada y permítame...

Don Efrem cortó la carreta larga que veía venir.

—El asunto es que yo necesito solucionar ese problema rápido porque ahora me toca moverme con gente importante y entre políticos. Y con esa gente hay que hablar mucha mierda y hablar bonito y saber cosas de arte y todas esas carretas.

Sea porque se lo inventó en el momento o porque ya lo tenía muy preparado, Mario de una salió con que podrían hacer un curso de cultura general y comportamiento social que incluiría autodominio de las emociones y normas de urbanidad, expresión oral y conocimientos generales de pintura, música y literatura y de una vez le explicó que eso incluiría la lectura de libros y sesiones de música clásica.

—Va pa'esa, así es que me gustan las cosas a mí, ejecutivas. Arranquemos de una.

Arrancaron ese mismo día con una clase sobre el autodominio de las emociones y luego Mario le leyó varias hojas de un libro. Al terminar le dijo a don Efrem que debía empezar por acercarse a los libros y le hizo una lista con los que ponían a leer en las clases de español en el bachillerato del Liceo de Varones de Villalinda.

Para la tercera clase don Efrem ya había mandado a comprar el libro más caro del mundo pero a esas alturas estaba aburrido. Lo único en que lo había beneficiado era que había encontrado un remedio contra el insomnio porque desde el primer momento en que Mario le puso un disco de música clásica se quedó profundo. Esa música en la que no cantan es bendita pa'dormir, decía. A la cuarta clase Mario empezó a leer un libro en voz alta cuando don Efrem lo paró en seco.

—Vea, mijo, no perdamos más tiempo. Yo no sirvo pa'esto. Le voy a ser sincero, para lo único que necesito la cultura es pa'levantarme a una chimba que me tiene enyerbado y a la que le gustan esas cosas.

—Ah, me hubiera dicho antes.

El asesor sacó un libro del maletín y empezó a moverlo frente a la cara del patrón.

—Esta es el arma infalible para ese tipo de mujeres. —Abrió el libro y le mostró las páginas a don Efrem.

—¿Y qué es eso? —preguntó don Efrem.

—Poemas —dijo Mario Hurtado con la voz bajita.

Se puso el libro abierto entre las piernas, recorrió una página con la punta del dedo y señaló:

—Oiga pues —dijo con voz de cura.

Pero apenas abrió la boca, don Efrem lo paró apretándole el brazo.

—Espere un momentico que hay otro problema que no creo que se arregle con poesías... Es que la pelada no me debe querer ver ni en pintura...

Mario se quedó esperando a que continuara pero el patrón se quedó callado.

—¿Y por qué está enojada? Si se puede saber.

—A usted qué le importa.

—No, yo era por tener más información para hacer un mejor diagnóstico de la situación.

—Lo que yo necesito es que usted me diga cómo hay que hacer para contentarla.

Mario se inclinó hacia don Efrem y le habló como revelándole un secreto.

—Aun sin saber bien lo que ocurrió le puedo decir que hay que empezar por un acto de desagravio. Usted tiene que pedirle disculpas y resarcir la molestia que le pudo haber ocasionado.

—Eso lo sé hace rato, pero ¿cómo hace uno eso con una mujer de estas? Eso es lo que yo necesito que usted me solucione.

Mario se quitó las gafas, las limpió pensativo, se las puso con calma y empezó a hablar de la estrategia de los pétalos de rosa, que no importa si se le ocurrió en ese momento o fue algo que siempre había querido hacer con una

mujer y no había podido, pero el caso es que funcionó. Al otro día don Efrem mandó a comprar una tonelada de rosas, puso a diez trabajadores a depetalarlas y mandó a instalar una grúa de las de construir edificios al lado de la casa de Lorena y una tarde de esa semana cuando ella volvía de clase de yoga se quedó paralizada en plena calle bajo un aguacero de pétalos rojos que empezó a caer de sopetón, acariciándole el pelo, envolviéndole el cuerpo y formando una alfombra blandita y encendida en el suelo de la calle gris. Se asustó y esperó a que pasara, pero la cascada aumentó en cortinas cada vez más tupidas que le nublaban la vista y la ahogaban en perfume de flores. Empezó a caminar rápido hasta la puerta de su casa y la lluvia la siguió como una nube propia desenrollando la alfombra roja a su paso. Entonces pensó que algo tan raro y liviano no podía venir de algo pesado, cerró los ojos, respiró hondo y se entregó al aguacero con las brazos abiertos hasta que los músculos le empezaron a doler y miró hacia arriba y vio la grúa de la que chilinguaba el container donde cuatro tipos empujaban paladas y paladas de rosas depetaladas.

En ese momento apareció don Efrem con cara de yonofuí, Lorenita, yo solo vengo a pedirle disculpas. La cara de niña emocionada se le puso tensa y aunque lo escuchó y le creyó y le pareció lindo lo que estaba tratando de hacer no podía dejar de sentirse dolida y le dijo que no era tan sencillo recomponer lo que había descuadrado con un acto tan fuerte y violento. Don Efrem siguió las indicaciones de Mario y contestó, con humildad, que ella tenía razón pero que de todas maneras quería que supiera que él no era Solo esa persona que usted ha creído que yo soy.

—Yo lo sé —dijo Lorena, le apretó suavemente el brazo y se entró.

En ese gesto don Efrem vio un chispazo de perdón. Más tarde, cuando se encontró con el asesor cultural, no cabía en la ropa de la dicha. El asesor templó el pecho orgulloso y sacó un libro del maletín.

—Vamos bien, entonces ahora sigamos con la segunda parte del plan—. Abrió el libro en la página que tenía separada—. Ahora sí, oiga pues:

*Como un nocturno vino tu mirada,
amotina mi sangre enardecida*

*y la noche en mis hombros detenida,
ignora su presencia desolada.
Ya no puede mi voz contra la espada
de silencio que tengo entre la herida,
de saber tu caricia estremecida
pero en oscura cárcel encerrada.*

Don Efrem frunció la boca y cruzó los brazos, no había entendido las palabras pero era como si hubiera comprendido algo que no sabía qué era.

—¿Sí oyó la belleza, el sentimiento, el ritmo? —dijo Mario mirándole la cara desconcertada—. Es de Carlos Castro Saavedra.

Don Efrem echó cabeza pero el nombre no le sonó a nadie con quien hubiera hecho negocios. Siguió con lo suyo.

—¿Le vamos a mandar uno de esos?

—No, eso lo puede hacer cualquiera. Vamos a escribirle uno especialmente para ella. Va a ver la impresión que le va a causar.

Don Efrem se animó.

—¡Usted sí es un verraco, hombre! ¿Es capaz de inventarse uno de esos? ¡Hágale, agarre lapicero y arranque!

Mario lo miró serio, guardó el libro y sacó una libreta.

—Eso no es así como así. Primero tengo que tener datos sobre ella y después contar con tiempo para inspirarme y crear el poema. Es como una joya mandada a hacer de acuerdo al gusto de la dama.

Don Efrem se empezó a impacientar. Se paró y caminó dando vueltas por la sala. Mario sacó un lapicero *kilométrico* del bolsillo de la camisa.

—Le voy a hacer unas pregunticas para tener mi materia prima de inspiración. ¿Cómo es ella?

Don Efrem se paró, abrió los ojos y habló desde lo más profundo del alma.

—¡Una rechimba!

—Sí, pero además de eso.

—Unas tetas todas paraditas y un culo ni muy grande ni muy chiquito que apenas es.

—Algo más allá del cuerpo, que no sea físico.

El patrón se quedó congelado, como si le hubieran cortado la inspiración y no supo qué decir.

—Algo sobre del modo de ser —le ayudó el asesor.

—Ah, no, el modo de ser sí es lo malo, es una yegua sin domar.

—Bueno, entonces algo que le guste de ella, comportamientos o gestos que le haya visto.

—Hombre, la manera como mira —se puso a recordar y le brillaron los ojos—. Es como si lo mirara a uno cuando estaba chiquito, tranquila de verdad, no como yo que cuando estoy tranquilo es porque los problemas están calmados... cuando ella mira tranquila es como si no tuviera problemas, así la esté amenazando yo.

—Eso es. —Mario anotó algo y saltó de la silla—. ¡Lo tengo! —gritó.

Se despidió emocionado y salió directo para su casa. Esa noche no durmió haciendo la poesía y al otro día llegó a La Amistad ansioso de leérsela a don Efrem. Pero le tocó esperar a que el patrón atendiera a la Monja que había llegado con el contador Pereira secuestrado y que después hablara con la Chinga y Hermosura, hasta que por fin se quedaron solos y don Efrem le habló como si estuvieran haciendo un cruce:

—¿Trajo la poesía?

Ahí fue cuando Mario sacó una hoja, la rebolió frente a la cara del patrón y recitó.

ESOS SÍ SON GENTE

Esos sí son gente, decía mi mamá cuando alguien mencionaba el nombre de los Botero. Ricos, con mando pero educados y preocupados por los demás. Y muy creyentes y colaboradores con la Iglesia. Eran como midiosito, el ejemplo de cómo debería ser uno. A don Facundo y a los dos hijos, José María y Enrique, todo el mundo los quería. Eran muy buenapapa con los empleados de Tejicadena y de Paratodos, construyeron barrios para la gente que trabajaba con ellos y vivían pendientes de que todo siempre fuera lo correcto y que el personal estuviera bien.

Lorena me contó que don Facundo Botero, su bisabuelo, había recibido el almacén de telas del papá cuando Villalinda era un pueblito chiquito y él estaba jovencito, hacía como cien años, y que con lo juicioso que era para el trabajo y lo vivo para los negocios, lo convirtió en una empresa con varias fábricas y que después su hijo, el doctor José María, el abuelo de Lorena, amplió más la empresa y montó otros negocios como el supermercado Paratodos. Se taparon de billete. Eran unos verracos pa'conseguir plata, la tenían metida en la mitad del modo de ser. Cuando al bisabuelo don Facundo lo agarró la locura que les da a algunos viejos, empezó a irse para el atrio de la iglesia de Los Milagros, se paraba a la salida de misa con su cachaco traído de Italia, las mancuernas puestas, la corbata con el nudo perfecto, locionado como siempre, estirándole la mano abierta a todo el que pasaba con aire quejumbroso, Una monedita por el amor de Dios, una monedita para este

pobre viejo, y la gente jai de ese barrio, la mayoría conocidos de la familia, no podían creer que ese señor fuera el patriarca don Facundo Botero, hasta que una tarde sonó el teléfono de la casa, Aló, Julieta, hágame el favor y me pasa a la señora Emilia. Aló, querida, ¿tu papá esta allá en la casa? No, él salió a dar una vuelteca. Entonces sí es él, hija, muy incómodo lo que te voy a decir pero venite ya para la iglesia que aquí está tu papá pidiendo limosna. ¡No puede ser! Y por la noche estaban en la mesa del comedor todos los hijos y las nueras y los yernos y los nietos, tapándose las caras con las manos, Qué vergüenza tan horrible. A mi papá lamentablemente no vamos a poder dejarlo salir solo, dijo José María, y desde ese momento mantuvieron las puertas con doble llave y le dieron instrucciones a las sirvientas y al personal de la casa para que avisaran de una si lo veían intentando salir solo.

Lorena se crio en esa casa inmensa en el barrio La Gabriela, con cuatro señoras del servicio y jardinero y chofer. Nunca le dolió un pelo y estudió con las monjas de La Presentación. Cuando terminó el bachillerato la mandaron para Francia y allá empezó como tres carreras y no terminó ninguna pero por lo menos aprendió francés. De Francia se fue para *nuevayor* y ahí vivó otros años haciendo cursos de meditación y parrandiando, hasta que se aburrió y volvió a Villalinda, pero la familia que había dejado ocho años antes ya no era la misma, no porque hubiera cambiado sino porque ella había crecido y veía más cosas. Entonces, por ejemplo, el abuelo, que cuando chiquita le inspiraba ese respeto y esa veneración, ahora le parecía un señor egoísta, mandón y conservador, y a la tía Mery, que cuando chiquita le parecía la más fresca y descomplicada, ahora la veía zalamera. Para acabar de ajustar, por esos días conoció en una fiesta a una pelada que le dijo que era hija no reconocida de su tío Enrique y que la mamá era una muchacha del servicio que trabajó para ellos y luego echaron, y le dijo que ella no era la única, que había otros hijos por ahí regados y le dio los datos de dos que conocía y Lorena, curiosa, visitó a uno de ellos que era el mismo Enrique en pintura, y no podía creer que el tío, que tenía la familia más ejemplar dentro de la familia Botero, que era un ejemplo para toda Villalinda, fuera como Pedro por su casa dejando regados por el mundo hijos que despreciaba. Lorena nunca le dijo nada a nadie sobre eso pero cuando se encontraba al tío

en las reuniones familiares ya no podía verlo como antes y lo amable y correcto que era en todas sus cosas y que tanta admiración le causó al principio de su regreso, le parecía una pantomima.

Una tarde en que estaban tomando algo, a la tía Mery, pelimorada, lengüisuelta y con una dureza toda graciosa para decir las cosas, se le salió el asunto de la secretaria del doctor José María, el abuelo de Lorena, un tema secreto. Resulta que don José María, hacía unos treinta años, se había conseguido de mocita una secretaria de la oficina central y después de un año de amor escondido la muchacha estaba tan enamorada que le hizo un escándalo de celos en el trabajo y al otro día la echaron y al otro día de la echada estuvo parada a la entrada de Tejicadena desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, cuando don José María salía para una reunión, y apenas lo vio se le fue encima, roja de ira y a todo taco le sacó en cara las promesas que le había hecho y las humillaciones a las que la sometió y las mentiras que le dijo y don José María Botero se afanó para montarse en el carro que lo esperaba al borde de la calle mientras la muchacha salía taconeando y voltiaba en la esquina donde se perdió. Para siempre. Porque a partir de ese instante nunca más nadie volvió a verla aparecer ni en la empresa ni en la casa de ella ni en ningún lado.

Lorena se sentía decepcionada a veces, otras, triste, otras, rabiosa y otras, todo junto, y así se la pasó mucho tiempo hasta que un día se puso a pensar que no hay personas ni familias perfectas y que esa era la que a ella le había tocado. Ya se estaba reconciliando con todo cuando se destapó lo del primo Alejandro.

Alejandro era tres años menor que Lorena, hijo del tío Enrique. Era el preferido del abuelo José María, que se veía en él, la misma nariz derecha y puntuda, los ojos azules y la piel blanca, avisado pa'todo, vivo pa'los negocios, entrón y sin miedo. Lo mandaron a estudiar una carrera de negocios en Londres y allá se la pasó cuatro años en una sola guachafita, aunque era tan inteligente que se alcanzó a graduar, y cuando volvió a Villalinda se dedicó a la parranda y nunca ejerció la profesión sino que empezó a negociar con armas y de un momento a otro, sin necesidad, de puro niño malcriado que era, se volvió tremendo asesino y empezó matando

primero gente que vivía en la calle, para entrenar, y después a personas que él creía que lo querían tumbar en los negocios y después a los amigos que lo contradecían y se fue enloqueciendo cada vez más sin que nadie le dijera nada, consentido por el abuelo, matando a diestra y siniestra y un sábado al mediodía fue a la casa de la exnovia, a la que había visto con otro man, entró al apartamento lujoso del barrio Dorrego y mató a la muchacha, a la mamá, a la señora del servicio y volvió a salir tranquilo, se montó en el carro y arrancó, y el asesinato salió en los periódicos y en la televisión y la gente comentaba semejante tragedia, todos sabiendo quién había sido, hasta que el papá de la muchacha lo denunció, y la familia movió toda su plata y sus influencias para que no pudieran inculpar a un Botero por semejante delito exponiendo el honor del apellido, y por eso nunca pudieron meterlo en la cárcel y él siguió en las andanzas hasta que a los seis meses se puso a braviar a un pelaíto de quince años en El Basural y no se imaginó que se iba a encontrar a uno más bravo que él ni que le iban a meter diez balazos en la cabeza.

Con la manera como alcahuetearon lo de Alejandro a Lorena se le volvió a caer el carriel con la familia y en un almuerzo puso el tema pero la trataron de grosera e irrespetuosa y le tocó quedarse callada. De ahí pa'delante se le hizo cada vez más difícil hablar tranquilamente con cualquiera de sus familiares y se alejó de ellos.

Por esa época conoció al muchacho con el que fue a la fiesta de Salsa, que vivía en La Colina y ella iba mucho a visitarlo, y cuando el amigo se fue para otro país hablaron con el dueño y ella se quedó con el apartamento.

30

EL PRESO

Los veinte guardaespaldas se distribuyeron por toda la cuadra. Don Efrem les ordenó que no hicieran mucha bulla y que bregaran a notarse lo menos posible. A los de su primer anillo de seguridad les prohibió recostarse en el *mercedes* blanco, que tenía la capota hundida por la rama de un árbol y el parabrisas tuquío de costras de mierda de paloma. Aunque un solo retrovisor de ese carro valía lo que costaba un carro completo y aunque estuviera ahí abandonado dando papaya nadie le había quitado una sola tuerca porque todo el mundo sabía que era de una de las mujeres de don Efrem, cosa sagrada. Al que se atreviera a sacarle así fuera una mota de polvo a ese carro le podía ocurrir, como mínimo, lo que le pasó a un par de bazuqueros que una noche todos arañados se metieron a una butic del parque de Villalinda y se robaron un montón de ropa y la plata que había en la caja. Resultó que la dueña del almacén era una de las mocitas de don Efrem y le puso la queja al patrón. Él mandó a que averiguaran por cielo y tierra quiénes habían sido los ladrones y cuando dieron con ellos no los mandó a matar sino que los hizo pasear empelota por cada uno de los negocios de la cuadra, arrodillándose en la entrada, diciendo su nombre completo y confesando Nosotros fuimos las ratas que nos metimos a robar en la tienda de ropa de Mariana Saldarriaga y venimos a pedirle perdón a toda la comunidad y prometemos no volver a hacerlo nunca más.

El patrón les hizo una señal a los guardaespaldas para que se alejaran de

la casa y tocó el timbre. Llevaba un ramo de gérbas rosadas, naranjas y amarillas en una mano y una bolsa con el logotipo de una butic elegante en la otra. Cuando Lorena salió al balcón él levantó el ramo. Ella se sonrió y fue a abrirle la puerta.

Subió las escaleras todo aplomado y decente. En vez de la gorra del toro llevaba una boina de cuero que le había recomendado Mario Hurtado. Tenía un saco *armani* gris, una camisa de chalis negra, un bluyín con un diamante en vez de botón y remaches de oro en los bolsillos de atrás, y unos zapatos negros con los brillitos del cuero de culebra. Parecía recién bañado, con el pelo lambido y peinado de lado como si lo hubiera organizado la mamá. Cuando llegó al lado de Lorena inclinó la cabeza y le entregó las flores. Ella miró los pétalos, que parecían acabados de pintar, y le dio un piquito en la mejilla. El primer piquito que ella le daba en la vida. A él le brillaron los ojos. Lo invitó a entrar y le señaló el sofá. Don Efrem iba a empezar por volver a disculparse pero ella lo paró.

—Ya eso no es tema. Está aclarado y sabemos que no va a volver a pasar.

Él movió la cabeza agradeciendo que le hubiera ahorrado la carreta, cogió una botella de vino que traía en la bolsa y la puso sobre la mesita. Ella fue a la cocineta y trajo dos copas altas, de cristal fino. Cogió la botella, se puso a mirar la etiqueta y levantó las cejas. Don Efrem la miró orgulloso.

—Eso es de un negocio que hice con unos tombos chilenos.

Luego sacó de la bolsa un pergamino enroscado y lo desenvolvió. Era el poema escrito con letra de diploma y con el título arriba, «Lorena». Esperó a que ella acabara de servir el vino y se lo pasó.

—Para que lo mande enmarcar.

Al entregárselo se volvió a enroscar. Lorena lo desenrolló y se puso a leer mentalmente. Luego miró bonito al patrón.

—Muchas gracias, está muy lindo.

Él se había inclinado hacia delante esperando otro piquito pero se tuvo que volver a recostar en el espaldar. La miró fijo, admirándole el aura brillante que siempre le veía y trató de decirle algo que no fue capaz. Dio vueltas en su cabeza buscando la manera de soltarlo.

—Lorenita, yo me quedé con una duda.

—¿Cuál sería? —Lorena contestó tranquila, como si no hubiera cosa que no supiera.

—Ya que usted vive diciendo que yo no tengo delicadeza y esas cosas... —se interrumpió y tomó aire para hacer la pregunta—, ¿no hay al menos una cosa de mí que a usted le guste, que sea buena?

La cogió desprevenida. Sabía la respuesta sin haberla pensado pero ahora que le hacía la pregunta no sabía bien.

—No se trata de eso, Efrem. —Se quedó mirándolo—. Usted tiene muchas de las cosas que a mí me gustan de un hombre. —Miró un rato la pared, como buscando las palabras—: la audacia, la virilidad, la espontaneidad.

Don Efrem sacó pecho a medida que ella decía cada cosa.

—Pero todas esas cosas es como si las tuviera enfermas.

Se puso serio y se inclinó hacia delante con la frente recogida mientras le retumbaba por dentro una voz ronca, Esta malparidita quién se cree. Bregó por no oír esa voz y en la brega apareció otra, gruesa y elegante, por encima de la ronca, Mario Hurtado recitando el poema, Para qué el mundo y todo lo que puedo, para qué tanta riqueza acumulada. Y con esa voz le vino la imagen de ella bajo la lluvia de rosas. Desarrugó la frente y habló con un tono de persona comprensiva, que no combinaba con él.

—No, yo tampoco soy así como usted cree. —La voz gruesa volvió a gritar: ¡malparidita!—. Mejor cambiemos de tema, bizcocho.

—Mejor brindemos. —Lorena levantó la copa. Ella y la copa brillaron con el reflejo de la luz—. ¡Salud!

Aunque estaba aclarado todo lo maluco, la conversación no fue fácil. Después de carraspear y mover los dedos en el reposabrazos sin que ninguno de los dos dijera nada, él soltó lo primero que se le ocurrió.

—Oiga pues, Lorena. —Puso un tono casual como si vinieran conversando de lo más fluido—. Y entre otras cosas, ¿usted es Lorena sola o tiene un segundo nombre?

—No, Lorena sola.

—Ahh, ya. —Se agarró la cumbamba con una mano de hombre interesante pero no se le ocurrió qué más decir.

—¿Y usted tiene otro nombre? —Lorena sí parecía interesada de verdad.

—Se lo dije la otra vez por teléfono: Luis Efrem. —Y repitió clarito y separando cada palabra—: Luis-Efrem-Jaramillo-Montoya, a mucho honor.

Esperó una respuesta pero ella solo torció la boca. A él no se le ocurría nada. Tenía muchas cosas que decirle pero no sabía qué. Para salir de la calladez siguió con el mismo tema.

—¿Y usted es Lorena qué?

—Lorena Botero White.

A don Efrem se le abrieron los ojos.

—¿De los Botero-Botero?

—¿Y cuáles son los Botero-Botero? —Lorena se puso incómoda.

—Pues los que todos conocemos... los de Tejicadena.

—Sí, mi papá es Juan Carlos Botero.

—Ahh, ¡no joda, Lorenita! Yo conozco a su tío Eduardo. He hecho negocios con él, no hace mucho le presté una plata pa' unas máquinas.

Lorena movió la mano en el aire, con fastidio.

—Pero no hablemos de familias que qué pereza.

Sirvió vino y luego se paró y fue hasta el armatoste recostado en la pared. Se sentó en el suelo y sacó una ringlera de *cidís* del cajón que había abajo de la biblioteca. Miraba las carátulas de los *cidís* y los iba poniendo a un lado.

—¿A usted qué música le gusta? —dijo mientras miraba un disco por el revés.

El patrón se arrellanó en el sofá y estiró la mano sobre el espaldar.

—A mí, de todo... oigo rancheras, tanguito,ailable, salsa y hasta música americana variadita.

Lorena separó una caja y puso la ringlera en el suelo, al lado de los discos que había descartado. Levantó el *cidís* que había escogido.

—¿Le gusta Fruko?

—¡Hombre! —Efrem extendió las manos a los lados y levantó los hombros.

Lorena sacó el disco de la caja, lo puso en el equipo y empezó el *tan tuntún tan tun tantún tan* del piano y después la queja de Fruko, *Oye, te hablo desde la prisión*, *Wilson Manyoma*, y los tambores *tocotocotocó* y las

trompetas *papapara papam pampam pampam pam*. Don Efrem saltó del sofá como si lo hubieran halado y empezó a bailar en una sola baldosa, *En el mundo en que yo vivo siempre hay cuatro esquinas, pero entre esquina y esquina siempre habrá lo mismo*, Lorena dejó los cidís y caminó hacia la salita mirando boquiabierta las patitas paturras del patrón machacando el piso a velocidad ultrasónica, *Para mí no existe el cielo, ni luna ni estrellas, para mí no alumbraba el Sol, pa'mí todo es tinieblas*, sin que las nalgas ni el resto del cuerpo se movieran, con un *suin* puro y contento de príncipe elegante, mucho más poderoso que el mandamás que mandaba a medio mundo, *Ayayay, que negro es mi destino, ayayay todos de mí se alejan*, y la miró sonriente y le estiró la mano, *Ayayay, perdí toda esperanza, allá a Dios, solo llegan mis quejas*, ella se arrimó, tímida y él le puso la mano en la cintura y los ojos le quedaron a la altura de ese cuello blanco que nunca había visto tan cerquita en sano juicio. Lorena se dejó llevar y empezaron a moverse como si fueran uno solo, *Condenado para siempre en esta horrible celda, donde no llega el cariño ni la voz de nadie*, después se separaron haciendo el paso en que los dos miran al frente tomados de la mano y después hacia un lado y luego se soltaron y se cogieron otra vez entrelazándose los dedos, *Aquí me paso los días y la noche entera, solo vivo del recuerdo eterno de mi madre*, y él levantó la mano y le dio una vuelta y ella se tuvo que agachar para poder pasar debajo *Ayayay, solo espero que llegue, ayayay, el día que la muerte, ayayay, me lleve a estar con ella, ay, al fin, ya cambiará mi suerte*, moviéndose sincronizados, felices al ritmo de esa canción tan triste, cuando se oyó el grito de Salsa desde la calle.

—¡Patrón! ¡Patrón!

Don Efrem brincó a un lado mandándose la mano a la pretina. Salió al balcón recostado a la pared y apuntando con la pistola hacia la calle mientras Fruko seguía, *Ay, qué solo estoy, solo me espera la muerte, ay, qué solo estoy, cuándo cambiará mi suerte*. Abajo estaba Salsa con el teléfono terciado.

—¡Le acaban de poner una bomba a la sede del equipo!

Don Efrem le dio un golpe a la baranda con la cachapa de pistola.

—¡Tetracatrehijueputa!

Lorena se había quedado parada en mitad de la sala, mirando a ver qué había pasado. Don Efrem entró afanado guardándose la pistola.

—Bizcocho, cómo estábamos pasando de bueno... pero me tengo que ir...

—¿Qué pasó?

—Me hicieron un daño el hijueputa, después le cuento.

Antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar le dio un piquito en el cachete. Siguió hasta la puerta y bajó los escalones de dos en dos, a punto de caerse pelotiando.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Con lo que alcanzó a recoger en propinas de Paratodos más la plata que les sacó a los documentalistas, Yovani juntó para abonarle algo a la deuda del tío Humberto, que lo mantenía preocupado.

Al barrio ya habían ido antes varios documentalistas a conocer la realidad. Pero estos eran unos estudiantes de la Universidad Pontificia de Villalinda que aparecieron un lunes, todos visajosos con la cámara en la mano, andando por las calles sin conocer a nadie, mirando todas las cosas emocionados, como cuando uno va por primera vez al Parque Norte. Eran tres. Una muchacha trigueña, flaca, con el pelo lleno de corrosocos negros que le bajaban hasta la espalda, y que caminaba como tirando pa'un lado. Un langaruto narizón, de pelo largo, ojos azules y gafitas redondas y un chiquitico carirredondo, que parecía el que mandaba, con el pelo recogido atrás en una cola de caballo.

Yovani los había visto desde por la mañana pajareando por ahí, grabando a la gente en la calle, preguntándole a los vecinos por los sicarios y buscando algún maloso que se dejara entrevistar.

Al mediodía salió a comprar un cilantro cuando los vio al principio de la cuadra. La pelada y el langaruto venían conversando y el de la cola de caballo atisbando a diestra y siniestra. Cuando estaban como a seis casas de Yovani, el chiquitolín se paró a mirar a un pelao en chanclas y sin camisa, con unos billetes en la mano, que caminaba por la acera de enfrente. El chiquitolín

echó la cabeza para atrás y con los dedos de las dos manos formó un cuadrado por donde siguió mirando al mancito hasta que entró a la tienda.

—¿Vieron ese pelao con esa calle de fondo? —les gritó a los compañeros —. ¡Qué chimba de plano!

Cuando pasó al lado de ellos, Yovani levantó la mano como si estuviera saludando a alguien que estuviera en la otra cuadra.

—Entonces, qué, gonorra, ¿vamos a hacer el cruce ahora o no? Aquí tengo la pistola. ¿Sisas? Todo a lo bien pues, gonorra, ¡hablamos!

Los documentalistas apenas oyeron el hablado y lo que dijo se voltiaron con una mezcla de entusiasmo y sustico. Yovani siguió derecho y se hizo el sorprendido cuando se los topó de frente, con las miradas fijas en él, sin respirar. Infló el pecho y les habló durito y desde arriba.

—¿Ustedes quiénes son? ¿Qué están haciendo por aquí?

La pelada y el langaruto se quedaron mudos. El chiquitolín se apersonó de la situación, aunque se le veía el nerviosismo.

—Bien, parece, nosotros queremos... somos documentalistas y estamos haciendo un documental.

Yovani se les posicionó al frente.

—¿Documental de qué?

Los pelaos se miraron entre ellos.

—Sobre el barrio... —gagueó la pelada.

—Es para destacar lo que piensan y sienten las personas de aquí — completó el langaruto.

—Para mostrar la realidad tal como es —dijo el chiquitolín.

—¿Y es que ya pidieron permiso o qué? —Yovani les apuntó con la mirada como si fuera un fierro.

—No, hermano, ¿a quién hay que pedirle permiso? No sabíamos.

Yovani se le lamentó al aire.

—Por eso es que les va mal a estos aparecidos. —Los señaló con el dedo —. Este barrio no es para que vaya viniendo el que sea así como así.

Con la cara de terror que pusieron cayó en cuenta de que no se le podía ir la mano. Bajó el tono.

—Bueno, pero tampoco se pongan a llorar, pues. Si no han pedido

permiso por lo menos deben andar con alguien del barrio para que la gente no se toque y no les vayan a robar la cámara.

El chiquitolín se adelantó y le habló todo desconcertado, desprotegido.

—Es que no conocemos a nadie.

Yovani palmotió en el aire.

—Ahh, ¡cómo se les ocurre venirse pa'un barrio que no conocen sin conocer a nadie! ¡Es que sí son muy güevones!

El chiquitolín se rascó la cumbamba. Miró a Yovani, gagueó y empezó a hablar como con vergüenza.

—Hermano, discúlpeme que le haga una pregunta, es solo por saber, a ver si usted de pronto puede y le suena... ¿No nos podría colaborar acompañándonos un ratico?

Yovani dio un paso atrás y los miró como si fueran unos pelaítos de primaria.

—No, yo no tengo tiempo pa'esas cosas... ahora precisamente voy por unas pistolas pa'un cruce grande que vamos a hacer con un parcerero. —Juntó las cejas, inclinó la cabeza y les clavó los ojos—. Vamos a coger de quieto un camión de gaseosas.

A la muchacha y al langaruto se les puso la piel arrozuda. El chiquitolín respiró hondo con cara de preocupación.

—¿Y usted no conoce a nadie que nos pudiera acompañar?

Yovani, los repasó uno a uno y fue transformando la cara de palo en un gesto de lástima.

—Claro que también me da verraquera dejarlos solos y que de pronto les hagan algo por acá. —Se quedó un momento como resolviendo algo en la cabeza—. ¿Sabe qué?... Ya que están haciendo algo por el barrio les voy a colaborar, pues... claro que me toca aplazar el cruce... y perderme ese billete.

El chiquitolín pegó un brinquito y le extendió la mano.

—Muchas gracias, hermano, y... —dudó antes de tirar el aventón— y aprovechando que va a estar con nosotros... ¿usted no podría darnos un testimonio para grabarlo? Una entrevistica corta.

Yovani se rascó la oreja, haciéndose el incómodo, y luego lo volvió a mirar con compasión y le habló al aire.

—Estos pelaos sí lo ponen a uno en unas... Yo les colaboro pues, pero lo que pasa es que el tiempo mío vale platica, pelaos.

El chiquitolín fue al grano.

—¿Y cuánto nos cobra?

Yovani soltó un suspiró y se quedó mirando a las montañas del fondo.

—Eso no tiene precio. Sería mucha la plata que me tendrían que dar... pero yo sé que ustedes son estudiantes. —Torció la boca y habló como si no le importara mucho el tema—. Así que, ¿con entrevista y todo?, denme cualquier diez mil pesos y así quedamos bien.

Los muchachos se miraron entre ellos, escandalizados. Le dijeron que les diera unos segundos, se fueron a un lado a discutir, cada uno sacó su billetera y juntaron plata. El chiquitolín contó los billetes y volvió disculpándose.

—Hermano, no nos da para pagarle todo lo que usted nos pide. Solo tenemos seis mil, ¿no nos lo podría dejar en eso? Es que no contábamos con este gasto y necesitamos comprar casetes.

Yovani movió la cabeza con impaciencia y le arrebató los billetes.

—Hágale pues, no vamos a peliar por cuatro mil cagaos pesos.

Los documentalistas se miraron contentos y se le presentaron.

—Juan Fernando —dijo Yovani, serio, y no le dio más largas al asunto—. ¿Y cómo es la vuelta pues? ¿Qué hay que hacer?

—Primero es que caminemos y recorramos el barrio y usted nos va contando cosas y ya luego hacemos la entrevistica —contestó el chiquitolín.

Yovani empezó a caminar calle arriba con paso de protagonista y los documentalistas lo siguieron con la cámara prendida. Apenas vio a una señora mirándolos desde un balcón cayó en cuenta del visaje que iba a dar recorriendo el barrio con unos aparecidos grabándolo por todas partes. Decidió despachar rápido el negocio. Daría una vueltecita corta diciendo cuatro güevonadas, después contestaría la entrevista en un volión y listo. Los metió por las calles donde casi no se mantenía gente pero cuando llegaron a la cuadra casi siempre desierta del basurero lo primero que se encontraron fue a una gallada como de diez pelaítos tirándose en tablas de madera untadas con parafina por una calle enlomada. Cuando vieron aparecer al camarógrafo y a su combo los niños dejaron el juego y se pusieron a caminar detrás.

—Oiga, ¿eso va a salir en la televisora? —decía un negrito jalándole la camisa al langaruto.

—Muchacho, ¿nos toma una foto a nosotras? —gritaba una dientoncita de trenzas abrazando a la amiga.

—Oiga, ¿van a firmar una telenovela? —Un morenito se agarró al pie derecho del langaruto.

A medida que iban avanzando aparecían más pelaos haciendo algarabía y a los cinco minutos se había formado una procesión. Por el barrio corrió la voz de que estaban filmando una película y desde las terrazas, los balcones, las ventanas, las escaleras y los zaguanes, se asomaban caras desconfiadas, refunfuñonas y admiradas, chismosiendo el paso de los documentalistas... Y ¿ese muchacho que va con ellos no es de aquí del barrio? Sí, ese es el hijo de Amparo, ¿Y ese por qué está cogiendo fama? Debe ser por no hacer nada. Yovani quería que se lo tragara la tierra pero no veía la manera de frenar la situación. Al voltiar una esquina se paró todo caracterizado frente a la tracamada de culicagados.

—¡Ey, pelaos! ¡Se abren, que nosotros tenemos que ir por allí solos a grabar una cosa!

Los pelaos no le pararon ni cinco de bolas, embelesados con la cámara. Yovani arrancó a pasos largos arrastrando detrás a los documentalistas y a una cola cada vez más larga de pelaítos en plena recocha. Fue buscando las afueras del barrio en dirección a la cancha de fútbol por donde no se mantenían sino mariguaneros, oyendo a sus espaldas la algarabía chillona de la procesión improvisada y cuando llegó al alambrado que daba al potrero volvió a parar en seco, bravo.

—¡Ya les dije pues, pelaos!, ¡se me van!

Los pelaítos se atropellaron en la frenada y lo miraron callados. Yovani chasqueó los dedos.

—¡Se abrieron, se abrieron! —rugió zapatando duro—. Los vi irse, los vi, los vi.

La mayoría salió corriendo pero algunos se quedaron mirándolo malencarados. Un pecosito por ahí de siete años levantó la cabeza todo braveno.

—¡Qué va, home, chichipato! ¿Ya te las vas a dar de dueño del barrio o qué?

El entuque del pelao lo cogió cortico. Voltió a mirar a los documentalistas con la esperanza de que no estuvieran grabando pero el foquito rojo de la cámara estaba prendido. Entonces zapatió más duro y se enfrentó al niño.

—Sí, malparidito, soy el dueño ¿y qué? ¡Te me vas ya si no querés que te voltie ese mascadero! —Y avanzó hacia él con el puño levantado.

El pecosito salió corriendo y a la media cuadra se paró y giró.

—Le voy a decir a mi primo que trabaja con don Efrem pa' que te baje los humos, ¡caranga resucitada! —gritó y siguió corriendo.

—¡Tráigame al que sea que a todos les respondo!

Yovani, de mal genio, les reprochó a los documentalistas que lo estuvieran haciendo perder el tiempo en niñerías, caminó derecho hasta una de las arquerías de la cancha y sin darles tiempo de cuadrar el plano, como pedía el chiquitolín, se soltó a contar los pormenores de su vida como sicario, cómo había llegado a ese oficio, cómo había matado a más de cuarenta personas y cómo habían sido sus cuatro estadías en la cárcel. También les habló de los tres hijos que tenía con peladas distintas a pesar de no haber cumplido los dieciocho y de toda la cocaína y la bareta y el trago que se había metido y de cómo no le temblaba la mano para acabar con el que fuera, y lo que era andar todos los días entre la vida y la muerte, mientras los documentalistas escuchaban descrestados, felices.

—¿Y por qué les inventaste todo eso? —le pregunté cuando me contó, camino a la casa de Humberto.

—Porque era lo que querían. Esos pelaos ven un sicario y se les para. Además ya me habían pagado y yo soy muy correcto en mis negocios.

—Marica, y cuando eso salga en televisión. ¿Qué vas a hacer?

—No, eso no va a salir en televisión. Era un trabajo pa' la universidad.

—Quién quita, a veces esas tareas de la universidad las usan para hacer programas que salen en televisión.

—Yo no creo.

Se preocupó pero se hizo el que no y no quiso hablar más del tema. Seguimos callados hasta la casa del tío.

32

LA PAZ

Afuera de la unidad deportiva había un mundo de gente tratando de chismosiar por entre el muro de policías filados con bolillos y fusiles. Al otro lado, donde quedaban los parqueaderos y las canchas de tenis, solo se alcanzaba a ver un peladero oscuro con morros de escombros y candeladas regadas, y más allá, entre la nube de humo y cenizas, el estadio con mordiscones gigantes y la tribuna alta despificada con las barandas colgando. Al lado del estadio estaba el edificio de las oficinas del Atlético Villalinda en el esqueleto pelado con chorritos de humo saliéndole de adentro.

Cuando don Efrem se bajó del carro la gente le abrió camino. Un grupo de policías se adelantó para cerrarle el paso pero los guardaespaldas levantaron las ametralladoras y el patrón siguió derecho sin determinar a los tombos.

Avanzó mirando al piso y levantando los pies entre montañas de ladrillo desmenuzado, vidrios rotos, latas hirvientes, enredajos de hierros retorcidos, postes quebrados y arrumes de piedra menuda, entre los que alcanzó a ver un reguero de cosas inservibles que no hacía nada estaban nuevas, un tenis *croydon* desjarretado, una camisa en hilachas, un maletín desflecado, un pie nono, un *rolex* en una mano sin cuerpo. De todas partes llegaba un rumor que ni sonido parecía, un silencio hecho de quejidos bajitos, bronquidos de llamas, sirenas de ambulancias y gritos confundidos, ¡Alberto, Alberto!, ¡Córranse de ahí!, ¡Berenice, Berenice!, ¡Levanten esa viga!, ¡Papá, papá!, y

el chasquido de pasos arrastrándose entre la ceniza. Gente chamuscada con los ojos perdidos tratando de ver por dónde es que estaba el mundo. Al patrón se le vino a la cabeza un cuadro que siempre estuvo colgado en la sala de la casa de su abuela, Ánimas del purgatorio, quién las pudiera ayudar, dijo bajito. Que Dios las saque de penas y las lleve a descansar, contestó Salsa. Bajó la cabeza para ver dónde iba a dar el próximo paso y vio una mancha grande de sangre en sus zapatos de cuero de culebra. Una mancha hasta de lo más pulida, que parecía parte del diseño, como si se los hubieran fabricado con la serpiente recién matada.

Pasó entre un grupo de bomberos que apagaban las llamaradas de un carro junto a la armazón pelada del edificio y se topó con varias caras largas y agachadas que se voltiaron al verlo pasar. Del edificio venían saliendo dos enfermeros de la Cruz Roja con una camilla. Cuando cruzaron frente a él reconoció detrás de la cara ennegrecida y las costras rojas del herido a Camilo Mosquera, Metegol, el diez del equipo y goleador del campeonato nacional.

—¡Camilo!

Mosquera alcanzó a voltiar los ojos nublados.

—Doctor.

Los camilleros siguieron de largo. El patrón fue tras ellos y se acercó al moribundo.

—Mijo..., ¿dónde están los otros muchachos?

Mosquera cerró los ojos sin alientos de hablar cuando ya lo metían en la ambulancia. Detrás venía un desfile de socorristas con más camillas. Vio pasar al Guajiro Cañas con una chamba que le cruzaba la barriga, al Puntilla Gviria boquiando y bañado en sangre, al Fusil Correa con un pedazo de vidrio clavado en el cuello y al Mico Perea con la cabeza abierta. Más atrás, arrastrado en hombros por dos socorristas, reconoció a Tato Ceballos, el director técnico, que apenas vio a don Efrem se puso a llorar.

—Doctor, ¿qué pasó? —Y era como una súplica al único que le podía explicar algo.

—Yo qué voy a saber, mijo. Gente mala. Pero tranquilo que esto no se queda así.

—Esto ya está así, doctor. —Y el Tato señaló la mano con dos muñones de dedo por donde le corría la sangre.

Don Efrem dio la vuelta y empezó a moverse hacia la salida cuando oyó un quejido delgadito que salía debajo de la tierra. Voltió a mirar pero solo vio una columna gruesa de cemento caída. El gemido se repitió y de abajo de la mole salió una cabeza chiquita, el pelo en grumos de sangre y unos ojos verdes bien abiertos mirando fijo. Don Efrem siguió andando, pero el gemido puntudo lo chuzó por dentro. Voltió, corrió hacia la columna y trató de levantarla con todas sus fuerzas. Los guardaespaldas fueron a ayudarle pero el bloque de cemento no se movió. El patrón se quitó la chaqueta *armani*, envolvió con ella un tubo grueso que había entre los escombros y se puso a hacer palanca. Los muchachos forcejearon un rato a su lado sin que el bloque cediera ni una pizca.

—¡Que traigan una hijueputa grúa, home! —gritó don Efrem desesperado.

Pero nadie estaba para obedecer. A ningún muerto le importaba incumplir órdenes y los vivos estaban bregando a salvar a los vivos. Al rato apareció un grupo de la Defensa Civil con palancas grandes y tubos gruesos. Entre ellos y los guardaespaldas lograron levantar la columna de cemento. Don Efrem alcanzó a ver las piernas apacharradas del muchachito que ya no miraba nada. Dio la espalda y arrancó hacia el carro esquivando escombros.

Unos periodistas con cámara al hombro se le quisieron acercar pero el patrón los separó con la mano sin mirarlos y cuando iban a insistir los guardaespaldas los encañonaron. En la puerta del carro paró en seco y miró a los periodistas que lo grababan desde lejos. Hizo amago de decirles algo pero se arrepintió y entró en la camioneta. Le ordenó al chofer que arrancaran para La Amistad. En el camino sonó el teléfono.

—Es el doctor Valencia —dijo Salsa.

Don Efrem iba mirando por la ventanilla, recostado en el vidrio. Levantó un dedo y lo movió a los lados. Se tapó la cara con las manos y se inclinó hacia delante. Salsa le dijo al doctor Valencia que el jefe no podía pasar en ese momento. Colgó y le pasó un pañuelo.

Don Efrem entró a La Amistad con pasitos afanados, la cara tiznada,

callado y cejijunto, y fue directo a sentarse en el sillón de cuero. Se quedó un rato mirando la pared, casi sin respirar y luego llamó a Salsa.

—Esto tiene pura cara del malparido de Cambalache.

—Póngale la firma —contestó Salsa.

—Cómo es que le dejamos coger tanto vuelo a ese hijueputa. Hágame el favor y me lo desentierra de donde esté y me lo desmenuza junto con todos los que participaron en este desastre.

—Como mande, patrón.

Después hizo llamar al Irlandés, que llegó a los diez minutos con su porte de pelao cuca de telenovela, los ojos azules y fijos como de vidrio, el pelo mono despelucado en el espejo y la sonrisa pareja y brillante que no se le deshacía ni en las peores crueldades.

—¿Vio las bombas que está poniendo el malparido de Moncada? —le dijo el patrón apenas lo vio entrar.

—Claro que sí, señor —contestó el Irlandés, simpático, como si le hubieran dicho que el día estaba lindo.

—¿Y nosotros por qué no hemos puesto una de esas? ¿Es que ese hijueputa tiene más plata que yo o qué?

—No habíamos necesitado algo de esa potencia para lo que usted quería.

—Pues ya lo estoy necesitando. Hágame el favor y me organiza una el doble de potente pa'ya mismo.

El Irlandés lo miró sin dejar de sonreírse.

—Una bomba de esas necesita su tiempo.

—Pues haga lo que haya que hacer. ¿Pa'cuándo me la tiene?

—Ummm... Deme unos diez días.

—¡Vida hijueputa la mía! No, yo no puedo esperar tanto. La necesito pa'más tardar el lunes.

—Voy a hacer lo posible.

—Yo no le estoy diciendo que haga lo posible, le estoy diciendo que necesito esa bomba explotada para el lunes. ¿Entendió?

El Irlandés movió la cabeza y empezó a salir sin decir nada. Cuando estaba en la puerta el patrón lo volvió a llamar.

—¡Oiga, Irlanda! Esta no la hace usted solo. Necesito que le enseñe a uno

de mis muchachos porque para lo que sigue usted solo no va a dar abasto.

El Irlandés pestañeó y la curva de la sonrisa se le tensionó un poquito. Don Efrem le clavó los ojos endemoniados.

—¿Qué? ¿Tiene algo que decir?

El Irlandés recompuso la sonrisa pero el resto de la cara se le puso tiesa. Don Efrem hizo llamar a la Monja, que de todos sus trabajadores era el único que había terminado el bachillerato, además de ser el más piloso para arreglar cosas dañadas y hacer marañas, y lo nombró alumno del Irlandés.

Al otro día la Chinga, Hermosura y otros diez hombres del patrón interceptaron a Cambalache por la canalización de la avenida El Libertador, cuando iba en el *renol nueve* rumbo al barrio El basural, de donde sacaba a los pelaos más duros para sus vueltas. Lo persiguieron como veinte cuerdas boliándole chumbimba pero al final se les escapó. Por la noche llegaron temerosos a darle el reporte al patrón.

—Pero le matamos a uno de sus hombres de confianza —se disculpó la Chinga.

—Y a mí de qué putas me sirve un hombre de confianza, yo lo necesito a él.

No se enojó tanto como temían sino que se quedó mirando la pared.

—Vamos a darle entonces por todos los lados hasta que salga de la madriguera. Ustedes síganmelo buscando que yo me encargo de lo otro —dijo, y luego los echó.

Volvió a llamar al Irlandés y le encomendó otra bomba más pequeña y más urgente. El Irlandés se quejó de que estaba *full* de trabajo y el patrón le gritó que para eso le había puesto un ayudante y que pidiera los recursos y la gente que necesitara pero que cumpliera con la orden. El Irlandés se fue diciendo que iba a hacer todo lo posible. A los dos días apareció la Monja con el encargo.

—Listo el juguete, patrón.

—Bueno, mijo, entonces para que empiece a entrenarse necesito que vaya y me la ponga en el bar El Pueblo.

—Pero eso está en pleno parque, patrón.

—Pues claro, malparido, ¿es que usted cree que yo no conozco este

pueblo o qué?

—Va a haber mucho muerto.

—¡Póngamela!

Explotó el sábado a las diez de la mañana y dejó hecho un rastrojero toda esa esquina del parque. Entre los muros desmigajados y los pedazos dispersos de sillas, mesas y patas de mesas de billar encontraron por partes los cuerpos del narizón ojazul, del gordito enguayabado, de dos de los señores pechisalidos y del cantinero. El único que se salvó fue el vampiro emparrandado de los poemas que saltaba entre los escombros humeantes gritando más desvirolado que nunca, ¡El infierno de Dante, el infierno de Dante! Pero ahí tampoco le pudieron dar a Cambalache.

El lunes explotó la bomba verdaderamente importante, la de la mansión Los Álamos, en la parte alta del barrio Santa Gabriela. Era la casa principal de los Moncada, el símbolo de toda su plata y su poder. El edificio de seis pisos, con piscinas en los balcones, solo ocupaba una parte de las tres cuadras completas de Los Álamos, que incluían una plaza de toros, un teatro para conciertos, un acuario con delfines y focas, una pista de motocrós y dos piscinas olímpicas. Doña Lucrecia Chavarriaga de Moncada volvía de visitar a su mamá con los dos hijos, Carlos Alberto y Lucas, cuando oyó la explosión y sintió el remezón de la tierra. De una supo que se trataba de lo que tarde o temprano iba a pasar porque desde hacía tiempos estaba claro que entre su esposo y don Efrem ya no había cosas sagradas. Muerta del susto le dio orden al chofer de devolverse y llamó al marido que de una le mandó un combo de escoltas y la encaletaron en un escondite. Antes de que pasaran los reportes en las noticias, la Monja, con cara de aburrido, fue donde el patrón a contarle que solo habían podido matar a seis empleadas del servicio, tres jardineros, dos celadores, cuatro gatos, dos perros y un chef, pero que la mujer y los hijos de Moncada se habían salvado.

—¿Y el edificio quedó jodido? —Fue la preocupación del patrón.

—No se cayó del todo pero quedó muy averiado.

—Bueno, ese después hay que barrerlo desde los cimientos —dijo menos inconforme de lo que la Monja esperaba.

Lo único que le preguntó de más fue si había aprendido bien a fabricar las

bombas y si sería capaz de hacerlas él solo. La Monja dijo que sí. Entonces el patrón mandó matar al Irlandés, aplicando la misma política que tenía para los jugadores del Atlético Villalinda, Nosotros con el talento nacional que tenemos no necesitamos contratar extranjeros.

La explosión de Los Álamos fue tan escandalosa y dejó tantos daños en una zona donde tenían casas varios ministros y gente del poder que los periodistas de la capital no se demoraron en caer y empezaron a mencionar el nombre de Luis Efrem Jaramillo Montoya, diciendo que se trataba de ajustes de cuentas entre mafiosos. El doctor Valencia llamó apenas apareció el reporte en la televisión.

—Tiene que parar esto. Lo que le dije, ahora usted está siendo señalado por todo el país.

—¿Cuál país, home, doctor?

—Ayyy, don Efrem, usted sabe de lo que estoy hablando.

—El país soy yo. No se preocupe.

—Pero hay ciertos límites...

—Los que yo ponga, doctor. Tranquilo.

El doctor Valencia se quedó callado.

—Vea, doctor, yo bombas no voy a dejar de poner. Pero para que no diga que no lo tengo en cuenta, voy a hablar con la prensa y me voy a defender.

Y ahí fue cuando invitó a ciento cincuenta periodistas a una fiesta de tres días con conciertos de Diomedes Díaz y Lisandro Mesa, en La Amistad. Los llenó de comida, trago y mujeres, y al otro día los reunió en el parqueadero para darles una rueda de prensa y un sobre con doscientos mil pesos a cada uno. Esa fue la vez que salió hablando en la televisión nacional, peinado de lado con gomina y la camisa abotonada hasta arriba, al lado de Mario Hurtado, que le daba indicaciones con disimulo. Se quejó de las injusticias a las que estaba siendo sometido, de la persecución policial, de las calumnias que le estaban inventando empresas periodísticas que distorsionaban la noticia y le inyectaban un veneno morboso y dañino, y denunció el ataque criminal a un club futbolístico que representaba la idiosincrasia de un pueblo, todo por sus orígenes humildes y su compromiso con los menos favorecidos, Yo no busco, y mi anhelo no es que haya un enfrentamiento entre el pueblo

villalindense, yo busco la paz y siempre he predicado la paz y he anhelado la paz, terminó diciendo y los periodistas casi lo aplauden.

Moncada se quedó callado un tiempo. No hubo ataques ni nada como en quince días. Aunque don Efrem sabía que algo debía estar tramando no le importó. Por el contrario, para demostrar que hacía lo que le daba la gana decidió organizar la fiesta más hijueputamente verraca que se hubiera hecho nunca jamás en La Amistad, en Villalinda y en el país. Pero en el fondo era una fiesta que le quería hacer a Lorena.

¿YO A USTED LE HE FALTADO?

El tío Humberto estaba en la puerta con una señora de gafas y vestido largo, que le hablaba toda rígida pero amable. Detrás había un moreno flaquito haciendo fuerza para no dejar caer tres cajas grandes de cartón apiladas que sostenía con las dos manos. Estaban por irse cuando llegamos.

—Muchas gracias, don Humberto, los muchachos de la escuela se lo van a agradecer mucho.

—De nada, doña Socorro, en mejores manos no podían quedar.

La señora se despidió y salió, con el muchacho sudando la gota gorda detrás, hacia un *simca mil* granate en el que metieron las cajas. Humberto nos vio llegar y la cara se le iluminó.

—Lo traje con la mente, mijo. —Se nos acercó estirándole la mano a Yovani.

Tenía su contentura de siempre, aunque más achicopalada, como si se la hubieran golpeado. Abrió la puerta y nos invitó a pasar. La sala era muy distinta a la que habíamos encontrado la vez pasada. Las estanterías estaban vacías y en el suelo había un arrume de cajas como las que iba cargando el morenito. Gardel, Julio Sosa y los señores barbados ya no estaban en la pared sino enrollados y tirados en el suelo al lado del equipo de sonido donde sonaba *De chiquilín te miraba de afuera como a esas cosas que nunca se alcanzan, la ñata contra el vidrio en un azul de frío que solo fue después, viviendo, igual al mío*. Lo único que estaba en el sitio era la mesa del centro

con unos papeles organizados en dos arrumes al lado de una botella de aguardiente que iba por la mitad, una copa y un vaso con agua.

—¿Un guarito? —Humberto señaló la botella apenas entramos.

—Bueno, señor —contestamos en coro.

Fue a la cocina y volvió con dos copas mientras nosotros mirábamos todo ese vacío.

—¿Y eso, Humberto? —Yovani hizo un redondel con la mano señalando las cajas.

Humberto alzó los brazos.

—¡Me voy! —Pero el entusiasmo no le salió completo.

Yovani se quedó frío.

—¿Cómo así? ¿Y pa'dónde?

—Pa'Buenos Aires. ¿No le había dicho, pues?

—Pero ¿no había descompletado la plata del viaje?

—Sí, pero ya la volví a completar. —Se rio y ahí mismo se quedó callado. Como no preguntamos nada siguió—. Me echaron de la empresa y me pagaron una indemnización.

Yovani miró las cajas analizando la situación.

—¿Y por eso va a desocupar la casa?

Humberto se arrimó a una de las cajas, cogió una carpeta forrada en terciopelo negro y nos la pasó.

—Es que por otro lado me mandaron una tarjeta de desinvitación.

Era un sufragio de los que les regalan los amigos a las familias de los muertos, donde dicen que alguien va a rezar por ellos. Lo abrimos como se abre una tarjeta grande de cumpleaños. En la hoja del lado izquierdo tenía una imagen en colores de lo más bonitos de Jesús arrastrándose por el suelo con las goteras de sangre saliéndole de la corona de espinas. En la hoja de la derecha había un escrito con letra de diploma, *Hermanitas Misioneras del Señor Caído. Misa cotidiana. Certificamos que el alma de Humberto Rodríguez, presidente de SINTRASODETEVI, participará en perpetuo de una santa misa diaria, de las oraciones y demás obras meritorias de nuestras misioneras. Y abajo no tenía los letreros de y para que tienen las tarjetas sino que decía Ofrece: Comando Anticomunista y Patriótico Villalindense.*

Yovani y yo miramos asustados el letrero y después a Humberto. Es muy raro ver con un nombre de muerto a alguien que uno tiene vivo al lado. Entre el plástico que cubría el sufragio había una hoja de cuaderno escrita a mano con letra de niño de cinco años. Yovani la sacó, *Le damos quince días para que se pierda de por aquí si no quiere que lo encuentren en un potrero con la boca llena de moscas, rata asquerosa.*

El tío Humberto sirvió aguardiente en las tres copas y levantó la de él.

—¡Salud, hijueputa!

Nosotros dijimos salud por decir, sin ganas. Nos quedamos callados. Yovani le pidió que le sirviera un trago más y se lo tomó de una. Humberto se veía tranquilo.

—¿No le da miedo? —le dijo Yovani.

—Miedo no, mijo. Rabia es lo que me daría darles a esos hijueputas el gusto de matarme. Nomás por eso me voy.

—Le devolvimos el sufragio y lo tiró sobre la caja como si fuera cualquier cosa.

—¿Y cuánto se va a quedar por allá? —le preguntó Yovani, desanimado.

—Yo no sé, mijo.

—¿Se va del todo? —le dije yo.

Levantó los hombros, cerró los ojos, sirvió otro guaro y volvimos a brindar. Se inclinó y nos habló bajito.

—Todo esto queda entre nosotros, ¿cierto?

Le respondimos que claro que sí y empezó a contarnos, como si estuviera contento, que se iba para donde un viejo amigo al que le decían Pepe de Lugo, un señor ya cucho y tanguero y solterón y sindicalista como él, que hacía años se había jubilado de profesor y se había ido dizque a conocer la tumba de Gardel y se quedó por allá. Mucha gente decía que Pepe se había muerto porque nunca volvió a escribir ni a reportarse con nadie. Solo con Humberto. Nos contó lo que le decía en las cartas, Hice vida por acá, hermano, donde también lo pueden matar a uno pero donde al menos no es hijo. Y le contaba cómo era su vida en una casa vieja de un barrio que se llamaba San Telmo, que salía a pasear por las tardes a un parque gigante donde la gente chupaba sol y tomaba mate, una juagadura de manga que era

lo que tomaban por allá en vez de tinto. Que la gente era jodida, que discutían por todo y se agarraban a putiarse en cualquier parte por política y por fútbol, pero que después de gritarse hasta quedar afónicos se iba cada uno para su casa sin matarse. Y Humberto se imaginaba caminando con el amigo por las calles que había oído toda la vida en las canciones, San Juan y Boedo Antiguo y todo el cielo y Pompeya y, más allá, la inundación, recorriendo en persona La Boca, Avellaneda, Barracas, Puente Alsina y El Bajo de Belgrano y la cárcel de Caseros, los lugares por donde había pasado el Zurdo Cruz Medina blandiendo su puñal, y se veía visitando la tumba de Gardel y cantándole la canción que le había compuesto. Y mientras nos contaba se le encharcaron los ojos y nosotros no sabíamos si era por la nostalgia de las cosas que iba a dejar por las que iba a vivir.

—¿Y no le da duro irse? —le dijo Yovani.

—Más duro me daría quedarme en medio de esta matazón. Esos tipos en últimas me están haciendo un favor.

Sirvió otro aguardiente y nos lo bogamos de una y Yovani, que se había tomado otros dos tragos dobles mientras Humberto nos hablaba, se paró tambaleándose, sacó la billetera, contó los billetes y se los extendió al tío.

—Antes de que se nos olvide. Vengo a abonarle algo del préstamo.

Humberto lo dejó con la mano estirada, mirándole la cara. Yovani se volvió a sentar.

—Me parece muy bien que sea cumplido, mijo. Me alegra mucho que no se acostumbre a las cosas regaladas. Pero quédese con esa plata que no la necesito. Esa deuda ya no existe.

Yovani dudó, pero yo lo pellizqué. Guardó los billetes con pena.

—Muchas gracias, Humberto —dijo y bajó la cabeza.

Humberto se paró, sirvió un aguardiente más y puso un *lonplay* en el equipo, *Vieja pared del arrabal, tu sombra fue mi compañera, de mi niñez sin esplendor, la amiga fue tu madre selva*. Vi que a Yovani se le estaba ladeando la cabeza. Me paré al lado por si necesitaba que lo ayudara.

—Humberto, nosotros nos tenemos que ir —dije mirando el cuerpo desgonzado de mi amigo.

Humberto se empezó a parar.

—Pero vea... yo les quiero dejar unas cositas —le habló a Yovani—. Quiero que usted se quede con mi equipo de sonido y con mi música. ¿Le gustan?

Yovani se movió un poquito atrás y le salieron las palabras lentas.

—Pues claro. Una bacanería, muchas gracias.

Humberto abrió una de las cajas de cartón, sacó la monografía de Villalinda y me la extendió.

—Y pa'usted que es curioso.

Luego me pasó un mamotreto empastado de hojas escritas a máquina con tinta roja. Lo recibí y le acaricié la carátula.

—Esta es una joya para mí, y se la doy porque yo sé que usted la va a valorar.

Medio ojié el libro y desde la primera página aparecían los nombres de Efreem Jaramillo y Bertulfo Moncada, que se repetían en varias hojas.

—Este es un libro que escribí sobre la gente de aquí. A usted que le gustan las historias, ahí tiene pa'que se entretenga. Cuídelo que es la única copia.

Vio que Yovani se estaba tambaleando y nos despidió de una. Nos acompañó hasta la puerta y ahí le dio un abrazo.

—Se me cuida mucho, mijo. No se vaya a dejar llevar por la corriente de acá que no va pa'ninguna parte. Lo digo yo que la he visto crecer y acabar con todo. Ustedes están muy biches y uno a esa edad es un caballo loco. Cuide a su mamá.

A Yovani se le inundaron los ojos y cuando se soltó del abrazo trastabilló y se cayó. Lo levantamos y lo sentamos en una silla.

—Yo me lo llevo —dije y empecé a cargarlo pero se volvió a caer.

Humberto me ayudó y lo volvimos a sentar.

—Mejor espéreme me cambio la camisa y lo llevamos. Por ahí derecho aprovecho para hacer una vuelta.

Fue a la pieza y me quedé con Yovani que me miraba con los ojos en la trastienda, Hermano, Manuel, hijueputa, usted sabe que yo lo he querido mucho. Sí, hermano, le contesté. Y nunca le he faltado ni le voy a faltar, dijo. Sí, Yovani, le dije. Dígame si le he faltado alguna vez. Nunca, hermano.

Nunca le he faltado ¿cierto? Nunca, hermano.

Humberto volvió metiéndose un sobre dentro de la camisa. Cargamos a Yovani y salimos a la esquina a coger un taxi. Me subí atrás con él y Humberto se hizo adelante. En el camino Yovani empezó, Humberto, Humberto. Sí, mijo, ¿qué paso? Yo a usted lo he querido mucho toda la vida. Gracias, mijo, usted sabe que yo también. Humberto. Qué, mijo. ¿Yo le he faltado alguna vez? No, mijo, cómo se le ocurre, quédese tranquilo que lo estamos llevando a la casa. Mi mamá me va a matar. Tranquilo, mijo, que yo hablo con ella, eso le pasa a cualquiera. Se quedó callado y cuando ya estábamos por llegar volvió a levantar la cabeza y me miró como si apenas me reconociera, Manuel, negro malparido, ¿yo te he fallado...? y no pudo terminar la frase porque se le vino una arcada y lo impulsé hacia la ventanilla pero en el camino alcanzó a vomitar el sillón. El taxista de una se voltió, Eyyy, no me vayan a ensuciar el hijueputa carro, home. Frenó y se fijó, Vida perra la mía, por eso es que no me gusta cargar hijueputas borrachos, me pagan y se me bajan ya. Humberto trató de calmarlo, Tranquilo, hermano, ¿va a decir que usted no se emborracha así? Pero yo nunca vomito en los hijueputas carros ajenos, fooo, me va a quedar el taxi pasado a vómito y ese malparido olor no lo saca nadie, me pagan y se me bajan ya. Humberto lo miró serio, Hermano, solo nos faltan dos cuadras, acábenos de llevar que yo le doy una plata de más pa'que mande a lavar el carro, y le mostró dos billetes. El man siguió refunfuñando pero nos llevó. Bajamos, Humberto pagó y el taxista arrancó emputado echando madres. Cargamos a Yovani hasta la puerta de la casa y tocamos. Cuando la mamá lo vio desmadejado pegó un grito.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó a mi muchacho?

—No le pasó nada, Amparo. Se emborrachó.

La cara de preocupación de doña Amparo se transformó en una de rabia.

—¡Usted sí es muy descarado! ¡Eso es lo que usted le enseña a mi hijo!

—Vos sabés que no es así, Amparo.

Como me dio berriendera por Humberto no me aguanté las ganas de meter la cucharada.

—No, doña Amparo, él se emborrachó solo, vea que nosotros estamos

bien. ¿Nos deja entrarlo? Antes vea que se lo estamos trayendo sano y salvo —le dije.

Doña Amparo nos abrió la puerta. Entramos a la casa y lo acostamos en la cama, al frente del Hombre Nuclear.

—Lo que pasa, Amparo, es que fueron a despedirse porque yo me voy.

Doña Amparo desgonzó los hombros y lo miró sorprendida.

—¿Cómo así? ¿Para dónde?

—Pa' otro país. El muchacho fue a despedirse y yo le entregué algunas cosas que le voy a dejar. Cuando se despierte le recuerda que vaya por ellas.

—¿Y hasta cuándo?

—Yo creo que del todo.

Doña Amparo se le acercó y le puso la mano en el brazo.

—Usted sabía que tarde o temprano lo iban a hacer ir...

Cuando llegamos a la puerta Humberto sacó el sobre de adentro de la camisa y se lo entregó.

—Y esto es para usted. Para los dos.

Ella recibió el sobre y sacó el papel que había adentro. Lo leyó, lo volvió a leer y se apoyó en el borde de la puerta como con ganas de desmayarse.

—Usted no me puede dar estas escrituras Humberto. ¿Cómo se le ocurre?

—Para que se libren de la esclavitud del arriendo. Eso les va dar un airecito.

Se quedó mirándolo suavemente y dijo sin querer decirlo, solo porque tenía que decirlo, porque le tocaba:

—Yo no le puedo recibir.

Humberto le sonrió.

—No se preocupe que no hay ningún interés detrás. Yo no voy a volver por aquí.

A ella se le hizo un taco en la garganta y cerró los ojos.

—Recíbalo como un homenaje a todo el amor que le tuvo mi hermano. Y al que yo le tengo y le tendré siempre.

Doña Amparo soltó las lágrimas. Humberto se acercó y se dieron un abrazo. Se quedaron un rato ahí, entre sollozos. Y yo al lado, muerto de pena de que los que pasaran por la calle creyeran que tenía algo que ver con esa

gente berriando a pleno día. Se soltaron del abrazo, Humberto se puso todo serio como si no le doliera nada y salió caminando derecho. Me fui con él y nos metimos a una cantina y empezamos a tomar aguardiente sobre aguardiente hasta que vomité.

MUCHACHOS DE MI BARRIO

Dentro del libro escrito en tinta roja había una foto vieja en la que aparecían juntos don Efrem, Moncada y el tío Humberto, cuando tenían la misma edad que Yovani y yo. Salían sonrientes, parados detrás del mostrador de un granero, al lado de otros pelaos y un señor calvo muy elegante.

Después del título *Muchachos de mi barrio* seguía una hoja con un letrero cortico y la firma del tío, *Cuento esta historia con base en lo que he vivido, visto, leído y escuchado. Lo que no sé me lo invento. Pero mentiras no digo.*

La historia empezaba con un grupo de niños entre ocho y diez años, Efrem Jaramillo, Bertulfo Moncada, Carlos Tamayo y Humberto Vargas, que se iban todos los días para la manga de El Hoyo a coger pescaditos y renacuajos y a robar guayabas en las haciendas del otro lado de la quebrada, y que se pasaban las tardes jugando chucha escondida y vaqueros contra indios. Efrem era un moreno paturrito y medio apagado al que le daban a veces unas rabietas que solo se le quitaban con una pela a punta de verbena que le pegaba la mamá. Bertulfo Moncada, alto y musculoso, era tremenda plaga, metelón y aventado, el que les ordenaba a los otros niños qué hacer y qué no. A Carlos Tamayo le decían Murrapo por chiquito, y vivía obsesionado con vender todo lo que se encontraban, que los pescaditos de la quebrada en bolsas transparentes a dos pesos, que las guayabas robadas a tres pesos la docena, que te cambio estos zapatos por los tuyos y me encimás ese llavero. Humberto, grande y peludo desde chiquito, era más bien callado pero no se

dejaba mandar y por eso a cada rato peleaba con Moncada.

Cuando Efrem cumplió los doce años los papás se fueron del barrio y los demás muchachos siguieron sus vidas sin verse tanto ni volver a la manga de El Hoyo. Carlos Tamayo se metió a los *boyescouts* y empezó a mantenerse en acampadas y reuniones, parchado con gente de otro barrio. Moncada consiguió novia y vivía en fiestas de garaje y no le volvió a interesar jugar nada. Humberto casi no salía porque se la pasaba leyendo revistas de *Kalimán el hombre increíble*, de *Arandú el príncipe de la selva* y de *Tamakum el vengador errante* y oyendo en la radio «La ley contra el hampa» y «Solución a su problema».

Tenían dieciséis años cuando Efrem, Bertulfo y Humberto se volvieron a encontrar en el supermercado de don Jaime Hincapié, que quedaba en la plaza de Mercado. Eso fue después de que a Efrem le tocara dejar el fútbol para ponerse a trabajar. Cuando don Roberto cayó en desgracia.

Don Roberto, el papá de Efrem, trabajó siempre en Tejicadena. Era de esos señores a los que toda la vida los recogió el bus de la fábrica a las cinco de la mañana para ir a volar ocho horas seguidas manejando una máquina con una aguja gigante, y que salían del trabajo derecho para la cantina de siempre a tomarse media de guaro conversada con los amigos, oyendo tangos, y que a las nueve de la noche se iban prendidos para la casa donde los esperaba la comida servida, frijoles toda la semana, sin cansarse las esposas de hacerlos ni ellos de comerlos, y a las diez de la noche ya estaban durmiendo para levantarse a que los recogiera el bus a las cinco de la mañana otra vez.

Los domingos tempranito iba al parque del pueblo con doña Dolores y los cuatro hijos, todos recién bañados, y después de la misa él despachaba a la familia y se quedaba en el bar El Pueblo charlando con los conocidos. Por la tarde oía el partido del Villalinda Fútbol Club y alguna que otra vez iba al estadio, que estaba recién construido. Esa fue la época en que el pueblo tuvo dos equipos profesionales, el Villalinda Fútbol Club y el Atlético Villalinda, que a los años se juntaron en uno solo. Don Roberto volvía por la noche a la casa todo copetón y saludaba a los hombres, Efrem, Jhon Jairo y Carlos, con una palmada en la espalda, y a Beatriz, la menor y la única mujer,

mandándola a que le trajera las chanclas y a doña Dolores pidiéndole que le sirviera la comida, y se sentaba a masticar callado mirando el plato. Solo algunas veces cuando estaba demasiado prendido levantaba la cabeza y les hablaba a los hijos, Hay que ser verracos en la vida, mijos, les decía, y no más, aunque esas pocas palabras ya eran mucho para los muchachos que las escuchaban como si les hubiera echado un discurso, porque sobrio era una tapia. Nunca se emborrachaba mal ni se ponía maluco ni se caía ni hablaba bobadas. Borracho era el mismo que sobrio.

Efrem era hincha del Atlético Villalinda y muy buen futbolista. Casi llega a ser uno de los jugadores más importantes de la historia. Un puntero derecho ni el verraco. Con el corridito entreputado de sus patas paturras parecía que no le rendía pero en verdad corría más que cualquiera. Y lo mismo de tímido que era afuera de la cancha era de metelón en los partidos. Goleador nato, con antenas que pillaban siempre el balón listico pa'l gol. Un técnico lo vio una tarde jugando en la calle y de una lo planilló en las inferiores del Atlético Villalinda. Todo el mundo decía que teníamos nuestro propio Garrincha, aunque mejor.

Cuando cumplió los trece años y ya lo iban a subir a la prejuvenil fue que don Roberto se desviroló y todo cambió para Efrem. Un día el papá no llegó a la casa a las nueve y media de la noche de siempre y cuando ya eran las doce y los frijoles seguían servidos en la mesa doña Dolores mandó a los muchachos a buscarlo. Después de dar vueltas por todo el pueblo lo encontraron en la manga de El Hoyo, al lado de la quebrada, llorando a moco tendido y gritándole a nadie, ¡Conservadores hijueputas, devuélvanme a mi papá, los voy a matar a todos! Lo incapacitaron tres días pero siguió perdiéndose y emborrachándose hasta que se le corría la teja. Ahí sí empezó a ser un borracho que se metía en problemas y hacía pasar vergüenzas a los hijos, Que vieron a su papá tirado en una acera de la Cuarenta, Que don Roberto anda dormido sobre un vómito en tal cantina y los muchachos se turnaban para ir por él. Empezó a faltar al trabajo hasta que lo echaron y después siguió bebiéndose la indemnización de la empresa y si no es porque doña Dolores le alcanzó a sacar una plata para comprar la casa en la que vivieron de alquiler toda la vida se habrían quedado en la calle, porque lo

demás se lo derrochó en bares y cantinas, llorando por el papá y matando conservadores imaginarios, hasta que en cosa de un año estaba tan mal que no podía ni caminar y los Jaramillo se quedaron sin un solo peso y con el cucho enfermo. Efrem y Beatriz dejaron el estudio para dedicarse a trabajar en lo que fuera. Jhon Jairo y Carlos todavía estaban muy chiquitos. Beatriz consiguió camello en El Baratillo, un almacén de variedades que toda la vida estuvo en la calle Cuarenta, en el que vendían zapatos, telas, parqués, portarretratos, uniformes escolares, juguetería en general, artículos para el colegio. Y allá se quedó para siempre, cumplió la mayoría de edad trabajando en El Baratillo, consiguió novio trabajando en El Baratillo, se casó trabajando en El Baratillo, tuvo dos hijos trabajando en El Baratillo, y se convirtió con los años en la empleada más respetada que todos vieron envejecer en El Baratillo. Ella fue la única persona que, años después, cuando ya Efrem era don Efrem, dejó de hablarle al enterarse de que en el negocio que tanta plata le daba a su hermano había gente mandada a matar. Efrem trató de convencerla de que no era mala persona y que esas eran cosas de los negocios pero ella no lo quiso escuchar. Fue de los golpes más duros que recibió el patrón en su vida, pero al final hizo de tripas corazón y fue como si la hermana nunca hubiera existido.

A Efrem no le dio tan duro dejar el colegio porque al fin y al cabo el estudio ni le entraba ni le gustaba. Pero tener que dejar el fútbol sí le sacó lágrimas de sangre. No tenía otra salida porque la situación en su casa se ponía cada vez más peluda. Se consiguió prestada una carreta sencilla de dos llantas adelante y se paró a la salida del granero El Surtidor, de don Jaime Hincapié, a ofrecerle la cargada del mercado a la gente que salía con bultos. Una especie de empacador de la época, pero independiente y dueño del carrito. Era tan piloso y tan servicial que todo el mundo en la plaza lo conocía. Don Jaime le cogió cariño y a los meses, como el negocio estaba creciendo y necesitaba más vendedores, lo puso a trabajar detrás del mostrador, atendiendo a la clientela. Le tocaba recibirles a los clientes la hojita en que traían anotadas las compras y con ella en la mano hacer varios viajes hasta el fondo del almacén cargando las cosas hasta el mostrador, ir tachando en la lista y poniéndoles el precio al frente. Al final entregaba el

mercado en una caja de cartón y sumaba en voz alta los precios, ocho y seis, doce, y nueve, veintiuno, bajo el dos y llevo tres, más quince son dieciséis para un total de ochocientos cincuenta y cuatro pesos con cincuenta centavos, señora, y la señora le entregaba la plata que él le pasaba al cajero junto con la lista y el cajero revisaba, cobraba y le pasaba la devuelta que él le pasaba a la señora que le devolvía una parte como propina.

Al año de trabajar en ese puesto el negocio había pelechado tanto que don Jaime consiguió tres empleados más para los fines de semana. El cajero nuevo resultó ser Bertulfo Moncada, que estaba terminando el bachillerato y el papá había hablado con don Jaime para que se lo pusiera a trabajar en los tiempos libres. Apenas se vieron Efrem y Moncada se abrazaron todos contentos, Cómo estás de grande, gran güevón, qué ha sido de tu vida, ¿un guarito o qué? Y para completar, a la semana siguiente llegó como vendedor Humberto. Volvieron a armar el combo de amiguitos del barrio, juntos pa'riba y pa'bajo, en el trabajo y en los descansos y en las bebetas... hasta que llegaron los negocios.

Efrem y Bertulfo nunca tuvieron en cuenta a Humberto para los negocios, pero a él le importó un pito y antes les agradeció que no lo hubieran querido involucrar. Por esos días Efrem ya conocía muy bien a los clientes y sabía que la mayoría eran confiados y no revisaban bien las cuentas y que a algunos era fácil cobrarles un poquito de más sin que lo notaran. Sacándole una chichigua a cada mercado podía sumar en un día lo que se ganaría de sueldo en dos. Le contó la idea a Bertulfo, que era el socio perfecto porque se encargaba de revisar las cuentas y manejar la plata y acordaron ensayar y partir por mitades. Les funcionó sin problema alguno y trabajaron así un tiempo con la idea de hacerse a un capital y algún día montar su propio negocio independiente.

El Surtidor era una proveedora que vendía de todo al por mayor y al detalle, más barato que en todas partes. La fachada del negocio se mantenía llena de gente recostada en el muro, con un costal al hombro y la lista en la mano, esperando el turno. Los sábados y los domingos había varias filas para la clientela en general y una para los compradores al por mayor, que eran atendidos por los empleados más antiguos y a veces por el mismo don Jaime,

que incluso los invitaba a pasar y les ofrecía tinto en la oficina del segundo piso.

Don Jaime tenía unos sesenta y cinco años. Era calvo, con una cara seria pero no maluca. Se vestía elegante, con saco y camisas blancas sin un solo sucio y usaba cargaderas. Hablaba ronco y despacio y nunca gritaba ni se enojaba pero las pocas veces que le sacaban la chispa era cosa brava. Le gustaba ser justo y quería mucho a los trabajadores. Hacía todo a lo correcto, menos en el asunto de los cigarrillos y los licores, que había empezado a comprar de contrabando porque las marcas que la gente más preguntaba y pagaba mejor no se conseguían legalmente o eran muy caras.

Empezó a ir al granero un señor alto y acuerpado, con un bigote grueso y una sonrisa tiesa, de camisas guayaberas, perfumado y bien puesto, siempre con tres macancanes detrás. Llegaba saludando formal a todo el mundo y seguía derecho para la oficina. Dejaba el aire distinto por donde pasaba. Era de esas personas que se notan en el ambiente así uno no las vea. Miraba como viendo todo desde arriba aunque tuviera la misma estatura de todo el mundo. Le decían Él y nadie le conocía el nombre. Empezó vendiéndole los puchos y el trago de contrabando a don Jaime y de tanto ir a conversar terminó siendo de confianza y hasta aconsejándolo en los negocios. Él fue el que hizo meter a don Jaime en el negocio de las *lambretas*.

Como don Jaime era tan preocupado por sus trabajadores se dio cuenta de que varios de ellos vivían muy lejos y les empezó a dar una plata extra para que se transportaran. Eso fue antes de que el gobierno sacara la ley de que las empresas tenían que pagar subsidio de transporte. Al segundo año las ganas de más plata le empezaron a hacer sentir ese pago extra como una carga y pensó en quitarlo y salirles con cualquier disculpa a los empleados, pero cuando lo iba hacer el gobierno ya había sacado un decreto que ponía como ley lo que él estaba arrepentido de haberse inventado sin saberlo. Una tarde estaba en la oficina haciendo cuentas cuando llegó Él y al verlo tan pensativo le preguntó si le pasaba algo. Don Jaime le contó el asunto de los subsidios y Él, que para cualquier tema tenía negocio, le fue diciendo como si fuera lo más lógico:

—¿Y por qué no le da una moto a cada trabajador? Y santo remedio.

Don Jaime lo miró bien a ver si estaba mamando gallo. Él siguió sonriente pero hablando en serio:

—Un socio mío está vendiendo las motos que decomisan en la aduana. Por la tercera parte de lo que valen. Motos nuevecitas y con todos los papeles. Usted se las vende a sus muchachos por el precio que valen en el mercado y se los descuenta del subsidio. Se ahorra una tercera parte y los empleados quedan felices.

Don Jaime se quedó mirándolo fijo. Hizo cuentas en su cabeza y se entusiasmó.

—Y ¿cómo hacemos?

Él habló como recitando una lección.

—Usted me dice cuántas motos necesita, yo le paso la información a mi contacto, él me dice cuánto valen, le damos la plata y en cosa de una semana tiene usted las motos aquí en el almacén.

Don Jaime se acarició el cachete sin dejar de mirarlo con una sonrisa de satisfacción. Luego pensó un ratico y se puso serio.

—¿O sea que yo le entrego la plata primero? ¿Y qué garantías tengo?

Él contestó ofendido.

—Si se lo estoy recomendando es porque lo conozco. Un tipo muy derecho en sus negocios, honesto, serio.

Las solas palabras de Él, tranquilizaron a don Jaime.

Al otro día reunió a todo el personal y le dijo que después de ver todo el sufrimiento que padecían con la cogedera diaria de transporte público había resuelto hacer un esfuerzo para darles motocicletas descontándoselas de la plata del transporte. Los cinco vendedores, el cajero, la secretaria y hasta la señora del aseo, que no sabían manejar ni se les había ocurrido nunca tener una moto, brincaron de contentos. Don Jaime envió ese mismo día el dato de la cantidad de motos que necesitaba, pagó el precio que pedían, y a los diez días tenía parqueadas en la puerta del supermercado seis *lambretas cientoveinticinco* de sillín largo y llanta de repuesto atrás.

Esa moto le cambió la vida a Efrem. Desde que se sentó en ella por primera vez, con un pie en la moto y el otro en el suelo, y sintió que era suya, propia, de él, que no había tenido ni bicicleta, se le amplió el pecho. A

medida que la aprendía a manejar se fue dando cuenta de cosas que ni se había imaginado antes, la tranquilidad de irse para donde quisiera a la hora que quisiera sin tener que esperar a que pasara el bus, el poder meterse por las rutas que le diera la gana y no las que le tocara, la libertad de parar donde y cuando quisiera y volver a arrancar cuando le naciera.

Cada momento que tenía libre lo dedicaba a andar la seca y la meca en la moto. Organizaba paseos con Moncada a conocer pueblos alejados de Villalinda, de los que volvía a su barrio mirando distinto, comparándolo con los paisajes que había visto y sintiendo además el respeto que le tenía la gente viéndolo motorizado. Si esto es con una moto, cómo será con un carro, se le pasó por la cabeza una tarde al volver de un paseo y la idea le quedó resonando tanto que al otro día madrugó a decirle a Moncada que tenían que inventarse una manera de ganar más plata para poder hacer un capital de verdad. A Moncada, que andaba pensando parecido, se le ocurrió mandar a sacar facturas de un proveedor que no existía para, cada tanto, en medio de cuentas muy grandes, meter una entre las cuentas del granero y dejar para ellos esa plata que no se le pagaría a nadie.

El cruce era bueno, pero no para usarlo muchas veces. Así que solo metieron seis o siete facturas en tiempos espaciados y nadie se dio cuenta. Ese fue el capital que invirtieron en el negocio de los cigarrillos y el trago, que los llevó a la quiebra. Y a la riqueza.

Al contrabando llegaron porque Efrem se encontró, después de años de no verlo, con Carlos Tamayo, en una cafetería del parque. Aunque seguía siendo un murrapo estaba convertido en un hombre hecho y derecho, pechipeludo, embambado y vestido con ropa de la más fina. Se pusieron a desatrasarse y a recordar viejos tiempos y en medio de la charla Carlos contó que se había salido de estudiar porque se aburría, que trabajaba con un tío haciendo viajes al puerto de La Guaira para traer cigarrillos y trago y que les estaba yendo superbién. A Efrem se le abrieron los ojos y empezó a preguntar cómo funcionaba el negocio, cuáles eran los riesgos, cuántas las ganancias, cómo se conecta uno con esa gente y Carlos le dijo que el tío de él era el encargado. Al otro día fueron Efrem y Moncada a la casa del tío, que la noche anterior había llegado de viaje y andaba en pantaloneta y camisilla por

toda la casa con un vaso de güisqui en la mano. Era flaco y blanco, casi albino, y miraba como apuntando con la nariz derecha y filuda. Ni les oyó el saludo a los muchachos y dijo:

—Cuánta plata tienen.

—Cinco mil —Efrem contestó seco y ronco.

El tío de Carlos voltió los ojos.

—No, yo no hago negocios con tan poquito.

—¿Cuánto es lo mínimo para empezar, pues? —Moncada se apersonó del negocio.

—Siete mil.

La plata que tenían llegaba a los siete mil, a fuerza de lidias. Acordaron que el tío cobraba tres mil por la vuelta y el transporte, y que con los cuatro mil restantes les traería veinte cajas de güisqui y cuarenta pacas de cigarrillos, que podrían vender en el mercado por diez mil pesos. Le dieron la plata y se despidieron del tío que al otro día salía para el viaje. Esa semana consiguieron los clientes y vendieron con anticipación todo el cargamento.

En la fecha acordada para el regreso del tío, Efrem fue a la casa de Carlos Tamayo como a la seis de la tarde a preguntarle por qué no había aparecido. Carlos le dijo que a veces se podía retrasar uno o dos días por una varada en el camino, por algún derrumbe o por un accidente. Vino a aparecer a la semana y supieron por una llamada de Carlos, Mi tío ya llegó, pero vino todo puto porque como que tuvo problemas. Efrem y Bertulfo salieron volados a ver qué era lo que había pasado. Les abrió Carlos y siguieron hasta el comedor donde estaba el tío comiéndose un pescado frito. Tenía la misma camisilla, las mismas chanclas y habló sin levantar la cabeza del plato.

—Se cayó el negocio, pelaos.

Efrem y Bertulfo se acercaron, pálidos.

—¿Cómo así, qué pasó? —Efrem apoyó la mano sobre la mesa.

El tío se sacó una espina de la boca y la puso en el borde del plato.

—Me agarró la policía. Me iban a llevar preso y me tocó negociar con ellos y dejarles el cargamento.

—¿Y la plata de nosotros? —A Bertulfo se le subió la voz.

El tío apoyó los codos sobre la mesa y los miró fijo, un ratico a cada uno.

—Se perdió, muchachos.

—¿Cómo así que se perdió? —Efrem manotió duro y habló golpeado—.
¿Y quién nos va a responder por la plata?

El tío los siguió mirando tranquilo.

—En estos negocios se gana o se pierde. Perdieron.

Bertulfo empezó a hablar desesperado, sin entender.

—Pero ¿cómo está usted aquí tan tranquilo después de eso? ¿Cómo sabemos que no se quedó con la plata?

El tío tiró el plato que se partió en el piso con un estruendo. Se paró metiéndose la mano en la cintura.

—¿Me estás tratando de ladrón en mi propia casa, hijueputa?

Efrem dio un paso y se le puso al frente.

—Lo que estamos diciendo es que alguien tiene que respondernos por la plata.

No había acabado de hablar cuando ya tenía el cañón de un revólver en la cabeza.

—Cuál plata ni qué hijueputas. —El tío gruñía, rojo de rabia—. Si les sirve esa explicación bien, y si no pónganla como quieran. —Empujó a Efrem y les señaló la puerta con la punta del cañón—. Y se me van ya de mi casa, malpariditos.

Salieron tallados. Caminaron sin hablar como dos cuadras y en una esquina Efrem agarró un poste a pata y puño gritando a los berridos.

—¡Me voy a conseguir revólver y voy a matar a ese hijueputa! —lloraba desesperado.

Moncada le habló de lejitos y suave.

—Fresco, hermano. Guarde energías que en carrera larga hay desquite.

Efrem mermó los gritos y los puños. Se sentó en la acera, respiró hondo y siguió caminando callado mientras devolvía el casete de lo que les había pasado y se daba cuenta de que para que a uno le vaya bien en esta vida no basta con tener malicia y plata, sino que también se necesita fuerza, poder, armas.

A la semana siguiente Él llamó a don Jaime para pedirle que le enviara unos documentos de urgencia y don Jaime mandó a Efrem, que era el de más

confianza. Efrem parqueó la moto frente a una verja dorada que ocupaba toda la cuadra. Tocó el timbre y vino a abrirle un tipo como de tres metros que le preguntó quién era y a qué venía y lo dejó entrar después de que por el *boquitoqui* le autorizaron. Pasó a un jardín con flores de todos los colores y formas que nunca había visto. Al fondo se veía una casa inmensa, en puro mármol, que más bien parecía un convento o un colegio, con ventanas gigantes y corredores al lado de la fachada y con manes vigilando por todos lados y un parqueadero lleno de carros donde alcanzó a ver un *mustan* y un *chevrolet camaro*. Una casa como para que vivieran por ahí cien personas. Lo mandaron a seguir por un salón alto como una iglesia al que le relumbraba la blancura con la luz del sol que entraba por los ventanales y caminó sobre el piso entapetado sintiendo ese aire de otro mundo, ese ambiente de valer la pena en la vida que dejaba Él por donde pasaba.

Estaba en la oficina con dos señores de saco y corbata que le hablaban con respeto. Era la primera vez que Efrem lo veía tan de cerca y durante tanto rato. A la vez que lo veía tan grande, tan sin tener que correr detrás de un bus o pagar un alquiler, le parecía alguien de su barrio, un vecino, un familiar, Efrem mismo.

Le entregó el paquete diciéndole, sin necesidad, que ahí le mandaba don Jaime. Cuando volvió a El Surtidor todo le pareció chiquito y poquitico. Incluido el mismo don Jaime que siempre fue su admiración y su ejemplo. Y nunca volvió a ver las cosas de la misma manera. Cuando les contó emocionado a Bertulfo y a Humberto lo que había visto en la casa de Él, remató diciendo, Yo voy a ser un rico sin miserias.

En la próxima vuelta que hubo que hacer a esa casa se ofreció de una. Había que llevar una caja de madera y dos sobres. Esa vez Él estaba solo en la oficina. Efrem entró y le entregó las cosas. Él dijo Gracias, miijo, casi sin mirarlo y Efrem no salió sino que se quedó parado al lado del escritorio.

—Discúlpeme, patrón, es que yo tengo otra cosa que decirle.

Él alzó la cabeza y le paró bolas creyendo que era alguna razón de don Jaime.

—Sí, dígame, pelao.

A Efrem se le nubló la vista. Por un momento se le olvidó lo que iba a

decir y cuando se acordó no era capaz de hablar. Él lo miraba esperando. Efrem tomó aire como si fuera a subir una loma y desembuchó sin arandelas.

—Es que yo quisiera trabajar con usted.

Se quedó tieso, pendiente de la reacción del duro. Él dejó los papeles que estaba revisando y lo miró de arriba abajo con curiosidad.

—¿Y por qué quiere trabajar conmigo?

—Porque lo admiro... y porque quiero vivir bien.

—¿Y es que trabajando con Jaime está viviendo muy mal o qué?

—Ya no quiero ser empleado.

—Si trabaja conmigo también va a ser empleado. —Se puso burletero—. ¿O es que quiere ser mi socio? ¿Cuánta plata tiene pues, mijo, para que hagamos negocios?

Efrem contestó como si nada:

—Es muy distinto ser empleado suyo a ser empleado en cualquier otra parte.

—¿Y por qué cree que podría trabajar conmigo?

—Cumpló todas las condiciones.

—¿Y como cuáles serían?

—La principal, no tengo miedo.

Él le miró la mirada decidida. Se paró, cogió un sobre del escritorio, le puso la mano en la espalda y lo empezó a sacar de la oficina.

—Me gusta mucho su verraquera, mijo. —Le entregó el sobre—. Llévele esto a Jaime. Después hablamos de lo suyo porque yo no me puedo poner a quitarle los trabajadores a mis socios.

Le dio la mano y cerró la puerta. Efrem salió sin saber cómo le había ido.

El miércoles de la semana siguiente cuando salió del trabajo lo estaban esperando dos macancanes para decirle que el jefe lo necesitaba. Efrem arrancó de una para la casa inmensa, asustado y contento a la vez. Él lo recibió en la oficina y le dijo que le había impresionado por lo metelón y avisado y que lo quería ensayar con un primer trabajo en un negocio muy bueno en el que estaba incursionando.

—Pa'las que sea —dijo Efrem emocionado.

El trabajo consistía en irse el fin de semana para los Llanos del Danubio y

volverse en un avión con un cargamento. Solo le tocaba viajar al lado de los bultos, sin tener que hacer nada. No me gusta que esa carga se me venga sola con el piloto, dijo Él y Efrem repitió, Pa'las que sea, patrón.

Ese viernes por la noche llegó al aeropuerto nacional Leopoldo Zapata de Villalinda con una mochilita en la que cargaba una muda de ropa, calzoncillos, toalla, jabón, un tubo de *kolinos* y cepillo de dientes. Era la primera vez que montaba en avión, pero fue como si no hubiera montado porque la nave por dentro no se parecía en nada a las que había visto en televisión. Era como una habitación grande y embombada, con paredes de lata, sin ventanillas. Una bodega que iba por el aire. Un piloto malacaroso le indicó que se subiera y cerró la puerta. Efrem se quedó mirando las latas viejas sin entender cómo podía hacer esa cafetera para levantarse del suelo. Lo único que le hizo sentir que iban volando fueron los remezones y bajonazos que le desprendían el estómago del cuerpo. A las tres horas aterrizaron en una pista hechiza en un pueblo que se llamaba Arrayanes, entrando en la selva. Durmió en una especie de campamento y antes de que amaneciera lo despertaron para que ayudara a cargar el avión. Eran costales grandes que no pesaban casi, para el tamaño que tenían. Efrem trabajó callado siguiendo las instrucciones del piloto, porque ya sabía que el éxito en esa vida dependía de no andar preguntando cosas.

Cuando el avión quedó repleto se acomodó apeñuscado entre los bultos. Cerraron la puerta y sintió que pegaban carrera, se levantaban y se estabilizaban en el aire. A la hora de vuelo se le arremolinó un frío por dentro, un vacío más hondo que el de los bajonazos del avión. El apeñuzcamiento, el encierro, el ronquido de perro apestado del motor y la sensación del estómago desprendiéndosele le hicieron sentir el mismo desespero de cuando tenía cinco años y los primos lo metían en un escarapate y lo movían como si fuera una maraca hasta que ya no aguantaba más y se soltaba en un ataque de ira y berridos. Pero esto es un trabajo, es plata, pensó para no dejarse llevar por la sensación. Se puso a mirar los costales y a pensar cuánto le irían a pagar, cuando el avión se zarandeó y se oyó el rasgido de un costal que se rompía con una lata suelta del techo. Efrem trepó entre los bultos para desengarzar el costal y cuando lo agarró y vio lo que tenía adentro

se quedó pasmado. Estaba lleno de plata gringa, de dólares, que en esa época valían veinte veces más que la plata de Villalinda. Iba en un avión de carga repleto hasta la coronilla de costales de dólares. Pasó turuleto el resto del viaje. Cuando volvieron al aeropuerto Leopoldo Zapata, Efrem ayudó a bajar los bultos y salió empitado para donde Él a reclamar el pago. Le dieron mil quinientos pesos. Lo que se ganaría en tres meses de trabajo con don Jaime.

Por esos días empezaron a llegar a Villalinda montones de plata desde distintos lados, porque Él no era el único que había incursionado en el nuevo negocio. Llevar cocaína a la *usa* no era tan aparatoso como el contrabando o la marihuana. Y dejaba quinientas veces más ganancia. Todavía el negocio no incluía matar a nadie, o por lo menos no a demasiadas personas, y la ley no le había montado la perseguidora, ni llamaban mafiosos a los que trabajaban con el tema. Muchas personas del pueblo empezaron a trabajar con alguno de los duros porque cada vez se necesitaba más gente. Con la nueva plata fue cambiando la presencia de los barrios. No era sino recorrer una cuadra para uno saber quiénes estaban en el merengue y quiénes no, por la forma como iban arreglando las casas. Los vecinos de toda la vida de un momento a otro tumbaban el frente y hacían un garaje para meter tres carros recién comprados, una casa de ladrillos sin revocar amanecía con fachada de piedra bogotana y barandas de palacio, un rancho de bahareque se volvía un edificio de cuatro pisos con estatuas de piedra lisa en la entrada. Uno podía ir por la calle y decir, Los de aquella casa de ventanales polarizados y balcones de mármol coronaron, Aquellos vecinos que tienen un solo garaje y echaron plancha apenas están comenzado, A los de esa casa que se quedó con el cuarto piso a la mitad y el hueco de la piscina sin terminar se les cayó el viaje, Estos del antejardín con enanos de colores y el jacuzzi en el balcón están trabajando con los más duros, El de la esquina que mantiene el mismo vividero de toda la vida no está en la pomada. Y así.

En diciembre, antes de que Efrem hiciera el viaje en el avión, a Moncada lo invitaron a una fiesta donde los Correa, vecinos de toda la vida. La casa estaba toda remodelada, entapetada pieza por pieza, con una piel de oso en la sala y una cocina integral con todo automático que la mamá no sabía manejar. Rafael, el mayor de los hijos, había organizado una fiesta para todo el barrio

con matada de marrano incluida. Cayó una tracamanada de gente y todo el mundo bebió y comió de cuenta de los Correa. A las doce de la noche, cuando la gente se estaba dando el feliz año, Bertulfo se tomó un aguardiente doble que se le fue por el camino viejo, lo agarró la urgencia de botar la tapa y salió derecho para adentro, sin mirar por dónde iba, buscando un baño. En medio de la prenda y el afán abrió una puerta del fondo y se metió en una semioscuridad por donde encontró un sanitario al que se le tiró en voladora. Vomitó hasta el pastel de la primera comunión y cuando salió descansado pudo ver mejor la pieza por donde había entrado. La pared del fondo era un muro grueso y verde, que iba hasta el techo, de pilas y pilas de dólares en fajos como ladrillos puestos unos sobre otros. Pensó que estaba viendo visiones, miró para un lado y vio otra pared de las mismas y en el lado contrario otra igual de gruesa y alta y por todos lados había torres de fajos de billetes filados y cuando se dio cuenta estaba en la mitad de una habitación gigante repleta de dólares y dólares y dólares. Se le pasó la borrachera, salió a los tropezones, sin hablarle a nadie, se fue derecho para su casa y se acostó confundido a soñar con dólares y dólares y dólares. Por eso era que a veces cuando se emborrachaba mucho y borraba casete empezaba a hablar enredado, con cara de susto y asombro y un hilo de babas cayéndole del labio, Dólares, dólares, dólares. Y ni siquiera años después cuando tuvo con qué forrar casas enteras de billetes dejó de recordar esa imagen y nunca más ninguna plata le pareció tanta como la que sintió que había esa noche en esa pieza de la casa de los Correa.

O sea que cuando Efrem le contó lo del avión, Moncada ya sabía de qué le estaba hablando. No dijo nada sino que lo felicitó por haberse enganchado con Él y le dijo que no se olvidara de él si en algún momento veía la posibilidad de una chanfa con Él. Lo que le quedó claro a cada uno después de lo que les había pasado fue que la mucha plata estaba al alcance de la mano. Pero ninguno de los dos se afanó y siguieron con su trabajo en el granero de don Jaime.

Él volvió a llamar a Efrem para que cuidara una caleta durante un fin de semana y después lo mandó a supervisar el conteo de una mercancía y más tarde a reclamar una plata en una olla maluca. Todas las tareas las cumplía

bien y en cualquier oficio se desenvolvía como si estuviera en su salsa. Meses más tarde Él por fin le propuso trabajo de tiempo completo, acompañando unos viajes por carretera. Al otro día de la propuesta ya iba Efrem por la vía a Los Yarumos en un camión cargado de mercancía, con el chofer y dos macancanes en el volco. Era el responsable de que la mercancía llegara a su destino y le tocaba estar pendiente de todos los detalles del viaje. Desde el principio los compañeros le tuvieron respeto no tanto por la presencia de bravo y serio que había puesto sino porque sabían que venía contratado directamente por el patrón. Pero con los días empezaron a respetarlo por ser Efrem.

Desde los primeros viajes corrió el chisme de que cargamento que fuera con él no había quién lo parara porque ese muchacho siempre iba derecho pa'donde fuera, haciendo lo que hubiera que hacer, enredando, comprando, amenazando o cascando a los tombos o al que fuera, según el caso.

La fama nació en uno de los primeros viajes, por la vía que llevaba de los Llanos del Danubio a la capital, cuando unos tombos pararon el camión y después de raquetiar el volco pillaron la mercancía. Efrem les echó carreta, les ofreció plata y buscó salvar la carga por todos los medios tranquilos, pero el jefe de policía se ranchó en incautarla y llevárselos detenidos. Ya los estaban acorralando ocho tombos con rifles cuando Efrem, sin que nadie se lo esperara, porque esos métodos todavía no se habían empezado a usar, sacó el revólver sin comer de nada, le apuntó en la cabeza al jefe y empezó a gritar con una voz ronca que no parecía de él, como un rugido que viniera de abajo de la tierra y se le metiera en el cuerpo, Me llegan a tocar un solo hijueputa paquete de este cargamento y no queda vivo ninguno de ustedes ni de sus familiares, porque no saben con quién se están metiendo, malparidos, mientras los señalaba con un dedo furibundo y los miraba con ojos de diablo. Luego tiró un fajo grueso de billetes a los pies del jefe de los policías y siguió derecho, con cara de ofendido, hacia la cabina del camión mientras los macancanes y el chofer lo seguían extrañados y los tombos le abrían camino. Todavía no tenía su primer muerto encima, pero todos creyeron que venía de matar a medio mundo.

Al año ya era el jefe de transportes y empezó a manejar rutas de coca a la

usa. A medida que conocía el negocio y se cogía confianza se le fueron abriendo las agallas. No solo aumentó la cantidad de viajes sino que se inventó nuevas vías para meter más polvo en la *usa*. En dos años ya se había convertido en la mano derecha de Él. Ahí fue cuando metió a Moncada en el negocio.

Una tarde Él dijo que necesitaba a alguien de confianza para llevar las cuentas de las nuevas rutas y legalizar la plata y Efrem le habló maravillas de Moncada, que además de organizado para las cuentas y piloso para los negocios había empezado a estudiar contaduría en la universidad. Él mando a llamar a Moncada, que de entrada le cayó bien por educado y respetuoso, y lo contrató. Para empezar le encargó un inventario general de las propiedades y del estado de los impuestos. Moncada le entregó el trabajo en una semana y además le presentó un plan para no pagar algunos impuestos a punta de cuadernos inventados, empresas de mentiras y sobornos a empleados del gobierno. Él siguió las recomendaciones, por ensayar, y resultó que la maroma era ganadora. Impecable, dijo.

Moncada era la pieza que faltaba a la máquina de hacer plata en la que se convirtieron los tres juntos. Funcionaban como si hubieran entrenado toda la vida. Él sabía dónde se movía el billete y cuáles eran las puertas que había que abrir, Efrem las sabía abrir por las malas y Moncada por las buenas y además cuidaba el capital y multiplicaba las ganancias. La máquina funcionó quince años hasta que a Él lo mataron saliendo de un restaurante. Pero antes de morir alcanzó a juntar la riqueza más grande que hubiera existido en Villalinda hasta ese momento. Efrem y Moncada se aprendieron de memoria en esos años todos los tejemanajes del negocio y consiguieron quinientas veces más plata que la que habían visto en la bodega del avión y en la casa de los Correa.

Más que trabajadores se volvieron los hijos que Él acabó de criar. En ese tiempo cada uno cogió del jefe los aprendizajes que le convenían de acuerdo con su modo de ser. Efrem aprendió a deshacerse de los sentimientos y de las personas que no le servían para sus negocios, sin dudas ni remordimientos, y el pelao enclenque y tímido que una tarde lejana se había atrevido a pedirle trabajo a Él se convirtió en un señor macizo y barrigón que con su sola

presencia metía miedo. Moncada aprendió a relacionarse con gente importante para lograr a punta de malicia las cosas en las que no alcanzaban las balas y la plata, y el sardino bonito y malicioso que de entrada le propuso una contabilidad torcida al rey de los torcidos se volvió un hombre elegante y educado, agradable y enredador, con la puñalada marranera siempre lista debajo de la queridura.

Por esa época Efrem compró el terreno de La Amistad, que al principio era solo una finca con una casa de bahareque, y Moncada conoció en una fiesta de duros a Lucrecia Chavarriaga, una niña firififí, con la que se casó al poco tiempo y le mandó a construir la mansión de Los Álamos y le montó el negocio de almacenes Creaciones Mimí.

Las cosas empezaron a cambiar el día en que Él salió de un restaurante en el barrio Santa Gabriela y se encontró de frente con un combó de veinte manes en motos y camionetas que sin darle tiempo ni de pestañear lo agarraron a plomo, dejaron el carro como un colador y a Él hecho un guiñapo irreconocible. Nadie nunca supo quién había sido el responsable. Efrem y Moncada hablaron de unos puertorriqueños de la *usa* con los que Él se había aliado. Pero no dijeron nada más y nunca hubo venganza sino que ambos pasaron a ser los jefes del negocio y siguieron trabajando juntos con el mismo sistema que tenían cuando Él estaba vivo.

Sin que estuviera Él para tomar las últimas decisiones les tocó encontrarse de frente, y las maneras que cada uno tenía de hacer las cosas empezaron a chocar cada vez más fuerte porque lo que había en juego ya no era solo plata sino el barril sin fondo de las ganas de mandar más que el otro. Moncada quería mantener a lo bien las relaciones con los duros de otras partes del país que les hacían la competencia y a veces se les querían meter al rancho. Pero a Efrem le dio por solucionar las cosas matando a todo el mundo por cualquier pendejada. Si nos llenamos de enemigos innecesarios no vamos a durar, le decía Moncada, enojado. Precisamente lo que estoy haciendo es acabar con los enemigos, contestaba Efrem con el pecho salido y Moncada fruncía la boca.

Luego ocurrió que la policía gringa les cogió un cargamento grande que estaba entrando por Miami. Moncada desde Villalinda trataba de negociar por

teléfono para que no les detuvieran el cargamento. Pedían una cantidad muy alta y Bertulfo trataba de rebajarla, pero Efrem dijo que no iba a darles un solo peso de su plata y les ordenó a sus hombres en la *usa* que respondieran con bala. Hicieron una matanza que convirtió el problema en un escándalo. Moncada se enfureció y lo trató de bruto y Efrem lo trató de señorita asolapada y de palabrero. Siguieron un tiempo trabajando juntos sin hablarse, cada vez más distantes y con la policía de la *usa* con el ojo puesto en ellos.

Para acabar de ajustar Efrem se empezó a juntar con el doctor Valencia.

—A veces es necesario meterse con los políticos, pero no con ese —le dijo Moncada apenas supo que estaba haciendo negocios con el doctor.

A Efrem le pareció que se lo decía con el tonito de mejor familia que tanto le chocaba y que cada vez se aguantaba menos.

—Yo hago lo que me da la gana. ¿Le va a enseñar a su papá a hacer hijos?

—Pero lo que usted hace nos afecta a los dos.

—Entonces ábrase.

Al fin se cansaron de no entenderse y decidieron separarse. Se repartieron las rutas y las propiedades, y cada uno siguió trabajando por su cuenta. Funcionaron un tiempo sin pisarse las mangueras, hasta una vez en que los hombres de Efrem llevaban un cargamento por Las Bahamas y se encontraron con otro barco que iba por la misma ruta y lo agarraron a chumbimba pensando que eran tombos. Los otros contestaron boliando ráfaga corrida y cuando estaban todos agujereados los de Efrem se dieron cuenta de que en la otra embarcación venía gente de Moncada que al verlos acercarse también habían pensado que eran policías. Cuando Efrem se enteró llamó a Bertulfo enojadísimo y lo amenazó con declararle la guerra, pero Moncada, calmado, le dijo que se acordara de que esa ruta la habían dejado abierta para los dos y que en vez de pelear mejor juntaran los contactos que Moncada tenía con el gobierno de Las Bahamas más la fuerza y la capacidad de carga de Efrem para meter por esa ruta el triple de mercancía que cada uno metía por la suya. Efrem desconfiaba pero pensó que Moncada no iba a ser tan bruto como para jugarle sucio. Aceptó por ver cómo era la cosa y se sorprendió cuando pudieron pasar siete toneladas en el primer viaje.

Celebraron entusiasmados y decidieron mandar un segundo cargamento con diez toneladas. Ahí comenzó el problema mayor. El filo que cortó el hilito que les quedaba de amistad.

Efrem andaba en plena rumba en La Amistad cuando a las seis de la mañana lo llamó Moncada y le dijo que se fuera para la mansión de Los Álamos, que había pasado algo. Efrem salió volado y encontró a Moncada en levantadora hablando por teléfono y dando pasos largos por la sala.

—Ofrézcales más y váyale subiendo de a diez millones a ver si salvamos algo —decía.

Le señaló una silla a Efrem, que se sentó sin quitarle la mirada, arrugando la frente. Por la puerta del fondo entró un niño como de dos años, empijorado y con un oso de peluche en la mano. Moncada escuchaba concentrado y con los dientes apretados lo que le decían por el teléfono. El niño se acercó a Efrem y le ofreció el oso. Efrem voltió la cabeza sin pararle muchas bolas y cuando vio los ojos limpios y brillantes del muchachito se paró como si le hubieran pegado un golpe y caminó hacia Moncada que ni cuenta se había dado de la presencia de su hijo. El niño se devolvió hasta la puerta y se sentó en el suelo a retorcerle las patas al peluche. Moncada colgó y miró a Efrem con cara de desconsuelo.

—Nos caímos, hermano.

Efrem se puso rojo y tronó con el vozarrón de diablo ronco que puso a vibrar los vidrios de las ventanas.

—¡Cómo que nos caímos, hijueputa!

Moncada no tuvo tiempo de responder porque el niño soltó un berrido más fuerte que el grito de Efrem. Corrió a cargarlo mientras Efrem aguantaba la respiración con la cara cada vez más roja. El niño gritaba como si lo hubieran pellizcado.

—Ya, ya, no pasa nada... ¿Qué hacés a esta hora levantado, Lucas? Vamos para la cama.

Salió con el niño por la puerta del fondo. Volvió al momentico y habló antes de que Efrem tuviera tiempo de decir algo.

—Nos agarraron los de la *dea*. He estado tratando de negociar pero esa gente ahora está muy dura.

Efrem empezó a manotiar y gritó enfurecido.

—¡A mí eso me importa un culo!

Moncada le señaló la puerta del fondo. Efrem bajó el volumen y habló atragantándose mientras le apuntaba con el dedo.

—A mí no me vas a salir con cuentos raros. Me respondés por lo mío y listo.

Moncada estaba serio, como si se le hubiera muerto alguien.

—Vos más que nadie sabés que en estos negocios se gana o se pierde. Los dos estamos perdiendo.

Efrem echó la cabeza para atrás y lo miró desde arriba, midiéndolo con un gesto de desprecio y rabia.

—¿Nos cogen un cargamento de cincuenta millones de dólares y me lo estás diciendo así tan caripelado? ¡No me creás tan güevón, Bertulfo! Que yo te conozco bien.

A Moncada se le enfurruñó la cara.

—¿Me estás tratando de ladrón?

Efrem se le acercó como si fuera a apuñalarlo.

—Te estoy diciendo que necesito la mercancía o la plata si no querés que vuele mierda al zarzo.

Moncada se puso rojo y subió la voz.

—A mí no vas a venir a amenazarme en mi propia casa.

—Tomalo como te dé la malparida gana pero no voy dejar que un hijueputa desagradecido que yo ayudé a salir adelante me venga a pasar por encima. Me respondés o te las ves conmigo.

Moncada infló el pecho y se adelantó hacia Efrem.

—Yo no tengo nada por qué responderte. —Lo miró fijo y dijo la frase despacio—. No-te-voy-a-dar-un-solo-peso. Porque yo también estoy perdiendo.

Efrem se empinó y lo agarró del cuello y Moncada le mandó un puño. Empezaron a forcejear cuando se abrió la puerta del fondo y apareció el niño arrastrando un dinosaurio anaranjado por la cola. Moncada fue a cargar al niño. Efrem empezó a salir.

—Agradecé que estás en tu casa y que hay un culicagado.

Cuando llegó a la puerta paró y se voltió.

—Caranga resucitada, hijueputa. Atenete porque te voy a sacar peso sobre peso.

Con el escándalo aparecieron los guardaespaldas de Moncada que vigilaban en la sala. Bertulfo amacó al niño con el brazo izquierdo y con la otra mano les hizo un gesto de que los dejaran, que no pasaba nada. Avanzó hacia Efrem pisando duro, con el niño en brazos.

—Yo guerra no quiero pero tampoco te tengo miedo.

—Pues vaya teniéndomelo porque no se imagina lo que se le viene.

Moncada se pasó el niño al otro brazo y estiró la mano libre con el puño apretado. El niño empezó a tocarle las venas hinchadas del cuello.

—Póngala como quiera que ya estoy mamado de aguantarle sus rabetas.

—Señaló la puerta de salida—. Y creo que no tenemos nada más que hablar.

Efrem escupió sobre la alfombra y salió. Cuando estaba afuera se oyeron varios tiros al aire.

Esa semana ocho manes enfierrados y con brazaletes falsos de la policía entraron a las oficinas de Creaciones Mimí, en la calle Cuarenta, y se llevaron al gerente operativo Rodrigo Moncada, el hermano menor de Bertulfo. Efrem pidió trescientos millones de pesos para liberarlo, pero Moncada decidió no darle un solo peso y puso a toda la policía de Villalinda a trabajar en el rescate. A los veinte días un comando de tombos y orangutanes de su escolta personal cayó de sorpresa a la finca El Espinal, al otro lado del alto de El Vergel, donde tenían a Rodrigo. No quedó un solo secuestrador vivo. Pero tampoco el secuestrado.

Moncada pasó una semana deprimido, pero por debajo de la tristeza le titilaba el orgullo de no haberse dejado ganar la mano por Efrem, mezclado con una rabia chiquita y oscura hirviéndole en el pecho sin dejarlo pensar en otra cosa que no fuera la venganza.

A los dos días Carlos Jaramillo, el hermano menor y la ñaña de Efrem, que era el encargado de hacer los mandados menores en La Amistad porque no servía para nada más desde que agarró el vicio del bazuco, iba entrando a una ferretería del parque cuando se lo robaron varios tipos en una camioneta blanca cuatropuertas y llantabalón. Lo encontraron repartido en cinco bolsas

de polietileno en las orillas del río La Madre.

Y así comenzó la cadena de yo te mato a este vos me matás a aquel, yo te robo esto vos me robás aquello, que duró un par de años hasta que Moncada decidió acabar con el asunto de una vez por todas y en una semana dio dos guarapazos contundentes que ya no iban contra la gente de Efrem ni contra sus pertenencias sino contra la persona de su enemigo. El primero fue la orden de captura que le puso a Efrem un juez pagado por Moncada. Una orden de captura a él, que siempre había decidido a quién había que capturar en Villalinda. Y para acabarlo de achicopalar le mandó a hacer el atentado del que Efrem se salvó tirándose por un barranco. Fue la primera vez que tuvo que esconderse. Pasó encaletado unos días pero como lo desesperaba mucho el encierro decidió salir a airearse y cayó de sorpresa a la fiesta de cumpleaños de Salsa, sin que se le pasara por la cabeza que iba a conocer a Lorena y le iba a cambiar la vida cuando estaba al borde de la muerte.

35

LA PARRANDA

Después de la bailada interrumpida don Efrem no se volvió a reportar. Apareció como a las dos semanas. Lorena acababa de volver de clase de yoga cuando sonó el teléfono.

—Lorenita, cómo le ha ido. —No tenía la voz mandona, aunque no dejara de ser don Efrem. A ella le gustó.

—Bien, Efrem. ¿Y usted? ¿Qué ha hecho?

—Pensarla y tomar agüita, hija. Me toca llamarla a mí porque usted es muy ingrata y no se digna ni un saludito a ver cómo anda uno.

—A lo mejor no me ha nacido. Y yo nunca he pensado que usted la pueda estar pasando mal.

Don Efrem se rio.

—Pero yo la estoy llamando para una cosa muy importante, bizcocho.

Se quedó callado esperando a que le picara la curiosidad pero ella no dijo nada. Entonces siguió.

—Es que estoy organizando una fiesta muy especial y en la organizada he estado pensando que usted es la invitada más especial.

—Muchas gracias —contestó querida pero sin mucha emoción.

—¿No le alegra que hagan una fiesta dedicada a usted?

Lorena ignoró la pregunta pero le sonó la idea de una fiesta.

—¿Y cuándo sería?

—Este fin de semana. Empezamos el viernes por ahí hasta el lunes o

martes.

—Ahh, pero larguita la celebración.

—Es que parrandiar un solo día es botar la platica, mi amor. La espero pues, porque si usted no viene es como si a una fiesta de quinces no fuera la quinceañera.

—No me comprometa sin preguntarme. ¿Si no quiero ir?

Don Efrem carraspeó y respondió seco, como hablando de un negocio, para que ella tampoco se las diera de tanto.

—Yo no la estoy comprometiendo, señorita. Si usted no viene, la fiesta de todas maneras se hace. —Apenas dijo eso pensó un momento y siguió hablando con tono de pedir un favor—. Pero sería mejor si viene... y además yo quisiera que usted me diera la oportunidad —y se puso malicioso— de darle una sorpresa que sé que le va a gustar mucho.

Lorena se rio.

—¡Usted sí es muy charro, Efrem! De verdad no me sentaría mal una fiestecita. Muchas gracias por la invitación. Déjeme yo veo cómo me siento de ánimos en el transcurso de la semana y le confirmo.

Desde el momento en que colgó el teléfono a Lorena le empezó a crecer por dentro un ambiente de parranda que la puso a vivir bailando sin darse cuenta, bailaba cepillándose los dientes, mientras preparaba el té, cuando hacía el estiramiento de la mañana, cuando exprimía las naranjas y se tomaba el jugo, bailaba cuando cambiaba un florero de sitio y cuando pasaba un trapo por la mesa y cuando esperaba que el agua pasara de fría a caliente y bailaba en la clase de yoga y mientras almorzaba, bailaba cuando daba sus clases de inglés y cuando organizaba los discos y cuando metía la ropa en la lavadora y también bailaba cuando bailaba, a la misma hora de todas las noches, después de cumplir las tareas, cuando se servía un brandi y se fumaba un bareto y ponía un *cidí* de Niche o de Fruko o del Joe Arroyo y se empezaba a desmadejar al ritmo de los tambores y las trompetas y los timbales, pensado que por fin estaba disfrutando la hora del día destinada a bailar, sin darse cuenta de que era lo que había estado haciendo todo el día. Ya estaba poseída por la fiesta.

Lo que no quería era ir sola. El día anterior me había contado lo del

budazo que le pegó a don Efrem y me había dejado tarea para empezar las clases de inglés. Cuando estábamos en mitad de la clase y yo andaba en plena recitada, *Aiam, yuar, jiis, chiis, wiar*, que bastante lidia me había dado aprenderme, ella me interrumpió con una pregunta que no tenía nada que ver, como si no me hubiera parado ni cinco de bolas.

—¿Me acompañarías a una fiesta mañana?

—*Yes!* —le contesté sin importar la interrupción y sin pensar de qué me estaba hablando—. *Of uan.*

Apenas me contó que era una fiesta en La Amistad, en la que ella era la invitada especial y que yo iría como su acompañante me corrió un escalofrío por la base del esqueleto y me puse arrozudo. Después me dio miedo de que eso pudiera no ser cierto o de que siendo cierto se dañara a mitad de camino. Como pensaba siempre que me pasaba algo bueno.

—¿Y a don Efrem no le chocará que vaya acompañada siendo que la invitó fue a usted? —le pregunté para estar completamente seguro.

—Eso no importa. Si me invitó me imagino que me recibe con quien vaya.

—Pues sí. Pero no me gustaría que de pronto usted vaya a pasar una incomodidad por mí.

—Por eso no te preocupes. Avísame si te interesa porque si no te animas yo invito a otro amigo.

Le quise decir de una que de una, pero no sé por qué me le aliñé.

—Bueno, déjeme le digo de aquí a mañana.

Esa tarde caí a la casa de Yovani y le conté. Yo le había hablado varias veces de mi amistad con Lorena pero él en el fondo no me creía mucho, no se imaginaba que yo pudiera andar de pipí cogido con una chimbita de la jailai. Me escuchaba con esa risita escondida del que le da cuerda a un chicanero. Cuando se convenció de que era verdad y de que yo iba a estar al lado de don Efrem, se le abrieron los ojos de emoción, Uyy, qué chimba, pero ahí mismo cayó en cuenta de que él no entraba en la invitación y los ojos se le apagaron, Muy bueno para usted, y se quedó callado con la mirada por allá en el fondo empezándosele a encharcar.

—Yo puedo hablar con ella a ver si nos invita a los dos.

—¿De verdad? —Se paró de la silla mirándome como si me quisiera.

—No le aseguro nada pero yo le pregunto a ver. No creo que haya problema.

Para demostrarle que era cierto le dije que me acompañara a la tienda de la esquina y llamé a Lorena desde el teléfono público.

—Lorena, a mí sí me interesaría mucho ir a la fiesta —le dije después de saludarla.

—Excelente, fiiiiiiii —hizo un intento de silbido que hacía cada que algo le parecía bueno.

—Pero quería hacerle una pregunta.

—Sí, dime.

—¿Usted se acuerda del amigo mío, del que le he hablado, Yovani? Es que el sueño de él es estar algún día en una de las fiestas del patrón y le conté que yo iría y se antojó todo... ¿Será que podríamos ir con él?

—Claro, no hay problema.

—Pero de todas maneras sería muy bueno si usted le pregunta al patrón si no le choca que usted vaya con dos amigos. A lo mejor hasta mejor porque así él no va a pensar que usted lleva a un noviecito o algo así y no le den celos o algo...

Lorena me cortó empezándose a acelerar.

—Deja la bobada. Tú eres mi invitado y puedes venir con quien quieras. ¿Listo?

Yovani casi ni me deja colgar.

—¿Qué dijo?

—Que sí, que no hay problema.

—Ujújiiiiiiii.

La gente que había en la tienda voltió a mirarnos. Yovani me dio un abrazo y pidió dos cervezas.

—Vamos a celebrar, yo invito —dijo.

Nos sentamos en una de las mesas frente al mostrador y nos pusimos a hablar de cómo iríamos a ser nosotros en esa fiesta. Allá hay que ir con buena pinta, fue lo primero que dijo Yovani y yo arrugué la frente porque no había pensado en eso. Entonces puso sobre la mesa quince mil pesos en billetes de

mil y de dos mil.

—Lo que le iba a abonar a mi tío. Da para comprar una muda, aunque sin tenis, donde Juan. —Señaló los billetes.

—Y pa' qué una sola muda.

—Algo es algo. Uno de los dos cambia de chaqueta y el otro de pantalón.

Al otro día nos encontramos en la esquina de su casa y arrancamos para donde Juan. Llegamos, como la primera vez, bordeando la reja del hospital hasta donde se acababa la acera y seguía la manga con la casa de bahareque en la mitad. La vaca estaba pastando tranquila en medio de la calladez y la quietud de todo en ese lugar del mundo. En el zaguán había dos carteles desteñidos recostados en la baranda, entre los anturios y los ojos de poeta, con el letrero borroso, DESCANSA EN LA PAZ DEL SEÑOR MARÍA BERENICE GUTIÉRREZ BLANDÓN. SU HIJO JUAN SANTIAGO Y SU HERMANA MARÍA EUGENIA INVITAN A SUS EXEQUIAS EL DÍA 18 DE JUNIO, EN LA CAPILLA DE SANTA MARÍA, A LAS CUATRO PEEME. El entierro había sido una semana antes. Nos pareció bobada tocar y nos fuimos.

La prima Ángela estaba detrás de la vitrina, mostrándole unas gafas a un cliente. Una niña como de cuatro años estaba pegada de su pierna y le halaba la falda. Ángela le mostró un espejo al señor diciéndole que las gafas le quedaban divinas. Nos hizo señas de que la esperaríamos un ratico. El señor se quitó las gafas, pensó un momento y se puso a mirar otros estilos. Ángela separó a la niña, le dijo algo al oído y le señaló una sillita en el rincón del almacén. La niña se sentó a jugar con una muñeca. El señor volvió a mirar las gafas que se había medido y dijo que se las llevaba. La prima las empacó con mucho cuidado y pulimiento, y el cliente se puso a mirar atento como si estuviera viendo trabajar a un artesano. Ángela metió el paquete en una bolsa del almacén con una tarjeta y se lo entregó al cliente. El señor pagó y se fue contento. Ángela salió de atrás de la vitrina.

—Qué pena, muchachos.

—Tranquila, prima, que usted está trabajando.

—Pero vea que tienen buena espalda para los clientes. —Y señaló al señor que iba al fondo—. La primera venta del día.

Entonces miró hacia el almacén y pegó un grito.

—¡Julieta!

La niña estaba sacando unas gafas doradas de un cofre metálico. Ángela fue y se las quitó, las empacó y puso el cofre en una repisa alta. Iba a coger a la niña de la mano pero ella se cruzó de brazos y le dio la espalda. Ángela la alzó por los sobacos y la sacó pataleando hasta llegar donde nosotros. Yovani saludó a Julieta con cariños y a la niña le gustó verlo porque dejó de llorar.

—Es que la estoy teniendo que traer al trabajo —dijo la prima.

—¿Y eso? ¿Está enferma tu mamá?

—No, imagínate que de un momento a otro le dio por decir que estaba cansada de alcahuetearme y decidió no volver a cuidármela.

La niña se pegó del muslo de Yovani y se paró con los dos piecitos en el zapato derecho. Yovani le acarició la cabeza y miró a la prima.

—Aaaavemaría.

La niña le estiró las manos para que la levantara. Yovani la alzó hasta donde le dieron los brazos y la fue bajando despacito. La descargó en el piso.

—Prima, imagínate que venimos de la casa de Juan y vimos un anuncio del entierro de la cucha del hombre. —Se pasó la niña bajo las piernas—. ¿El hombre ya no está trabajando con lo de la ropa?

La niña salió de debajo de las piernas y dio la vuelta para volverse a meter en el túnel. La prima se puso la mano en la cara y se le salieron las lágrimas.

—¿Vos no sabías?... Imagínate que doña Dolores no se pudo recuperar del susto que le pegaron esos señores. El corazón se le puso pa'bajo pa'bajo, hasta que colgó los guayos.

—¡No jodás! ¿Y Juan?

Ángela miró a la niña y se tapó la cara con las dos manos.

—Se desapareció. La última vez que lo vi fue en el entierro. Nos despedimos por la noche y no volví a saber de él. —La voz se le quebró, lloró un ratico y siguió—. No contesta el teléfono y en la casa no abre nadie.

—Ayy, juemama.

En ese momento llegó una señora pelimorada con un muchacho como de quince años que empezó a mirar en la vitrina. Ángela sacó un pañuelo y se

limpió las lágrimas.

—Espéreme un momentico —dijo y voltió hacia los clientes.

Yovani la agarró del brazo.

—Nosotros nos despedimos de una vez. Solo veníamos de paso.

Ángela voltió hacia la señora con la cara transformada en una sonrisa y le dijo que la atendía dentro de un segundo. Yovani sacó la billetera y de la plata que llevábamos para comprar la ropa, separó varios billetes.

—Esto le puede ayudar un poquito. Si Juan no vuelve a aparecer vemos a ver cómo hacemos. Pero cuente conmigo.

La prima recibió los billetes y sonrió agradecida.

—Ayy, tan lindo usted, primo. Esperemos que aparezca. La plata es lo de menos, a mí lo que me interesa es que a él no le pase nada malo.

Se metió la plata entre el brasier y fue hacia la señora con una sonrisa grande. Yovani le dio un pico a Julieta y le pasó un billete.

—Guarde esto para que se compre unos confiticos.

La niña no le quiso recibir. Yovani dobló el billete en cuatro y se lo metió en el bolsillo del vestido. Le sobó la cabeza y le bolió la mano a la prima.

—Si se entera de algo me avisa —le gritó ella.

Fuimos caminando hasta el parque. Pasamos al lado de los muros descasquetados y ennegrecidos de El Pueblo y miramos a través de la reja los ratones corriendo entre un rastrojero donde habían estado los billares. Cruzamos el parque en diagonal, pasando por la fuente y nos metimos a El Cielo. Pedimos un par de cervezas y nos pusimos a repasar la situación.

—Con la plata que le diste a tu prima ya descompletamos lo de la ropa.

—De todas maneras con eso no nos alcanzaba para nada en un almacén. Si mucho daba pa'unos *levis* chiviados... y nos habría tocado turnárnoslos. — Se puso a reír.

Sacó la plata que le quedaba en la billetera y la repartió entre los dos, descontándose la que le había dado a la prima. Miramos posibles soluciones y llegamos a la conclusión de que no nos quedaba otra que ir con la única pinta buena que tenía cada uno. Yovani con los zapatos de Chepe Molina, los *levis* remendados en los muslos, la *polo* y la chaqueta *dísel* de parche en el pecho, la pinta con que lo conocí. Yo tenía mi ropa del Gurbio, la chaqueta *chanel*

con las estrellas que le hizo mi mamá, los *babú* de corduroy con parches en las rodillas y los *ribuk friestail* de bota rojos. La única mecha distinta era una *lacós* casi original que había cambiado con un primo por un manubrio de bicicleta.

A las seis de la tarde de ese viernes llegamos a la casa de Lorena con nuestras pintas recién lavadas y planchadas. Toqué el timbre y ella salió por el balcón saludando querida como siempre. Yovani ni se enteró porque estaba mirando la capota hundida por la rama y llena de hojas y el parabrisas resquebrajado y la capa de mierda de paloma del *mercedes* blanco. Cuando la chapa sonó empujé la puerta y llamé a Yovani que llegó caminando de espaldas, engorilado con el carro.

Lorena nos recibió con el pelo mojado y suelto cayéndole por la espalda pelada. Tenía un vestido de tiritas, vaporoso, todo negro con bolas blancas, que le llegaba hasta las rodillas y dejaba ver el comienzo de los muslos delicaditos y carnudos. Miró a Yovani con los ojos transparentes y la sonrisa admirada, como si lo estuviera descubriendo, como miraba a todo el mundo. Y yo sabía que Yovani lo iba a coger por otro lado.

—Mucho gusto, mi amor. —Se le acercó sobrador y le estiró la mano comiéndosela con la mirada—. Yovani Andrés, para servirle. —Y se empinó para darle un pico en la mejilla.

Ella le vio el gesto y se le deshizo la sonrisa. Le dio la mano pero esquivó el pico.

—Lorena. Y nos acabamos de conocer como para que me trates de mi amor.

No lo dijo maluca. El tono era de todo bien, solo que aclarando cosas. A Yovani se le cayó el carriel y pasó un rato achantado y sin abrir la boca. Pero ella lo siguió tratando tranquila toda la tarde, sin pararle bolas a nada, como a un amigo más, como a mí. Él se fue tranquilizando y al final cogió el ambiente por donde era. Nos tomamos de a tres cervezas y nos fumamos un bareto, contando chistes. A las ocho de la noche salimos a coger un taxi.

Nos dejó en toda la portada de La Amistad, debajo de los helicópteros. Los vigilantes se azararon apenas el carro paró y ya venía uno de ellos haciendo mala cara cuando Lorena se bajó del carro y empezó a caminar con

ese andado suyo que parecía que ni el suelo tocara, y al tipo le cambió el gesto. En el puesto de control todos los macancanes y los policías de tránsito que estaban vigilando no le quitaban el ojo de encima. Nos pidieron los nombres y apenas el del cuaderno de entradas oyó Lorena Botero White, se paró, le hizo una venia y nos dio la mano a Yovani y a mí, todo respetuoso. Nos montaron en una limusina que había parqueada al otro lado de la portada y arrancamos por la carretera lisa y limpiecita de dos carriles, llena de tipos con metralletas parados a lado y lado. Yo no vi casi nada de ese trayecto porque me quedé mirando el entapetado de la limusina, las cortinas en las ventanas, las luces de discoteca, las pantallas de televisor, la mesita de centro con una botella de champaña y una hielera con vasos, como en las fiestas de la gente de la televisión en las películas. Yovani y yo mirábamos atarantados, riéndonos con nerviecititos. Lorena tranquila pistiando por la ventanilla, como si no le pareciera nada raro. Me quedé mirando la champaña y las copas con ganas y vergüenza de usarlas, hasta que Yovani me leyó el pensamiento.

—Esto es pa'nosotros, ¿cierto? —Y ya estaba sirviendo.

Nos pasó las copas a Lorena y a mí y levantó la de él.

—¡Salud!

Nos bogamos el trago a los trancazos porque el carro mermó la velocidad y ya se estaba parqueando en el rompói. Apenas paró abrieron la puerta desde afuera lo primero que vi frente a nosotros fue nada más y nada menos que al mismísimo don Efrem Jaramillo en persona. Me lo imaginaba mucho más alto y más carilleno. Yo lo había visto de lejos, cuando entrenábamos en el estadio y otras veces cuando pasaba por la esquina de la casa una caravana de camionetas llantabalón y sabíamos que detrás vendría el carro del patrón y lo esperábamos y lo veíamos cruzar durante cinco segundos, en el sillón trasero de una *toyota*, serio, pensando en cosas grandes.

Viéndolo de cerquita era una persona como uno. Podía ser un tío o un vecino, pero rodeado de veinte guardaespaldas y acompañado de gente que salía en televisión, porque a la derecha estaba María *la Bandida*, la de la telenovela que hacía llorar a mi mamá, y al otro lado nos sonreía Helenita Vargas, la de *Usted es un mal hombre sin nombre, señor, usted es un canalla que abandona sin razón*, otra ídola de mi cucha. Don Efrem le extendió la

mano a Lorena y le presentó a las artistas, que la saludaron de pico en el cachete. A Yovani y a mí nadie nos determinó. Arrancamos a caminar hacia el parqueadero, en procesión. Al fondo se veía la tarima del tamaño de una cancha de fútbol, iluminada por lámparas como para alumbrar todo Villalinda. Cuando llegamos a donde empezaba el gentío reconocí en el escenario al Gran Combo de Puerto Rico a todo timbal *A mí me gusta el chivo con vino y el pescao con jugo de limón, con pimienta y orégano el lechón y arroz con jamón y tocino*. El gentío nos abría paso, Lorena y el patrón adelante, María *la Bandida* y Helenita Vargas a los lados, Yovani y yo atrás, como pajecitos, y los guardaespaldas alrededor. Llegamos a un palco de honor que habían armado a todo el frente de la tarima, con unas sillas de obra de teatro de colegio. Don Efrem le señaló a Lorena tremendo trono para que se sentara.

La Chinga y Hermosura le pidieron otros dos guaros al Gordo Ceballos que se los sirvió sin dejar de mirar las noticias en el televisor. El presentador estaba diciendo que el campeonato nacional de fútbol se había suspendido tres fechas por la tragedia del Atlético Villalinda.

—¿Y qué dice el patrón? —preguntó Hermosura—. ¿Qué va a pasar con el equipo?

El Gordo apuntó con la manguerita y llenó las dos copas.

—¿Y por qué me preguntan a mí? Ustedes que trabajan directamente con él deberían saber.

—Es que él nunca nos habla de esas cosas.

—Pues él le dijo a mi hermano que fuera sacando los mejores que hubiera en las divisiones inferiores y que le daba seis meses para volver a armar un equipo el hijueputa.

—Ahhh, ya.

Se tomaron el guaro y la Chinga miró el reloj.

—Hace rato arrancó la fiesta. ¿Vamos o qué?

Se montaron en la moto y la Chinga manejó esta vez. Salieron relajados, porque no tenían tareas pendientes. Se fueron despacito dándole la vuelta al

parque para coger la Cuarenta. La Chinga se empezó a reír solo y en el primer semáforo voltió la cabeza para que Hermosura le viera el gesto burlón.

—Y ahora qué vas a hacer vos que sos tan comprometido con el equipo. ¿Te vas a meter a jugar o qué?

—A vos qué te importa, hijueputa. Yo al menos fui al entierro. Vos ni el nombre del equipo deberías mencionar.

Cambió el semáforo y arrancaron. La Chinga le habló al aire que iban cortando.

—Al menos no me las doy de hincha sin hacer un culo.

Hermosura refunfuñó algo, pero no contestó. Cuando iban pasando por la farmacia de don Óscar la Chinga volvió a hablar, ya más serio.

—¿Y vos por qué no traés a Vanesa a estas fiestas?

—Pa'qué llevar leña pa'l monte. —Hermosura contestó cortante.

—Usted es muy güevón, yo con una mamacita de esas de novia la luciría en todas partes.

Hermosura pegó un brinco que los tiró hacia un lado pero la Chinga mantuvo el equilibrio.

—Con ella sí no te me metás, hijueputa.

La Chinga sintió el puño de Hermosura hundiéndosele en los riñones. Se quedó callado. Sabía que Hermosura era enfermo de celos. No hacía mucho había matado a un taxista que le echó un piropo a Vanesa. Iban en la moto y pararon en un semáforo y el man del taxi dijo, Están cayendo ángeles del cielo, diosmío, y Hermosura se bajó de la moto y prum prum prum, tres pepazos en la cabeza, y se volvió a montar en la moto todo enojado con la pelada. Decían que a veces la tusaba y la encerraba en el apartamento mientras él se iba de rumba o cuando tenía que salir a hacer trabajos largos.

Pasaron por el consultorio del doctor Ramírez y por la panadería sin decir una palabra. La Chinga se puso a silbar y Hermosura estiraba trompa. En el semáforo del Monumento a la Madre quedaron detrás de un *renol cuatro* todo destartalado. Atrás iban apretujados tres tipos grandes. Adelante se veía a otro macancán al lado del chofer, que era más bajito y tenía una boina de cuero, como de poeta. La Chinga lo reconoció de una. Se había cambiado el peinado, se había afeitado, se había puesto esa boina despistadora y andaba

en un carro pichurrio, pero le seguía faltando la oreja.

—Mirá al hijueputa de Cambalache. —La Chinga voltió hacia hermosa.

—¿Dónde? ¡Yo me lambo a ese hijueputa! —gritó Hermosura con hambre.

El semáforo cambió y la Chinga siguió el carro de lejos, despacio, sin dar visaje. Cuando el *renol* paró en el próximo semáforo la Chinga aceleró para caerle de sorpresa mientras Hermosura sacaba la pistola.

—Nos quedó de papayita esta gonorrea.

Por donde uno mirara veía gente alebrestada gozando con la orquesta a todo taco, *Y después que le pongan salsa, pa'mojá, pa'mojá, que le pongan salsa, que le pongan salsa, pa'mojá, pa'mojá* mientras Lorena bailaba en una sola baldosa, embelesada mirando a los músicos. Cuando se acabó la canción don Efrem le volvió a ofrecer el palco de honor y ella le contestó que le agradecía pero que le parecía demasiado aparatoso. Don Efrem mandó que quitaran el trono y trajeran sillas normales.

—Y ahora viene la sorpresa, Lorenita —dijo el patrón después de obedecerle el deseo.

Volvió hacia Salsa, que andaba distraído bailando con una pelada que me pareció conocida, y le pegó un grito. Salsa vino corriendo. Don Efrem lo cogió del brazo y lo sacó a un lado.

—Mijo, póngame ya a tocar a Fruko.

Salsa miró hacia la tarima y después a don Efrem, preocupado.

—Patrón, es que apenas van en la segunda canción...

—Y eso qué importa. Vaya y me les dice a los músicos que necesito el escenario un momentico nomás.

Salsa se fue hasta la tarima y se arrimó a un señor alto y canoso que estaba en la parte de abajo del escenario. Le dijo algo y el señor se puso a discutir. Salsa volvió donde el patrón más preocupado que antes.

—El productor dice que les falta hora y media del show y que no puede parar así como así a los músicos.

Don Efrem le apretó el brazo, atisbando que Lorena no lo fuera a oír.

—Vaya y dígame que más tarde se vuelven a subir, que esperen un ratico que Fruko va a cantar una sola canción. Y si no acepta hágame el favor y me los baja de todas maneras.

Salsa volvió a la tarima y el señor canoso se puso a manotear. Salsa se sulfuró y le hizo una seña a un tipo con un radioteléfono. El man habló por el aparato y al momentico estaba el escenario lleno de macancanes sacando a los músicos. La canción quedó mocha y salió el presentador diciendo que la fiesta seguía dentro de unos segundos con una sorpresa muy especial. Los técnicos se demoraron un rato para armar otra vez el sonido y cuadrar los micrófonos hasta que por fin apareció Fruko desparramando contentura, Estoy muy feliz de estar con ustedes, gente querida, y voy a interpretar una canción especialmente para la señorita Lorena Botero White, aquí presente, dijo y peló la muelamenta mientras Lorena se ahogaba en un suspiro, Dice asíiiii, maestroooo: *Oyeee, te hablo desde la prisión*, entonces las paticas paturras se alborotaron acercándose a Lorena y ella se dejó llevar y bailaron la canción completa con vueltas enteras y cogidita de mano y voltiada a los lados, separándose y juntándose o pegados dando giros, y apenas sonó el *pampampam* final, don Efrem se inclinó y saludó a Fruko con la mano levantada en el momento en que entraban los técnicos para volver a organizar el sonido del Gran Combo.

El ambiente se puso relajado y Lorena le dijo a don Efrem que por qué no quitaban las vallas de la zona especial que nos protegía, para que todo el mundo estuviera en una sola fiesta. Don Efrem de una las mandó quitar. La gente empezó a juntarse y los de la procesión nos mezclamos con la rumba. En esas fue que él vino a reparar en Yovani y en mí.

—¿Y estos quiénes son? —le dijo a Lorena moviendo una ceja mientras avanzábamos.

—Los amigos míos de los que le había hablado. Con tanta cosa no los había presentado.

Yovani le estiró la mano.

—Mucho gusto, patrón, Yovani Vargas, pa'las que sea. —Y lo miró fijo, con cara de trabajador de él.

—Manuel. —Yo sí estaba asustado, pero contesté normal.

—¿Y ustedes a qué se dedican, pelaos? —Don Efrem era nomás por mostrarle a Lorena consideración con sus amigos, no porque le interesara.

Yovani casi no le deja terminar la pregunta.

—Yo ahora ando buscando trabajo y me le apunto a lo que sea.

—Y yo también ando buscando trabajo. —¿Qué más iba a decir?

El patrón nos dio un apretón desgonzado. Yovani lo miraba con la boca abierta y la baba cayéndole. A mí me parecía mentira hablarle tan de cerquita. Él dio una mirada general a toda la fiesta, voltió hacia Lorena y le puso charla. María *la Bandida* salió para un lado y Helenita Vargas para otro. Yovani y yo aprovechamos para recorrer la fiesta.

Había más meseros que invitados y pasaban a cada rato repartiendo pasabocas gigantes. Con dos pasabocas de esos uno quedaba almorzado. Yovani y yo no perdíamos pasada del mesero.

—Hay que aprovechar —decíamos todos atarugados.

Cogimos vasos de güisqui y cruzamos entre la gente, con pasos firmes, pensando que los que nos veían pasar pensaban admirados, Estos no son ningunos aparecidos, son del círculo cercano del patrón. Cruzamos en medio de mujeres tetonas y culonas recién mandadas a hacer, y tipos que hablaban duro y se reían a los estruendos por bobadas, y seguimos entre unos pelaos como nosotros pero que hablaban en inglés y tenían unas chimbas de chaquetas y tenis que nunca habíamos visto en la calle, y seguimos al lado de una mesa de puros duros todos serios hablando de un viaje y una plata y más adelante encontramos otra mesa donde estaba el padre Gutiérrez sorbiendo una copita de coctel y conversando con una señora emperifollada, junto con don Pascual Castañeda. Y por donde nos moviéramos veíamos racimos de mamacitas de todas las razas y tamaños. Y manes de todo tipo. Hasta varios gringos vi por ahí. Pero a los que menos esperaba encontrarme era a los de mi barrio.

Apenas los vi a lo lejos, recostados en una *toyota* llantabalón, pensé dos cosas a la vez, No puede ser cierto y no puedo ser tan de malas. Chucho Relay estaba arrellanado en la trompa de la camioneta, dándole plones hondos a un bareto y echándole quién sabe qué historia de ángeles y aparecidos a Memo Patiño, a Kalimán y a otros dos mancos que yo no

conocía y que lo oían entre alelados y burlones. Atrás, recostados en otros carros, había otros combos de pelaos. Todos con tremendas pintas. A los de mi barrio nunca los había visto tan bien vestidos. Pura mecha nueva y original. Seguí derecho a darles cara de una porque igual me los tendría que encontrar en cualquier momento de la noche.

—¿Y usted de dónde apareció, Manuel? —dijo Memo todo sobrador y como si no le pareciera que yo tuviera algo que estar haciendo ahí.

—Me invitaron.

—¿Y quién lo invitó? —Kalimán me miró con cara de organizador de la fiesta.

—El patrón.

Me miraron como si les estuviera echando carreta.

—Oigan a este. —Memo movió la cabeza disimulando la envidia.

—No crea si no le da la gana. O vayan pregúntenle si quieren.

Y ahí fui yo el que me quedé mirándolos.

—¿Y ustedes qué están haciendo por aquí?

—Trabajando.

—¿Están trabajando con el patrón? —Y ahí fui yo el de la envidia—. ¿Y cómo hicieron?

—Contactos, mijo. —Chucho Relay levantó las cejas y estiró los labios.

—Y en qué están trabajando.

—En seguridad. Es que con la guerra, el patrón está necesitando más gente y empezó a reclutar y nos llamaron. —Kalimán contestó entusiasmado.

—¿Y qué les toca hacer?

—Por ahora cuidar, echar ojo que no haya nadie raro por ahí. —Memo movió el brazo señalando toda la finca.

—Pero después nos van a poner a hacer vueltas duras —dijo Kalimán.

—Ahh, muy bacano... vea, les presento a un amigo.

—Yovani. —Y cuando le dio la mano a Memo se quedó reparándolo—. Ahh, yo lo distingo... usted elevaba cometas. ¿cierto?... ¿No volvió a hacer cometas?

—No, eso era cuando estaba más pelao. —Memo contestó despreciativo.

Le di un sorbo al vaso de güisqui que tenía en la mano.

—Bueno, los dejo trabajando, yo sigo en la rumba, que de pronto me llama don Efrem para conversar o algo.

Seguí en dirección a la tarima haciendo golpear los hielitos contra el vidrio. Yovani me alcanzó.

—Oigan a este bobo. ¡Qué va a hablar el patrón con usted! —gritó Memo a mis espaldas.

Me paré y voltié.

—Usted qué va a saber. Mejor quédese callado y siga trabajando, mijo. —Seguí caminando hacia la fiesta.

—¡De pegao en una fiesta y con la única mecha buena que tiene! —Alcancé a oír la voz de Memo perdiéndose entre la música.

Medio voltié a mirarlos con desprecio y seguí dándole sorbitos despaciosos al trago. Pasamos por una mesa en la que estaban el doctor Ramírez, junto con el jefe de la policía de tránsito y el rector del Liceo, al lado de severas monas, oyendo a Mario Hurtado que recitaba un poema.

Hermosura y la Chinga encendieron a bala el carro sin dar tiempo de nada. Los primeros que chuparon fueron los de la banca de atrás que quedaron con de a pepazo en la cabeza. El *renolcito* arrancó a lo que le daba y la Chinga y Hermosura salieron detrás boliando plomo. El man que iba al lado del chofer empezó a contestarles, pero como los cuerpos de los compañeros no lo dejaban ver sacó la cabeza por la ventanilla y en esas fue que la Chinga le dio. Hermosura le tiró a las llantas del carro, que empezó a andar descuadrado hasta que llegando al hospital se quedó parado en mitad de calle. Cambalache se tiró boliando ametralladora mientras corría hacia la quebrada. Los muchachos saltaron de la moto y se metieron por la canalización. Cambalache bordeó la quebrada escondiéndose entre las piedras y los árboles y voltiando cada tanto a mandar su rafagada. Cuando llegó donde se acababa la canalización y empezaba la manga cruzó la quebrada. Apenas tocó la otra orilla la Chinga lo alcanzó con un pepazo en la pierna. Cambalache desde el suelo les contestó y los hizo retroceder. Siguió cojeando a lo que le daba y se les desapareció de vista. Los muchachos corrieron hasta el borde de la

quebrada. La Chinga se miró el *sergiovalente* y los *adidas* blancos que se estaba estrenando. Después vio la corriente café que bajaba de la montaña.

—Yo no me voy a meter en ese pantanero con la ropa nueva.

—¿¿Y entonces qué, marica?! ¿¿Lo vamos a dejar ir?!

—Es que nosotros hoy no estamos trabajando. A ese man porque lo cogimos de papaya, pero yo no lo voy a perseguir.

—¿Lo vamos a dejar ir? —repitió Hermosura mirando hacia el otro lado de la quebrada.

—A ese man de todas maneras le vamos a dar. Nosotros hoy lo que necesitamos es descansar y pasar bueno.

La Chinga empezó a caminar hacia la moto. Hermosura lo siguió refunfuñando. Se montaron y arrancaron rumbo a la rumba.

Entre un grupo de manes y nenas carerriquitos volví a ver a la pelada que había estado bailando con Salsa. Una mamacita pelinegra, flaca y alta. Solo cuando nos acercamos me di cuenta de que era Andrea. Estaba muy distinta. Con la rayita en los ojos, las pestañas encrespadas y los pantalones de cuero ceñidos parecía una mujer mayor y de mundo. Apreté el vaso y cogí camino para pasarle por el lado. Pero no se dio cuenta porque en ese momento Salsa la apercolló y se pusieron a jalar trompa. Me aburrí un poquito, pero sobre todo me dio calor y pereza seguir andando entre el gentío que se amontonaba cada vez más. Me empiné buscando un lugar tranquilo y vi que por los lados de la piscina no había nadie.

—Salgamos de aquí que me estoy ahogando.

Salimos abriendo trocha entre la gente. Frente a la piscina vacía había un edificio con una terracita toda tranquila y desocupada. Subimos por unas escaleras de caracol en mármol y nos parchamos a mirar para abajo. Desde ahí se podía ver todo, la tarima con el Gran Combo en pleno, *Me liberé, me liberé, gracias a Dios, me liberé*, el gentío emparrandado y arriba el cielo lleno de estrellas en medio de las cuales explotó el primer resplandor.

La Chinga y Hermosura llegaron a la glorieta de La Amistad todos agitados. Se bajaron de la moto, se organizaron la ropa y prendieron un bareto antes de meterse entre la gente. Hermosura le dio el primer plon y habló para adentro.

—Es que ese hijueputa afán suyo para venirse pa' cá. Yo me hubiera quedado hasta que nos lo alzáramos.

La Chinga le palmotió la espalda.

—¿Usted todavía lo está persiguiendo? Yo lo dejé allá en la orilla de la quebrada. —Y señaló el bareto—. Mejor rótelo y vamos a rumbiar.

Apenas mataron la pata caminaron hacia la fiesta. Le cayeron al primer mesero que vieron y siguieron con sus vasos de güisqui, buscando dónde hacerse a mirar esa tracamanada de chimbitas bailando güetes, sueltas, desprevenidas.

—¡Mirá esa mona, marica!

—¡Esa es María *la Bandida*, güevón!

—¿Cuál María *la Bandida*?

—La de la telenovela, pirobo.

—Yo no he visto la telenovela pero esa mona es una recontrachimba.

—¡Que si qué!

Luego señalaron a una japonesa que estaba bailando con la Monja y a una saporrita que salía en propagandas, y en el momento en que miraban el sandungueo sabroso de Andrea frente a Salsa empezaron a estallar los flashazos de los juegos pirotécnicos y el cielo se derramó en regueros titilantes de todos los colores en medio de la música, *Me liberé, me liberé, gracias a Dios, me liberé, me liberé de Nancy, de Rebeca, de Olga, Damaris, de Helga y de Yisel*. La Chinga se quedó encandilado con el resplandor de un goterón amarillo y morado que bajó deshaciéndose despacito hasta perderse al fondo, detrás de una terracita donde había un man recostado sobre la baranda. Miró bien al man y haló del brazo a Hermosura.

—Güevón, mirá para allá. ¿Ves lo que yo estoy viendo?

Hermosura voltió hacia la terraza.

—¡Ayyyyyy, marica!

La Chinga arrancó hacia la piscina y a Hermosura no le quedó de otra que salir detrás.

Me alelé con las sombrillas brillantes que se desparramaban encima de los artistas, Yo no quiero más complicaciones por eso me liberé, de mujeres egoístas que me querían solo para ellas y así no puede ser, mientras Yovani miraba a ratos el cielo y a ratos a la gente, pillando quién era quién. Él fue el que vio venir a los dos manes con pistolas en las manos. Sentí el jalón que me arrastraba edificio adentro y me dejé llevar sin saber qué pasaba, hasta que en plena carrera empezaron a gritar detrás de nosotros: ¡Gurbio, hijueputa! ¡Te vamos a matar las veces que sea!, y después oí el zumbido de una bala en mi nuca. Pensé que me habían dado pero que todavía no sentía el impacto y emputé a correr con la velocidad del Hombre Nuclear propiamente dicha, adelantándome a Yovani. Crucé la primera puerta que vi y salí a una discoteca desierta del tamaño de una catedral y crucé la pista de baile oyendo los gritos que hacían eco, ¡¿Qué es lo que querés malparido?! En la pared del fondo salté por una ventana que daba a una sala llena de máquinas y máquinas de juguetitos arrumadas por todos lados. Seguí derecho y volé tumbando mesas de pinpón, esquivando tragamonedas, lisándome por las pistas de bolos y al final brinqué sobre unos billares para trepar un muro que daba a una manga que me llevó a un bosquecito donde me metí seguido por Yovani, a donde llegaron los manes disparando.

—¡Gurbio, hijueputa! —Oí el grito y el disparo a la vez.

Me metí detrás de una ceiba gruesa y grité desesperado lo que debí haber gritado desde el principio.

—¡Yo no soy el Gurbio!

La Chinga oyó la voz y se paró sin dejar de apuntar hacia el árbol.

—¿Qué?

—Que yo no soy el Gurbio. Yo me llamo Manuel.

La Chinga se acercó despacio y habló como regañando a un muchachito.

—¡Salí de ahí, malparido!

Cuando asomé la cabeza vi que Yovani se estaba devolviendo desde un árbol del fondo. Caminé hacia la Chinga con las manos levantadas. Me miró la cara y bajó la pistola. Se acercó detallándome la ropa de arriba abajo.

Hermosura, detrás de la Chinga, se quedó atento. Apenas vi a la Chinga de frente lo reconocí, y él me reparó la cara.

—¿Vos no sos del barrio Los Jazmines? —dijo inclinando la cabeza a un lado.

—Sí, Chinga. Yo soy Manolo.

Le salió una sonrisa a medio camino.

—Güevón, ¿usted qué está haciendo con esa ropa?

Desgonzó los brazos, ya calmado, y le conté de afán cómo la había conseguido. Se dio una palmada en las piernas y Hermosura soltó la carcajada.

—¡Qué güevas!

Nos devolvimos por el mismo camino por donde nos habían perseguido. Mientras cruzábamos la discoteca lo miré de reojo. No se parecía en nada al pelaíto contento y gambeteador que yo había conocido. Era un man cualquiera, igualito a cualquier otro matón de los que uno se encontraba por ahí en las calles. Con él me pasó lo mismo que me había pasado meses antes, cuando me encontré al Gurbio después de los años. El Gurbio había sido el único pelao al que yo había cascado en una pelea callejera y cuando al cabo del tiempo lo vi venir por la misma acera mía con su presencia imponente y aterradora, me dije Hasta aquí llegué, este man se va acordar de esa pelea, pero cuando le pasé al lado me reconoció tranquilo, Quiubo, Manolo, que estás estudiando pa' ser doctor, ¿no? No, home, le contesté, me presenté a la universidad pero no pasé, y seguí mi camino. Nunca me lo volví a encontrar de frente, solo lo veía pasar a veces entreputado en su moto gigante sin silenciador.

Bajamos las escaleras de caracol y de camino a la tarima interceptamos un mesero, nos surtimos de trago y nos sentamos en un murito. Le dije a la Chinga que me contara bien lo que había pasado.

Todo había empezado con el cambio del Gurbio, que fue por culpa del fútbol. Por lo malo que él era para jugar. En esa época todos teníamos doce años y nos pasábamos los días enteros dándole a la pelota en la calle. Don Efrem recién había comprado el Atlético Villalinda y mandaba entrenadores a los barrios para que reclutaran talentos en los cotejos callejeros, con la idea

de armar unas divisiones inferiores bien poderosas y formar un equipo verraco con puro talento local.

Un sábado después de un desafío con los de Las Violetas apareció un tipo de cachucha y sudadera, Muchachos, ¿a ustedes les gustaría jugar fútbol en cancha grande y con uniforme y árbitro y jueces de línea y todo? Claro que sí, contestamos sin ni siquiera saber quién era, y el señor siguió, Entonces vayan mañana al estadio a las diez de la mañana.

Al otro día estuvimos allá, la Chinga, que era un calidoso, Juanfer, un tronco pa'jugar pero bueno pa'tapar, Ricardo, un *crack* aunque muy personalista, Fernando más bien tieso pero el mejor capitán de equipo, el Gurbio, que no servía pa'taco pero que nos acompañaba a todas partes, y yo, que era calidoso para jugar en la calle pero un tronco en la cancha grande. Ese día don Efrem pasó a darle vuelta al equipo con su combo de guardaespaldas enfierrados y mientras calentábamos nos gritó desde lejos Esooo, pelaos, echen pa'lante que ustedes son unos verracos y son el futuro del país. Nosotros seguimos en el entrenamiento y el Gurbio se quedó al borde de la cancha de arenilla, charlando con uno de los macancanes del patrón, que resultó ser primo suyo. Estuvo con él todo el rato y se veía contento porque el man no lo miraba por encima del hombro como todo el mundo sino que le daba importancia y le paraba bolas, y desde ese momento el Gurbio dejó de mantenerse con nosotros porque el primo empezó a invitarlo a sus parches y a involucrarlo en las vueltas, cosas sencillas al principio, Guárdeme estos fierros o Lléveme este paquete a tal parte, y luego de campanero, Eche ojo y nos las canta si ve algo raro y en una de esas le tocó la matada de una persona, la pistola todavía echando humito, el primo con el brazo estirado, el cuerpo del fulano retorciéndose en el suelo y el Gurbio con la cara desencajada, No se azare, mijo, le decía el primo, eso es por la falta de costumbre, y se lo llevó a tomar aguardiente. Cada vez le tocaban cosas más fuertes que le daban menos duro y no lo volvimos a ver nunca más, pa'rriba y pa'bajo con los parceros del primo que lo cogieron de mascota y mandadero, hasta un viernes a media noche, cuando estaban en plena fiesta y apareció el Diablo, el asesino más asesino que tenía el patrón en ese momento, todo empericado y empepado, y apenas vio al Gurbio se

enamorado de él pa'montársela, Pelao, tráigame un trago y el Gurbio se lo llevó, Pelao, préstame este cigarrillo y el Gurbio se lo prendió, Pelao, amárreme los zapatos y el Gurbio se los amarró, Pelao, béseme los pies y el Gurbio se quedó quieto, Pelao, béseme los pies le dije y el Gurbio quieto y callado, ¡¿Esta gonorra es que no oye o qué?!, gritó el Diablo, y el primo por fin dijo algo, Dejé al pelao quieto que él está tranquilo. Yo no estoy hablando con vos, hijueputa, rugió el Diablo, y le pegó un cachazo en la cabeza al Gurbio antes de salir pa'l baño muerto de risa. El muchachito se quedó con la mirada bajita y un parche de sangre formándosele en la cabeza y el primo sacó una *senjauer* y la puso sobre la mesa, a la vista del Gurbio, que la miró apretando los dientes y la agarró tembloroso, caminó hasta el baño y cuando el Diablo salió apretó por primera vez en su vida un gatillo y vio caer el cuerpo de buldócer como un bulto de papas sobre el piso de baldosa. El primer tiro se lo dio sin saber lo que hacía, el segundo del susto, el tercero por impulso, y después se inclinó sobre la cara del Diablo, lo escupió, le pateó la cabeza y le dio otro tiro y otro más y siguió disparándole y pateándolo hasta que lo tuvieron que agarrar porque ya lo estaba desbaratando a punta de bala y pata.

Cuando a don Efrem le contaron la historia lo primero que preguntó fue que si habían matado al pelao. No, patrón, por un lado el Diablo se lo buscó, y por otro el pelaíto es un culicagado como de diez años que no aparenta nada. Llámemelo que necesito hablar con él, ordenó el patrón. Al Gurbio no le dio ni cinco de miedo que el patrón lo mandara a llamar porque ya se le había roto algo por dentro. Cayó a La Amistad tranquilo y hasta sobrador. Don Efrem le sintió la altanería y le puso un trabajo casi de suizo, matar a un coronel de la policía que vivía más custodiado que el presidente y el Gurbio fue y lo mató sin problema alguno y luego el patrón lo mandó a quebrar a un capo de capos y él fue y lo quebró sin dársele nada y se quedó trabajando con don Efrem, que le cogió cariño, y a medida que fue creciendo y le cambió la voz y se volvió más hombre pasó a ser el mandamás de los matones del patrón. Todo funcionó muy bien hasta que don Efrem se metió con Tatiana Martínez, la única pelada de la que el Gurbio estuvo tragado en la vida. A las otras se las comía y no las volvía a mirar, pero a Tatiana desde que la vio en

una fiesta del barrio La Meseta y le cayó y se la encarretó y se la comió en un motel de la autopista sur, nunca se la pudo sacar de la cabeza. En vez de no querer volverla a ver, como le pasaba con las demás, no veía la hora de verla y la siguió buscando y salían a bailar y a pasear a pueblos y a moteliar y fue precisamente en la salida de un motel cuando se encontraron con Chepe Molina, que iba entrando en su moto señoritera con una morena escotada, Qué hubo, Gurbio, lo saludó Chepe, y a Tatiana también porque la conocía de habérsela llevado varias veces al patrón. El sapo de Chepe no esperó a salir del motel para ir a contarle a don Efrem que había visto al Gurbio con Tatiana. Eso fue lo que el Gurbio nunca le perdonó. El patrón lo mandó a llamar, le dijo que no podía seguir con esa muchachita porque era informante de la policía y le ordenó que le hiciera el favor de matársela. El Gurbio se le plantó de frente, A ella no la mato ni por el putas. Don Efrem lo miró riéndose y le dijo que no lo creía tan nena. El Gurbio repitió que no la iba a matar y don Efrem, burlón, Bueno, mijo, si no es capaz, tranquilo, que yo pongo a otro muchacho. Es que además no la voy a dejar matar, dijo el Gurbio. El patrón lo amenazó con la mirada que hacía temblar a todo el mundo y esperó a que bajara la cabeza y dijera Está bien, patrón. Pero el Gurbio lo siguió mirando firme.

—No la voy a matar.

—Usted va y la mata o se mueren los dos. —Don Efrem le clavó el dedo en el pecho, furibundo y lo echó de La Amistad.

El Gurbio salió callado. Prendió la moto y gritó a todo pulmón:

—Ninguno de los dos. Y póngala como quiera.

Arrancó a toda y cuando iba dos cuadras más abajo de la portada aparecieron cuatro motos con manes repartiéndole bala. Se les desvió por unos rieles, los dejó pasar, salió detrás de ellos y alcanzó a matar a cuatro. Ahí empezó la guerra del Gurbio contra el ejército del patrón. Al otro día madrugó y mandó a Tatiana en un vuelo para las islas de San Antonio. Cuando don Efrem se dio cuenta de que la había escondido ofreció más plata para que lo quebraran. Lo intentaron coger en el semáforo de La Manguala, pero antes de que le cayeran sacó la metralleta y se llevó a tres manes de una sola rafagada. Le montaron un operativo dentro de una discoteca y mató a

cinco sicarios y a tres personas que estaban bailando y se les voló. Entonces el patrón averiguó dónde había escondido a la pelada y la mandó a quebrar. El Gurbio se enloqueció y ya no se resignó a huirles a los hombres del patrón sino que empezó a emboscarlos. Le tiraron más de diez aventones pero siempre se volaba y terminaba haciendo una masacre de asesinos. Songo sorongo estaba acabando con el personal del patrón y nadie era capaz de matarlo. La gente empezó a decir que era invulnerable, que tenía los poderes de la magia negra, que estaba rezado, que había hecho un pacto con las ánimas del purgatorio porque aunque fuera solo siempre se veía rodeado como de cuarenta manes. Tenía un poder que él mismo no sabía. Si hubiera sido una pizca menos bruto habría podido montar un ejército y acabar con el batallón que le diera la gana. O habría podido vivir bueno. Pero solo era verraco para matar y para no tener miedo, porque para el resto de cosas de la vida era una güeva. Se había madurado biche a punta de plomo.

La Chinga y Hermosura fueron los que se ganaron el premio mayor, de pura carambola. Una noche salían de la discoteca Solidgold todos prendidos cuando lo vieron pasar y disminuir la velocidad en la tienda de la esquina. Se bajó tambaleante. Tenía una chaqueta roja embarrada y el pantalón rasgado en la rodilla, como si se hubiera caído. Sacó una botella del bolsillo, se mandó un trago largo y tiró la botella mientras entraba culebriando a la tienda. La Chinga y Hermosura fueron con mañita y se pararon al lado de la puerta, con el dedo en el gatillo. A los cinco minutos oyeron un ruido de alguien chocando contra las sillas y apenas asomó la cabeza por la puerta, la Chinga le descargó un balazo en la mitad de la frente. No se cayó sino que avanzó tambaleándose y sacó la pistola. Hermosura le metió un pepazo en el pecho que lo hizo trastabillar y el Gurbio les devolvió un par de balazos sin puntería. Recularon respondiéndole y le alcanzaron a dar un tiro en la pierna y otro en la cabeza. El Gurbio cayó de rodillas y desde el suelo intentó disparar pero se le encasquetó la pistola. Entonces le metieron otro pepazo en el pecho y otro más hasta que por fin clavó el pico en el suelo. Esperaron un momentico y se acercaron despacio, apuntándole. Le metieron otros cuatro plomazos en la torre y apenas comprobaron que estaba total y verdaderamente quieto y vieron los chorritos de sangre formando caminitos

de punta cabezona sobre la acera, se echaron la bendición y se dieron un abrazo. Arrancaron a buscar un teléfono público para darle la noticia al patrón. Por fin el Gurbio estaba muerto y ellos lo habían matado.

Pasé toda la noche charlando con la Chinga, destrásándonos, bebiendo güisqui y fumando baretta. Hermosura se parchó a conversar con una negra azabache, grande y potrancona y después desapareció con ella. Yovani se perdió entre la gente. De vez en cuando lo veía por allá al fondo, bailando con alguna pelada o charlando con los hombres del patrón. La última vez lo pillé hablándole a la Monja, todo canchero, como si fuera del ambiente. A las dos de la mañana Lorena y don Efrem aparecieron caminando hacia el rompói. Llegaron al lado de la limusina y se quedaron parados conversando. Le dije a la Chinga que me esperara un momentico. Solo cuando me paré supe lo borracho que estaba. Tomé aire y empecé a caminar tratando de no irme para los lados. Don Efrem le estaba hablando.

—Pero, Lorenita, déjese acompañar porque yo no me quedo tranquilo.

—Es que me quiero ir sola. ¿A usted le resulta muy difícil entender eso?

—No sea terca que no es solo por caballero sino por seguridad.

—No es terquedad. Es que no es necesario.

Lorena sintió el movimiento de piedra menuda de mis pasos y voltió a mirar.

—¡Manuel! —Se puso contenta y dio un paso acercándose—. Siquiera te vi. Me voy porque estoy cansada, pero quédate tú tranquilo que se ve que estás pasando bueno. Hablamos esta semana.

—No, Lorena, cómo se le ocurre. Vinimos juntos y juntos nos vamos.

Don Efrem me miró apoyándome. Lorena hizo un gesto de cansancio.

—¿Se juntaron el hambre y la necesidad? Quédense tranquilos los dos que no hay problema. Dejen la bobada.

Se metió en la limusina y bajó la ventanilla.

—Gracias, Efrem, estuvo muy linda la fiesta.

El patrón se agachó y pegó la cabeza a la ventanilla.

—Con mucho gusto, bizcocho, era para usted. Gracias por haber venido. Lástima que sea tan porfiada.

Con un movimiento rápido que cogió a Lorena por sorpresa metió la

cabeza y le dio un pico en el cachete. El último. Ella sonrió y el carro empezó a andar. Don Efrem y yo nos quedamos, uno al lado del otro, viéndola irse. Cuando se perdió en la curva, nos miramos un instante. Él de una salió hacia la casa.

—¡Salsa! ¡Mándeme unos pelaos a que me cuiden a esa muchacha!

La limusina la dejó en la portería porque no quiso que la llevaran hasta la casa. Los vigilantes le pidieron un taxi y apenas el carro arrancó salieron tres motos detrás, con la orden de escoltarla sin que ella se diera cuenta.

LA DETÉ CIENTOSETENTAYCINCO

Como a las cinco de la mañana me agarró el sueño porque yo no había estado metiendo perico. A mí el perico sí me gusta pero me descuadra mucho. Al otro día amanezco con una culpa la verraca, como si hubiera matado un cura y cuatro monjas. Por eso casi no meto. Y por falta de plata también. La Chinga sí andaba todo arañado y se ofreció a llevarme. Paramos en la esquina de mi casa, junto a un poste de luz. Se dio un pase y nos mandamos el último trago de la botella que me había sacado de la fiesta.

—Bacano haberlo vuelto a pillar, Manolo —dijo mascando mandíbula.

—Sisas, una chimba, hay que repetirla.

Bajo la luz de la lámpara se le veía la cara cansada.

—¿Y sabe qué? Muy bueno que usted sea el único que no se haya metido en estas vueltas —me dijo.

Ni tan bacano, pensé, pero no contesté nada. Me dio rabia. Es como cuando una pelada bonita le dice a la amiga fea que la belleza va por dentro. Aunque se veía sincero, como si la cara de cansancio no fuera solo de la rumba sino de todo, como si quisiera jubilarse ya.

—En serio se lo digo, pelao —dijo mandándose otro ventanazo.

Nos dimos la mano y me metí a la casa porque estaba muy fundido como para seguir conversando. Arrancó haciendo un pique. Yo seguí derecho para la pieza pisando con mañitica para no despertar a mi mamá o a la sapa de mi hermana. Él siguió por la calle lateral rumbo a Solidgold, donde tenía una

mocita. Pero el *gril* ya había cerrado y se devolvió para La Amistad, achicopalado por el azulito regañón del cielo del amanecer. Cuando iba subiendo por la bajada del barrio Andalucía vio un movimiento de ambulancias y carros de policía. En mitad de la calle había un taxi al que no le cabía un solo balazo, y un reguero de motos y cuerpos dispersos alrededor. Pilló a los difuntos. La mayoría eran compañeros de trabajo, a otros apenas los distinguió porque eran de los nuevos y había unos más a los que nunca había visto y que debían ser gente de Moncada. Entre los del patrón estaban Memo Patiño y Kalimán con sus *ribuk* y sus *naik* recién estrenados. En total eran quince cuerpos. Contando a Lorena.

La Chinga arrancó a toda para La Amistad a dar la noticia y cuando estaba cruzando la portada se oyó el eco de un estallido lejano. Llegó al rompói y vio a la gente bailando mientras Rafael Orozco cantaba en la tarima con su bigote de vendedor de biblias y su lunar en el cachete, *Te seguiré queriendo, te seguiré adorando, aun cuando esté sintiendo que no me estás amando*. Estaba parqueando la moto cuando vio venir al patrón todo despelucado, con ojos volados de trasnocho y la mandíbula a mil. Detrás venían Salsa y Hermosura y más atrás la Monja, con Yovani al lado, hablándole y hablándole.

—¿Usted viene de la calle? —le gritó el patrón apenas se encontraron de frente.

—Sí, señor.

—¿Dónde fue la bomba?

La Chinga se quedó sin saber qué decir.

—No sé... pero es que yo venía a decirle que pasó otra cosa.

—¿Qué cosa? —Don Efrem lo miró aterrado, como ya sabiendo.

—Es que el taxi donde iba la pelada con que usted estaba...

El patrón se apoyó en el hombro de Salsa y se quedó mirando el cielo como si pensara tumbarlo.

—Se ve que los cogieron por sorpresa —dijo la Chinga.

—¿Dónde? ¿Dónde, hijueputa?

—En la bajada para el barrio Andalucía.

Salió corriendo y se montó en una camioneta. Los guardaespaldas fueron

detrás. Salsa los siguió hablando por radioteléfono. Al momento aparecieron seis *toyotas* llantabalón y el combo completo arrancó a toda velocidad.

Apenas llegaron al lugar cercado con cintas naranjas detrás del que habían parado algunos curiosos que iban para el trabajo, don Efrem se tiró de la camioneta en movimiento y corrió hasta el taxi estrellado contra un poste y tuquío de agujeros. Miró a través de la ventanilla astillada la banca trasera llena de vidrio desmenuzado entre manchones de sangre. Y en el suelo una sandalia de cuero con dos letras C dándose la espalda, doradas, en la planta. Estaban montando el cuerpo en la camioneta de la morgue. El patrón corrió separando policías y cuando estuvo junto al bulto cogió la sábana con las puntas de los dedos. Empezó a levantarla y vio la tirita del vestido negro sobre un hombro blanco de estatua de procesión o de pared encalada o de puerta recién pintada o de cualquier otra cosa blanca que no hablara. Soltó la sábana, miró a la calle y vio el reguero de muchachos en el asfalto. Se apartó de los camilleros que siguieron su camino y vio perderse el bulto dentro de la camioneta. Agarró a puñetazos la capota del taxi y empezó a llorar en silencio primero y después con quejidos pasitos que se volvieron berridos y al final se largó a chillar a moco tendido como un niño. De un momento a otro la cara se le recogió alrededor de la nariz y los ojos se le achiquitaron concentrados y rojos. Se secó las lágrimas con palmetazos, le dio un patadón al taxi y empezó a gritar desgañitándose.

—¡Hijueputas! ¡Los voy a matar a todos! ¡Yo solo los voy a matar a todos, malparidos!

Caminó hacia la camioneta bañado en lágrimas y dando balazos al aire. Los guardaespaldas también se pusieron a disparar y la caravana arrancó hospital arriba haciendo más escándalo que la explosión que recién se había escuchado. En la casa le tenían la noticia de la bomba en el bar El Cielo y la muerte del hermano del entrenador Ceballos. Reaccionó como si no le importara, Yo sabía que por algo estaba tan calladito ese malparido, dijo seco. Siguió callado hasta la sala, cerró de un portazo, corrió cortinas y no volvió a salir. Salsa, la Monja, la Chinga y Hermosura se quedaron en la pieza del lado, atentos, esperando a ver con qué iría a resultar. Al otro lado de

la pared solo se oían lloridos, hijueputadas y balazos. Como a la hora y media les gritó que entraran. Las sillas estaban volcadas y las paredes repletas de boquetes como si hubiera acabado de pasar un ejército. Don Efrem, desmadejado en el sillón de cuero, con la camisa abierta y la nariz empantanada de perico, habló con su ronca voz de mundos oscuros.

—Salsa, ármeme ya un ejército el hijueputa y enganche más pelaos si es necesario porque vamos a acabar hasta con el nido de la perra.

—Como mande, patrón.

—Y usted, Monja, búsqüenme a Moncada y a su familia por cielo y tierra y me los vuela en mil pedazos uno por uno.

—Como mande, patrón.

—Chinga y Hermosura me averiguan quién es el hijueputa informante que tiene Moncada y me lo traen.

Salsa metió la cucharada.

—Patrón, ¿quiénes eran esos dos pelaos con los que vino su amiga?

Hermosura miró a la Chinga, que de una respondió.

—Es amigo mío, patrón. El pelao es bien, no está en nada raro.

—Tráigamelo —dijo don Efrem cortante.

Se quedó mirando la pared llena de boquetes y se le volvieron a soltar las lágrimas. Echó a todo el mundo, pidió más trago y perico y se encerró. Ese mismo día empezó el rosario de bombas del comienzo del acabose.

Antes del mediodía apareció la Chinga en mi casa.

—Doña, ¿Manuel está?

—Sí, como para qué sería. —Mi mamá no lo reconoció y no le gustó para nada el pelao que tenía al frente.

—Es para darle una razón.

—Él está dormido porque llegó muy tarde.

—Es que es algo muy importante. ¿No me lo puede llamar, por favor?

—¿Y qué es lo que es tan importante si se puede saber?

—Él después le cuenta. Es algo muy urgente, señora. —Y se puso serio, amenazante en medio del respeto—. Hágame ese favor para no tener que entrar por él.

Mi mamá se asustó y mandó a mi hermanita a que me llamara. Daniela

me quitó las cobijas y me echó agua en los pies.

—Manuel, vea, allá lo necesita un muchacho todo raro. Mi mamá está toda preocupada, mijo.

Salí quitándome las lagañas, con la pantaloneta rota y la camiseta de empacador de Paratodos que usaba para dormir. Cuando vi a la Chinga en lo primero que pensé fue en Yovani.

—¿Le pasó algo a mi amigo?

—No, no es eso.

Me hizo señas de que lo acompañara afuera. Mi mamá se vino detrás.

—Amá, tranquila, no sea cansona. Vaya pa'allá que yo voy a hablar un ratico con él.

Apenas estuvimos en la acera la Chinga me cogió del brazo.

—Parce, ¿usted qué sabía de esa pelada con la que fue a la fiesta?

—¿Sabía? ¿Qué pasó?

—La mataron.

Me quedé frío. Era como si no me hubiera despertado y tratara de despertar y no pudiera.

—El patrón está como loco. Necesita hablar personalmente con usted.

No me asusté ni pensé nada malo porque estaba pensando en Lorena. Me miré la pantaloneta rota y las chanclas.

—¿Tiene que ser ya?

—Pa'ya es tarde.

—Espéreme al menos yo me lavo la cara y me cambio.

—Hágale pero no se demore.

Me puse un pantalón limpio y una camiseta, con mi mamá detrás, angustiada, Qué pasó, Manuel Alejandro, ¿usted pa'donde va? Es que parece que me va a resultar un trabajito, amá. ¿Con esa gente? ¿Con cuál gente, amá? Usted sabe a qué gente me refiero, no se haga el bobo, ahí dijeron en las noticias que pusieron otra bomba en el parque. No, no es con esa gente, amá. ¿Y entonces con quién? Con otros, amá. A mí no me diga mentiras, Manuel Alejandro que yo lo conozco. Tranquila que no le estoy diciendo mentiras. Y al final me le pude salir por un ladito y caminé hasta la puerta. Antes de arrancar en la moto le grité que me guardara el almuerzo que no me

demoraba.

Al primero que vi cuando llegamos a La Amistad fue a Yovani, sonriente, al lado de un combo de macancanes carilargos y preocupados, entre los que estaban la Monja y Hermosura. Se vino hasta mí con la sonrisa engrandecida.

—Voy a trabajar con ellos.

No le pude contestar porque la Chinga ya me estaba halando del brazo hacia la casa principal.

—Después hablamos —le alcancé a decir mientras entraba.

Se quedó mirándome con cara de envidia.

Don Efrem se paró apenas me vio entrar y le dijo a la Chinga que nos dejara solos. Se vino derecho y me agarró del pescuezo poniéndome la pistola en la sien.

—¿Vos qué sabés, hijueputa?

Ni me asusté porque venía demasiado triste.

—No sé nada, yo simplemente era amigo de ella.

Me miró a los ojos un momento y le sostuve la mirada tranquilo. Me empujó y se paró al frente. Me dio una ojeada pormenorizada de arriba a abajo y fue a sentarse en el sillón de cuero. Se metió un pase mirándome.

—¿Usted qué sabe de Lorena?

—Éramos amigos desde hacía poquito. Me estaba enseñando inglés.

Señaló una de las sillas tiradas en el piso. La levanté y me senté. Me pasó un vaso de güisqui, mirando serio.

—Usted cómo la conoció.

Me mandé un trago grande y empecé la historia desde los días de Paratodos. A medida que yo contaba la cara se le iba desentiesando. Escuchó tan interesado que antes de darse otro pase me dijo que parara un momentico porque me quería escuchar bien. Terminé la historia con las clases de inglés y con la última vez que la vi, que la vimos. Él volvió a llenar el vaso y se puso a revolver los hielos con el dedo. En ese momento se oyó una explosión en la distancia. Don Efrem voltió hacia la puerta.

—¡Salsa! ¿La de Los Álamos?

—Sí, patrón —gritó Salsa desde el otro lado de la pared.

—Muy bien.

Volvió hacia mí y me sirvió un trago. Se mandó el suyo de un tirón y se quedó viéndome, lleno de sentimiento.

—¿Qué le decía ella de mí?

Me puse a recordar pero no encontré nada concreto.

—No me decía nada sino que me contaba cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que le habían pasado.

—¿Le contó cosas de mí?

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—Me contó cosas.

—¿Qué cosas?

Entonces arranqué con la historia de ellos dos. Al principio arrugó la frente pero poco a poco empezó a mover la cabeza y a hacer gestos mientras oía, como si le estuviera pasando lo que yo contaba. Hasta que empezó a interrumpirme, contradiciendo lo que le contaba, que no, que ella no le abrió la cabeza con un buda sino con un cenicero, que antes de la canción de Fruko ellos ya habían bailado una pieza, y que cuando la trató de coger a las malas en el sofá sí la besuqueó pero que no la babeó en ningún momento. Se fue emocionando tanto con las aclaraciones que terminó contando su propia historia desde que la vio por primera vez hasta que la despachó en la limusina, hablando con los ojos iluminados, viéndola ahí vivita y coleando, frente a nosotros a punta de palabras. Cuando se le acabó la historia nos quedamos mudos en medio de un silencio puntudo, mirando las paredes como desamparados, y entonces arranqué a contar los cacharros que me habían pasado con ella y él contó los de él y después nos acordamos de detalles, que la manera como volió la mano cuando salía al balcón, que la boca que ponía cuando estaba brava, que el olor a incienso y loción fina, que la delicadeza para agarrar una copa y don Efrem mandó a traer más güisqui y más perico y yo terminé metiendo de las dos cosas y seguimos encerrados el resto de la tarde y la noche, hasta la mañana siguiente, contando y volviendo a contar las mismas historias y repitiéndolas con otros finales y pensando en lo que habría pasado si tal cosa, tratando de no soltar a Lorena así fuera con

cuentos, demorándonos con palabras en lo que ya se había acabado.

Me terminó tratando de tú a tú, como a un amigo. Dijo que, al igual que con Lorena, conmigo se sentía frente a una persona que no buscaba beneficiarse de él ni lo miraba con interés y que por eso desde ese mismo instante me incluía en el reducido grupo de la gente especial con la que tenía una amistad verdadera y con los cuales la plata nunca estaría de por medio. Por eso me despachó al amanecer sin pasarme ni siquiera un billete para el taxi. Más de malas yo, pensaba mientras caminaba por el borde de la carretera, a la seis de la mañana, prendido, empericado y sin un peso en el bolsillo.

Él se quedó embebido en los recuerdos y, sea porque se concentró mucho o porque de tanto hablarla la habíamos llamado o simplemente porque a ella le dio la gana, el caso es que se le apareció. Al levantar la cabeza después de un ventanazo don Efrem se encontró con un resplandor amarillo que hacía vibrar toda la sala. Pensó que se le estaban yendo las luces. Se restregó bien los ojos y volvió a mirar pero el resplandor no solo se había puesto más relumbrante sino que en la mitad empezó a formarse la figura de Lorena hecha con pepitas de luz de las que aparecen cuando uno cierra los ojos, con un vestido azul claro de tela delgada, sentada frente a él, sonriendo con dulzura como si le pareciera muy lindo verlo metiendo cocaína. Se quedó paralizado y ella volió la mano como cuando salía al balcón. Y se difuminó sonriendo. Duró lo que dura un pase, pero esa primera aparición le cambió la vida. Se le pasó la borrachera y se llenó de una energía inmensa y sin fin, como si se le hubiera concentrado el efecto de todos los pases que se había dado en la vida. Abrió puertas y ventanas y salió de la sala con la mirada fresca y de buen genio. Salsa se extrañó del semblante liviano y los ánimos de recién bañado con que le ordenó traerle de inmediato a Mario Hurtado. Y siguió sorprendido cuando más tarde lo vio manotiar contento mientras le encargaba al asesor que le consiguiera al mejor escultor y a los mejores decoradores del mundo para construir ya mismo un santuario en el patio trasero de la casa, tal como se lo había acabado de dictar una voz interior.

Después de despachar a Mario fue hasta su pieza con trotecito de atleta y salió con una libretica en la mano gritando que necesitaba a los muchachos

reunidos ya mismo para que le rindieran informes.

—Los Álamos —empezó señalando a Salsa.

Salsa le informó que ahora sí el terreno había quedado limpio, sin señas de que hubiera existido un edificio. Aunque la familia de Moncada ya no vivía ahí don Efrem se sintió satisfecho. La Monja informó que, gracias a los informantes, doña Lucrecia y los pelaos de todas maneras habían recibido su carramplonazo en la ruta que llevaba al aeropuerto.

—La mujer y el hijo mayor quedaron heridos.

—¿Graves? —preguntó el patrón.

—No se sabe bien todavía. Yo creo que sí porque el bombazo fue fuerte.

—Bueno —don Efrem chulió algo en la libretica.

—Pero el hijo más chiquito, Lucas, sí murió —dijo la Monja.

Don Efrem se quedó petrificado un momento. Pasó rápido el dedo por una página de la libreta, aparentando buscar algo y cambió de tema.

—¿Y el hijueputa de Cambalache?

—Estamos en eso —dijo Salsa.

Hermosura miró a la Chinga, que se hizo el bobo. Pero ninguno de los dos dijo nada. El patrón se levantó gritando.

—¡Cómo que estamos en eso! ¡Yo no les estoy pidiendo favores sino dándoles órdenes! ¡Necesito a ese malparido muerto ya!

Salió enojado y se acabó la reunión.

Cuando llegué a la casa eran las siete de la mañana y mi mamá estaba sentada en el comedor, secándose las lágrimas con el delantal.

—Mijo, ¿usted dónde estaba?, eso sí es mucha desconsideración la suya hacerlo sufrir a uno de esta manera.

Yo trataba de dominar la quijada a punto de descajetárseme.

—Es que no tuve manera de avisarle, amá, más tarde le explico, que ahora estoy muy cansado. —Y arranqué para la pieza.

—Manuel Alejandro. —Me agarró del brazo y me haló frente a ella—. Sepa y entienda que a partir de este momento le prohíbo terminantemente involucrarse con esa gente si quiere que lo siga considerando como mi hijo.

Nunca me había dicho una cosa de esas y con esa cara de angustia.

—Mamá, es que yo... —No supe qué decirle y me desesperé—: Dígame

usted qué más puedo hacer... No veo qué más... yo hago lo que puedo...

Se le desendureció la cara. Por un momento me miró con pesar, como si me quisiera cargar. Se volvió a poner seria aunque habló más suave.

—Sí hay mucho que hacer. Usted lo que tiene es que poner de su parte y estar pilas en vez de andar vagando por ahí. —Se metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó un papelito—. Nada más vea que la prima Adriana lo ha estado llamando para un trabajo y usted por ningún lado. —Me extendió el papel enrollado.

Desenrollé el pedazo de hoja con el teléfono de Adriana. Mi mamá se fue para la cocina y de una llamé a la prima. Me contestó dormida, de mal genio, pero me contó cómo era la cosa. Resulta que ella tenía un pretendiente que era familiar de un man que trabajaba en una oficina de ingenieros donde necesitaban un mensajero. Ya ella le había hablado de mí al pretendiente. Es una cosa casi fija, me dijo. Colgué pensando que por ahí podría resultar algo, pero era domingo y había que esperar hasta el otro día para ir a la oficina esa. Me fui a dormir queriendo que fuera mañana.

Después de la reunión con el patrón, la Chinga y Hermosura bajaron hasta el hospital y se metieron por la canalización buscando las huellas de Cambalache. Cruzaron la quebrada siguiendo las goteras de sangre seca sobre las piedras y el pasto y llegaron hasta la alambrada del solar de la morgue, frente a la casa de Juan, donde estaba la vaca pastando. Los miró de reojo y siguió mascando sin inmutarse, como un empericado tranquilo. Los goterones de sangre seca seguían hacia la puerta trasera de la casa, por donde entraban y salían policías revisando todo. Las huellas se devolvían hasta la puerta de la morgue y ahí se convertían en un charco borroso sobre el que pasaban y repasaban varias personas con delantales blancos que hablaban duro y daban órdenes desordenadas. Tanto zaperoco y tanto tombo a la vista timbraron a la Chinga y a Hermosura. Decidieron devolverse.

El lunes madrugué a la oficina de los ingenieros. La entrevista fue sencilla y me contrataron de una vez por la recomendación del pretendiente de Adriana. Era con prestaciones sociales y todo. Tenía que empezar al día siguiente y me tocaba recorrer todo Villalinda llevando y trayendo sobres y documentos y paquetes. Había que caminar y montar mucho en bus, pero

siempre he sido callejero. Me encarreté de una con el trabajo y lo hice bien desde el principio. A medida que fueron pasando los días los jefes me cogieron confianza y las secretarias y todo el mundo en la oficina me trataba con cariño. Además me pagaban un poco más del salario mínimo. Lo único que no me gustaba era que me dijeran Manuelito, pero no le paré muchas bolas porque aunque era un cariño achiquitador de todas maneras era cariño. Es el mejor trabajo que he tenido en mi vida aunque la época fuera la peor. En esos días no era sino salir a la calle para sentir el ambiente nervioso, como de algo grave que fuera a pasar siempre ya mismo, por lo de las bombas y las matazones a cualquier hora y en cualquier lugar. Pero la vida de todas maneras seguía normal. Por mucho muerto y mucha explosión que hubiera la gente seguía yendo a misa y al trabajo y las oficinas abrían de ocho a doce y de dos a seis como si nada, como siempre. Un día, por ejemplo, iba por la avenida El Progreso a reclamar unas facturas y me encontré con tremendo trancón de tráfico porque le habían dado bala a un señor en mitad de la calle. Me arrimé a ver al muerto con su corrillo de gente. A mí me gusta ver los muertos recién muertos. A todos los que conozco también les gusta. Dicen que no pero no esperan que el muchacho acabe de dar el último balazo para ir a verle la cara al difunto. Del tumulto salía una quebraíta de sangre que llevaba el mismo camino mío. Me le pasé a la quebraíta de cabeza roja y redonda y seguí mi camino entre la aglomeración de carros mientras oía el refunfuñe de un señor afanado, Estos malditos muertos no nos van a dejar trabajar. O a veces a cualquier man ocioso le daba por gritar en plena calle, ¡Una bomba, una bomba! y se armaba una estampida de gente a los gritos, atropellándose y arrasando con lo que fuera mientras los almacenes bajaban las persianas metálicas. Aunque eso lo hicieron poquitas veces porque en la última, la gente enojada por el susto mentiroso persiguió al tipo que había gritado y lo agarraron en cargamontón a puño, pata, bolsazos, varillazos y pedradas hasta cuando llegó la policía y encontró al man boqueando. Lo mataron por haberles hecho creer que se iban a morir.

Un día de la segunda semana de trabajo fue cuando la vi por primera vez. Yo iba a entregar unos documentos al Banco Nacional y al voltiar la esquina de la avenida Galindo la vi saliendo de un almacén de telas, con bolsas en las

manos. Le grité y no me oyó. Salí detrás pero cruzó hasta el pasaje de San Anselmo y se perdió entre los puestos de flores. Otro día la vi bajarse de un carro y meterse entre el gentío de un concierto en el parque San Gabriel, y un viernes por la tarde que iba para la oficina a entregar los últimos encargos del día me la encontré de frente en el cruce de un semáforo. Me sonrió como siempre, movió la mano y siguió derecho sin responderme el saludo ni mirar para atrás. Ahí me di cuenta de que no quería hablarme ni conversar sino solo que la viera, no sé para qué. Hay mujeres que no soportan perder un admirador ni después de muertas, pensé.

Pero a don Efrem sí le habló. Aunque la gente nunca creyó que se le apareciera de verdad. Hasta los más cercanos pensaban que la obsesión por esa muchacha lo estaba enloqueciendo. Y más cuando le dio la ventolera de mandar a construir, en plena guerra y en dos semanas, un santuario de tres cuadras cercado por palos de naranja que bordeaban varios jardines con orquídeas del Japón, aves del paraíso, tulipanes de Francia, astromelias de La Ceja y rosas de todos lados y todos los colores, alrededor de un altar con una estatua de Lorena en tamaño real detrás de la que caía una fuente de agua. Pero las apariciones fueron verdad. Los muertos sí vuelven, decía a cada rato don Efrem, Y si ustedes no creen es porque el estudio los tiene algo embolados. Todo empezaba por el olor a incienso de flor de naranjo, así nadie hubiera prendido uno. Don Efrem sentía ese aroma y se quedaba estático, Aquí estás, aquí estás, Lorenita, y la veía sentada en el rincón de la pieza, regañándolo con el dedo levantado o bailando en una sola baldosa en mitad de la sala o pelando una naranja con las uñas en el jardín o meditando sobre una mesa de pinpón en la sala de juegos. Aparecía un instante, sonreía llena de cariño y se esfumaba dejando el olor a incienso y un calorcito en el ambiente. Pero además de aparecerse también le habló. Ella fue la que le anunció que venían por él.

El día del ataque a La Amistad yo ya llevaba un mes en la oficina y me habían pagado el primer sueldo. Esa mañana estaba feliz porque el gerente me había mandado a llamar para decirme que estaban muy contentos conmigo, que necesitaban ponerme a trabajar más cómodo para que rindiera más y que entonces le llevara cotizaciones para comprar una motocicleta, que

ellos me la financiaban. Salí a la calle brincando en una sola pata, porque lo que menos me había imaginado en la vida era que yo fuera a tener una moto. Por eso al principio no le paré muchas bolas al ambiente pesado de la calle y vi pasar las filas de carros de policía y camiones de soldados sin darme mucha cuenta. Solo con los helicópteros rondando el cielo y más tarde con el tanque de guerra, el primero que vi en persona, que cruzó el centro lentamente y cogió calle Cuarenta arriba, me vine a preguntar como todo el mundo, ¿Qué pasaría? Porque en ese momento todavía no se sabía que la policía de la capital había capturado al doctor Valencia y que él había sapeado no solo los negocios y caletas del patrón sino que había contado con pormenores quiénes lo cuidaban, qué puntos débiles tenía, con qué armamento contaba, a qué horas se levantaba, con cuántas cucharaditas de azúcar se tomaba el tinto.

Esa mañana don Efrem se levantó de la cama derecho para el santuario, como se había acostumbrado a hacer en los últimos días. Se sentaba en una banquita junto al jardín de orquídeas del Japón y se ponía a mirar las matas y los pájaros un rato largo y en esos momentos se le aclaraba la cabeza y le venían las mejores ideas para planear los atentados. Ese día, después de mirar un rato, se pilló algo que había visto varias veces sin darse cuenta, que ni los pájaros ni las abejas ni los bichos se acercaban a las flores y que el olor que soltaban tenía algo de ambientador de baño, y entonces se paró a mirarlas de cerca. Tocó una orquídea morada en forma de mariposa pero no sintió la blandura de los pétalos sino la suavidad tiesa de la cinta de raso y entonces la agarró del tallo plástico que se desprendió sin esfuerzo de una base de icopor y la tiró con furia al suelo mientras le daba una mirada resentida al resto del jardín. Pero no tuvo tiempo de acabarse de enojar porque en ese momento se empezaron a bambolear las ramas de los palos de naranja con un ventarrón repentino que trajo una bocanada asfixiante de olor a incienso. Voltió la cabeza buscando con la nariz y se quedó encandelillado con un resplandor amarillo en forma de huevo en medio del cual fue apareciendo el vestido negro con bolas blancas, las tiritas sobre los hombros inmaculados, la cara limpiecita casi transparente y los ojos mirando todo, como inaugurándolo, de Lorena.

—Efrem —le dijo con la misma voz suave de siempre, pero con eco.

Don Efrem cayó en el suelo de rodillas y estuvo un rato tratando de hablar hasta que por fin pudo sacar un hilito de voz.

—Dígame, bizcocho —dijo con los ojos encharcados.

Lorena se acercó flotando y se puso a un metro de él.

—Vienen en camino y no quieren dejar rastro de ti. Vete de aquí.

Solo dijo eso y se desvaneció dejando el ambiente calientico. Don Efrem corrió hacia la casa y le ordenó a Salsa y a la Monja que empacaran una maleta con dos mudas de ropa, municiones y provisiones para varios días.

—Pero... ¿Nos vamos a ir, patrón? —dijo Salsa sin comprender.

—Se viene algo muy malparido. Me lo dijo Lorena. Nos vemos en el rompói en cinco minutos. —Y siguió jadeando hacia su pieza.

Los muchachos renegaron en voz baja de la locura del patrón, pero obedecieron. Empacaron en par voliones y salieron a juntarse con él. El patrón los guio hacia la discoteca en bombas de fuego y cuando estaban abriendo la puerta subterránea camuflada en la pista de baile sintieron la primera explosión y el estampido de los camionados de policías, soldados, matones de Moncada y tombos de la *usa* que entraron a arrasar con La Amistad.

Por la noche yo estaba viendo en el noticiero las imágenes de La Amistad en llamas, con esa emoción rara que da ver en la televisión un lugar en el que uno ha estado, cuando me dijo mi hermanita que me necesitaban en la puerta. En el borde de la calle estaba Yovani en una chimba de *deté cientosetentaycinco*, mirándome como si nos hubiéramos acabado de despedir y no como si lleváramos un mes sin saber el uno del otro. Tenía una camisa de chalis con cuadros rojos y negros y una chaqueta *guchi*, negra, embombada, nuevecitas. Aunque los mismos *levis* de los roticos y los zapatos de cuero de culebra. Como si le estuviera yendo bien aunque todavía no del todo. Lo raro era esa chimba de moto.

—¿Qué hace usted aquí? Yo lo hacía escondido con el patrón. —Me quedé mirando los frenos de disco en mitad de la llanta.

—No, aquí nos quedamos muchos. El patrón va a seguir mandando desde el escondite.

La *deté cientosetentaycinco* era blanquita y con el sillín rojo, los guardabarros y el tanque con calcomanías de *gonsanroses*. El mofle se veía que estaba envenenado. Cuando me vio viéndola aclaró.

—Esta no es mía.

—Ya decía yo que demasiado progreso tan rápido.

Levantó las cejas y me miró, sobrador.

—Pero mañana voy a separar la mía.

Lo dijo mirándome por encima del hombro. Menos mal que yo tenía con qué responderle.

—Yo también voy a comprar una.

Puso la misma sonrisita de cuando yo le contaba que era amigo de Lorena.

—¿Sí? ¿Y de dónde va a sacar la plata?

—En la oficina me la van a financiar.

—¿Cuál oficina?

—Estoy trabajando con unos ingenieros. De mensajero. Uso la moto pa'l trabajo pero es mía.

Lo dije sin orgullo, como si no tuviera importancia, como si no quisiera competir porque ya había ganado. Me miró la cara tranquila y él mismo se tranquilizó de la obligación de chicaniar.

—¡Qué chimba, hermano! ¡Ahora vamos a tener moto los dos —dijo ya sin ínfulas y los ojos le brillaron.

Corrió el gato con el pie, apoyó la moto y se bajó. La miró y me miró.

—Pero tiene que comprarse de una vez una bien chimba.

Habló con esa fuerza de cuando algo se le había acabado de meter en la cabeza. Le contesté realista, estirando los labios hacia la moto.

—No creo que me presten la plata pa'una de esas.

Siguió como si no me hubiera escuchado.

—Hermano, si va a comprar algo, que sea algo bueno de una vez. Si le hace falta yo le completo.

Me tocó bajarlo de la nube porque o si no terminaba montándome a mí también en ella.

—Hermano, no venga aquí a cañarme que usted por ahora es solo un

lavaperros más. A fuerza de lidias le debe alcanzar para la suya.

Se ofendió, pero ahí mismo cambió la cara y puso la sonrisa sobradora.

—No pues, quién habla, el-mejor-amigo-del-patrón —marcó las palabras exagerándolas—. El que va a visitarlo personalmente. ¿Por qué no me colabora entonces usted que anda de pipí cogido con el jefe? —dijo burletero.

No hice ningún gesto y le contesté seco.

—No, él y yo somos solamente amigos. Decidimos no tener negocios pa'no dañar la amistad.

Soltó la carcajada. En ese momento pasó despacio un *michubichi* blanco. Se quedó viéndolo alejarse y cuando desapareció en la esquina volvió a mirarme.

—Pero en serio, ¿no le gustaría una de estas?

—Obvio que sí.

—El parcerero que me la prestó se la compró a don Roberto, el de Jaramillo Motors, ¿lo distingue? A él le voy a comprar la mía. —A medida que hablaba se le iba formando la cara de vendedor—. ¿Cuánto le pone usted a esta moto en un almacén? —Se contestó él mismo sin esperar que yo dijera nada—: Por ahí dos millones de pesos, ¿sí o qué? Pero don Roberto tiene un negocio por debajo, de motos robadas o de las que quedan de pillos muertos. Esta, por ejemplo —le dio una palmada al sillín—, valió ochocientos mil pesos. Por el raspaíto en el tanque.

Lo dijo tan de verdad que no podía no ser cierto y cuando menos pensé me vi a mí mismo montado en una moto de esas. Pero al momento me aterricé.

—El problema es que en la oficina me van a pedir papelería legal.

—Por eso no se preocupe, que todo es por lo legal. Don Roberto es muy organizado con sus negocios. —Se acercó y me arrimó la cara con sonrisa misteriosa como si me fuera a decir un secreto que nos iba a organizar la vida—. Le entregan la moto con los papeles en regla y hasta le dan una factura por el precio que usted necesite.

—¿De verdad?

—Yo pa'qué le voy a decir mentiras, hermano.

Miré la cara convencida y contenta y después le miré la pinta y la moto.

Y me acordé.

—Pero que ahora no resulte otro negocio como el de la otra vez.

—No, home, esto es otra cosa. —Y le salió una sonrisa grande y feliz y abrió los brazos mirando al cielo—. Cambalache ya está muerto, gracias a Dios.

Tuve que haber puesto tremenda cara de sorpresa porque él se sorprendió.

—¿Va a decir que no sabía?

Me quedé quieto, carepalo, sin saber todavía lo que pensaba ni lo que sentía.

—¿No le da alegría que hayan matado a ese triplehijueputa asesino?

—Alegría no, pero sí siento un fresquito.

Me contó que el día de la matanza de Lorena se había armado un problema en el anfiteatro porque Juan seguía perdido y no había quién abriera. Llamaron a otro man para que hiciera el reemplazo y tuvieron que forzar la puerta del galpón. Lo primero que encontraron fue el cuerpo de Cambalache sobre la mesa de baldosas, abierto en forma de te. Había huellas de sangre como si lo hubieran arrastrado desde la entrada de la morgue. El cuerpo estaba amarrado a la mesa con correas y tenía marcas de haber forcejeado para soltarse. La chamba salía desde arriba del pipí, iba derecho hasta la base del cuello y se abría en dos hacia los hombros. Lo encontraron con los ojos abiertos y la boca en un grito.

—¿Y Juan? —le pregunté.

—Ni rastro. Forzaron la casa y no encontraron a nadie.

En esas volvió a pasar el *michubichi* blanco. Yovani se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó unas *raiban* originales. En el borde de la pretina alcancé a ver la cacha del revólver. Se puso las gafas y le dio cran a la moto. Acordamos encontrarnos al otro día, a las doce y media, en Jaramillo Motors. Y arrancó empitado.

Mientras repartía la correspondencia de la mañana me la pasé imaginándome por esas calles en mi moto, curveando por entre las filas de carros y acelerando duro en los semáforos. Andaba tan engorilado que cuando miré el reloj ya eran las doce y veinticinco. Dejé un sobre que me faltaba por entregar en el centro comercial Santa Ana y corrí a encontrarme

con Yovani. Apenas salí a la calle me la encontré, parada bajo la caseta del paradero de buses, con una sudadera *adidas* rosada, una chompa del mismo color y unos *naik* blancos, como si me estuviera esperando para salir a trotar. Primera vez que la veía tan de cerquita después de muerta. Parpadeó sonriendo como si me fuera a hablar pero no dijo nada sino que me llamó con la mano y arrancó a caminar con pasos de modelo por la acera de la carrera Trece hasta voltiar en la esquina del pasaje Paratodos. Sin pensar en nada ni saber lo que estaba haciendo me fui detrás del bamboleo elegante que cruzó entre los vendedores de flores y la fila de gente en el cajero electrónico y siguió por la calle de las cafeterías hasta llegar a la esquina pelada de lo que había sido el bar El Pueblo. Cruzó el parque en diagonal, relumbrando en medio de los viejitos que cambiaban relojes y los enamorados sin un peso que se daban besos junto a la fuente, y pasó al lado de los escombros del bar El Cielo, donde habían encontrado el cuerpo chamuscado del Gordo Ceballos sosteniendo una botella de aguardiente. Caminó calle arriba por la acera del almacén El Baratillo, donde a esa hora atendía Beatriz, la hermana de don Efrem, y siguió derecho varias cuadras, sin que pudiera alcanzarla porque cada que la tenía cerca se adelantaba sin perderseme de vista. Voltió hacia la izquierda por la avenida Galindo y bajó por la calle Cuarenta mirando amorosa a los bulteadores de la plaza de Mercado y al pelao del trapito rojo que le hizo una venia y al mensajero de la farmacia de don Óscar que salía con un paquete y siguió por la acera de las peluquerías disolviendo el olor a pelo chamuscado con el aroma a incienso de flor de naranjo y llegó otra vez al parque volviendo a pasar por El Pueblo para seguir bajando hasta la carrera Trece. Cuando me di cuenta estábamos en la entrada del Santa Ana, en el mismo exacto punto desde donde habíamos arrancado. Paró en seco, dio la vuelta y movió la cabeza invitándome. Aceleré el paso, asustado y contento, pero cuando la tenía a dos metros se esfumó. Quedé parado en medio del gentío, desinflado en mitad de la nada llena de gente. Entonces sonaron las campanas de la iglesia dando una de la tarde. Había pasado media hora persiguiéndola para que al final no me dijera nada, para que se fuera así como así, como todas. Corrí a ver si Yovani todavía no se había ido.

Cuando iba en el cruce de la Trece con la avenida El Progreso retumbó el

mundo y apareció la polvareda viniendo del sitio de la detonación. Seguí varias cuadras entre la nube de polvo, oyendo gritos y quejidos atolondrados a lo lejos, sintiendo el roce de gente que pasaba a las carreras. En la esquina de Jaramillo Motors la nube se estaba empezando a asentar. Del edificio de tres plantas quedó una armazón de varillas despelucadas y columnas rotas, al lado de un hueco gigante como una piscina olímpica del que seguía saliendo humo. Le hice el desquite a una rueda gorda de cuatrimoto que venía rodando sola y se chocó contra un morro de ladrillos y pasé por encima del chasis apacharrado de una *equisté quinientos*. Debajo de las piedras salió arrastrándose una muchacha con la cara quemada y el uniforme, en flecos ensangrentados, de Jaramillo Motors. Seguí buscando entre cuerpos chamuscados, manubrios, mofles, amortiguadores, cuadros, guardabarros y pedazos de motores desperdigados por todas partes. Un perro flacuchento pasó oliendo todo y se puso a comerse los plátanos maduros, la carne frita y la porción de arroz de una coca plástica tirada al lado de una bolsa de tela con cosméticos. Cuando no quedó un solo arroz siguió hasta el fondo moviendo la cola. Se paró junto a un muro caído y empezó a lamber algo. Me fui acercando hasta ver la mano que salía de abajo de la tapia con la sangre dispersa en lengüetazos. El cuerpo había sido aplastado contra el piso de la cintura para arriba y a parte de la mano solo se veían los *levis* originales forrando las piernas flacas, y más abajo unos pies tiesos y sin medias metidos en los zapatos apaches de cuero de culebra con escamas que reflejaban en brillitos las luces de las ambulancias, con las puntas redondeadas mirando hacia arriba, igualitos a como los había visto en los pies de Chepe Molina el día en que el Gurbio lo mató por sapearle sus amores al patrón. Agarré las piernas y las moví, por no dejar, pero fue como coger un palo. Un grupo de policías y bomberos empezó a acercarse. Pasé los dedos por los taches de la suela y al llegar al tacón halé. Descalcé a Yovani. Iba a meter los zapatos en la mochila cuando sentí a los policías encima y los dejé caer al suelo. Un dedo me tocó la espalda y me preguntaron que si estaba bien. Dije que sí con la cabeza. Una mano gorda y grande se me apoyó en el hombro y me empezó a sacar del lugar. En el carro de la Cruz Roja me volvieron a preguntar si me había pasado algo y repetí que nada, que solo había ido a buscar a un amigo.

Empecé a caminar sin rumbo fijo. Solo recuerdo que cuando pasaba junto a una caneca de basura en la carrera Trece se me arrimó un man todo amurao a pedirme plata y que le contesté con toda la sinceridad del mundo.

—No hay nada, hermano.

Y seguí para la oficina.

Era más grande el muerto
Luis Miguel Rivas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Pepe Pissdrunx

© Luis Miguel Rivas, 2017

Publicado de acuerdo con Planeta Colombia S.A.
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los

propietarios de los copyrights de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3539-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

